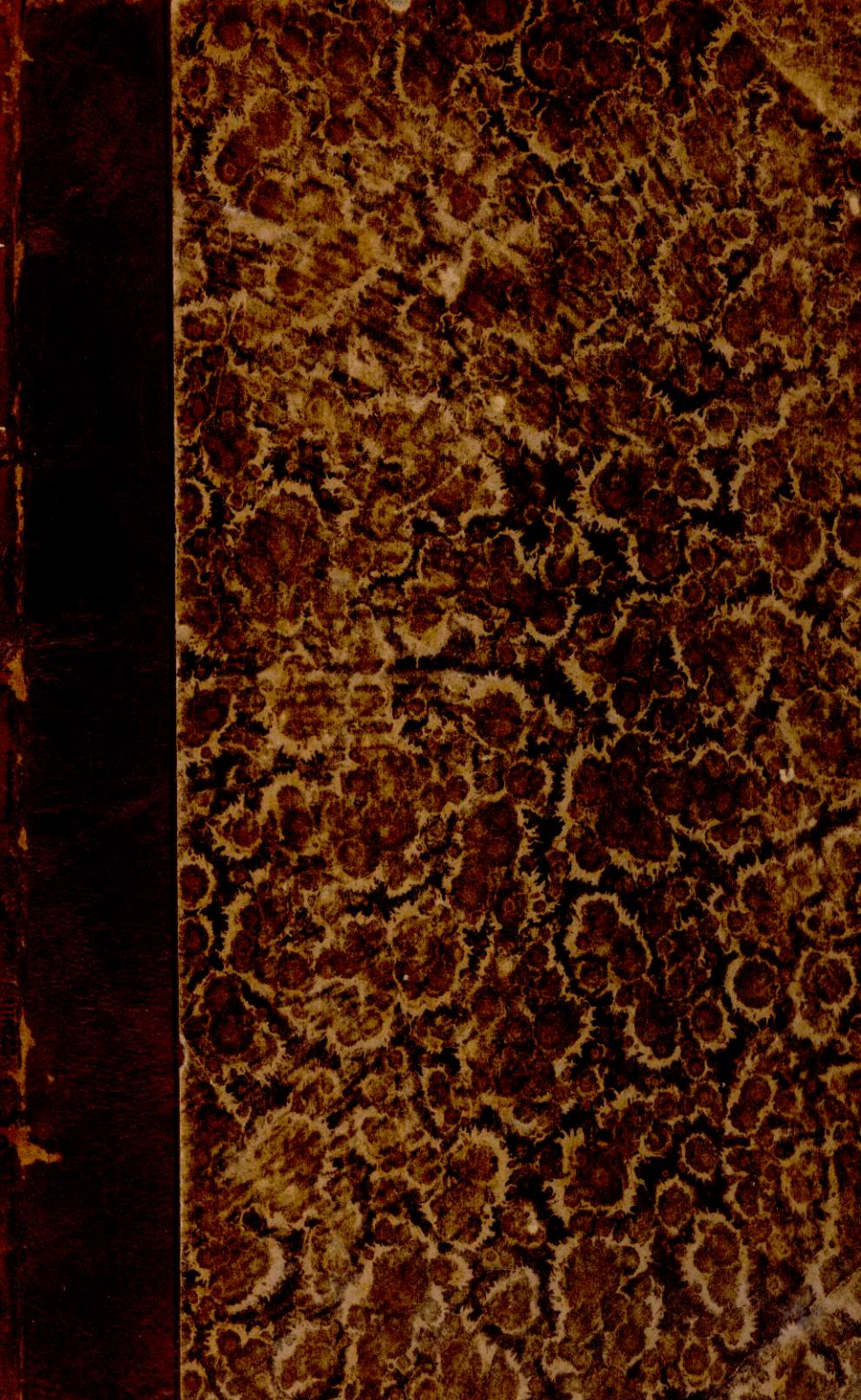








R 11694

CANCIONERO



DE

PRÍNCIPES Y SEÑORES

RECOGIDO DE POETAS EN SU MAYOR PARTE INÉDITOS

DESDE EL SIGLO XVI AL XIX

POR

DON JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1892

67
at 128

A mi querido amigo y amigo
Don W. D. Thoms Bethencourt
de V. V.

Don Perceval

CANCIONERO

DE

PRÍNCIPES Y SEÑORES

TIRADA DE 30 EJEMPLARES

QUE NO SE VENDEN

Número

LOS PRÍNCIPES

DE LA

POESÍA ESPAÑOLA

COLECCIÓN DE POESÍAS

EN SU MAYOR PARTE INÉDITAS

DE PRÍNCIPES, GRANDES Y TÍTULOS

RECOGIDAS POR

D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado,

1892

Es propiedad del colector, que
a hecho el depósito que la ley
determina.



LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

AL SR. D. DIEGO LUQUE DE BEAS.

I

Como la historia de la literatura española está por escribir casi enteramente, háme venido en deseos sacar de los asaz ignorados archivos del tiempo algunas noticias, tanto más curiosas, cuanto más inéditas y escondidas. No presumo emprender ninguna obra de gran aliento, ni siquiera una acabada monografía: sólo aspiro á arrojar á la codicia y estímulo de los que aprecian estas investigaciones, algunos datos perdidos, para que contribuyan á la resurrección de los estudios propios que todos tenemos el deber de despertar, á fin de promover la gran corriente de las ideas nacionales, en las que se encuentran, por medio de la instrucción y el trabajo nacionales también, los secretos ambicionados del porvenir por que con noble patriotismo suspiramos todos.

No fué la cuna de la literatura española desde los comienzos del siglo XVI, en que se verificó su gran reforma, de origen enteramente popular ni eclesiástico: la ilustre generación literaria á que dió el tono Garcilaso de la Vega en Toledo, Fray Luis de León en Salaman-

ca, D. Diego Hurtado de Mendoza en Granada, Fernando de Herrera en Sevilla, Juan Boscan en Barcelona y los hermanos Argensolas en Zaragoza, fué una generación enteramente escolar, militar y aristocrática, y desde los monarcas y sus hijos que favorecieron personalmente aquel movimiento y aun personalmente tomaron parte en él, todas fueron clases selectas las que siguieron el impulso de tan gran palanca.

Si la corte de los Reyes Católicos fué en lo militar un palenque caballeresco y un continuo torneo, y en lo literario una academia, la nueva dinastía que nos impuso la ley inevitable del destino, no sólo no contuvo aquella expansión generosa de nuestro espíritu, sino que, con Carlos V, ampliando los horizontes de su desenvolvimiento, llevando á par que la espada el estro castellano por todas las naciones de Europa, logró implantar por todas partes su predominio. D. Fernando de Acuña, D. Gerónimo de Urrea y D. Luis Zapata, hartos dieron á comprender que el Emperador había escrito, y aun en verso. No nos quedan vestigios de esta disposición de aquel gran ánimo; mas de su hijo Felipe II nos legó su tiempo, no sólo la noción de que había gustado de la poesía, sino la de que la había cultivado. De todas maneras basta para su gloria inmortal el título de Mecenas de todos los ingenios de su siglo, como atestiguan sus obras que hasta nosotros han llegado, bajo la fe de sin-número de dedicatorias, en que se demuestra que desde la inmensa altura de su trono, en que imperaba sobre todos los hemisferios, dominaba con reconocida superioridad de inteligencia el rumbo de las ideas, el progreso científico de su tiempo, el esplendor del ingenio y las maravillas del arte.

De entre sus hijos, aquélla que más amaba el Rey, la infanta D.^a Isabel Clara Eugenia, que después fué gobernadora de Flandes, no sólo cultivó las letras, sino que primero en Madrid, después en la capital de las provincias belgas, estableció en uno y otro palacio, presidió y sostuvo brillantes academias literarias de las damas más

ilustres de una y otra corte. Las severas consideraciones del sexo imponían á estas aristocráticas poetisas el absoluto recato del nombre, y como la imprenta por este escrúpulo social de ineludible imposición entonces no lo consagró con el testimonio de la publicidad, el mayor número, casi la totalidad de las producciones que fueron culto empleo de aquellas egregias veladas se ha perdido, siendo raro triunfo de perseverantes exploradores el hallazgo de alguna que otra sagrada reliquia de un tan dilatado naufragio. Por ventura el tiempo y el silencio no han borrado enteramente todos los vestigios, al menos, de la existencia de estas academias, de las damas más sobresalientes en ellas y de los loores que recibieron; y así como Luis Zapata en su *Miscelánea*, Vera de Figueroa en el *Panegírico por la Poesía*, Caldera de Heredia en el *Arancel político*, Claramonte y Corroy en su *Letanía Moral* y Faria y Sousa en su aún inédito *Cancionero hispano-lusitano*, salvaron de la muerte algunas de las composiciones poéticas que el rey Felipe II escribió; de la misma manera las dos Academias, española la una, francesa la otra, que en Madrid y Bruselas sostuvo la Infanta D.^a Isabel, han dejado en algunos escritores contemporáneos curiosas reminiscencias. Luis Gálvez de Montalvo, en la parte sexta de su *Pastor de Filida*, no deja de descubrir la incógnita bastante, y celebrando “el raro ingenio,” de D.^a María Coloma, “el saber que frisaba con la gentileza,” de D.^a María de Aragón, “la sabiduría y honestidad,” de D.^a Juana de Mendoza y Lacerda; exaltando á la Condesa de Aguilar, D.^a Luisa de Cárdenas

Entre las muy hermosas, más hermosa,
y entre las muy discretas, más discreta;

ó dando á la Condesa de Andrade, D.^a Catalina de Zúñiga, el sobrenombre de “amparo de Apolo;,” y á Doña Brianda de Beaumont, el de “la amiga en las musas;,” y á D.^a Juana Enríquez, *la amiga del rey*, el de “maravilla del ingenio;,” y otros epítetos semejantes á Doña

Ana de Bolea, D.^a Hipólita Diatristain, la Duquesa del Infantado, la Marquesa de la Guardia, D.^a Claudia Jasincourt, y á las tres hermanas de apellido Enríquez, las condesas de Poza, Aranda y Avilafuente, abre amplio camino por donde, ayudando la investigación hasta en el *Nobiliario* de Lope de Haro, se llega á la noción clara de lo que palpitaba dentro de aquellos comedidos elogios. De la Academia de Bruselas da noticias el señor de Tristan, "gentilhomme français", y dice que entre las damas asistentes, se contaban Mlles. de Isengien, de Grimberghe, de Lalaing, de Moterie, de Monroy, de Sor, de Robequé y de Conteville. Estas Academias se reprodujeron después bajo la presidencia de la Condesa de Caracena y de la duquesa de Medina de las Torres, cuando sus respectivos maridos sirvieron en aquel gobierno.

Si este era el ejemplo que daban los Príncipes, ¿qué harían los condecorados con los timbres más claros de la nobleza española, en aquel tiempo en que su superioridad social no estaba determinada únicamente ni por los derechos de la cuna ni por los dones de la opulencia, sino por el mérito individual en todas las esferas de la milicia, de la política, de la Universidad y de la Academia? Una sola casa nobiliaria de Castilla, la de los Almirantes, Duques de Rioseco, constituía desde el reinado de D. Juan II una perfecta dinastía literaria, donde los herederos de la dignidad más elevada que á la sazón tenían los súbditos de nuestros Monarcas, parece que se sucedían, como en los honores de estirpe, en la inclinación á las musas y á las letras. En la casa de los Mendoza, desde el célebre Marqués de Santillana hasta el primer Duque del Infantado, y desde éste por toda su descendencia, se hace difícil clasificar por nombres la pertenencia de las obras de cada ingenio. Los Borjas de la casa ducal de Gandía, sin excluir al famoso Marqués de Lombay, San Francisco de Borja, formaron en Roma, en Valencia y en la corte del Emperador y de los tres Felipes, otra sucesión no interrumpida en

clarísimos poetas. En Andalucía, disputábanse el honor de la preponderancia literaria los titulados egregios de las tres grandes casas de Guzmán, en Sanlúcar, de Afán de Ribera, en Sevilla, y de Girón, en Osuna. En Galicia sostenían idéntica emulación los Condes de Lemos y los Marqueses de Monterey. De los primeros habitantes del Nuevo Mundo, Colones y Corteses rivalizaban en la cultura de las letras. De la Academia de Hernán Cortés en Sevilla, quedan muchas noticias transmitidas á la posteridad por el Obispo de Comenge, D. Pedro de Navarra, que asistía á ella, en el libro de los *Didlogos de la preparación de la muerte*, que dedicó al Secretario de Felipe II, Francisco de Eraso. De su hijo y heredero en el marquesado del Valle de Oaxaca, don Martín Cortés, constan los versos en las *Flores de varia poesía*, todavía inéditas, que recogió en Méjico en 1577 una mano más solícita y curiosa que atenta á dejar memoria de su nombre, en mi entender Gutierre de Cetina. Del mismo Cristóbal Colón á los principios de este siglo descubrió Gallardo algunos versos castellanos originales en un códice de la Biblioteca del cabildo de Sevilla que lleva el apellido del descubridor de América. Los de su hijo Fernando Colón, encontrados en un *Cancionero* de la Biblioteca de la casa Real, no há mucho fueron dados á la estampa.

Los magnates que no eran poetas, se constituían en protectores de poetas, y las casas ducales de Toledo bajo Felipe II, la de Lerma bajo Felipe III, y la del Conde-Duque de Olivares bajo Felipe IV, renovaron en una larga extensión de cerca de ciento cincuenta años todas las magnificencias del tiempo de Augusto y todas las esplendideces del decantado Mecenas.

II

Una de las formas en que los grandes se ponían en trato directo y frecuente con nuestros mayores ingenios,

luego que á la muerte de Felipe II, dejó de llamar al brillo de las armas á unos y á otros la larga condición de la paz que caracterizó el reinado de Felipe III, fué la de las llamadas Academias de Señores. Bartolomé Leonardo de Argensola nos describió bien el orden de las tareas á que se ajustaban en 1585 los poetas oriundos de Aragón en la Academia de Zaragoza. Ya por aquel tiempo, estos ejercicios se hicieron generales en casi todas las grandes capitales de la Península, y en Madrid se implantaron por Silvas y Sandoval, apenas se estableció definitivamente en ella el asiento de la corte. De la Academia llamada Selvage, por haber sido su protector y haberlas celebrado en su casa D. Francisco de Silva, de la casa ducal de Pastrana, se han dado muchas noticias, ciertamente más abundantes que exactas, pues á ella se han referido los sucesos de algunas otras; mas la que por aquel tiempo aventajó á todas, fué la que por espacio de unos tres años funcionó en la morada de su protector Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del Duque de Lerma, gran Valido del Rey, Comendador mayor de Calatrava y Conde de Saldaña por su matrimonio con la inmediata heredera de la casa del Infantado. Lope de Vega en sus cartas al Duque de Sesa, Aguilar de Prado en sus opúsculos, y otros muchos escritores de su tiempo, hablan bastante de aquellas veladas poéticas, de las que además se conserva, inédita todavía, colección con versos del mismo Conde de Saldaña, del Marqués de Alcañices, del Conde de Salinas, del de Lemos, del Príncipe de Esquilache, del Conde de Rebolledo, del Conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, poco después Valido de Felipe IV, del de Villamediana, y finalmente de Lope de Vega, D. Francisco de Quevedo, D. Antonio de Mendoza, Luis Vélez de Guevara, D. Luis de Góngora, don Francisco de la Cueva, D. Pedro de Mendoza, Gaspar de Barrionuevo, Alonso de Selas Barbadillo, Pedro Liñán de Ríaza, el maestro Vicente Espinel, D. Francisco de Rioja, Gaspar de Teves, Jacinto de Aguilar y Prado, Andrés de Claramonte, D. Pedro Abarca de Bolea, Her-

nando de Biedma, Miguel de Silveira, D. Antonio Cuadrado de la Cueva, Lorenzo de Mendieta, Lupercio Leonardo de Argensola, Julián de Almendáriz, el divino Miguel Sánchez, Agustín de Vargas, D. Francisco de Vivanco, Alonso de Ledesma, Tomé Hernández, Felipe de Sierra, el licenciado Riche, D. Juan Pardo de Rivadeneyra, D. Fernando Ortiz y otros no menos notables de los que á la sazón florecían en la corte.

La afluencia de jóvenes magnates no era tampoco corta, y Andrés de Claramonte y Corroy nos ha conservado sus nombres en un ingenioso romance, de que, jugando del vocablo con sus apellidos, dió lectura entre la alegre satisfacción y los entusiastas aplausos del concurso en una de sus sesiones. Este romance dice así:

Amor, absoluto rey
De las almas y las vidas,
Me subió desde merced
A excelencia y señoría.
Vi *el alba* vertiendo perlas
En los ojos de una niña,
Haciéndome *Duque de Alba* (1)
Su hermosa y gallarda vista.
De los *arcos* de sus cejas
Una *flechilla* me tira;
Y fuí, con ser *Duque de Arcos* (2),
También *Marqués de Flechilla*.
Mil noches *frías* rondando
Sus puertas y sus esquinas,
De la noche á la mañana
Era su *Duque de Frías* (3).
Haciendo *aguas* una dueña,
Vertiendo la bacinica,
Era *Duque de Veraguas* (4),
Y sobre mí las vertía.
Convidándome á cenar

-
- (1) D. Antonio Alvarez de Beaumont y Toledo.
(2) D. Rodrigo Ponce de León.
(3) El Condestable D. Juan Fernández de Velasco.
(4) D. Alvaro Jacinto de Portugal y Colón.

Con ella y otras amigas,
 Fuí *Marqués de Cara-cena* (1),
 Pues fué todo á costa mía.
 Desde entonces empecé
 Con majestad excesiva
 Á ser el *Marqués del Gasto* (2)
 Del plato y de la comida.
 Aquella noche alcancé
 La *palma* que pretendía,
 Con que fuí *Conde de Palma* (3)
 En mi amorosa conquista.
 Todas las *ferias* del año,
Duque de Feria me hacía (4);
 Aunque procuraba yo
 Ser *Conde de Fuensalida* (5).
Conde de Fuentes (6) mil veces
 Me hizo en la platería,
 Pidiéndome la feriasse
Fuentes, platos y salvillas.
 Cuando para su conserva,
 Cuajada en heladas pipas,
 La enviaba azúcar blanca,
 Era *Duque de Gandía* (7).
 Si acaso se le antojaban
 Aceitunas de Sevilla,
 Era *Conde de Olivares* (8)
 Y luego se las traía.
 Cuando por *lista* enviaba
 A pedir sus niñerías,
 Si las enviaba, era
 El Conde de *Alba-de-Lista* (9).
 Cuando acaso le enviaba

-
- (1) D. Luis Carrillo de Toledo.
 (2) Gasto ó Basto, D. Francisco de Tapia y Leiva.
 (3) D. Luis Antonio Portocarrero.
 (4) D. Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba.
 (5) D. Pedro López de Ayala.
 (6) D. Manuel de Acevedo y Zúñiga, Conde de Monterey.
 (7) D. Francisco de Borja.
 (8) D. Gaspar de Guzmán.
 (9) D. Enrique Enríquez de Guzmán.

Todo cuanto me pedía,
 Libre de dudas y celos,
 Era *Conde de Buendía* (1).
 Cuando le daba más oro
 Que ella *pesaba* y valía,
 Era *Conde de Oro-pesa* (2),
 Sin ser *Conde de Tendilla* (3).
 Desde el punto en que la vi
 No pude, sin dar primicias,
 Ser *Marqués de Villa-franca* (4),
 Ni *Duque de Franca-vila* (5).
 Y con dar todas las horas,
 Como reloj en capilla,
 Era *Conde de Año-ver* (6),
 Pues de *año* en *año* la *vía*.
 Llevando llena la bolsa,
 Al volver de la visita,
 No fui *Marqués de Vi-llena* (7),
 Pues siempre la *vi-vacia*.
 Cuando celos me causaba,
Conde de Chinchón me hacía (8);
 Que son los rabiosos celos
Chinches que en el alma pican.
 Dándole algunos puñetes
 En sus rosadas mejillas,
 Fui *Conde de Puñonrostro* (9)
 Cuando celos me pedía.
 Y viendo la socarrona
 Que el título pretendía
 De *Marqués de Peña-fiel* (10),
Conde de Cabra (11) me hacía.

-
- (1) D. Eugenio Padilla.
 (2) D. Juan Alvarez de Toledo.
 (3) D. Íñigo López de Mendoza.
 (4) D. Pedro de Toledo Osorio.
 (5) D. Diego de Silva Mendoza.
 (6) D. Luis Laso de la Vega y Guzmán.
 (7) D. Juan Pacheco, Duque de Escalona.
 (8) D. Luis Jerónimo Fernández de Córdoba y Bobadilla.
 (9) D. Arias Gonzalo de Bobadilla.
 (10) D. Juan Téllez Girón.
 (11) D. Antonio Fernández de Córdoba.

Por pasear por su calle,
 Que de ordinario lo hacía,
 Contemplando en sus ventanas,
 Era *Conde de Alta-mira* (1).
 Y arrimándome á unas tapias,
 De adonde verla podía,
 Era *Conde de Paredes* (2)
 El tiempo que allí asistía.
 En el castillo de luna,
 Con sus mudanzas esquivas,
 Era *Conde de Saldaña* (3)
 Si dineros no tenía.
 Era para sus tocados
Almirante de Castilla (4),
Adelantado en pagarle,
Condestable en asistirla.
Conde de El-da me llamaba (5)
 Un galán que ella quería,
 Como si dijera: «*él dá*
 Para que yo coma y vista.»
 Era yo *Marqués de Cortes* (6),
 Cuando de punta venían
 A dárselos de Milán
 Para jubones y almillas.
 Fuí su *Marqués de Alcañices* (7)
 Y de *Cenete* unos días,
 Y hasta quedar de *Mondéjar* (8)
 Más *mondado* que la espina.
 Y tras esto de la corte
 En una mula mohina,
 Tan flaca como mi bolsa,
 Quedé *Marqués de Mal-pica* (9).

-
- (1) D. Lope de Moscoso Osorio.
 (2) D. Pedro Manrique de Lara.
 (3) D. Diego Gómez de Sandoval.
 (4) D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera.
 (5) D. Juan de Coloma.
 (6) D. Miguel de Navarra y Monleón.
 (7) D. Alvaro Enríquez de Almansa.
 (8) D. Iñigo López de Mendoza y Mendoza.
 (9) D. Manuel de Ribera Barroso.

Con la caída del Conde-Duque de Olivares, parece que se obscureció el último rayo de aquel gran astro que había iluminado los gloriosos destinos de España durante cerca de dos siglos. Sólo Calderón de la Barca sobrevivió coronado en vida de los inmarcesibles laureles que suelen ser don de la posterioridad, á la casi total extinción de aquellas robustas generaciones, que tanto habían elevado el concepto público de España en el mundo, no sólo con las artes de la guerra, que nos hicieron prepotentes, sino con la moda de nuestro habla que impusimos por largo tiempo á los pueblos y con la imposición de nuestras producciones literarias que todavía eran los modelos á que se ajustaban los ingenios nacientes de Francia. El infante D. Carlos, hermano de Felipe IV, había muerto en la flor de su edad, quitando á las musas las gratas promesas de uno de los más inspirados alumnos del Parnaso. Los cuidados de la corona y las contrariedades de la fortuna habían apagado la antorcha del numen en el alma del Monarca, cuya misma tertulia íntima literaria también había mermado considerablemente el filo de la Parca. Ya el español no era el habla de los Príncipes, cuando los de Italia alternaban en la corte de Ferrara con la gentil Lucrecia Borja, que hizo excelentes versos castellanos, ó cuando Francisco I de Francia, el vencido de Pavía, entretenía la melancólica contrariedad de su prisión en Madrid, construyendo filosóficas sentencias en sencillos villancicos en nuestra lengua. Un titulado Príncipe de Irlanda, en Salamanca, y un Príncipe converso de Fez, en Madrid, no dirigían elogios rítmicos á nuestros poetas Julián de Almendáriz y Lope de Vega Carpio, ni en Inglaterra, que con los colegios católicos de Valladolid, Salamanca y Sevilla, inundó nuestro Pindo de poetas gallardos de Irlanda y de Escocia, émulos de nuestros propios naturales, proyectaba ningún viaje romántico á nuestra corte algún Príncipe de Gales, como el infortunado Carlos Stuart, para venir á cantar al pie de las ventanas de palacio en las dulces alboradas de Abril

endechas latinas en loor de la Infanta que idolatraba.

Don Juan José de Austria Calderón escribió versos, ¡pero qué versos! Ni aun sus apasionados tuvieron valor para ponderarlos. Todavía se celebraban academias, certámenes y justas poéticas á que concurrían algunos títulos de Castilla; pero ni aun el último Almirante que dió á las prensas sus *Fragmentos del ocio*, se atrevió á poner su nombre en aquella colección de versos sin poesía. La decadencia era extremada. El espíritu nacional se había debilitado profundamente en medio de las discordias interiores y de las ambiciones de la política. Á la recíproca estimación había sucedido la rivalidad recíproca; al amor, el odio; á la admiración, la befa, y así como desde el advenimiento de Carlos V al trono y durante todo el reinado de Felipe II las musas se recrearon en exaltar con inspiradas apoteosis las acciones insignes y las empresas gloriosas á que daba cima el entusiasta espíritu nacional, convertido poco á poco el afán de gloria en afán de lucro y todas las codicias en sórdido interés, la emulación primero, la enemistad más tarde trocaron los antiguos panegíricos en sátiras las más mordaces, donde el acero de la palabra envenenada hería de muerte toda elevación de sentimientos. Más ó menos largo, la sátira siempre es el pasquín, y el pasquín la insolencia anónima y el cobarde agravio. Bajo estos disfraces desaparecieron los nombres propios, y ya no fué posible averiguar qué cuna tenían aquellos viles pensamientos. El vulgo vengaba con ellos, repitiéndolos con deleite, la bajeza de su posición. Los nobles, que se los proporcionaban á hurtadillas, los desautorizaban y escarnecían en público. ¿Era aquella una manifestación del ingenio y de la cultura? No; el alto templo de Apolo en la cima del Parnaso había cerrado sus puertas. Aquello no era más que una depravación, que causó la ruina de la patria. No se culpe á los Reyes de aquel cambio. La nación lo había consentido, y todas las clases sociales, desde las más elevadas hasta las más plebeyas, sido sus cómplices.

Dos siglos y medio llevamos en esta postración miserable. ¿Habr  llegado la hora de despertar?

III

Las poesías que   continuación se irán publicando no tienen otro objeto que refrigerar las antiguas ideas patrias y crear los estímulos interiores con los que únicamente pueden hacerse grandes las naciones. Las instituciones mismas, por eficaces que sean, nada resuelven por sí cuando el espíritu público no contribuye   su eficacia. Cualquier estado que revele que lo informan las inspiraciones de un gran espíritu nacional, es preferible   las más halag neas conquistas del derecho. La cultura intelectual, que no emana de la fuente interna de la moral y no se apoya en su marcha hacia los destinos del porvenir con todas las fuerzas de la tradición y de la historia, no puede menos de ser una cultura postiza   ficticia. No; la imitación extraña no se traduce en aumento eficaz de las fuerzas propias. Toda nación, como todo individuo, ha de tener en sí las fuerzas sostenedoras de su existencia. Cuando valimos todo lo que hemos representado en el mundo desde los últimos años del siglo XV hasta la mitad del XVII, no constituyó nuestras poderosas energías ninguna clase de imitaciones.  Ni qu n había de proporcion rnoslas?  Eran los moros,   quienes arrojam s derrotados y para siempre de la península?  Era Francia, que no pudo disputarnos el dominio de Navarra?  Era Italia, que en vano se ali  con Francia para impedir nuestra dominación? Era el natural movimiento de nuestra propia energía, fortalecida por la brillante cultura nacional, y por las gloriosas empresas de unidad que habíamos acometido con impavidez y realizado con constancia.

 Est n terminados nuestros destinos en la historia?  Est n agotados los ideales de nuestra nación? Si nues-

tros destinos no están cumplidos, ni saciadas todas las nobles ambiciones de nuestro espíritu, volvamos la vista para vigorizarlo al espectáculo nacional de otros siglos; demandémosles su inspiración y sus enseñanzas; levantémos la instrucción general sobre fuentes de ideas propias; desenvolvamos y saquemos del polvo de nuestros archivos todas las sagradas reliquias del pasado que, como inagotables tesoros, nos dejaron nuestros padres; concordemos sus ideas con nuestras ideas, sus sentimientos con nuestros sentimientos, la eficacia de su dirección con la de la que hemos de imprimir á nuestros actos para arribar á los términos deseados, y caminemos hacia el porvenir y sus gloriosos tiempos imbuídos de este espíritu regenerador. La literatura, la ciencia, el arte, todos los instrumentos de la antigüedad nos ofrecen docta enseñanza. Operemos virilmente el renacimiento de nuestra nación.

Por lo demás, en las páginas que aquí damos, no nos hemos propuesto ningún método de inflexibilidad. El cuadro que con estas muestras se representa es bastante elocuente por sí para llamar la atención de las clases todavía selectas en medio de nuestras decantadas democracias, á fin de que puedan apreciar las ventajas de los modelos que se les ofrecen. Los mismos que escribieron estas bagatelas de la lira, brotes de la juventud y ocios de la ancianidad, que en último resultado demuestran exuberancia de fuerzas intelectuales, fueron los que con la política y la espada impusieron al mundo los pasados respetos de nuestra perdida grandeza. Casi todas las composiciones que aquí se compendian son hasta ahora inéditas, porque los que las compusieron, entregados á más altos deberes del servicio común, estimaron que no se comportaban bien con la severa dignidad de sus destinos más culminantes. Recójalos, sin embargo, la curiosidad, estímelo el estudio en lo que valen en sí, y sirvan para todos, así de grato entretenimiento, como de fuente de meditación. Sólo la instrucción levanta hoy á los pueblos; sólo la instrucción los redime. Este axioma no nos

lo da el espectáculo general del mundo exterior que nos rodea: este axioma nos lo confirman, con lo que las ligeras producciones que aquí daremos revelan por sí, respecto al ejemplo que nos proporcionan de su cultura, los que, con elevado espíritu nacional, nos precedieron en el curso de la vida y dieron á España las grandezas de los tiempos envidiables que alcanzaron.



DEL REY DON FELIPE II

REDONDILLA

*Contentamiento, ¿dó estás
Que no te tiene ninguno?
Si piensa tenerte alguno,
No sabe por dónde vas (1).*

GLOSA

Lo que se debe entender,
Fortuna, de tu caudal,
Es que siendo temporal
No puedes satisfacer
Al alma, que es inmorta .
Tú me diste y me vas dando
Honra, estado, reino y mando;
Y es tan poco lo que das,
Que digo de cuando en cuando:
Contentamiento, ¿dó estás?

No estás entre los favores
De este mundo y sus floreos,
Ni en el fin de sus deseos,
Ni en sus riquezas y amores,
Ni en victorias y trofeos.
En fin, no te halla alguno,
Que todos dicen de no;

(1) Esta redondilla, cabeza de la glosa, es también del Rey, y fué glosada por varios poetas del siglo XVI.

Y entienda el mundo importuno
Que, pues no te tengo yo,
Que no te tiene ninguno.

Buscar contento en la tierra
Es buscar pena en el cielo,
Y en el abismo consuelo,
Tranquilidad en la guerra,
Y calor dentro del hielo.
Dentro ni fuera de España
No le hay, porque acompaña
En su trono al Trino y Uno;
Y fuera de aquí se engaña
Si piensa tenerte alguno.

Quien te busca entre contentos,
Contento, tenga entendido,
Que te pierde y ha perdido,
Porque entre los descontentos
Sueles estar escondido.
Y si Dios, fuera de tí,
Padeció penas por mí,
Para entrar adonde estás;
El que no va por aquí,
No sabe por dónde vas (1).

(1) El autor anónimo del *Panegírico por la poesía* (Montilla, por Manuel de Payva, 1617) y Luis Zapata, el poeta del *Carlo famoso* (Valencia, por Juan Mey, 1566), en su *Miscelánea*, atribuyen á Felipe II esta

REDONDILLA

Cruz, remedio de mis males,
Ancha sois, pues cupo en vos
El gran Pontífice Dios
Y cinco mil cardenales.

Por último, en su *Arancel político* (inédito), Gaspar Caldera de Heredia dice que también es de Felipe II este

EPIGRAMA

Si es nada la cortesía,
Menos que el aire y el viento,
El que de ella es avariento,
¿De qué liberal sería?

La grandeza más honrada
Que los príncipes tenemos,
Es que dar mucho podemos
Á todos con lo que es nada.

Todos ó casi todos los Príncipes de la dinastía austriaca en España tuvieron aptitud para la poesía. Los historiadores del final del siglo XV atestiguan que la Princesa D.^a Margarita, que debió disfrutar de la jerarquía soberana de Castilla y Aragón, á no haber muerto en la flor de su edad su prometido el Príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, viniendo á nuestras costas para celebrar sus bodas, sufrió una horrible borrasca en que estuvo para naufragar el barco que la conducía. En medio de la tribulación de momento tan arriesgado, Madama Margarita compuso en forma de epitafio un epigrama chispeante en francés, que era su idioma natal, y que nuestros analistas tradujeron así:

«Yace aquí Margarita,
Gentil damisela
Que tuvo dos maridos
Y murió doncella.»

De Felipe III, cuando se educaba, hay fragmentos de poesías escritas de su puño y letra, como el siguiente, que lleva la fecha de San Lorenzo, 1582:

.....
Dulce y vano atrevimiento
Poner confianza alguna
Sobre tan flaco cimiento
Como esperanza y fortuna.
.....
.....

Las poesías de Felipe IV, del Infante D. Carlos y del Príncipe Carlos Manuel de Saboya, que nos han quedado, irán en su lugar respectivo.

VERSOS Y SENTENCIAS CASTELLANAS

DEL REY DE FRANCIA FRANCISCO I

CUANDO ESTUVO PRESO EN MADRID

I

Corazón, no desesperes;
Que mujeres son mujeres (1).

(1) La primera de estas sentencias la publicó el primer Marqués de Pidal, así como la glosa del licenciado Tomé de Burguillos, poeta del siglo XVI, que nada tiene de común con el de las *Rimas* que bajo el mismo nombre, como pseudónimo propio, publicó Lope de Vega en 1634. Hé aquí la

GLOSA

Deja al tiempo con paciencia
Hacer lo que le conviene,
Pues entre mudanzas tiene
La cura de tu dolencia.
Si te hacen resistencia,
No por eso desesperes:
Que mujeres son mujeres.

Como no pueden forzar
Su propia naturaleza,
Por ira, ni por braveza
No debes desconfiar.
Que mediante el esperar
Vendrás á ver lo que quieres
Que mujeres son mujeres.

Que si por honestidad
Son firmes algunas bellas,
No tanto, que falte en ellas
Mudanza de voluntad.
Pues con tal seguridad
No hay razón porque no espe
Que mujeres son mujeres.

II

En el mar do no hay bonanza
No hay remedio de esperanza.

III

Súfrase quien penas tiene,
Que tiempo tras tiempo viene (1).

IV

Ser mal seso, ó ser cordura,
Quien lo muestra es la ventura.

(1) También este pareado tiene la siguiente glosa que compuso el Marqués de Tarifa, D. Fadrique Enríquez y Afán de Ribera:

GLOSA

La tristeza ni el contento
No pueden prevalecer,
Porque el triunfo ha de volver
En placer el descontento,
Y el descontento en placer.
Y en cualquiera buena andanza
A todos saber conviene
Que el bien tras el mal se alcanza,
Y, en fin, de tal esperanza
Súfrase quien penas tiene.

Súfrase en cualquier desdén
Aunque muy peor le vaya;
No desfalezca ni caya,
Porque no es capaz del bien
Quien en los males desmaya.
Y aunque éstos más lejos vea
El placer que lo detiene,
Entonces más cierto crea
De alcanzar lo que desea:
Que tiempo tras tiempo viene.

VERSOS ATRIBUÍDOS A CRISTÓBAL COLÓN

DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO
GRAN ALMIRANTE DE INDIAS Y PROGENITOR DE LOS DUQUES
DE VERAGUA

MEMORARE

Memorare con gran tiento,
Oh hombre, cualquier que seas,
Tener siempre el pensamiento
Á Dios y á su mandamiento,
Si con él reinar deseas.
Pára mientes que proveas,
Pues necesario es morir,
Que en el tiempo del partir
El camino llano veas.

NOVÍSSIMA

Novissima proveyeron
Siempre los santos varones;
Del mundo se suspendieron;
Á Cristo siempre sirvieron,
Sufriendo tribulaciones.
Dejando las afecciones
Carnales de vanidad,
Débeste con humildad
Refrenar de tus pasiones.

DEL MISMO CRISTÓBAL COLÓN

GOZOS AL NACIMIENTO DE S. JUAN BAUTISTA

SU PATRONO Y PROTECTOR

VILLANCICOS

Gozo de más regocijo
Este día que otros días:
Que hoy nació el muy santo hijo
De Isabel y Zacarías.

Gozóse el Verbo Divino
Cuando su primo saltaba
En el vientre viejo, digno,
Que su madre visitaba:
Y tú, Virgen, que estarías
Al parto de tal sobrino,
Gozo sin tiento ni tino
Recibes con Zacarías.

DEL ALMIRANTE DE CASTILLA

DON FERNANDO HENRIQUEZ

I DUQUE DE MEDINA DE RIOSECO Y CONDE DE MELGAR
Y DE MÓDICA EN SICILIA

Obra nuevamente compuesta sobre el gran naufragio
que á la armada del Invictísimo y católico señor el Emperador, Rey y señor
nuestro, le sucedió en la conquista de Argel en el mes de setiembre
del año MDXXXXI años.

- I. Hauiendo de recontar
Lo que cumple no encubrir,
A Dios deuia pedir
Mil lenguas para hablar,
Mil plumas para screuir.
Mas temo caher en mengua
En aquesta narracion,
Porque haunque sobra razon,
No puede dezir la lengua
Lo que siente el corazon.
- II. Paresce ser imposible
Recontar lo que passó,
Porque aquj lo digo yo,
Cómo parezca jncreyble
Al mesmo que allí lo vió.
Mas sin que nadj resista
Protesto en ygualdad,
Que en tan grande variedad
Como testigo de vista
Daré fe de la verdad.
- III. No ay nadie que no se miembre
Como estando la mar buena

Las naus, tendida la entena,
 El postrero de setiembre
 Salieron de Cartagena.
 De donde hecha la salua
 Van todos con alegria,
 Siendo capitan y guia
 Don hernando, duque d'alua,
 En toda la flota y via.

IV. Estaua el Emperador

En Mallorca, al continente,
 Con su armada muy luziente,
 Sperando con fauor
 Nuestra armada de poniente.
 Mas dandose ya los puntos
 Del tiempo aduerso y cruel.
 Ni podimos ver á él
 Ni él vernos á todos juntos
 Hasta la vista de Argel.

V. Como en el puerto se encierra,

Spera de buena gana
 Nuestra flota castellana
 Hasta ya que saltó en tierra
 Domingo muy de manyana.
 Este dia no se encubre
 Por el poniente á ninguno;
 Por esso yo no lo jmpuno
 Que fué á veynte tres de octubre
 Año de quarenta uno.

VI. Segun la grande speranza

Qu'el Emperador tenia
 En la divina valia,
 Pensó que tanta puxanza
 Era hecha en demasia.
 Por esso cuando saltaron
 A vista de las murallas,
 No mirando en las batallas
 Por entonces, no sacaron
 Ni tiros, ni vituallas.

VII. Fué tan grande inconveniente

Este, á nuestro parescer,
 Que por falta de comer

Estuvo toda la gente
 A punto de se perder.
 Este mal tan desdichado
 Se sparció, por un terror,
 (1)
 Dende el mas baxo soldado
 Hasta el mas alto señor.

VIII. Ni Duque ni Conde huuo
 Príncipe ni Cauallero
 Que hasta el día postrero
 Esta hambre no sostuuo
 Y fué del mar porcionero.
 No lo acertaré, si callo,
 La uida qu'ellos hazian;
 Que los palmitos cozian
 Y las carnes de cauallo
 Era lo mas que comian.

IX. Hauia mucho' spañoles
 Que todo un día les conuino
 Por buena cuenta y buen tino
 Comer con seys caracoles
 Sin otro pan ni otro uino.
 Finalmente á tales puntos
 Vinieron, porque se crea
 Qu'estaban con la hambre fea,
 Mas como cuerpos diffiunctos
 Que como hombres de pelea.

X. Para hauer de sustentar
 Tanta gente aduenediza
 Manda con voz no postiza
 El Emperador matar
 Toda su caballeriza.
 Ya uereis con qué dolores,
 Con qué secretos gemidos,
 Siendo á ello compelidos,
 Degollauan los señores
 A sus caualllos queridos.

XI. Ya se halla cauallero
 Que con dolor y pesar

(1) Falta un verso en el original.

Su cauallo singular
 Lo embia tras un otero
 Por no le ver degollar.
 Si paresce marauilla
 A los que en la tierra staban
 Los cauалlos que matauan,
 No era ver menos manzilla
 Los que en las naus degollauan.

XII. De suerte, si no me engaña
 La cuenta del buen compas,
 Fueron sin tornar atras
 Los de Italia y los de España
 Tres mil cauалlos y mas.
 Los sabios y los discretos
 A Dios deuen de loar,
 Porque se quiere mostrar
 Tan profundo en los secretos
 Quanto sabio en el obrar.

XIII. Luego el martes siguiente,
 Qu'es dia de Sant Crespin,
 Dia enhadado y rruyn,
 Bien pensó toda la gente
 Qu'era llegado su fin.
 Quando con duros momentos
 Que aquí no pueden dezirse,
 Sin pensarse ni sentirse,
 Se turban los elementos
 Y el cielo quiere hundirse.

XIV. La mar con terrible sfuerzo
 Se tornó tan cruda y braua,
 Que como montes se alzaua;
 Viene un agua con un zierzo
 Que las naus nos arrancaba.
 Viérades como mostraban
 Todos con lástima y duelo
 De su muerte gran recelo;
 Oyérades como alzaban
 Los clamores hasta el cielo.

XV. Assí sin otras renzillas
 Los más duros y obstinados,
 Los corazones quebrados,

Se ponian de rodillas
 Confessando sus pecados.
 Todos estallan deuotos
 Jurando hemendar su vida;
 Todos con voz dolorida
 Hazian mandas y votos
 Si Dios les daua guarida.

XVI. Nunca vieron los nacidos
 En un punto y un momento
 Tres contrarios por un cuento
 Tan brauos y enforecidos:
 La mar, la lluvia y el viento.
 Pues viendo con qué porfia
 Se yban todos á anegar,
 Para poderse aliuiar,
 Todo quanto bueno hauia
 Lo lançauan á la mar.

XVII. Algun gentilhombre huuo
 De los muy fauorecidos
 Con lágrimas y gemidos
 Que de rodillas estuvo
 Rogando por sus vestidos.
 En estos duros baybenes,
 ¿Quien os podria contar
 La ropa y el axuar,
 Las riquezas y los bienes
 Que lançauan á la mar?

XVIII. Finalmente sin contienda
 Con palabras no fingidas,
 Tenian por bien perdidas
 Las riquezas y la hacienda
 Solo por saluar las vidas.
 La mar no daua bonanza
 El viento no se rendia,
 Y assi ninguno tenia
 De su remedio speranza,
 Ni speraua mejoría.

XIX. Entonces con artes sabias
 Con voluntades muy buenas
 Rompian á fuerças llenas
 Unos mástiles y gabias,

Otros trinquetes y entenas,
 Unos estauan de lado
 Que nada quasi sentian;
 Otros de spanto morian;
 Otros se echauan á nado
 Por ver si se saluarian.

XX. Muchas mugeres de Flandes,
 Tambien de nuestra nacion,
 Vinieron á la saçon;
 Que oyr sus voçes grandes
 Era muy gran compasion.
 ¡Pluguiera á Dios que bastara
 Estar en tales contiendas
 De por medio tantas prendas,
 Y todo el mal se empleara
 En perderse las haziendas!

XXI. Mas ¡ay! tristes, desdichados,
 Que siendo Dios en verdad
 Inclinado á piedad,
 Le hazian los pecados
 Que usasse de crueldad.
 Assi con estos desuios,
 Con este duro interés,
 Para ser todo al revés,
 Uno á uno los navios
 Yban á dar al través.

XXII. Viérades con que poder
 Las áncoras en que estauan
 Todas se despedaçauan,
 Y se yban á perder
 A do los moros estauan.
 ¡Oh! qué gritos y alaridos!
 ¡Qué lagrimas sin consuelo!
 ¡Oh! qué llantos y qué duelo!
 ¡Oh! qué voces y gemidos!
 ¡Qué clamores hasta el cielol

XXIII. Assi yuan d'ste talle,
 Como lo hablo y semejo,
 Sin xarcias, sin aparejo,
 Sin velas, sin gouernalle,
 Sin auiso, ni consejo.

Yuan en estos baxeles
 Las gentes desacordadas;
 No eran á tierra llegadas
 Quando los moros crueles
 Los matauan á lançadas.

XXIV. Fuera d'stos embaraços
 Recrescieronse otros males,
 A estos no desyguaes;
 Que se hizieron pedaços
 Treze galeras Reales.
 Pues quando yua la galera
 Dando con tanto dolor
 Mil bueltas al redor;
 ¡Oh! quien por entonces viera
 Al muy noble Emperador!

XXV. El estaua en la montanya,
 Teniendo la mar delante,
 Y con ver mal tan puxante,
 No mostraua yra ni saña
 Sino gracioso semblante.
 Pero, mirando la lid
 Quan aduersa succedia,
 Parescióle que deuía
 Hazer lo que hizo Daud,
 Quando Dios le destruya.

XXVI. Y assi, puesto de hinojos,
 Traspasado el coraçon,
 Viendo la gran perdicion,
 Con lágrimas de sus ojos
 Hizo al Señor oracion.
 «Ya Señor no se detenga;
 Tu castigo manifiesto
 Venga, venga en mi muy presto,
 Ya podrá ser que yo tenga
 La culpa de todo esto.

XXVII. »No permitas, Señor, que
 Assi mueran mis ouejas;
 Pues mis culpas son tan viejas,
 Venga, Señor, super me
 Lo que á ellas aparejas.
 Pues yo, como mal pastor,

De tanto mal descuidado,
 He puesto aquí mi ganado,
 Hágase, mi Redemptor,
 Que muera yo, si es tu agrado.»

XXVIII. En fin las que se perdieron
 Entre naus y carabelas,
 Todos dicen, sin cautelas,
 Que, por todas juntas, fueron
 Mas de ciento y veinte velas.
 Pues ya me he puesto á contar
 El desastre que se encierra
 En esta mezquina guerra;
 Dexemos á los del mar
 Vengamos á los de tierra.

XXIX. Ya diximos quan gran mal
 Fué no sacar prouision:
 Que por sola esta ocasion
 Estuuu todo el Real
 A punto de perdicion.
 Alemanes y Tudescos,
 Ya sabeis su pelear;
 Sino tienen que tragar
 Y los barriles muy frescos,
 Assi los pueden matar.

XXX. Pues sin fuerzas y sin brio
 Desnudos y descompuestos
 Por entre aquellos recuestos
 De pura hambre y de frio
 Perecian los mas d'estos.
 Los nobles y delicados,
 Hasta el mismo Emperador,
 Estauan con gran dolor,
 Los dientes enclauijados
 De puro frio y temblor.

XXXI. Si algunos grandes tenian
 Qual que poca de vianda,
 Apartauanse á una banda
 Y á solas se lo comian
 Como quien rezando anda.
 Con este sabio fingir
 Cada qual se hazia tocho;

Porque un poco de vizcocho
 Lo habia de repartir
 Entre siete ó entre ocho.

XXXII. La lluvia fué de tal guisa,
 Tan rezia y desatentada,
 Que tenian apegada
 La carne con la camisa
 Y hacia aquesto no era nada.
 Lo que era á ellos del todo
 Mas pasion y mas ranzilla,
 Es que estauan sin manzilla
 Atestados en el lodo
 Hasta quasi la rodilla.

XXXIII. De suerte que los traxeron
 A tal término sus hados;
 Que muchos d'estos soldados
 Con gran lástima murieron
 En el lodo assi atestados.
 Pues los nobles sus socorros
 Eran estar ateridos,
 Sin ropas, y sin vestidos,
 Sin pelejas, sin afforros,
 Dando voces y gemidos.

XXXIV. Si entonces arremetieran,
 Los alarbes infinitos
 Como suelen, dando gritos,
 Sin duda los sparzieran,
 Como el lobo á los cabritos.
 Mas tan grande demasia,
 Tal denuesto y diffauor
 No lo quiso por su honor
 El que la guerra hazia,
 Qu'era Dios, nuestro Señor.

XXXV. Assi que fué tan sin par
 La tempestad y tan fuerte
 Que estouieron de una suerte
 Los de tierra y los de mar
 Al mismo trance de muerte.
 Pues estando assi en sus cotos,
 Tan agenos de guarida,
 Con voz triste y dolorida

Hazian mandas y votos
Si Dios les daua la vida.

XXXVI. Para hauer de dar fauor
A la gente de galera,
Le fué por toda manera
Forçado al Emperador
Descender á la ribera.
Pues baxar de la montanya
La gente tan descontenta,
Solo por la gran tormenta:
¿Quién duda que tal hazafia
No se tiene por affrenta?

XXXVII. Viérades sobre las tiendas
Los alarbes ayuntados
Espessos y amontonados,
Como las palomas duendas
Quando van á los sembrados.
Yendo, pues, mal ordenado
El campo, trechos á trechos,
Por las vinyas y barbechos,
Todos passaron á nado
Un rio fasta los pechos.

XXXVIII. Yva entonces esse rio, —
La verdad dezir la he yo,
Como assi se paresció, —
Tan destemplado y tan frio
Qu'el cuerpo les penetró.
Por la gran desordenanza
Qu'en el pasage touieron,
Muchos d'estos perecieron,
Vnos de la destemplanza,
Otros de frio que houieron.

XXXIX. Bien veyan los infieles
El principio y el remate
De tan grande desbarate,
Y assi con tiros crueles
Les dauan siempre combate.
¿Quien podrá en breue deziros
Su abastança, y prouision,
Sus armas, y guarnicion,
Sus lombardas, y sus tiros,
Su pólvora y municion?

- XL. Tiros tales y tan gruesos,
De vn metal no rompedizo,
Nunca Argel cierto los hizo;
Y echar tan juntos y espesos
Como puas del herizo.
Nunca se vió en la verdad
Cuidado pueblo guerrero
Tan bien puesto y tan entero
Y no es pueblo, ni ciudad,
Sino castillo roquero.
- XLI. Ya que todo el mal venia
Tambien este huuo de ser;
Que á mal de nuestro querer
Les dimos artilleria
Mas de la que han menester.
¿Para qué nos alargamos
En recontar la grandeza
De los bienes y riqueza,
Que allí entonces les dexamos.
Pues historia no los reza?
- XLII. No huuo persona alguna,
—Si, la verdad se confiese;—
Que parte no le cupiese
De aquella triste fortuna
Por mucho ó poco que fuesse.
La ganancia que sacaron
Los mas fuertes y sañudos,
Los mas sagaces y agudos,
Es que á buen librar quedaron
O dolientes ó desnudos.
- XLIII. Ya que en nombre de Jesus
Y de la Virgen Maria
El Campo se retraya,
Al cabo de Metifus
Fué su jornada y su via.
Donde, estando al mas feruor
La batalla, y mas caliente,
Mandó luego encontinent
De hecho, el Emperador
Embarcar toda la gente.
- XLIV. Vna tan recia hazanya
En tal tiempo y tal manera,

Si á los ojos no se viera,
 ¿Quien en toda la campaña
 Houiera que lo creyera?
 Nunca se abate del cielo
 De las aues la princessa
 Para salir con su empresa,
 Ni se contenta del buelo,
 Hasta que haya la pressa.

XLV. Tampoco se desuiara
 Nuestro principe y señor
 De la presa y su dulçor,
 Si Dios no le demostrara
 Señales de disffauor.
 Estaua toda la gente
 De hambre muy padecida,
 Estaua mal proueida
 La flota por el presente
 Para poder dar guarida.

XLVI. Estauan tantas galeras
 En tierra despedaçadas;
 Estauan las naus quebradas;
 Estauan por las laderas
 Muchos muertos á lançadas.
 Pues estando como estauan
 Las cosas, tan al reués,
 Por sallir con su interés,
 Las pocas naus que quedauan
 Podieran dar al traués.

XLVII. Y bien era de mirar,
 Como quien por culpa hierra,
 Que por sallir con la guerra
 Todos pudieran quedar
 Sin ningun socorro en tierra.
 Como persona muy sabia
 Miraua el Emperador
 Las cosas al derredor,
 Y que no hauia nau con gabia
 Ni dispuesto guerreador.

XLVIII. Por esso con gran estima
 Conosció todo aquel uado
 Estar por Dios ordenado,

Para no poder dar çima
 Al negocio començado.
 Y por esso luego empieça
 Sin ningun detenimiento,
 A hazer su acatamiento,
 Y abaxando su cabeza
 Obedesçe al mandamiento.

XLIX. Conosció por sabia sciencia
 Nunca ser grato el seruicio
 Al que lo toma por vicio,
 Y vales mas la obediencia
 Qu'el muy alto sacrificio.
 Y por esso al continente,
 Entre dos noches y vn dia,
 Manda embarcár á porfia
 Por tercias toda la gente
 En las pocas naus que hauia.

L. Viérades, aquellos puntos,
 La gente, quan grande era,
 Estar de aquella manera
 Tan espessos y tan juntos
 Como hazes en la era.
 Los caualllos que quedaron
 En las naus por el presente,
 Sin que houiesse resistente,
 En el punto los mataron
 Para guaresçer la gente.

LI. Toda la gente comun
 Se embarcó por sus vanderas
 En velas y naus ligeras,
 Y no cupieron haun
 Sin dar parte á las galeras.
 Hombres d'armas y vasallos,
 Príncipes y Caualleros,
 Todos voluieron seueros,
 Sin armas y sin caballos
 Sin vestidos nj dineros.

LII. Oh! si cuitas tan mortales
 En aquello se enboluieran!
 ¡En verdad pequeños fueran
 Nuestros desastres y males,

Con tal que solos vinieran!
 Mas no quiso en tal instante
 Aquel Supremo Señor
 Resistir de su rigor;
 Sino llevar adelante
 Las senyas de su furor.

LIII. Que de las naus que salieron
 Del puerto por buena cuenta,
 Al pie de ciento y ochenta,
 Muchas d'ellas se perdieron
 En la terrible tormenta.
 Sin orden y sin concierto,
 En el senyalado mes
 De noviembre, á dos y tres,
 Sallimos todos del puerto
 Dando vueltas al traués.

LIV. Vnos van de peña en peña
 Por el golfo de Leon;
 Otros vehen su perdicion;
 Otros tiran á Cerdeña;
 Otros bueluen á Mahon.
 Assi q'el viento los traxo
 A dó nunca nadi'arriba,
 Ni ay persona que lo scriua,
 A las unas mar abaxo,
 A las otras mar arriba.

LV. Vna nao de grandes señas
 En saliendo se perdió:
 Que se hizo y se tornó
 Mil pedazos en las peñas
 Do ninguno se apeó.
 Otra nau, en continente,
 Se perdió, en hauer sallido;
 Mas no huuo á tierra venido,
 Quando se entregó la gente
 A los moros de partido.

LVI. ¿Quien podrá con dichos buenos,
 Sin nota de hauer herrado,
 Recontar tan triste hado,
 Si son mas ó si son menos
 Los que la mar ha tragado?

En ningun ingenio cabe
 Decir sin nota de affrenta
 Los que faltan de la cuenta:
 Solo aquel Señor lo sabe
 Que dispuso la tormenta.

LVII. Cinquenta y cinco galeras
 Mas ó menos, sin horror,
 Quedaron con buen tenor:
 Estas salieron postreras
 En que fué el Emperador.
 Con él yua la campaña
 De los mejores guerreros,
 Todos los mas caualleros
 Con la nobleza d'España
 Sin los grandes Strangeros.

LVIII. Y no penseys qu'en su via
 Mucha bonanza lleuaron;
 Que los árboles cortaron,
 Y á la costa de Bugia
 Con gran trauajo llegaron.
 Vn mes quasi de entreualo,
 Desque de Argel nos partimos,
 Y acá en Spaña estouimos,
 Que d'ellos bueno ni malo
 Por ningun arte supimos.

LIX. ¿Quien dirá en breues razones
 Lo que las gentes sentian?
 ¿Quien lo que d'ellos temian?
 ¿Quien las missas y oraciones
 Que en Spaña se dezian?
 Estos ruegos y pregarias,
 Hechos con tanto feruor,
 Por el noble Emperador,
 Fueron asaz necessarias
 Para aplacar al Señor.

LX. Que se vieron en Bugia,
 Do la tierra no se labra
 Este secreto se abia
 Que comunmente valia
 Seys ducados, una cabra.
 Trigo, ni por pensamiento;

Fruta, gastado la hauian;
 Pues, donde nada tenian
 Ved el angustia y tormento
 En que todos estarian.

LXI. Fué tan duro el nauigaje
 Y la tormenta tamaña,
 Que ni por fuerza ni maña,
 Pudieron hacer passaje
 Dende Bugia hasta Spaña.
 ¿Quien os podrá referir
 Las bouedades y sonos,
 Las hablillas y opiniones,
 Que se dexauan decir
 Por caminos y mesones?

LXII. Vnos, puestos en sospecha,
 Tenian perplexidad;
 Otros con gran variedad
 Dezian ya d'esta hecha
 Se pierde la christiandad.
 Vnos, con dura porfia,
 Dezian: sí ¡se perdió!
 Otros; no, sino tiró
 A Italia y á Lombardia;
 Otros á Argel se boluió.

LXIII. Unos, puestos en questiones
 Dezian cosas indinas,
 Que se boluió á las Quexinas,
 Lleyando cient mil hurones
 Para meter por las minas.
 En mil partes se tenia
 Por muy seguras verdades,
 Que sin mas contrariedades
 Se entraua por Berberia
 Tomando muchas ciudades.

I.XIV. Pues viendo Dios con qué modos
 La gente cridaua assi straña
 Hizo mas gracia tamaña
 Que le gozassemos todos
 Sano y saluo buelto á 'spaña.

Conclusion del actor.

En fin si en esta postura
 Hay alguna decepcion
 Deue se me dar perdon,
 Porque tal vala scriptura
 Qual fué siempre la intencion.

Imprecacion contra Argei.

- LXV. Oh! Argell Dios te confunda:
 Su furor contigo parta;
 Porque haun no has quedado harta
 Con primera ni segunda,
 Con tercera ni con quarta.
 Segun siempre estás hambriento
 De pensamiento civil,
 No estaua tu hambre, en fil,
 Para que quedes contento
 Ni con ciento ni con mil.
- LXVI. Tus barajas y conquistas
 Para los leales son
 De muy mala condicion,
 Que no hieres á ojos vistas
 Sino con muy gran traycion.
 ¿Pues de qué te marauillas
 Si te vamos á buscar,
 Y te hazemos rabiár,
 Y sallir de tus casillas
 Y traherte á tal pesar?
- LXVII. Pero haga Dios pedaços
 Tus muchas tan resabidas,
 Qu'en las luchas ya tenidas,
 Sin que vengamos á braços,
 Nos das siempre las caydas.
 Tus obras son tan strañas
 Que no ay á quien no aberguences:
 Sin qu'el combate comiences,
 Y sin fuerzas, y sin mañas,
 A la fin siempre nos vences.

LXVIII. Aquel muy sagaz Anteo
 Que con Ercules luchaua,
 Quando en la tierra se echaua,
 Entónces con mas arreo
 Mayores fuerzas cobraua.
 Assi que tú si hazes guerra
 D'esto te sueles gloriar:
 Que la fuerza en pelear
 O te viene de la tierra,
 O te difiende del mar.

LXIX. Agora, pues, que se encierra
 Tu socorro y tu consuelo
 Acá en la mar ó en el suelo,
 Del mar sea ó de la tierra
 Tu socorro, y no del cielo.
 En tales cosas te fundas,
 Que su bondad es postrera;
 Pues ya te valgan siquiera
 A ti las causas segundas
 Y á nosotros la primera.

LXX. La sangre del justo Abel,
 Derramada sin templanza,
 Pedía con confianza
 Contra su hermano cruel
 A Dios su justa venganza.
 Pues tú de mañas feroces,
 Que trahe con hechos tiranos
 Ensangrentadas tus manos;
 ¿Piensas que no dará voces
 Sangre de tantos xpianos?

LXXI. Por las feas torpedades
 A los siglos yuan ditas
 De los suzios sodomitas,
 Quemó Dios tantas ciudades
 De gentes quasi infinitas.
 Pues ¡oh tristissimo Argel!
 Tu Rey d'este mal te toma:
 ¡Fuego del cielo que os coma!
 Pues mereces ser tu y él
 Quemados como Sodoma.

LXXII. Porque tomarse quisieron

Los judios sin razon
 A Egipto con Farahon,
 Por esso no merescieron
 La tierra de promission.
 Pues dime; ¿qué merecian
 Los perversos y estragados
 Que por hacer más pecados
 (1)
?

- LXXIII. Porque con affrenta y mengua
 Blasfemó contra el Señor
 El soberbio Nicanor,
 Luego fué hecha su lengua
 Mil piezas al derredor.
 Pues tu soberbiosa tema
 Que nunca se satisface
 ¿Que meresce, si te plaze,
 Siendo injuriosa y blasfema
 Contra aquel que bien te haze?
- LXXIV. ¡Plugiesse al Omnipotente
 Que tu entendimiento falto
 No se arrojasse en un salto,
 No digo sobre la gente,
 Mas haun contra el Dios muy alto!
 Mas ay! ay! raiuosa penal
 Que ya sin lástima y duelo
 Viendo la presa al reuuelo
 Morderás á los de tierra
 Y ladrarás hazia el cielo.
- LXXV. Pues ya, Señor, no consientas
 Que te hagan tal despecho:
 Nunca quedes satisfecho;
 Falta vengar las affrentas
 Qu'estos danados te han hecho.
 Tu eres solo poderoso;
 Tu eres el alto Señor;
 No sufras tal diffauor,

(1) Faltan dos versos en el original.

Pues que le conviene al osso
Tornar siempre por su honor.

Fin.

LXXVI. Yo doy gracias infinitas
Al muy alto soberano,
Pues quedando bueno y sano
Las coplas ya son scritas;
Y acabadas de mi mano.

DEL SEÑOR ANTONIO DE LEIVA

PRÍNCIPE DE ÁSCULI

CAPITÁN GENERAL DE ITALIA Y GOBERNADOR DE MILÁN

SONETOS

I

Ya tengo de suspiros lleno el viento
Y de llantos el mundo importunado;
Vivo en los tristes bosques apartado,
Mi soledad llorando y perdimiento.

Donde las fieras bravas también siento
Que huyan de me ver tan maltratado;
Y no sé cómo no es todo acabado
Ni en qué hace mi mal ya su cimiento.

Que no hay tronco ni piedra en este valle,
Ni rama verde, ni hoja, ni hay ninguna
Flor en esta montaña tenebrosa,

Que de lágrimas más no se halle
Bañada cien mil veces, y fortuna
De que padezco poco está quejosa.

II

A Gutierre de Cetina

Vandalio, mi destino y fiero hado
Con tan grande rigor me ha perseguido,
Que del paterno monte me ha traído
A este valle triste y despoblado.

De mi lira y rebaño despojado,
De duros infortunios oprimido,
Dó presto seré en llanto consumido,
Si no vivo por más vivir penado.

El alma y libertad dejé en las manos
De aquella que podrá con su hermosura
Librarme de otra más sangrienta guerra.

A otros, más que yo libres y sanos,
Podrán las santas ninfas de esta tierra
Sujetar con amores y blandura.

DE SAN FRANCISCO DE BORJA

DUQUE DE GANDÍA

Y MARQUÉS DE LOMBAY, EN SUS MOCEDADES

SONETO

Mi ímpia voluntad he yo ofrecido
Á la ninfa más casta y más hermosa
Que se ha visto jamás, y más dichosa
De cuantas nacerán y ya han nacido.

Dichosa, pues, que sola ha merecido
Que Venus ande de ella recelosa,
Y que apriete la venda, temerosa
De miedo no la vea el dios Cupido.

¡Oh! ¡qué cosa sería si la viese
Este, que á tantos hace tanto daño,
Y que de amores el Amor muriese!

¡Guárdese Venus! ¡No reciba engaño!
Que si, por dicha, tal le aconteciese,
No arriendo la ganancia en mal tamaño.

DEL PRÍNCIPE DE SALERNO
ROBERTO DE SAN SEVERINO,
DUQUE CONSORTE DE VILLAHERMOSA, EN SU PARTIDA
DE VALENCIA PARA ITALIA

SONETOS

I

Ya yo me voy, Señora, y cada día
Siento mayor el daño de apartarme
De vos, que así soliais consolarme
Y tenerme en mis males compañía.

Y solo voy con la desdicha mía
Por otro mundo del que solia hallarme,
De estos ojos llorando en acordarme
Cómo perdí mi bien y mi alegría.

En tan triste memoria voy pensando
Tan trabajosa vida, que deseo
Morir, por no verme ya cual ando.

De verme en el estado en que me veo
Procuro de á mí mismo irme engañando;
Mas de muy lastimado no me creo.

II

Amor y yo habemos parecido
Tahures que á las cartas han jugado;
Mas yo perdí: que él siempre ha ganado,
Si bien ó mal, Dios sabe cómo ha sido.

Si dicha fué, pues soy tan desdichado,
No quise más perder de lo perdido;
Volví á jugar, que cera en el oído
De vida en mí ninguna me ha dejado.

Si me perdí, consuélome con esto:
¿Qué jugador, si no fuera tan ciego
Como yo estoy, no hubiera el alma puesto?

Y más, si más tuviera; porque luego
Que él juntó el tal, perderse en el resto
Desastre fué, que no culpa del juego.

DE D. FADRIQUE ENRÍQUEZ DE RIBERA

MARQUÉS DE TARIFA

CANCION

Plegue á Dios que si otra mira
Mi alma, que tanto quiera,
Que de mala muerte muera
A manos de vuestra ira.
Y si llora ó si suspira
Si no por vuestra beldad,
Plegue á Dios que mi verdad
Tengan todos por mentira.

Plegue á Dios, si no se encierra
En vos todo mi consuelo,
Se cierre para mí el cielo
Y se me abra la tierra.
Y si el dolor que me aterra
De tanto bien no es capaz,
Plegue á Dios que en son de paz
Me hagan amigos guerra.

Plegue á Dios que si este pecho
Por su tesoro no os guarda,
Que en el fuego de amor arda
Hasta estar cenizas hecho.
Y si el mal que me habéis hecho
Estimo que hay bien tamaño,
Plegue á Dios que sea en mi daño
Cuanto fuera de provecho

Plegue á Dios, si he pretendido
Gusto que iguale á quereros,
Que cuando llegase á veros
Halle falto aquel sentido.

Y si á quejarme he venido,
Por más que ese rigor crezca,
Plegue á Dios que yo enmudezca
Ó que hable y no sea oído.

Plegue á Dios, si no bendigo
Y alabo vuestra hermosura,
Que no me dé Dios ventura
En el dulce mal que sigo.
Y si hubo otro testigo
De mis quejas, sino vos,
Que me alcance, plegue á Dios,
Todo cuanto me maldigo.

DEL DUQUE DE SESA Y BAENA
DON GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

NIETO DEL GRAN CAPITÁN

LA POBREZA

SONETO

Quien dice que pobreza no es vileza,
En poco tiene el título de honrado;
No sabe á lo que un hombre está obligado
Que no pensó jamás hacer bajeza.

Sepultura es de buenos la pobreza
Y ocasión de hacer lo no pensado;
Y donde muchas veces se ha anegado
El valor, el aviso y la nobleza.

En el pobre no luce entendimiento,
Ni se le écha de ver cosa que haga,
Y es odioso á los ojos de la gente;

La pobreza de espíritu es contento:
Mas la del cuerpo, cuerpo y alma estraga,
¡Y que sólo lo sabe el que lo siente!

COPLA

DEL MISMO DUQUE DE SESA Y DE BAENA

Si os pesa de ser querida,
Yo no os puedo no os querer:
Pesar habéis de tener
Mientras yo tuviere vida.

GLOSA DE ESTA COPLA, POR GREGORIO SILVESTRE

Señora, podéis creer
Que el que una vez pudo veros,
Imposible es no quereros
Aunque no os quiera querer.
Y si no tomáis placer
De ser amada y querida,
Pesar habéis de tener
Mientras yo tuviere vida.

Yo no se hallar manera
Después que amor me prendió,
Para no quereros yo,
Aunque no queráis que os quiera.
Si no se muda mi ser
Y el vuestro va de vencida,
Pesar habéis de tener
Mientras yo tuviere vida.

Pesar de vuestro pesar
Me turba el placer de amaros,
Y más que vengo á enojaros
Con lo que os debía agradar.
Mas si vos tomáis placer
Del pesar de ser querida,
Por fuerza os he de querer
Mientras yo tuviere vida.

OTRO SONETO AMOROSO

DEL DUQUE DE GANDÍA, MARQUÉS DE LOMBAY

SAN FRANCISCO DE BORJA

Señora, ¿hasta cuándo tal tormento
De enajenarme assí vuestra presencia?
Que no basta ya seso, ni paciencia,
Esfuerzo, ni razón, ni sufrimiento.

Un día, una hora, un punto, ni un momento,
No puedo yo vivir en vuestra ausencia;
¿Cómo podré passar la indiferencia
De tan amargo y triste apartamiento?

Tan dulce es de miraros la conquista,
Que á mí de mexor gana sufriría
Morir por vos á sangre y hierro y fuego,
Que no que me priveys de vuestra vista;

¡Volvedme en el estado que solía
Ó á donde os pueda ver y muera luego!

DEL CONDE DE ELDA D. ANTONIO COLOMA

SONETO Á LA MUERTE DE SU HIJO

Alma dichosa, que en la luz del cielo
Ves el grave dolor que así me afana,
Después que tu partida tan temprana
Cubrió mi corazón d'escuro velo;

Suplica al gran Señor que en mi consuelo
Provea de su mano soberana,
Haciendo en tu alto fin con voz ufana
Cantares de alabanza el tierno duelo.

Y que esclarezca así mi niebla oscura;
Que la contemplación de esa alegría
Venza en esto á la carne que flaquea:

Y en todo lo demás el alma mfa,
Hasta partir de acá, tan limpia y pura,
Que yo me pueda ver donde te vea.

DE DON MARTÍN CORTÉS

MARQUÉS DEL VALLE DE GUAXACA É HIJO DE HERNÁN CORTÉS,
CONQUISTADOR DE MÉJICO

OCTAVAS

De amor y de fortuna despreciado,
De accidentes mortales combatido,
De congoja y dolor tan apurado
Que el seso le fallestçe y el sentido,
Iba un pobre pastor, desventurado,
Buscando de una sierra lo escondido:
¡Tanto el tormento ya le desmayaba
Que entre un peñasco y otro se arrojaba!
Con profundos suspiros y continos,
Sus mejillas de lágrimas bañadas
Idas las sombrasinos (1),
Dize:—Mis ovejuelas desdichadas:
Buscar podreis de hoy más nuevos caminos,
Nuevos abrevaderos y cañadas;
Dexadme aquí llorando mi fortuna,
Do nunca habrá esperanza y dicha alguna.
Aquí se apagarán aquellos ojos
Que tan gran resplandor sufrir pudieron;
La tierra gozará aquí por despojos
Los triunfos de fortuna que adquirieron.
Aquí fenecerán cien mil antojos
Que amorosos efectos produjeron;
Aquí se verá claro cuánto puede
El tiempo y la ocasión, que á todo excede.

(1) Los claros que no se pueden llenar es por haber corroído la tinta el papel del manuscrito del siglo XVI donde se hallan.

Mas tanto no podrá mi desventura,
 Que gozes de este triunfo, cruel pastora,
 Que aquí, debajo de esta piedra dura,
 Sólo podrás llamarte vencedora.
 Aquí, donde será mi sepultura,
 Quedarán para siempre, desde agora,
 Tu saña, tu desdén, tu crudo olvido
 Y el miserable fin á que he venido.

Mas no permita el cielo ni lo quiera
 Que aqueste amor, que siempre ha sido mío,
 Por miserablemente que yo muera,
 Tan inmortal no quede cual confío.
 Antes su gloria entera
 Después que deje el cuerpo frío,
 Y porque eterna quede aquí su gloria,
 Quede aqueste epitafio en su memoria.

«Subió de amor á la mayor alteza
 Un mísero pastor se, podía
 Hacer su belleza,
 Que á todo lo bellísimo excedía.
 De suerte, de ventura y ufaneza
 El más.....
 Mas cuanto amor engrandeció su suerte
 Tanto abatió fortuna aquí su muerte.»

DEL ALMIRANTE DE CASTILLA

DON FADRIQUE HENRIQUEZ

REGENTE DE LA CORONA DE ESPAÑA (1)

VERSOS DE ESTILO MORAL

Justa cosa es que notemos
Lo que contino se vehe;
Pues el mal que no se crehe,
Si bien juzgamos, lo vemos.

(1) Tres poetas Almirantes de Castilla aparecen en los *Cancioneros* y colecciones manuscritas de poesías de los siglos XV y XVI. D. Fadrique Henríquez, que alcanzó los tiempos de cuatro reinados; D. Enrique IV, los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, D.^a Juana y Felipe *el Hermoso* y Carlos V; D. Fernando Henríquez de Velasco, hermano del anterior y primer Duque de Medina de Rioseco, y D. Luis Henríquez de Cabrera, nieto de D. Fadrique y caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro. Del Almirante D. Fadrique, que con el Condestable D. Íñigo Fernández de Velasco, fué Regente y Gobernador de España durante las guerras de las Comunidades de Castilla, hay versos impresos en el *Cancionero de Fernando del Castillo*, y diversas obras políticas y morales y algunas otras composiciones poéticas inéditas, como la que encabeza estas líneas. De su hermano D. Fernando Henríquez de Velasco, primer Duque de Rioseco, y su sucesor en la dignidad suprema que se renovaba en los de esta estirpe, desde D. Alonso Henríquez, hijo del maestre de Santiago D. Fadrique y nieto del Rey D. Alfonso XI, se conservan muchas más composiciones y algunas de carácter histórico, como la *Invectiva contra Clemente VII después del asalto y saco de Roma*, y la *Expedición de Carlos V á Argel*; un *Elogio de la ciudad de Zaragoza*, donde en su niñez fueron los dos criados en la casa real de Aragón con la que tenían parentesco tan propincuo, y algunas *glosas sobre La Bella mal maridada D.^a Juana de Aragón*, asunto que fué trocado por los más ilustres poetas de la primera mitad del reinado de Carlos V. También se reputan por suyos dos epitafios latinos que dedicó, uno en 1527 á la muerte del Duque de Borbón, y otro en 1539 á la de la Emperatriz D.^a Isabel. Dicen así:

Ningún remedio yo sé
 Para nuestro desconcierto;
 Pues jamás no damos fe
 A lo que vemos por cierto.

Luego ¿de qué nos quejamos,
 Siendo nuestros enemigos,
 Pues somos buenos testigos
 De aquello en que más erramos?
 Ningun remedio conviene
 Que se busque en esta vida,
 Que la injuria reçebida
 De nuestras manos nos viene.

Assí que no está el error
 En no andar ojos abiertos,
 Mas en querernos çegar
 Yendo por caminos tuertos.

I

EPYGRAMMA SEPULTURÆ PRINCIPIS CAROLI DE BORBON: ANNO 1527

Devicto Gallo; Urbe capta; obresso Pontifice;
 Superata Italia; auctoque Imperio; tandem
 Quiescit; cujus cineris tectos hoc marmor habet.

II

EPYGRAMMA SEPULTURÆ DOMINÆ ISABELÆ IMPERATRICIS, UXORIS
 CAROLI V: ANNO 1539

Plus quam tu obtasti: quondam cum nubere vellis
 Contigit, oh felix Elizabeth tibi;
 Nam nihil obtabas, aut Cæssaris esse: fuisti
 Cæssaris: et nunc est Elizabeth Dei.

Cuando D. Fernando Henríquez profesaba la poesía, era sólo Conde de Melgar, pues hasta 1538 en que murió sin sucesión su hermano D. Fadrique, no obtuvo del Emperador Carlos V, cuyas banderas siguió siempre en Italia, Alemania y Africa, ayudándole en sus empresas al mando de las escuadras de España y de Sicilia, la dignidad de Almirante de Castilla, y poco después la de Duque de Medina de Rioseco. Alcanzó D. Fernando los poetas regeneradores de España Boscan y Garcilaso, y en el *Cancionero* que lleva por título *Obras de D. Juan Fernández de Híjar*, llamado EL ORADOR, hay unas coplas suyas dirigidas á Boscan, que comienzan así:

Y si hablays en hemendarlo
 Confesaré qu'es razon;
 Mas no me dexa curarlo
 La ciega de mi passion.

No ay nadj que desculpase
 Sepa del mal en que estamos,
 Mas pues no lo remediamos
 Ved lo que puede sperarse.
 Que si vos á mi venís
 Poniendome mucha culpa,
 Tengo por buena desculpa
 Confessar lo que dezís.

Y pienso que todos vemos
 Esta vana vanidad,
 Y cómo de la verdad
 Memoria poca tenemos.

Pidoos por merced, Boscan,
 Que digáis que tal hallastes,
 La que contino negastes,
 Do mis pensamientos van.

De su nieto D. Luis Henríquez de Cabrera, Almirante de Castilla, Duque de Rioseco, Conde de Melgar y de Módica y caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, se encuentran también diversos divertimientos poéticos; pero en una sátira que envió al Sr. del Fresno de Torote, D. Juan Hurtado de Mendoza, que fué después Duque del Infantado, viéndole un día rapada la barba, éste, que fué también consumado poeta, le contestó:

De la copla que me toca
 No es vuestro sino el papel:
 Oygo la voz de GABRIEL;
 Siento las manos de COCA;
 No es mucho que me ganés,
 Pues no me vale remedio,
 Trovando contra mí tres,
 O á lo menos dos y medio.

Coca y Gabriel eran los secretarios del Almirante, á quienes sucedió en el mismo cargo otro poeta aún más ilustre: DAMASIO DE FRÍAS Y BALBOA, á quien tanto celebraron en su tiempo López Maldonado, Espinel, Cervantes y Lope de Vega, y de quien á nuestro tiempo apenas han llegado algunas obras todavía no conocidas sino por los muy eruditos.

Pues si todo esto se halla
 Tan claro en nuestra presencia;
 ¿Como el remedio se calla,
 Conociendo la dolencia?

¿Es porque fallesçen buenos
 Donde somos naturales,
 Pues queremos nuestros males
 Por gozar de los agenos?
 Y pues que todo va assi
 Como veys en nuestros grados,
 No me desculparé á mí;
 Que todos somos culpados.

Si un preticador enseña
 Que sea desenfrenado,
 Dizen todos qu'es culpado
 Pues el Reyno desordena.
 Y paresçe á prima faz,
 Sin dar al seso otra vuelta,
 Qu'es verdad, pues vemos paz
 Y el mundo tan sin revuelta.

Mas como este edefiçio
 Se labró con mal cimiento,
 No hierra quien descontento
 Reprende tal beneficio.
 Que siendo muy bien juzgada
 Esta vista que tenemos,
 No puede ser reposada
 Juzgando nuestros extremos.

Que, pues, con tales heridas
 Andamos tan descuidados,
 Pensemos nuestros passados,
 Si escuresçen nuestras vidas.
 Porque esto que padeçemos
 Crehemos que lo buscamos,
 Pues nunca nos contentamos
 Con aquello que tenemos.

DEL ALMIRANTE DE CASTILLA

D. FERNANDO HENRIQUEZ DE VELASCO

I DUQUE DE MEDINA DE RIOSECO

Á LA BELLA MAL MARIDADA DOÑA JUANA DE ARAGÓN, DUQUESA
DE FRÍAS Y CONDESA DE HARO

GLOSA

La bella mal maridada,
De las mas lindas que vi;
Si habeys de tomar amores,
Vida, no dexeis á mi.

Dios bellas pudo criar
Y hazer mal casada alguna;
Pero juntas á la par
Hermosura y mal casar,
Como vos, no fué ninguna.
Hallo qu'en vos se cumplió
La profecia pasada;
Y de vos profetizó
El que primero cantó
La bella mal maridada.

La ventaja qu'el despierto
Puede tener al dormido,
La que tiene el vivo al muerto,
Y á lo fingido lo cierto,
Teneys á quantas han sido.

Y ninguna ay quanto alinda
 Vuestra beldad cabe si,
 Que de fea no se os rinda,
 Aunque sea la mas linda
De las mas lindas que vi.

Porque merece muy menos
 Quien pena con confianza:
 Los amores, que son buenos,
 Han de ser de penas llenos
 Y vazios de speranza.
 Y pues son como han de ser
 Los mjos y los mejores,
 Señora de gran valer,
 ¡Oh! ¡Quién os diesse á escoger,
Si habeys de tener amores!

Si quereys un seruidor
 Qual á vos, Reyna, requiere,
 Vn muy constante amador
 Hecho á penas y á dolor,
 Y que merçedes no quiere;
 Y muere por complazeros,
 Y os ama mas que á sí,
 Y vive de solo ueros,
 Y siempre quiere quereros;
¡Vida, no dexéis á mí!

DEL MISMO ALMIRANTE DE CASTILLA

Y DUQUE DON FERNANDO

ELOGIO DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA

Dios te salve, gran cibdad,
Zaragoça de Aragon,
Reffugio de libertad,
Exemplo de caridad,
Madre de toda nacion.

I. De contento

Digo, que tu fundamento
Fué de gracia mas que stranya;
Pues no se sabe, nj siento
Cibdad de tan buen asiento
En todo el cerco de Spaña.
Quien te viere
Y algun tiempo en tí estouiere,
Que note tus magistades;
Si hombre avisado fuere
Te llamará, donde quiere,
La Reyna de las cibdades.

II. Abastada

Te tienen y rodeada
Cuatro rios: estos son
Vno la *Guerua* llamada,
Y tres de agua senyalada
Ebro, Gállego y Xalon:
De los quales
Son tus prouisiones tales
Y tantas, que, como en carta,
Se prueua por los annales

De cibdades principales
Ser Çaragoça la harta.

III. ¿Quién podría

Coger en su fantasía
Las bellezas y mejoras
Con que tú de cada dja
Por qualquiera plaça y via
Te ensoberbeçes y doras?
Tu aposiento
Es de grande cumplimiento,
Hecho como de marfil,
Que coge gente sin quento,
Aunque entren de ciento en ciento
Y vengan de mjl en mjl.

IV. Tus aueres

Multiplican mercaderes
Que por mjl partes derramas;
Eres un mar de plazerres,
Bella huerta de mugeres
Y un lindo jardin de damas.
Tu poder
Quien lo quisiera saber
Para hauerlo de notar,
En las casas lo ha de uer,
En las calles comprender,
Y en Iglesias contemplar.

V. Habitada

De mucha gente priuada,
De Cibdadanos seruida,
De galanes freqüentada,
De Caualleros honrada,
De Perlados fauorida;
Eres norte,
Recurso, amparo y cohorte
De todo el Reyno y su grey;
Eres un dulce deporte
Y una freqüentada corte,
Do no falta sino el Rey.

VI. Tú, Señora,

Libre, exempta, regidora,
Por privilegio y por ley;

Tú, jüez superiora,
 De agrauios castigadora
 Por summa graçia del Rey;
 Tu Senado,
 De grande honra y dictado,
 Preheminencia y dignidad,
 Debaxo cuyo mandado
 Se ordena y rige tu estado
 Con mucha paz y ygualdad.

VII. Y el leon,
 Que por armas y blason
 Traes en tu regimiento,
 Da á entender la estimacion
 Que se deue en Aragon
 A tu gran merescimiento.
 Eres fuente
 Adonde copia de gente
 Mana de diuersas partes;
 Do viuen honradamente
 Segura, alegre y plaziante
 Con sus officios y artes.

VIII. No ay persona,
 Si acaso de ti razona,
 Que no sea su sentencia,
 Que á tu ser, lustre y corona
 Nunca llegó Barcelona
 Nj podrá llegar Valencia.
 Pues Castilla,
 Aunque alabe á su Seuilla,
 De gentil, noble y exempta.
 No se mouerá ranzilla
 De cosa que dé manzilla
 A Çaragoça, nj affruenta.

IX. Mas dexadas
 Las cosas acá estimadas
 Y sumas de tus lindezas,
 De cosas santificadas
 Y entre christianos notadas,
 Celebremos tus grandezas.
 Singular
 Y entre las otras sin par,

Tienes un bien y memoria,
Y es la ymagen y el pilar,
Que en ti quiso collocar
Aquella Reyna de gloria.

X. Otro don

De muy grande deuocion
Tienes, que no sé dezillo:
Y es la casa de oracion
De la ymagen del Portillo.
Sin segundo
Gozas de otro bien profundo;
¿Qué fuera Roma la sancta?
Hoso dezir, digo, y fundo;
Que no aj ciudad en el mundo
De tanto sancto, ni sancta.

XI. ¿Qué orador,

Qué poeta, historiador,
Podria dezir por obra,
De cada cosa el lohor
Equualente al valor
De lo mucho que te sobra?
¡Quan Real,
Quan notable y speçial
Y á quanta tierra se spacia,
La limosna general
Desse tu sancto hospital
De Sancta Maria de Gracia!

XII. Caridad,

Limosna y humanidad,
Hallarse han otras tales,
Como las que esta cibdad
Con los ninyios sin hedad
Ha hecho en sus hospitales.
Pues digamos,
Si por yglesias andamos;
¿Adonde las hallaremos
Que mas officios veamos,
Nj tantas missas hoyamos,
Nj tales choros notemos?

XIII. ¡Qué edifiçios,

Qué dignidades, qué officios,

Qué rentas, qué ministerios,
 Qué raciones, beneficios,
 Qué reuerendos seruicios,
 De Yglesias y Monasterios!
 No se crea
 Por quien quiera que esto leha,
Nec det fidem huic ved isti;
 Mas, porque informado sea,
 Cada qual por sj lo vea
 El dia del *Corpus-Christi*.

XIV. En verdad,
 Hablando sin vanidad,
 Y con todo orden y tino,
 Que yo no siento cibdad
 Dó con mas auctoridad
 Se officie el culto diuino.
 Yo me affano
 En assentar de mi mano,
 Çaragoça tus aseos,
 Y veo que todo es vano,
 Pues, en fin, en campo llano
 Me quedo con mjs deseos.

XV. Bien mirando,
 No sé de mi cómo ando:
 Por ende quiero passar;
 Pues de tus cosas tratando
 Dixera mejor callando,
 Que no diziendo, callar.
 A lo menos,
 Pues m'e criado en tus senos,
 Si en otra cosa no vales,
 Digo qu'eres bien de buenos,
 Amparo de los agenos,
 Y lustre de naturales.

DEL MISMO ALMIRANTE DE CASTILLA

Y DUQUE DON FERNANDO

INVECTIVA CONTRA CLEMENTE VII DESPUÉS DEL ASALTO Y SACO DE ROMA

(Glosa al romance que comienza *Triste estaba el Padre Sancto.*)

- I. Ya los Alpes, altas sierras,
Con nieues passa Borbon,
Para castigar las tierras
Causadoras de las guerras
De Salerno y Fresalon.
Quando, visto el poder tanto,
Del Exército que sueña,
Sospirando y con quebranto,
Triste estaua el Padre Sancio
Lleno de angustia y de pena.
- II. Triste estaua, porque ueya
Que su gente desmayaua,
Y quando el alua reya
¡España! ¡España! sentía
Dentro, dentro, con voz braua.
Viendo que por un portillo
Tanta vida se cercena,
Púsose muy amarillo
En Sant-Angel, su castillo,
De pechos sobre una almena.
- III. Porque como conoció
Ser venido en poco spacio,

Sus sandalias se cinyó,
 Y al castillo se acogió,
 Dexando el sacro palacio.
 Conosciendo que á la clara
 Dios la su prision ordena,
 Arroyos haze la cara,
Su cabeza sin tyara,
De genixa y poluo llena.

IV. Viendose en tal agonja,
 Su papal trono desprecia;
 A los campos attendia,
 Por ver si descubrirja
 El socorro de Florecia.
 Miraba á Monte-rotundo,
 Y hacia el camino de Sena;
 Sentia dolor profundo
Viendo la Reyna del mundo
En poder de gente agena.

V. Contemplaua el desconcierto
 Que por Tras-Tiber andaua,
 Y haunque era su mal despierto
 En oir: «Borbon es muerto;»
 Algun consuelo tomaba.
 De sus consejos malsanos,
 A sí mesmo se condena,
 Viendo, por fuerza de manos,
Los mas famosos romanos
Puestos só yugo y melena.

VI. Miralla por quantos modos
 En cibdad tan principal,
 Robauan las casas todos;
 La destincion de *los godos*,
 Yo pienso que no fué tal.
 Cada qual de los soldados
 Joyas y perlas ensena,
 Lleuando por los tablados
Los cardenales atados,
Los obispos en cadena.

VII. Despues que los saquearon
 ¡Oh cruel y fuerte guerral
 Tantos tormentos les daron,

Fasta que al fin confessaron
 Lo ascondido só la tierra.
 A sus fatigas y llantos
 Piedad ninguna consueña;
 ¡Quién mirara sin spantos,
Las reliquias de los santos
Sembradas por el arena!

VIII. El brazo del que libró
 A Trajano del abismo;
 La cabeza del que yo
 Creo que en Jordan lavó
 A su señor con baptismo;
 Miembros sagrados he visto,
 Sparcidos como arena;
 Muchos huesos de San Sisto,
El vestimento de Christo,
El pie de la Madalena.

IX. Partes de Benito abad,
 Que hizo mil marauillas;
 Otras del que en tierna edad
 Con fuego de caridad
 Venció fuego de parrillas.
 Por tierra andaua de buz
 Cordula, fresca azucena,
 Y á los dos de nuestra luz,
El prepuccio y vera Cruz
Hallada por Santa Elena.

X. Lindas, romanas donzellas
 Por el cielo y por las plaças,
 Sembrauan tristes querellas;
 Tudescos yuan tras ellas
 Como perros tras las caças.
 Las monjas de muy turbadas
 No responden: «*Gracia plena;*»
 Viendo con crudas spadas
Las Iglesias violadas,
Sin dexar cruz ni patena.

XI. Hizo tan gran sentimiento
 El Tíber en aquel día,
 Que despues acá no siento
 Su color, sino sangriento,

De la sangre que bebia.
 Anegarse vi perssonas
 Llegadas á edad centena;
 Mas perdiendo sus coronas,
El clamor de las matronas
Los siete montes atruena.

XII. Dentro los romanos muros
 Siete montañas están,
 A dó con pasos no duros
 Por hazerse mas seguros
 Muchos huyendo se van.
 Por las matas ascondidos
 Entre çarças y breuena,
 Sollozaban con gemidos,
Viendo sus hijos vendidos,
Las hijas en mala estrena.

XIII. El campo dolió supremo;
 Con sus estatuas se roba;
 Llorando con gran extremo
 Estauan Rómulo y Remo;
 No quieren mamar la Loba;
 La qual sintiendo ventores
 Con sus vñas de carmena,
 Y cabe ella sin fauores,
Consules y senadores
De quexas hacen su cena.

XIV. Sus guirlandas triumphantes
 Arrojan sin remedio;
 Las sus ropas roçegantes
 Con muy rauiosos semblantes
 Pedaços hacen por medio.
 Su color triste muy lacio
 Daua señal de su pena;
 Despiden todo solacio;
Por faltarles vn Oracio
Como en tiempo de Porsena.

XV. Que si aquel les deffendiera
 La puente del hondo Tibre,
 Como aquella vez primera;
 Borbon vitoria no houiera
 Y Roma quedara libre.

Mas por la antiga carcoma
 De que siempre está rellena,
 Por ser segunda Sodoma,
La gran soberbia de Roma
Agora España la enfrena.

XVI. Si á mi lengua no resisto,
 Diré: ¡cuyta doloridal
 ¡Oh furor jamás no visto!
 ¡Que entre el burgo y Montesisto
 Vi seys mil hombres sin vida!
 Plaça de campo de flor
 De muertos era alazena;
 ¡Oh Juhizio de dolor!
¡Por pecados del Pastor
El ganado se condena!

XVII. Por fe vence cada ora
 España tanta batalla;
 Por virtud qu'en ella mora;
 Ella sola es la señora;
 La señora su vasalla.
 No se cura de architriumphos,
 Haunque gane tierra akena;
 Romanos y sus retriumphos,
Agora pagan los triumphos
De Fenicia y Cartagena.

XVIII. Al César su gran leon
 Ellos le pagaron mal;
 Ya no hay Julio ni Caton;
 Agora paga Scipion
 La vitoria de Anibal.
 Ya no ay lauro, ya no hay cedro;
 Ya passó la gente buena;
 Ya, ya de Roma me arriedro;
Ya la naue de san pedro
Quebrada lleua la entena.

XIX. Primero sus blancas velas
 Virginidad las texia;
 Agora son negras telas
 Que texe á luz de candelas
 De noche la simonja.
 Sus escotas son holuido

De la virtud que refrena;
 Las anclas ha rompido;
El gobernalle torcido,
La aguja se desordena.

XX. Marineros y brumetes,
 Scriuanos, calafates,
 Ocupados en banquetes,
 Dexan la xarcia y trinquetes
 Perderse con los embates.
 Vicios, segun se recomba,
 La passaron con barrena;
 El mástil todo se acomba;
Gran agua coge la bomba;
Menester tiene carena.

XXI. Ha sallido tan de tientos
 Ya la yglesia con codicia,
 Que la fortuna y los vientos
 La metieron con destientos
 En el golfo de auaricia.
 Vn costado muestra roto,
 No le da vida Avicena,
 Y ha sido, segun mi voto,
Por la culpa del piloto
Que la rige y mal la ordena.

XXII. Como fuesse fabricada
 Esta naue con pobreça,
 Del astillero sacada,
 Siempre fué mal gobernada,
 Del que navegó en riqueza.
 Si pontífices ausentes
 Tuvieron la mano llena,
 Mucho mas tú lo consientes,
¡Oh Papa! que en los Clementes
Tienes la silla setena.

XXIII. Otro Papa así llamado
 Séptimo en cuenta del nombre,
 Auiendo al turco llamado,
 Fué del número quitado
 De los Papas por mal hombre.
 Peligro tu dignidad
 Corre, si no se enagena

De seguir parcialidad;
Mira que tu magestad
Es transitoria y terrena.

XXIV. Las dos llaves que Dios quiso
 Que tuviesses, si no yerran,
 Yendo el mundo tan diviso,
 A pocos el paraíso
 Abren y á muchos le cierran.
 ¿Siendo portero y caudillo,
 Nuestro daño no te apena?
 Si pagas, sabe sufrillo;
Tú mesmo fuiste el cuchillo
Para cortarte la vena.

XXV. Si tu pusieras muy ledo
 Entre tus reyes concordia,
 En tu silla estando quedo,
 Libre estuuieras del miedo,
 De perderte por discordia.
 Nunca tuvieres recelos,
 Nunca perdieras la cena,
 Nunca oyeras: «*Hélos; hélos*»
¡Oh fundador de los cielos,
Dános paz, pues es tan buena!

XXVI. La paz dá vida segura;
 Sin la paz no me aseguro
 En una montaña oscura;
 La paz de noche asegura;
 Sin ella ¿quien hay seguro?
 La paz conserva los sanos;
 Con paz canta Filomena;
 La paz destruye tiranos;
Y si falta en los christianos
Huelga la gente agarena.

ACADEMIA POÉTICA

DE LA CASA DUCAL DE ALBA DE TORMES

VILLANCICO

*de Juan Boscan y Garcilaso de la Vega á D. Luis de la Cueva, capitán de la
Guardia Española del Emperador Carlos V, en la jornada de Hungría, é hijo
del Duque de Alburquerque D. Francisco, con ocasión de haber bailado en palacio
con una dama que llamaban la Pájara.*

¿Qué testimonios son estos
Que la quereis levantar?
¡Que no fué sino bailar!

GLOSAS

I

DEL DUQUE DE ALBA D. FADRIQUE ÁLVAREZ DE TOLEDO

¡Qué peligroso accidente
Fué hacer tal maleficio!
¿Tomaste por ejercicio
Hacer reir á la gente?
Yo soy quien de esto se siente,
Y te quiero aconsejar
Que no cures de bailar.

II

DE GARCILASO DE LA VEGA

Esta tienen por gran culpa;
No lo fué á mi parescer,

Porque tiene por disculpa
 Que lo hizo la muger:
 Esta le hizo caer
 Mucho mas, que no el saltar,
Que hizo con el bailar.

III

DEL PRIOR DE SAN JUAN, DON HERNANDO DE TOLEDO

No fué el pecado primero;
 Mas por él padecerán
 Todos los que bailarán
 Como bailó el caballero:
 No lo tomen por agüero,
 Los que quisieren danzar:
Que no fué sino bailar.

IV

DE JUAN BOSCAN DE ALMOGÁVAR

En lo vedado tocó:
 Y por esto es cosa clara
 Que en el sudor de su cara
 Vivirá, pues que bailó.
 Malamente se engañó;
 Mas bien se pudo engañar,
Que no fué sino bailar.

V

DE D. HERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO, DESPUES DUQUE DE ALBA
 GOBERNADOR DE FLANDES, CONQUISTADOR DE PORTUGAL

¿Perdiérase este señor
 En esta gran maravilla,
 Sino por *la pajarilla*
 Que le cantaba el albor?
 Si de esto tiene dolor:
 Yo le quiero consolar;
Que no fué sino bailar.

VI

DEL CLAVERO DE ALCÁNTARA

Fué para todos espanto
 Soltaros el Rey tan presto;
 Pero no os soltó por esto
 Para que os solteis vos tanto.

Soltasteisvos tanto quanto:
 Mas no fué sino saltar,
Y, sino saltar, bailar.

VII

DE D. LUIS OSORIO DE ULLOA, SEÑOR DE VALDONGUILLO

Sepan que manda la ley
 Muera D. Luis agora:
 Que en los palacios del Rey
 Cayó con una señora.

Desastrada fué tal hora;
 Mas hase de perdonar,
Que no fué sino bailar.

VIII

DE D. GARCÍA DE TOLEDO, VIREY DE SICILIA

Soltóos el Emperador
 Pero no sin penitencia;
 Mandó daros la sentencia
 Que baillásedes, señor.

Dicen todos que es rigor
 Que no es justo castigar
A ninguno con bailar.

IX

DE GUTIERRE LOPEZ DE PADILLA

No tengo de fiar mas
 En hombres blandos y tristes,
 Que os prometió Satanás
 Cuando de él así os vencistes.

Errastes en lo que hicistes:
No digo que fué el errar
Que errásedes el bailar.

X

DEL MARQUÉS DE VILLAFRANCA, D. PEDRO DE TOLEDO
VIREY DE NÁPOLES

Dudan todos los letrados
De juicios mas enteros,
De bienes tan mal bailados
Que gozan los herederos.
Dicen que hasta los porteros
Habrán cierto de alcanzar
Maldición de tal bailar.

DEL MAESTRE DE MONTESA
DON PEDRO LUIS GALCERÁN DE BORJA

VIREY DE CATALUÑA Y GOBERNADOR DE ORÁN

SONETO

LA MUERTE DE LA CONDESA DE LERMA D.^a ISABEL DE BORJA

Dña Isabel de Borja; ¿adónde es ida?
¿Por qué se fué? ¿Por qué nos ha dejado?
Era del cielo: allí se habrá tornado,
Porque no fué del mundo merecida.

¿Posible es que se fué de aquesta vida?
¡Luego ya aqueste mundo es acabado!
Antes este es el mundo, que ha quedado
Sin bien, sin ser, al fin cosa perdida.

¡La condesa de Lerma, tan hermosa!
¡Y su disposicion pudo acabarse
Con tanta proporcion y tan airosa!

Fué necesario así para mostrarse
Que en esta vida no hay eterna cosa
Y lo del cielo al cielo habrá de darse.

DEL MISMO MAESTRE DE MONTESA

DON PEDRO LUIS GALCERÁN DE BORJA

LA TRILOGIA DEL TAJO

SONETOS

I

Soberbio Tajo, que de tus corrientes
Solías aqrescer ríos caudales,
Allanabas los montes principales,
Y sonaba tu fama entre las gentes;
Agora corres ya como otras fuentes,
Tan manso y tan menguante en tus canales,
Que se descubren secos arenales
Por do tú no sufrias antes puentes.

Lloran todos de verte en tal estado;
Lágrimas aqresçienten tu ribera;
Pues otro no hay de qué tener cuidado.

El ímpetu furioso vaya fuera:
El soberbio ruido es acabado,
Y el natural valor no es el que era.

II

Buen Tajo, la gran mengua que en ti sientes,
Como tú la sintieron otros tales,
Que no hay ríos ni fuentes manantiales,
Que no tengan menguantes y crecientes.

Pero mira las nubes excelentes,
Verás de lluvias ya claras señales,
Que de solas las aguas celestiales
Irán en crecimiento las corrientes.

Entonces volverás al mismo estado,
Á tu deseada madre y tu ribera,
Y cobrarás el oro acostumbrado.

Gozarás de perpetua primavera;
Tu renombre será, cual el pasado;
Y el natural valor, cual el que era.

III

Cubierto estaba el sol de un negro velo;
Luchaba el viento con el mar hinchado,
Y él, en huecos peñascos levantado,
Con blanca espuma salpicaba el cielo.

El ronco trueno amenazaba al suelo,
Tocaba el Tajo al monte levantado,
Y pardas nubes de granizo helado
El campo cobijaban con su hielo.

Mas luego que su clara luz mostrara
Los bellos ojos que contento adoro
Y á quien el alba envidia los colores,

Calmó el mar, calló el viento y se ahuyentaron
Los truenos; pintó el sol las nubes de oro;
Vistióse el campo de olorosas flores.

DEL MISMO MAESTRE DE MONTESA

D. PEDRO LUIS GARCERÁN DE BORJA

OCTAVAS

Pues ha llegado ya mi desventura
A no tener paciencia, es excusado,
Aunque parezca grande la locura,
De atreverse á hablar un desdichado.
No puedo, no, rendirme á mi tristura
Quejándome de quien en triste estado
Condena á muerte un verdadero amigo:
Yo me lo sé el por qué, aunque no lo digo.

Básteme á mí entender abiertamente
Que no lo ignora quien es causa de ello,
Y que tambien conoce claramente
Que nunca yo he llegado á merecello.
Mas muera sin razon un inocente,
Y pues vos lo quereis, justo es querello,
Aunque yo de mí mismo sea enemigo:
Yo me lo sé el por qué, si no lo digo.

No es justo que se diga, aunque sea cierto
Que está libre de culpa el que es forzado,
De parte á parte el pecho ardiendo siento
Y el triste corazon atravesado.
Y el verme por amor rendido y muerto
Y haberme conducido á tal estado,
Y en hallarme de mí mismo enemigo:
Yo me lo sé el por qué, si no lo digo.

De hoy mas quiero ponerme un triste luto;
 La tristeza será mi compañía:
 Ya mas nadie verá mi rostro enjuto
 Ni mis ojos verán la luz del día.
 De lágrimas darán tanto tributo
 Que en llanto acabaré la vida mía
 Y el placer me será siempre enemigo:
 Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

Tendré el placer aborrecido tanto
 Que habré de hacer mi vida en cueva oscura,
 Tendré por cabecera un duro canto
 Y mi lecho será la tierra dura.
 Mi bebida será mi amargo llanto,
 Mi comida dolor, ansia y tristura
 Serme ha mayor pesar, mayor amigo:
 Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

Descubriré mi grave sentimiento
 A los peñascos y árboles en vano,
 Ablandará á las fieras mi lamento
 Que no enternece un corazón humano.
 Dirán mis ojos el ansia con que siento
 Sobre mi corazón la cruda mano,
 De amor, que no es amor, sino enemigo:
 Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

Ni mis quejas escucha el alto cielo
 A quien ha tanto que me quejo en vano,
 Ni fortuna, ni amor me surgen duelo
 Ni alzan de sobre mí la airada mano.
 Que remedio no quiero, ni consuelo,
 Ni he de querelle tarde ni temprano,
 De ahora para siempre me desligo:
 Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

Tomad venganza en mí enemiga y dura
 Del alma que jamás supo enojaros,
 Si no os habia ofendido por ventura
 Por haber extremádose en amaros.
 Al que en amores tuvo tal ventura
 Podrian volverse vuestros ojos claros
 O buscaré también mi nuevo abrigo:
 Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

Haré yo al alma mía un nuevo nido

Sobre mas fiel y firme fundamento,
Y en tan seguros ramos sostenido
Que no me lo derribe cualquier viento.
Váyase por perdido lo perdido;
Que por manos del seso al pensamiento
De este engañoso lazo me desligo:
Yo me lo sé por qué, si no lo digo.

DEL CONDE DE MONTEREY

D. JERÓNIMO DE ACEVEDO Y ZÚÑIGA

A DOÑA BEATRIZ DE VELASCO Y TOVAR

HIJA DEL MARQUÉS DE BERLANGA Y DESPUÉS CONDESA DE MONTEREY

SONETO I

¡Oh! ¡ánima gentil, cual convenía
Para engastarse en cuerpo tan precioso,
Rico de tanto bien, que es poderoso
De hacer la noche oscura claro día!

¡Oh! divina Beatriz, y quién podría,
Sino tu valor solo valeroso,
Hacer al sin ventura venturoso
Y al triste, como yo, con alegría.

Sola la tu merced es la que puede
Dar nuevo ser al mundo, pues el arte
Del que más sabe tu presencia excede:

Y yo sólo en torpeza, pues loarte
No sé ni puedo sin que en falta quede;
Mas no la habrá en el mundo para amarte.

Á LA MISMA, EN UNAS TERCIANAS QUE PADECIÓ

SONETO II

¡Por cuál camino á maltratar probaste,
Cruel y aborrescible calentura,
Los rayos de la angélica hermosura,
Y al cielo tan contraria te mostraste!

¿En qué, tan loca fuerza, te fiaste,
 Cuando afear quisiste la pintura
 Que de mortal fiereza está segura,
 Y hurtar la joya del divino engaste?

¿No sabes que la muerte así no puede,
 Ni tira golpe que no vaya en vano
 Contra beldad que sola es tan perfeta?

Dar muerte y destruirla está en su mano:
 No es mucho á quien tal mando se concede
 Que esté mi triste vida tan sujeta.

SONETO III

¡Oh! noche, para mí muy claro *día*,
 Que enriqueciste tanto el buen *deseo*;
 Que en siempre desear lo que *deseo*
 Faltar será imposible en algún *día*.

Y tú, que tu presencia es siempre *día*,
 No tomes por ofensa mi *deseo*,
 Que sólo por loarte lo *deseo*
 Y con esto acabar mi postrer *día*.

Y pues tal ha de ser mi *pensamiento*
 En este desear, que la *esperanza*
 Al vano imaginar quita su *oficio*;

Siendo tan puro y limpio el *pensamiento*
 No niegues este bien: que otra *esperanza*,
 Más del vivir, no quiero en este *oficio*.

SONETO IV

¡Durasas, noche! ¡No viese yo el día!
 Que tu tiniebla me es luz clara y pura,
 Y el día me parece noche oscura,
 Ausente de aquel sol del alma mía.

Quien pierde su descanso y alegría,
 Descansa con las cosas de tristura;
 Y, no te viendo, imagen de hermosura,
 Ver otro bien, doblado mal sería.

Alegres días busquen los contentos:
 Yo con las noches pasaré cautivo
 Mis lágrimas, mis dulces pensamientos;
 Allí tu ausencia y mi dolor esquivo
 Me dejan, por muerto, á mil tormentos;
 Mas ¡ay! que en el pesar quedo muy vivo.

Á DOÑA FRANCISCA DE ROJAS, DOÑA BEATRIZ DE VELASCO
 Y DOÑA LUISA DE ROJAS

DAMAS DE LA REINA DOÑA ISABEL DE LA PAZ

SONETO V

—¡Si vieras tú, pastor, la soberana
 Ninfa *Fidelina* sin consuelo
 Con los ojos clavados en el suelo
 Como yo la vi ayer á una ventanal
 Junto con la rosa y blanca hermana
 Leönisa, vestida un blanco velo,
 No te pareciera estar en el suelo,
 Sino allá en la jerárquia más ufana.

¡Estaba la Beatriz tan bien con ellas!
 Estaba junto, en fin, allí, te digo,
 Todo el extremo de naturaleza!

—Espantado me tienes, Tracio amigo,
 Que estando juntas estas tres estrellas
 Pudiese hallar camino la tristeza.

SONETO VI

Si el mirar dulce de Beatriz me mata,
 Y con su hablar suave me da muerte,
 Y amor le hace contra mí tan fuerte
 Que aun su alegre semblante me maltrata;

¡Ay! ¿Qué será de mí, si me es ingrata,
Por mi cruel y desdichada suerte,
Y su piedad en odio se convierte
Y mi seguro estado desbarata?

Si temo y siento el corazón helado,
Viendo mudarse á veces su figura,
Nació el temor de grande fundamento:

Es la mujer mudable como el viento;
Y así creo yo que mi amoroso estado
En corazón de dama poco dura.

DEL PRÍNCIPE CARLOS MANUEL EL GRANDE

DUQUE DE SABOYA (1)

CANCIÓN

EN LA MUERTE DE LA INFANTA DOÑA CATALINA DE AUSTRIA, DUQUESA
DE SABOYA, HIJA DE FELIPE II DE ESPAÑA

Cabellos; ¿cómo bibimos,
Vos sin vuestro nutrimento,
Io sin alma, si perdimos
Con ella nuestro sustento?

Cortado el tronco, se seca
La hoja y los verdes ramos.
¿Cómo nuestro color no trueca,
Pues, sin él, assí quedamos?

Cabellos; ¿negar podreys
Que della una viva parte

(1) Carlos Manuel, el Grande, Duque de Saboya, esposo de la Infanta de España D.^a Catalina de Austria, hija del Rey Felipe II, era, á par que esta augusta dama, cultivador de la poesía, así italiana como española. Favoreció mucho al poeta napolitano Giambattista Marini, que fué el Góngora de Italia, y habiéndole dedicado éste una *Oda* exhortándole á libertar su patria oprimida, el Duque Carlos Manuel le contestó con el siguiente

SONETTO

ALL'ITALIA

Italia ah non temer! Non creda il mondo
Ch'io muova a'danni tuoi l'oste guerriera:
Chi desla di sottrarti a grave pondo
Contro te non congiura: ardici e spera.

No seays, si allí nasçeys,
 Y que io te vi cortarte?
 Pero si esto es asy;
 Cómo es, siendo ella muerta;
 ¿Cómo no moreys de sí,
 Si d'ella parte soys çierta?
 ¡Ay de mí! ¿No muero yo,
 Siendo ella la mi vida?
 ¿Cómo de mí se partió,
 Sin morirme en la partida?
 ¡Oh! desdichados fragmentos
 De persona sin igual
 De tanto merescimiento,
 De su amor prenda y segna!
 No merecemos la vida,
 Pues nos quedamos con ella;
 Ni la muerte, si en su partida
 No seguimos nuestra estrella.

Sete di regno, al cui desire inmondo
 Sembra l'ampio universo augusta sphaera,
 Turba lo stato tuo lieto e giocondo
 Di mie ragionè usurpatrice altera.

No, non vedran del ciel gli occhi lucenti
 Ch'io giammai per timor la man disarmi
 O che deponga i soliti ardimenti.

Se deggio alto soggetto à bronzi e marmi
 Con rai de gloria abbarbagliar le genti,
 Non fin già senza gloria il trattar l'armi.

Marini volvió á dedicar al Duque otro poema de 45 000 versos, sobre los amores de Adonis y Venus, cada uno de cuyos cuadros llevaba su título: *Palagio d'amore*, *Sorpresa d'amore*, *Tragedia*, *Giardino*, etc. Vallauri en su *Storia de la Poesia in Piemonte* (Torino, 1841), encumbra al Duque Carlos Manuel entre los grandes poetas de aquel reino.

DEL MISMO DUQUE DE SABOYA

CARLOS MANUEL EL GRANDE

ENDECHA

Se passan los dias,
Los meses, los agnos,
Y son disingagnos
De nuestras porfias.

Passa, corre el tiempo
Y tras él nos vamos,
Y á él no miramos
Quando auemos tiempo.

Debaxo la luna
No hay cosa durable;
Pues todo es mudable
Como la fortuna.

El fuego se mata
Quanto es maior,
Y quanto es menor
Mucho se dilata.

L'ayre mas sereno
Luego es sombra escura,
Y nunca assi dura
Si no vuelue ameno.

La mar en bonanza
Presto suele ayrarse,
Y no hay que fiarse
Pues haze mudanza.

Todo al fin s'accaba;
Nada permanesçe;
La flor se fenesçe
Que tanto s'alaba.

Es la muerte cierta
Y no ya temida:
No lo es la vida,
Sino muy incierta.

Caense las coronas;
Polvo son los reyes;
Se quiebran las leyes;
Las altas colonas.

Si la torre es alta
El fulgor del cielo
Con ella en el suelo
Da, quando la asalta.

Y la piedrecilla
Se la lleva el rio;
La calor el frio
Del mar á l'orilla.

DEL MISMO DUQUE DE SABOYA

CARLOS MANUEL EL GRANDE

OTRA CANCIÓN

Tengo gusto en mi dolor,
Enemigo del oluido,
Que si mi bien he perdido,
No le he perdido el amor.

Le quiero io como effetto
De la causa de mi mal;
Porque siempre la segnal
Da el indicio del sugetto.

No puedo vivir sin él;
Pues que sin ella e quedado,
Siempre contento passado
Se buelue en dolor cruel.

No l'e de desechar jamás
Hasta que acabe mi vida:
Pues haviendola perdida,
Desear no puedo más.

Assi io le voy siguiendo,
Hasta que venga aquel dia,
Que puesto con l'alma mia,
Io no biua mas muriendo.

DEL MISMO DUQUE DE SABOYA

CARLOS MANUEL EL GRANDE

ROMANCE

Ya el sol de su carrera
Hacia el fin havia llegado,
Pues los cauallos feroces
Que tiran el aureo carro,
Ivan cansados á echarse
En Ocean derramado;
Quando en un caballo negro
Y de negro enjaezado,
Iua un caballero triste
De negras armas armado,
Por la ribera desierta
Á paso muy mesurado.
¡No lleua pendon la lanza,
Ni el yelmo penacho alzado!
Y llegado á una gran peña
Que se ve, el rio acortado,
De su caballo se apea
Y sin brida lo ha dexado,
Y las sus fuertes manoplas
En el suelo ha arrojado.
Y en un alto pino verde
Su escudo luego a colgado,
Que siempre lleua cubierto
De un negro velo delgado,
Por el que se traslucia,
Y era bien señalado,
Una grande Cruz de plata
En el campo colorado.

Y mirando á la su espada
Que del forro auia sacado,
En voz triste y enojada
En esta manera a hablado:
«Ora es tiempo, Lusidihonra,
Que te dexe y que me dexas:
Yo, por no ver tu deshonra;
Tu, por no oir más mi queexas.»

DEL MISMO DUQUE DE SABOYA

CARLOS MANUEL EL GRANDE

OTRA CANCIÓN Á LAS LÁGRIMAS

Los que las quieren cubrir,
Es que no son por mostrarse;
Mas no pudiendo igualarse
Menos deuen s'encubrir.

Las traigo, cual veis assí
Nacidas de mi tormento:
Si noble es mi pensamiento,
No se diga mal de mí.

Bien se puede descubrir:
Ni nada puede igualarlas;
Si no es para admirarlas
No pudiendo más sufrir.

OTRA

Quien llamó partir, partir;
¡Ciertó! ¡Mejor acertare,
Si partir morir llamare!
¿Cómo se puede biuir,
En esta cruel ausencia,
Si me muero en su presencia?
Quien llamó partir, partir,
¡Ciertó! ¡Mejor acertare
Si partir morir llamare!

DEL CONDE DE PORTALEGRE

DON JUAN DE SILVA (1)

SONETO

Á LA POBREZA

Hambrienta, rota, inquieta y disgustada,
Pálida, débil, triste y congojosa,
Cortés, humilde, inútil, temerosa,
Mansa, civil, ruin, ocasionada;
De todo el mundo con razón odiada;
De cuantas cosas mira deseosa;

(1) D. Luis de Salazar y Castro, en la *Historia genealógica de la casa de Silva*, (Madrid, 1681, tom. j, cap. xvj, pág. 526), da extensas noticias heráldicas y literarias del cuarto Conde de Portalegre, D. Juan de Silva. Fué éste Gobernador y Capitán general de Portugal, de su Consejo de Estado, Embajador á aquella Corona y mayordomo mayor de sus Reyes, gentilhombre de la boca de Felipe II y de la Cámara del Príncipe, regidor de Toledo y capitán de una de las compañías de hombres de armas de la Guardia de Castilla. Empezó á servir á Felipe II de muy corta edad, manifestando este Príncipe siempre gran estimación de su persona. Después de haber servido en Orán en 1576, habiéndole enviado Felipe II de embajador cerca del Rey D. Sebastián de Portugal, casó en Lisboa con D.^a Felipa da Silva, heredera de la casa de Portalegre, que estaba viuda de D. Pedro Dionis de Alencastre. Acompañó á don Sebastián á Guadalupe á verse con Felipe II y estuvo en la desgraciada jornada de Alcazarquivir en 1578, en donde quedó prisionero y con una considerable herida de arcabuz en el brazo izquierdo, de cuyo uso quedó privado toda su vida. En 1580 estuvo en la jornada de Portugal y asistió al juramento de Tomar. En 1593 recibió de manos del famoso Conde de Fuentes el mando de las armas que ocupaban aquel reino, y en 1594 fué uno de los cinco que formaron cerca del Archiduque Arzobispo Alberto el Consejo de Gobierno del mismo. Escribió el juicio y suplemento de la *Historia de la guerra*

En sujetos honrados vergonzosa;
 Y en los que no lo son desvergonzada;
 Sin voto, sin razón, sola, afligida,
 Noche de la virtud y entendimiento;
 Ruina del valor y la nobleza;
 Rigoroso verdugo de la vida;
 Y de las almas infernal tormento;
 ¡Eres, infame, mísera pobreza!

de Granada, de D. Diego Hurtado de Mendoza, y por último fué uno de los de la *Academia* tan nombrada de Castilla, que presidía el Duque de Alba, don Fernando, y siempre se solía hacer en su casa, entrando en ella los más señalados caballeros de aquel tiempo. Entre los concurrentes cita Salazar de Castro, además del Conde de Portalegre, á D. Juan de Borja, hijo del cuarto Duque de Gandía y después Conde de Ficallo y de Mayalde, mayordomo de la Emperatriz; D. Fadrique de Portugal, comendador de los Santos, caballero mayor de la Emperatriz, hijo del Conde de Odomira; D. Juan de Zúñiga, Comendador mayor y Grande de Castilla, Príncipe de Pietrapersia, ayo y mayordomo mayor del Príncipe D. Felipe (III); D. Juan de Idiáquez, comendador mayor de León y Presidente de Órdenes; D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo; D. Juan de Ayala, comendador de Moratalla, ayo y mayordomo mayor de los Archiduques; D. Juan de Zúñiga, Conde de Miranda, Duque de Peñaranda; D. Pedro Enríquez de Guzmán, Conde de Fuentes, Capitán general de Portugal y Flandes; D. Enrique de Guzmán, Conde de Olivares, Virey de Nápoles; D. Francisco de Rojas, Marqués de Poza; D. Gómez Dávila, Marqués de Velada, ayo del Príncipe D. Felipe (III); D. Gómez Suárez de Figueroa, Duque de Feria, y D. Diego Hurtado de Mendoza, Embajador en Roma é hijo del Marqués de Mondéjar.

DEL MISMO CONDE DE PORTALEGRE

DON JUAN DE SILVA

SONETO

EL CONSUELO DE LA MUERTE

¡Ay Dios! ¡Si yo cegara antes que os viera;

Ó ya que os vi, despacio os contemplara;

Y pues no os contemplé, no os deseara;

O ya que os deseé, no os mereciera!

¡Y pues no os merecí, nunca naciera;

Y al punto que nací, luego espirara;

Ó ya que no espiré, que no aspirara

Mi corazón á cosa que no espera!

Si espero algún remedio, es de la muerte:

Muerte sola podrá darme la vida;

¡La vida es para mí triste y pesada!

Pesada carga, trabajosa y fuerte;

Fuerte tránsito de un alma despedida;

Despedida de verse remediada!

— *trance?*

DEL MISMO CONDE DE PORTALEGRE

DON JUAN DE SILVA (1)

CANCIÓN

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Cortando el aire el suelto girguerillo,
Sentóse en el pimpollo de una haya,
Y con el pico de marfil nevado,
Entre el pechuelo verde y amarillo,
Las plumas concertó pajiza y gaya;
Y armonioso se ensaya
Á discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor: junto
Al ramillo, su apoyo, y á otras flores,
Libre y dichoso canta sus amores.

Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquivá,
Y envuelto en sangre roja le derriba:
¡Tonta avecilla! ¡Vida malograda!
¡Imagen de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor paterno
El corderillo juguetón se aleja,

(1) Esta canción del Conde de Portalegre ha sido atribuída equivocadamente por unos á Bartolomé Leonardo de Argensola, por otros á D. Antonio Mira de Mescua y por algunos también á D. Luis de Góngora. No sólo en el *Cancionero* inédito de D. Manuel de Faria y Sousa se la reconoce como del Conde de Portalegre, sino en diversos otros códices de poesías de los siglos XVI y XVII de la Biblioteca Nacional.

Enamorado de la hierba y flores;
 Y por la libertad del pasto tierno
 El cándido licor olvida y deja,
 Por quien hizo á su madre mil amores.
 Sin conocer temores
 De la florida primavera bella
 El vano manto huella
 Con brincos licenciosos,
 Y pasce tallos tiernos y sabrosos.

Mas ¡ay! que en un otero
 Dió en la boca del lobo carnicero,
 Que en partes diferentes
 Le dividió con sus voraces dientes,
 Y á convertirse vino
 En púrpura el nevado vellocino.
 ¡Oh! inocencia ofendida,
 Breve bien, caro pasto, corta vida!

Rica con sus penachos y copetes,
 Ufana y loca, con altivo vuelo,
 Se remonta la garza á las estrellas;
 Y alifiaando sus blancos martinets,
 Procura parecer allí en el cielo
 La reina sola de las aves bellas.
 Y por ser ella de ellas
 La que más altanera se remonta,
 Ya se ofrece y trasmonta
 Á los ojos del lince más atentos
 Y se contempla reina de los vientos.

Mas ¡ay! que en la alta nube
 El águila la vió y al cielo sube,
 Donde, con pico y garra,
 El pecho candidísimo desgarrar
 Del bello airón, que quiso
 Volar tan alto con tan loco aviso;
 ¡Oh, pájaro altanero,
 De mi suerte retrato lastimerol

Al son de las belísonas trompetas,
 Y al rimbombar del sonoro parche,
 Formó escuadrón el general gallardo;
 Con relinchos, con saltos, con corvetas,
 Mostró el caballo que la gente marche

Y trueque en presuroso el paso tardo.
 Tocó el clarín bastardo
 La esperada señal de arremetida,
 Y en batalla rompida,
 Teniendo cierta de vencer la gloria,
 Oye su gente que gritó:—*¡Victoria!*

Mas ¡ay! que el desconcierto
 Del capitán bisoño y poco experto,
 Por no guardar el orden,
 Causó en la gente general desorden;
 Y la ocasión perdida
 El vencedor perdió victoria y vida:
 ¡Ah! fortuna contraria

En mis prósperos fines siempre varia!
 Al cristalino y mudo lisonjero
 Altiva dama, en su beldad se goza,
 Contemplándose Venus en la tierra;
 El más robusto corazón de acero
 Con su vista enternece y alboroz;
 Es de las libertades, dulce guerra;
 El desamor destierra
 De donde pone sus divinos ojos;
 Que de ellos son despojos
 Los castos de Diana,
 Que en su soberbia se contempla ufana.

Mas ¡ay! que un accidente,
 Apenas puso el pulso intercadente,
 Cuando cubrió de manchas
 Cárdenas, rojas y viruelas anchas
 El bello rostro hermoso,
 Trocándole en horrible y espantoso:
 ¡Oh beldad malograda,
 Muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños, y con alas
 Del lienzo débil, que del mar son carros,
 El mercader surcó las claras olas:
 Pasó á la India, rica de Bengalas,
 Aromas, perlas, nácares bizarros;
 Dió vuelta á las riberas españolas;
 Tremoló banderolas,
 Flámulas, estandartes, gallardetes;

Dió premio á los grumetes
 Por haber descubierta
 De la dichosa playa el dulce puerto;
 Mas ¡ay! que estaba ignoto
 Á la experiencia y ciencia del piloto
 En el mar un peñasco,
 Donde, topando de la nave el casco,
 Dió fondo, hecho mil piezas,
 Mercader, esperanzas y riquezas.
 De aquesta nave no hay figura alguna
 Como la que anegó mi próspera fortuna.

Mi pensamiento con altivo vuelo
 Ufano, alegre, enamorado, altivo,
 Sin conocer temores la memoria,
 Se remontó, señora, hasta tu cielo;
 Y contrastando tu desdén esquivo,
 Venció mi fe. Gritó el amor: ¡Victorial
 Y en la sublime gloria
 De tu beldad se retrataba el alma:
 El mar de amor en calma,
 Y la nave Deseo viento en popa
 Llevaba navegando á toda ropa.

Mas ¡ay! que mi contento
 Fué el pajarillo; el corderillo exento;
 Fué la garza altanera;
 Fué el capitán que la victoria espera;
 Fué la Venus del mundo;
 Fué la nave del piélago profundo:
 Que por diversos modos
 En mí la muerte padeció por todos.

Canción, vé á la coluna
 Que sustentó mi próspera fortuna,
 Y verás, que, si entonces
 Te pareció de mármoles y bronces,
 Hoy es mujer, y en suma
 Breve bien, fácil viento, leve espuma.

DE DON PEDRO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN

CONDE DE FUENTES DE VAL DE OPERO

GOBERNADOR DE FLANDES

SONETOS

I

¿Dónde se van los ojos que traían
De sí los de mi alma tan assidos,
Juntamente con todos mis sentidos,
Adonde quiera que ellos se volvían?
Ellos sanaban cuanto adolescían;
Consolaban mis llantos doloridos;
¿Pues cómo viviré siendo partidos,
Faltándome aquel bien que me hazían?
En tu vista mi vida se esforzaba,
Y allí mi corazón se sostenía,
Y dexaba sus males olvidados.
Dellos salía la lumbré que alumbraba
Las oscuras tinieblas de mi vía;
¡Mas presto los veré de mí apartados!

II

Con gran dificultad ando encubriendo
Mis congoxas y lágrimas los días,
Mostrándome con falsas alegrías,
Por no dar á entender que estoy muriendo.
Estoy triste, las noches deshaciendo
En llanto el corazón y fantasías;

Mas ello acabará, como querías,
 Según que de mi mal voy entendiendo.
 Bien entiendo cual voy y tú lo entiendes;
 Mas no por eso quieres remediallo,
 No meresciendo yo morir tan presto;
 ¿Por qué con tu piedad no me defiendes
 De aquesta muerte que tan cerca hallo,
 Pues basta tu poder para más que esto?

III

CONTRA CUPIDO

Amor, yo os juro á Dios que si os cogiese
 En parte donde nadie me estorbase,
 Que yo hiciera que se os acordase
 De mí, cuanto la vida en vos hubiese;
 Yo os prometo, rapaz, que no me viese
 Vengado, si la flecha no os quebrase;
 Y sin que por la greña os apuñase
 Y á azotes con la mano os deshiciese.
 Muchacho mal mirado: ¡Noramala
 Para vos! ¿Presumís estar tirando
 Saeta que do acierta se señala?
 Rapaz, desnudo y ciego, á fe que cuando
 Os coja sin padrinos en mi sala
 Que á la madre no os váis de mí alabando.

DEL CONDESTABLE DE CASTILLA

DON JUAN FERNÁNDEZ DE VELASCO

DUQUE DE FRIAS

SONETO

LA REDENCIÓN Y EL PECADO

Que del mundo la máquina se rompa;
Hagan señal los cielos y elementos;
Bramen las aguas al bramar los vientos;
El risco tiemble; el aire se corrompa;

Que al triste son de funeraria trompa
Los insaciables muestren sentimientos;
Caigan las torres; salten los cimientos;
Del templo cese la soberbia pompa;

Que el sol se eclipse, estando padeciendo
La causa universal de tierra y cielo;
No hay en cielo ni tierra á quien asombre.

Mas ¡ay dolor! que estándose rompiendo
Cielo, elementos, aires, templo y velo,
¡Aún no se ablanda el corazón del hombre!

DEL MISMO CONDESTABLE DE CASTILLA

DON JUAN FERNÁNDEZ DE VELASCO

DUQUE DE FRÍAS

ESTANCIAS

X LAS CALIDADES DE UN CABALLERO

Las partes han de ser de un caballero,
Después de nacer noble en sangre y casa,
Ser todo lo que es noble, verdadero;
Que el noble en la verdad no pone tasa.—
No imaginar mentir.—Ser lisonjero,
Ni aun por el pensamiento al noble pasa;
Liberal, casto, cuerdo y recatado;
Bien sufrido, bien puesto y bien hablado.

Obediente á su Rey; fiel á su tierra;
Del bien común celoso atentamente;
El primero, si es lícito, en la guerra;
Padre en la paz y ejemplo de su gente;
Consuelo al pobre; luz para el que yerra;
Freno para el soberbio y maldiciente;
Vara de la justicia; del agravio
Componedor suaue y jüez sabio.

Con las doncellas todo cortesía,
Y la privanza llena de modestia;
Maestro en la cristiana policía,
Sin licenciosa y bárbara molestia.
Recogido de noche y aun de día;
No parecer en el desorden bestia;
Mesa á lo hombre; á lo decente el traje,
Midiendo la virtud con el linaje.

Conversación y libros, lo más bueno;
Amigos, cual las canas, la experiencia;
De trapazas y pleitos siempre ajeno
Su mayor mayorazgo la conciencia.
Esto para su bien al noble ordeno,
Desde la señoría á la excelencia:
Para con Dios es noble el buen cristiano;
El de mala conciencia es el villano.

DEL MARQUÉS DE PEÑAFIEL

DON JUAN TÉLLEZ-GIRÓN Y GUZMÁN, DUQUE DE OSUNA

SONETO

Á DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA POR SU «ARAUCANA»

Gloria lleváis del bárbaro trofeo
Con pluma honrada al que vencéis con lanza;
Y lo que en tiempo y muerte no se alcanza,
Alcanza en vida el inmortal deseo.

Voláis del Araúco al mar Egeo
Y con ínclito triunfo y alabanza,
Libre de alteración y de mudanza
De lejos veis las aguas del Leteo.

Tanto, Ercilla, valéis vivo y presente,
Que de Zoilo el infernal veneno
Jamás prevaricó la gloria vuestra;

Dais gloria á Arauco, y vais de gente en gente
Con lauro ufano y de alabanza lleno:
Que el premio es vuestro y la ventura nuestra.

DEL MISMO DON JUAN TÉLLEZ DE GIRÓN

Y GUZMÁN, DUQUE DE OSUNA

SONETO

EN ELOGIO DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA, SECRETARIO
DE LA EMPERATRIZ DOÑA MARÍA DE AUSTRIA

¡Oh! Tú, cualquiera, que al sagrado templo
De las sagradas musas subes ledó;
Revuelve con humilde paso y miedo
Al que su coro adora y yo contemplo.

Álzole yo por religión mi templo
Y llámole su Dios, pues mío no puedo:
Que Apolo con semblante, mano y dedo
Por milagro le muestra sin ejemplo.

Y dice: «á mi Lupercio, oh gran Saturno,
Y libre Baco, haced que se le infunda
Vuestro calor y gravedad suprema.

Melpómene le ofrece su cóturno,
Y su tridente el que la tierra inunda,
Y yo, que alumbro el cielo, mi diadema.»

DE DOÑA LEONOR DE ICIZ,

BARONESA DE RAFALS

SONETO

EN ELOGIO DE DON ALONSO DE ERCILLA POR SU «ARAUCANA»

Mil bronce, para estatuas ya forjados,
Mil lauros, de tus obras premio honroso,
Te ofrece España, Ercilla generoso,
Por tu pluma y tu lanza tan ganados.

Hónrese tu valor entre soldados;
Envidie tu nobleza el valeroso;
Y busque en ti el poeta más famoso
Lima para sus versos mal limados.

Derrame por el mundo tus loores
La fama, y eternice tu memoria,
Porque jamás el tiempo la consuma;

Gocen ya, sin temor de que hay mayores,
Tus hechos y tus libros igual gloria,
Pues la han ganado igual tu espada y pluma.

DE DOÑA ISABEL DE CASTRO Y ANDRADE

CONDESA DE ALTAMIRA

SONETOS

I

EN ELOGIO DE DON ALONSO DE ERCILLA
POR SU «ARAUCANA»

Araucana nação, mais venturosa,
Mais que quantas og'ha de gloria dina,
Pois na prosperidade, e na ruina
Sempre envejada estais, nunca enveiosa;
Si esta, ó illustre Affonso, a temerosa
Lanza se arranca a espada que fulmina,
Creyo que julgareys que determina
S'o conquistar a terra bellicosa.

Fará, mais naon temays, essa mao forte
Que se vos tira a libertade e a vida,
Ella vos pagará be largamente;

Qu'a trovco duha breue e honrada morte
Con seu divino estilo, esclarecida,
Deixará vostra fama eternamente.

II

DEFINICIÓN DEL AMOR

Amor es una pena muy notoria;
Amor es un penoso sufrimiento;
Amor goza en su propio perdimiento;
Amor en se perder pone su gloria;

Amor es un dolor de la memoria;
 Amor ocupación del pensamiento;
 Amor es un gozar de su tormento;
 Amor es ser vencido en su victoria;
 Amor es un deleite entristecido;
 Amor es un tormento deleitoso;
 Amor es tempestad entre gran calma;
 Amor es una fuerza del sentido;
 Amor es un sosiego congojoso;
 Amor es un dominio sobre el alma.

III

EN AUSENCIA DEL CONDE

En esta larga ausencia rigurosa,
 Ausente de mi bien, padezco tanto,
 Que mi pasado gusto vuelvo en llanto
 Y, sin saber de qué, vivo celosa.
 Dudo mi dicha, y de ella temerosa,
 Fúnebres versos, tristes tonos canto,
 Creyendo así que mi desdicha espanto
 Y, aunque tarde, traerá otra más dichosa.
 Vuelva el tiempo, por ver si esta mi suerte,
 Que me tiene sujeta y oprimida,
 Vendrá apacible, no tan cruda y fuerte:
 Mas dále alivio á mi profunda herida
 El ver que el tiempo, si me da la muerte,
 El mismo tiempo me dará la vida.

DE DON JUAN DE BORJA

CONDE DE MAYALDE Y DE FICALHO, EMBAJADOR DE FELIPE II EN ALEMANIA

COPLA

Y PREGUNTA QUE HIZO Á LA CONDESA DE ANDRADE

DOÑA CATALINA DE ZÚÑIGA

DAMA DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

Díganme los amadores
Si es pesar ó si es placer
El diligente deseo;
Y de todos los colores
Cuál tiene, sin negro ser,
Mayor deudo con lo feo.

Y si puede la victoria
Subir al hombre vencido
En algun tiempo jamás;
Ó cual á una dulce gloria:
El querido en ser querido,
Ó el que quiere en querer más.

RESPUESTA DE LA CONDESA DE ANDRADE, DOÑA CATALINA DE ZÚÑIGA

El diligente deseo
Podría ser de placer
Por el dulce devaneo;
Mas la fineza de él, creo
Que está puesta en padecer.
Porque aunque poder cumplille
En servicio del amado,

Es el bien más estimado,
Lo que cuesta el diferille
Hace el mérito doblado.

Mayor deudo con lo feo,
No siendo el negro color,
Sin saber si es lo mejor,
Yo diria á ley de creo
Que de aquél el resplandor.
Subir un hombre vencido
Podrá, cuando la victoria
Guste de echar en olvido
Al que ayer favorecido
Hoy le cae de la memoria.

Mas pensar que el ser amado
Con el que ama tiene igual,
Eso estará averiguado
Por ser caso reservado
Para gusto de caudal.
¿Para amado quién no basta?
¿Para amar hay bueno alguno?
Á no temer lo importuno,
Jurara que de esta casta
No ha quedado ya ninguno.

DEL DUQUE DE MEDINACELI

D. JUAN DE LA CERDA Y SILVA

MAYORDOMO MAYOR DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

SONETO

EN ELOGIO DE DON MARTÍN DE BOLEA Y CASTRO, POR SU LIBRO
DE «ORLANDO DETERMINADO»

Dichoso Orlando ha sido y bien dichoso,
Pues de gloria y despojos ha gozado,
Y de enemigas furias ha triunfado
Con ánimo robusto y belicoso;
Y agora por cuadrar más victorioso
En unas ricas manos se ha entregado,
Que aunque estuviera obscuro y sepultado
Á eternizarle fuera poderoso.
Que el buen aragonés de ilustre rama
De la progenie antigua de Bolea
Con elegante estilo nos lo muestra;
Cuyo valor el mundo lo derrama,
Pues siendo de Real cepa su ralea
Ciencia, ingenio, facundia y ser demuestra.

DEL MISMO D. JUAN DE LA CERDA Y SILVA

DUQUE DE MEDINACELI

SONETO

EN ELOGIO DE LA «ARAUCANA» DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

¿Quién jamás vió caber en un sujeto
Tres virtudes heroicas sublimadas,
Como se ven en vos hoy colocadas
Con provechoso fruto y raro efeto;
En que os habeis mostrado tan discreto
Cuanto vos las teneis más adornadas,
Con dulcísimo son comunicadas
Al de ingenio y juicio más perfeto?
Así en Virgilio y Livio no se vieron,
Ni en el divino Julio esclarecido
Que su fama hasta vos han sustentado;
Déseos la palma, pues habeis subido
Donde pocos al fin hasta hoy subieron,
Y os han Marte y las musas consagrado.

DE DON MARTÍN DE ABARCA Y BOLEA

BARÓN DE LA CLAMOSA

SONETO

SOBRE EL QUE BLASONA DE SU LINAJE

Ser un confuso mapa de linajes
Preciándote de godos y germanos;
Que el águila imperial de los romanos
Con las tres lises en tu escudo encajes;
Que te adornes de lazos y plumajes,
Timbres ganados por ajenas manos
Que rindiendo estandartes otomanos
Sus tiendas ocuparon y bagajes;
Es gloria accidental que en varios modos
Ofrece la fortuna á tus quimeras
Dándote en nombre de ellas triunfo y palma;
Que son viento las águilas y godos,
Lises, timbres, escudos y banderas,
Si falta la virtud que ilustra el alma.

DEL CONDE DE AGUILAR Y CASTAÑEDA

D. LUIS FERNANDEZ MANRIQUE

CAZADOR MAYOR DE FELIPE II

SONETOS

I

EL PODER DEL ORO

ASUNTO DE UNA ACADEMIA CON EL DUQUE DE SESA
Y EL CONDE DE PORTALEGRE

Quien oro no tuviere, no se entone;
Quien no tuviere oro, no se engría;
Sin el oro, desprecie la hidalguía
Quien de linaje y armas se compone.
En vano el cielo de su bien dispone;
En vano de belleza y cortesía;
Si á quien dotado de esto al suelo envía
Y en las manos el oro no le pone.
El oro hiela el fuego, enciende el hielo;
Puede en los cielos, puede en el profundo;
Es todo discreción; todo donaire;
Oro ha de dar, si quiere dar el cielo
Felicidad al hombre en este mundo,
Cuya felicidad es sombra, es aire.

II

Á LA DUQUESA DE NÁJERA, DOÑA LUISA MANRIQUE DE LARA

No eres nieve, que fueras derretida
Ya del furioso fuego que me abrasa;
Ni brasa, porque fueras, siendo brasa,
Del agua de mis ojos consumida.

No eres dama, aunque tal eres tenida;
Porque viendo el rigor que por mí pasa,
Por más que fueras de sentido escasa,
Te tuvieran mis ojos persuadida.

No eres piedra, que si piedra fueras,
Bastara mi martirio á deshacerte:
Eres un imposible de estos hechos;

De brasa los efectos y de fieras;
De dama altiva la apariencia y suerte;
De piedra el corazon; de nieve el pecho.

III

Á LA MISMA SEÑORA

Bendita sea la hora en que te vieron,
Luisa de mis entrañas, estos ojos;
Y benditos sean todos los despojos
Que el corazon y el alma te rindieron.

Benditas las orejas que te oyeron
Tratar de gustos y reñir de enojos,
Y benditos sean todos los antojos
Que los sentidos tuyos ya cumplieron.

Bendita sea la pena que padezco;
Y bendito sea el bien que solicito
Y cuanto mal de hoy más participare;

Todo sea bendito cuanto ofrezco,
Pues todo cuanto ofreces es bendito,
Y maldito sea yo si te olvidare.

IV

ESPERANZAS FALLIDAS

Viene San Juan, y dice mi esperanza
Que yo te gozaré, Lucinda mía;
Viene la Pascua, y dice mi osadía
Que á la siguiente gozaré bonanza.

Viene año nuevo y dame confianza
Que al otro acabaré con mi porfía,
Gozando de la gloria y alegría
Que solamente el pensamiento alcanza.

Vuelve San Juan, y yo no lo merezco;
Torna la Pascua, y nunca amor consiente;
Llega año nuevo, y duran los engaños.

Crece mi mal, y yo en mí permanezco;
Y así tiene mi alma eternamente
Mal San Juan, mala Pascua y malos años.

*Recuerda
un lopo*

V

INMUTABILIDAD DEL DOLOR

El canto de las aves en la sierra
Alegra el pensamiento y el oído;
El olor de las flores esparcido
Muestra el hermoso cielo así en la tierra;

Las fieras que el salvaje bosque encierra
Causan placer al ánimo afligido;
La fuente, despeñada con ruido,
El estivo calor templó y destierra;

La yerba que la verde selva cría
Y el arco, es á las ninfas agradable;
Dulce el hermoso Tajo en el estío;

Á mí solo el morir me agradaría:
Pues sufro un mal que nunca hizo mudable
Ave, flor, fiera, fuente, yerba, arco ó río.

DEL CONDE DE SALINAS Y RIBADEO
DON DIEGO DE SILVA Y MENDOZA

MARQUÉS DE ALENQUER, DUQUE DE FRANCAVILA,
VIRREY Y CAPITÁN GENERAL EN LOS REINOS DE PORTUGAL

SONETOS

I

¿Qué importa, Lisi, que mi amor ofendas?
¿Qué importa, amor, que mi dolor aumentes?
¿Qué importa, duelo, que mi sangre afrentes?
¿Qué importa, llanto, que mi fuego enciendas?
¿Qué importa, muerte, que mi fin pretendas?
¿Qué importa, pena, que mi agravio alientes?
¿Qué importa, honor, que mi venganza intentes?
¿Qué importa, duda, que mi ofensa entiendas?
¿Qué importa, celos, que abraseis mi pecho?
¿Qué importa, pruebas, que digais mi engaño?
Y estar, ¿qué importa, en lágrimas deshecho?
¿Si aunque de todo tengo desengaño,
Está ya por mi mal el daño hecho,
Y no encuentro remedio para el daño?

II

Ansias de la razon tan declaradas
Que no os valeis de lágrimas vertidas,
Ó porque dicen más las detenidas
Que pudieran decir las derramadas;

Ó porque con amor disimuladas
 Apretais hacia dentro las heridas,
 Ó porque cuando más enmudecidas
 Tósigo haceis de penas encerradas;
 No quiero que ceséis ni mudar suerte;
 Tan de la parte estoy de lo que siento
 Que enseño á la paciencia á ser sufrida;
 Si andais por acabaros con mi muerte,
 Defiéndame el tormento del tormento;
 Ansias, buscadla en mí, llevad la vida.

III

Una, dos, tres estrellas, veinte, ciento,
 Mil, un millón, millares de millares:
 ¡Valgame Dios! que tienen mis pesares
 Un retrato en el alto firmamento.

Tú, norte, siempre firme en un asiento
 Á mi fe será bien que te compares;
 Tú, bocina, con vueltas circulares
 Y todas á un nivel, á mi tormento.

Las estrellas errantes son mis dichas;
 Las fijas son como los males míos;
 Los luceros, los ojos que yo adoro;
 Las nubes, en su efecto, mis desdichas;
 Pues crecen con sus aguas y hacen ríos,
 Como yo con las lágrimas que lloro.

DEL MISMO CONDE DE SALINAS

MARQUÉS DE ALENQUER

CANCIÓN

Pues el alma has llevado,
El triste corazon deja siquiera,
Donde amor, como en cera
Tu semblante esculpió con mi cuidado:
Adoraré el traslado
Yo mismo, acá, en mí mismo,
Hecho centro de amor y de fé abismo:
Que en el ausente corazon contemplo
La idolatría, el ídolo y el templo.

Si le tienes, te tiene:
¡Triste de él, que, sin él, sin tí y contigo,
En todo halla castigo
Y no puede excusar lo que previenel
Si quien hace penar es ley que pene,
Que le mires te ruego,
Que, viéndole, serás Narciso en fuego,
Y el corazon abrasará abrasado
Original, la mano y el traslado.

Mírale por mirarte;
No es tu hermosura para huir de espejo,
Ni es malo mi consejo:
Tu retrato bien puede sobornarte,
Á que mirando el todo veas la parte
Donde la tiranía obedecida
Martirizando da y quita la vida,
Y donde amor juntó con propia mano
El mártir, el martirio y el tirano.

Verásle atravesado
Con el cuchillo del dolor agudo,
Hecho deshecho escudo
Y cual templo á tí sola dedicado.
El sacrificador sacrificado;
El fuego de fé pura,
Hecho altar lo verás de tu hermosura,
Y sin cesar ya más en su ejercicio
El cuchillo, el altar y el sacrificio.

Cual mariposa veo
Que á tí misma te acercas y te enciendes,
Y que no te defiendes:
La dilacion te abraza del rodeo;
Consigue tu deseo,
Oh Fénix, que renace,
Del mismo fuego que ha causado y hace:
Mira en el corazon, tu propio nido,
El vencedor, el triunfo y el vencido.

Del corazon salida,
Á él, como veneno, encaminada,
Cancion, vas ofrecida,
En el jay! donde estás bien empezada!
Si por desconfiada,
No osases atreverte,
Al mismo corazon podrás volverte:
Que es con lo que en tí encierra y padece
La ofrenda, á quien se hace y quien la ofrece.

DEL MISMO CONDE DE SALINAS

MARQUÉS DE ALENQUER

COPLA

En la fuente está Leonor:
Lava el cántaro llorando,
Sus amigas preguntando:
—¿Vistes por allá mi amor?
—No le hemos visto, Leonor!

GLOSA

Leonor, por acá viniendo,
Está en la fuente llorando,
De sus ojos derramando
Mil veces más que cogiendo:
Y llevada de un amor,
Que de sí la trae ausente,
Mas sin estar en la fuente,
En la fuente está Leonor.

No se apartara de allí,
Si su dolor discurriera,
Que quien de sí la trae fuera,
La hallará dentro de sí:
Trasportada imaginando
En solo llorar advierte,
Que sin poder de otra suerte
Lava el cántaro llorando.

Si el llanto lo permitiera,
La fuente no se enturbiara,
Y Leonor no se ausentara
Si tan hermosa se viera:

De eso se están lamentando
 Juntas, la causa inquirendo,
 Leonor, nada respondiéndolo,
Sus amigas, preguntando.

—¿Donde estays y está, decí,
 Vos y el que quereis hallar,
 Y donde os podeis buscar,
 No estando ninguno en sí?
 —Amigas, dijo Leonor,
 Fué el verle y perderle junto;
 Por hallarme os lo pregunto:
¿Vistes por allá mi amor?

—¿Por cual amor preguntais?
 Conviene que os declareis;
 Bien vemos el que teneis,
 Aunque no el que buscais:
 ¡Suspiros, ansias, dolor,
 Lágrimas, pesar y extremos!
 ¡Si no es amor el que vemos,
No le hemos visto, Leonor!

DEL MISMO CONDE DE SALINAS

D. DIEGO DE SILVA

MOTE

*Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.*

GLOSA

Los casos dificultosos,
Tan justamente envidiados,
Empréndenlos los honrados,
Y acábanlos los dichosos.
Y en lo que me ha sucedido:
Aunque no tenga envidiosos
*Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.*

Yo no condeno dichosos
Ni quiero ensalzar sufridos,
De bienes no merecidos
No sé cómo hay envidiosos.
Para haberlo merecido,
Si no soy de los dichosos,
*Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.*

Méritos son desperdicios
Que ofenden todas orejas
Y para acallar las quejas
Son buenos ya los servicios.
Y aunque el sembrar beneficios
Produzca agravios y olvido,

*Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.*

De mi desdicha me fio;
De fortuna nada espero;
Si no es algún mal postrero
Que será el primero mío.
No corro más tras desvío,
Y, por no quedar corrido,
*Yo he hecho lo que he podía,
Fortuna lo que ha querido.*

DEL MISMO CONDE DE SALINAS,

MARQUÉS DE ALENQUER

*La Infanta D.^o María de Austria en Aranjuez partió el corazón
de un jabalí con bala rasa. Hubo academia de poetas señores,
y el asunto fué que, sin nombrar á S. A., se había de
referir el caso en un soneto que no saliese
de los estrechos y decentes límites
que el respeto pone. El conde
hizo el siguiente*

SONETO

Como mira á matar, entonces tira:
Quita apenas el guante; y ya se sabe
Que llega tarde el apretar la llave,
Y más tarde la bala que la mira.

Aunque tenga lo hermoso afectos de ira
Plomo de olvido en corazón no cabe:
Muera partido y del remedio acabe;
No apele de ser visto á lo que mira.

Vivas flores suspensas, verde selva
Aranjuez á quien acierta ciego
Si el plomo da memorias con heridas,
Si el arcabuz con nieve toma fuego,
Si hay quien acierto hasta su hierro vuelva,
Si hay muertes que son almas de la vida;
Mas, no valgan guaridas;
La furia de su mismo opuesto muera,
Ante quien fuera la hermosura fiera (1).

(1) Comentó, verso por verso, los catorce del soneto antecedente el Marqués de Montesclaros, D. Juan de Mendoza y Luna, virrey que fué luego de Méjico y del Perú, y lo dijo en la cámara de la Señora Infanta, Decía el

COMENTARIO

Al 1.—Aquí comienza la tira-mira.

Al 2.—Trafalos estrechos Su Alteza.

Al 3.—Aquí no, que, á la verdad, murió el jabalí del tiro.

Al 4.—Lo mismo le sucede á Alonso Mateo, que apunta primero que dispara y lo postrero siempre es llegar la bala.

Al 5.—Esto es ya viejo y malo.

Al 6.—Verso de vizcaino; pero no se le niega la verdad que no tenía el corazón de un jabalí afectos racionales.

Al 7.—Ciencia es á que se obligara cualquier medio.

Al 8.—¿Cómo ha de apelar, si llegó tan presto la bala que aun no le dejó decir ¡Jesús!

Al 9.—Démelos vivos: que yo le concedo lo demás.

Al 10.—Gran primor que la dicción se lea dividida y entera para los dos altos significados. Lo demás del verso es hilado.

Al 11.—Pruebo que no, en acertando el plomo.

Al 12.—Admírome mucho; porque hay quien diga no la nieve, sino el pedernal.

Al 13.—Desatinado lugar del vocablo.

Al 14.—Mucho lo dudo; si no es que sea maravilla de la India de Portugal.

Y añade Montesclaros:

Estriambote sin seso,
Ese tu autor *chealito*,
Siempre fué poco y ahora es muy poquito.

De donde el soneto del Marqués de Alenquer quedó comentado ó satirizado, le tomó el Marqués de Alcañices y se le dió al mismo Marqués de Montesclaros, atribuyéndose á sí el comentario, á cuyo asunto escribió D. Juan Manuel de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, el siguiente

SONETO

Soberbio jabalí, la blanca mano
Elige ejecutoria de su muerte,
Y aunque es morir la más infeliz suerte
Cede la vida á la belleza ufano.
Ya el espinoso monte yace llano
Y á la altivez en humildad convierte,
Que, al rayo de tal ley, lo que es más fuerte
Siempre pretende resistirse en vano.

Eligió el jabalí, Marqués; y admito
Celebre la elección; pero no paso
Porque vos comentéis este soneto
Que no quiere Alenquer le haeis escrito
Un puro lego, aunque contéis el caso
Al propio dueño que os tendrá el secreto.

DEL MARQUÉS DE MONTESCLAROS

DON JUAN DE MENDOZA Y LUNA

VIRREY DE MÉJICO Y DEL PERÚ

À SAN IGNACIO DE LOYOLA

SONETO

Éste á quien es morir gloria adquirida;
Éste á quien es vivir dudosa muerte,
Viviendo, arriesga una gloriosa suerte,
Muriendo, arriesga una gloriosa vida.

Muriendo, de Dios ve gloria perdida;
Viviendo, su perdida gloria advierte;
¡Oh trance riguroso, ocasión fuerte!
Una gloria á otra gloria es homicida.

Lucha Ignacio por Dios, lucha de suerte,
Que á su gloria su amor deja vencida,
Siendo su mayor gloria su victoria:

Pues, no muriendo, es digno de tal muerte,
Premiándole al morir tan feliz vida
Y á vida tal, y á muerte tal, tal gloria.

DEL MISMO MARQUÉS DE MONTESCLAROS

SONETO

EN ELOGIO DEL DOCTOR CRISTÓBAL PÉREZ DE HERRERA,
POR SU «DISCURSO DEL AMPARO DE LOS POBRES»

Pues Dios cargó pensión sobre la hacienda
Del rico, y quiso que la goce el pobre,
Y á éste le concede que la cobre
Mandando al rico que la mano extienda;
Razón ha sido que se ponga rienda
Al pobre de oro disfrazado en cobre,
Porque al mendigo verdadero sobre
Lo que hurta al falso de su sacra ofrenda.
Éste ha acabado con industria tanta
En sus *Discursos* nuestro sabio HERRERA,
Que deja limpia la colmena santa,
Y al zángano cruel ha echado fuera
Que come, roba y ceba su garganta
Con la miel de la abeja verdadera.

DEL DUQUE DE OSUNA

DON JUAN TÉLLEZ GIRÓN, PRIMER MARQUÉS DE TARIFA

SONETO

Á LUIS BARAHONA DE SOTO

Si el rostro de mi Cloris soberano
De quien el del aurora está envidioso;
Si el cuerpo suyo cándido y hermoso
A cuya luz imita el sol en vano;

Si aquella gracia do me pierdo y gano,
Y aquel hablar suave y amoroso
Se le ofreciese ¡oh Soto alto y precioso!
A tu divino ingenio y docta mano;

Yo sé que mucho más que al mundo admira
Lo vivo de tu fénix, admirara
De mi singular Cloris la pintura.

Mas ¡ay! que el hado que me enciende en ira
Se la escondió, temiendo que alcanzara
Extremos de belleza y de ventura.

DE DON PEDRO GIRÓN

GRAN DUQUE DE OSUNA, VIRREY DE NÁPOLES

SONETO

¡Oh! ¡si las horas del placer durasen
Como duran las horas del tormento!
¡Oh! ¡si como se van las del contento
Las del pesar tan presto se pasasen!
¡Oh! ¡si algo los tiempos se mudasen
De mal en bien, siquiera algun momento;
Ó ya que no se muden en su intento
En aumentarnos el dolor cesasen!
¡Oh! ¡si el mal se midiese por la fuerza
Del que produce su trabajo fiero
O fuese el sufrimiento cual la pena!
¡Ó ya que no hay quien la desgracia tuerza,
Un daño no nos fuese mensajero
De mil, á que viviendo nos condena!

DEL MISMO DUQUE DE OSUNA

DON PEDRO GIRÓN, CONDE DE UREÑA

AL PRÍNCIPE DON FELIPE IV

SONETO

Corrida de ofreceros plata y oro,
Porque á vuestro valor más se debía,
Aqueste nuevo don hoy os envía
La India de su fe rico tesoro.

Es el cuerno de aquel soberbio toro
Que con tanto furor le perseguía
En tierra sepultada su osadía,
Lleno de flores por el sano coro.

Y para presentarle á vuestra alteza
Entre fértiles vegas ha escogido
La fruta y la flor más abundante;

Y aunque es humilde don á tal grandeza
Siendo de vos, señor, favorecido,
Hasta los hombros llegará de Atlante.

DEL MARQUÉS DE TARIFA

D. FERNANDO AFÁN DE RIVERA, TERCER DUQUE DE ALCALÁ DE LOS GAZULES

VIRREY DE NÁPOLES

SONETO

Tienen los Garamantas una fuente
Que, por oculta calidad del suelo,
El agua tiene fría como el hielo,
Cuando la hiere el sol resplandeciente;
Mas luego que en la mar moja la frente,
Y el mundo se oscurece, y en el cielo
Tiende la negra noche el rico velo,
Hierva y abrasa como fuego ardiente.
Así yo triste, en fuente convertido,
De llanto estoy helado en la presencia
De los ojos, que son el sol que temo:
Mas luego que oscurece mi sentido
La oscurísima noche de su ausencia,
En vivo fuego me consumo y quemo.

DE DON FRANCISCO DE GUZMÁN

MARQUÉS DE AYAMONTE

SONETO

Ese listón que ciñe vuestra frente,
En hermosura igual al mismo cielo,
Sirviendo está de línea ó paralelo
Á vuestro rostro, sol resplandeciente.

No pudiera ofenderos accidente
Menos que amor ó sombra de recelo;
Y yo, como en amaros me desvelo,
Veros triste mi alma no consiente.

Afljese de veros suspendida,
Y entristecéis la tierra, propio cielo,
Pues teneros por prenda ha merecido;

Colgada de un cabello está mi vida,
Y estará con inmenso desconsuelo
Hasta ver si cobráis nuevo sentido.

DEL MISMO MARQUÉS DE AYAMONTE

D. FRANCISCO DE GUZMÁN

SONETO

EN ELOGIO DE CRISTÓBAL DE MESA

Aunque la ley de la amistad me obliga
Y puedo aparecer apasionado,
Es vuestro nombre ya tan celebrado
Que nadie habrá que lo contrario diga.

Porque camino abierto habéis que siga
Quien para verse heróico levantado
Propicio el cielo y favorable el hado
Tuviere y la española musa amiga.

Quien de las gentes de su rey vasallas
Celebran las batallas y victorias
En estilo que tanto el mundo precia,

Bien merece vivir en las memorias,
Como los que victorias y batallas
Cantaron otro tiempo en Roma y Grecia.

DEL CONDE DE LEMOS

D. PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO

EMBAJADOR EN ROMA, VIRREY DE NÁPOLES,

Y PROTECTOR

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

DÉCIMAS

¿Cómo podré prevenirme
Contra el mal de mi desdicha,
Si con el bien de mi dicha
Apenas puedo avenirme?
Deje ya de combármelo
El esperar y el temer,
Que no puede ya tener
La esperanza que he tenido,
Pues sobre haberla perdido
No tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza
Vivo ocioso en mi cuidado,
Pero en un desesperado,
¿De qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! Que nadie alcanza
Aqueste despecho esquivo:
Yo solo soy quien lo escribo,
Yo solo soy quien lo siento;
Él me tiene sin aliento,
Ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
Porque ninguna deseo:
Todo lo examino y veo
Y de nada me aseguro.

Ni me dejo, ni me apuro;
Hállome sin resistencia
Sufriendo hasta mi paciencia,
Y en estado tal estoy,
Que por doquiera que voy,
No soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
Otra vez tan al acaso,
Que ni siento lo que paso,
Ni consiento lo que digo;
Téngome por mi enemigo;
Después que la causa dí,
Sin concausa me perdí;
Ora de cuerdo ó de loco,
Dáseme de mí tan poco,
Que ni aun sé parte de mí.

DEL MISMO CONDE DE LEMOS

D. PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO,

ROMANCE

EN ALABANZA DE LA SOLEDAD, HECHO POR EL CONDE
CUANDO SE RETIRÓ DE LA CORTE

«Con bien vengais, libertad,
Pues há tiempo que os deseo,
Que la privación del gusto
Es el mayor cautiverio.
Allá os quedad, esperanzas,
Hijas bastardas del tiempo,
Que como lienzos de Flandes
Sois todas sombras y lejos.
Hagamos paces, cuidados,
Con mis locos pensamientos,
Que no hay guerra para el alma
Como los propios deseos;
No quiero lleven las olas
De tantas ansias y miedos
Piloto de la fortuna
Y marinero del tiempo.
¡Oh! Mar de quejas y agravios,
Donde miro tantos Lemos
Zozobrar y dar balances
Desde el abismo hasta el cielo!
Gracias á Dios que seguro
De tus escollos me veo
Dando desde estas orillas
Escarmentados consejos.
Estos montes y estos valles
De quien son menos soberbios

Los pasaron ciudadanos
Y cortesanos los ecos.
Cuya población son hojas,
Y cuyas casas y techos
Son páficos edificios
Que suele llevarse el viento.
Desengañado aseguran
Mi seguro y libre pecho:
Bendigo mis desengaños
Y alabo mis escarmientos.
No quiero de mis servicios
De tantos años por premio
Mas que la razón que alcanza
De quejarme de mi dueño.
Que aunque tan mal me ha pagado
Llevarle injusto no pienso,
Pues no vienen por su mano
Los bienes de estar contento.
Que por cuantas esperanzas
Puede venderme el deseo
No trocara de mi estado
El dulce contentamiento.»
Atento estos desengaños
Escuchaba el claro Celio,
Aunque á pocos engañados
Escarmientan los ajenos.

DE DON GASPAR GALCERÁN DE GURREA Y ARAGÓN

CONDE DE GUIMERÁ, VIZCONDE DE FUOL Y DE ARQUET-FORADAT

MENINO DE LA REINA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA

SONETO

Escríbeme voarcé que le haga coplas
Metido entre gavetas y atambores;
No se tiran muy bien Marte y amores,
Pues le espanta Cupido de manoplas.

Ora va de soneto:—Los cicoplas
Fueron de hierro grandes macheadores.....
—No voy bien por aquí.—Campo de flores.—
Tampoco por aquí, viento que soplas.

Á pesar de poesía y del oficio
Parece que la vena está opilada,
Pues salen estrujados los concetos.

Déjeme hacer tres años ejercicio:
Que yo le compondré una carretada
De canciones, de lirás y sonetos.

DE D. GASPAR DE MERCADER

CONDE DE BUÑOL

INVECTIVA CONTRA LOS VENGATIVOS DE LAS DAMAS

ESTANCIAS

Tomar venganza de mujer arguye
Pecho no menos que cruel villano,
Que el noble, en siendo vengativo, huye
De su blasón ilustre y soberano.
Su nobleza vengándose destruye;
El no vengarse tengo por más sano;
Porque siendo con damas, cosa es llana
Que si es venganza, habrá de ser villana.

Mas con todo, pues soy el jardinero,
Por dar de este jardin el primer fruto,
Gozando de sus bellas flores, quiero
Guardar puntualmente su estatuto.
Venganza le daré de caballero,
Que dando á la nobleza su tributo,
Noble y leal en ella ha de mostrarse,
Tal que se vengue sin querer vengarse.

Quien se viere ofendido de su dama,
Si siendo dama puede haber ofensa,
Acrecentando la amorosa llama
Procure la debida recompensa.
Muestre con veras que ofendido ama,
Y que en servirla y regalarla piensa,
De suerte que conozca su señora
Que en el grado que está ofendido adora.

Si con esto la dama no se humana,
Antes del noble término se ofende,

Será venganza, pero no villana,
Pues el que la causó no la pretende.
Ella se quedará ofendida y vana,
Y él con más gusto y más amor, se entiende:
Que en siendo con las damas la batalla
Es la mejor venganza no tomalla.

DEL MISMO CONDE DE BUÑOL

SONETOS

I

Á una calavera.

Esta calva asquerosa y descarnada
El sol con su cabello obscurecía;
Y estos dos ojos fueron algún día
Ojos do estuvo la beldad cifrada;

Sobre esta cabezuela mal formada
Una nariz resplandeciente había;
Y en estos ralos dientes se veía
Orden de perlas, de coral cercada.

Todas aquestas cosas estuvieron
Cubiertas de una tez blanca, apacible,
Cual la roja blancura de la aurora;

Mas ya las cosas que tan bellas fueron
Son una triste calavera horrible:
¡Cuál será presto quien la mira ahora!

II

Contra la esperanza.

Que gloria siente y bienaventuranza
El que sin esperanza se modera,
No está claro: que aquello que se espera,
En tanto que se espera, no se alcanza.

Quien desea riquezas, quien privanza,
 Quien obispar, quien arbolar bandera,
 Es que está falto de ello, de manera
 Que es privación de estado la esperanza.
 ¿Por qué la pintan norabuena verde?
 Píntenla de un color tan asqueroso,
 Que de enfadados de él nadie se acuerde.
 Dígolo, y otra vez afirmar oso,
 Que quien de vista la esperanza pierde
 En este mundo vive sin reposo.

III

Arbol de invierno.

El árbol que en su edad verde y florida
 Jamás negaba el natural tributo,
 Dando la hoja, sombra, flor y fruto
 Para descanso de la humana vida,
 Agora tiene la virtud perdida;
 Y no es mucho que esté con tanto luto:
 Que, estando el campo del favor enjuto,
 La fuerza del amor está encogida.

Pero si el tiempo sabe hacer mudanza,
 Cuando su sol de darle luz se acuerde,
 Podrá reverdecer con más pujanza;

Porque aunque en el invierno estéril pierde
 Por de fuera el color de la esperanza,
 Yo sé que el corazón le queda verde.

IV

Contradicción de amor.

Belisa hermosa, dí; ¿por qué te dejo?
 Si te quiero dejar; ¿por qué te sigo?
 Si huyo al verte; ¿cómo estoy contigo?
 Y si te quiero ver; ¿por qué me alejo?

¿Cómo te alabo, si de tí me quejo?
¿Cómo te quiero, siendo tu enemigo?
¿Cómo á lo que procuro contradigo,
Y en lo que determino estoy perplejo?
Es que en tí sola hallo gloria y pena,
Y cada efecto de tu causa mana;
Que hay en tí parte mala y parte buena.
Hay quien da mil dolencias y quien sana;
Hay quien prende y quien libra de cadena,
Donde hay cuerpo divino y alma humana.

DE D. LUIS FERNÁNDEZ PORTOCARRERO

Y BOCANEGRA,

CONDE DE PALMA

SONETO

AL PRÍNCIPE D. FELIPE III EN RECOMENDACIÓN
DEL «AMPARO DE POBRES» DEL «DOCTOR PÉREZ DE HERRERA»

Alejandro lloró siendo mancebo
Con su marcial espíritu iracundo,
Que Filipo, su padre, ventó al mundo,
Águila que tenía al sol por cebo.

Alejandro español, Filipo nuevo,
Á quien deja el segundo sin segundo
Tanta tierra sujeta y mar profundo,
De donde nace á donde muere Febo;

Los que por conservarla quieren daros
Sangre de España, las reliquias de ellos
Á vuestro templo dejen ofrecidas:

Dad fuerza á la razón de sus amparos
Que viendo que queréis favorecellos
Con más valor ofrecerán sus vidas.

DEL MARQUÉS DE AULA Y ESTEPA

DON ADÁN CENTURIÓN

SONETOS

I

Á PEDRO DE ESPINOSA POR LA PUBLICACIÓN DE LAS FLORES DE POETAS
ILUSTRES DE ESPAÑA

Tú que das vida, sol hermoso, á cuanto
Ciega la fea noche; tú, que mojas
Las rubias trenzas en las aguas rojas
Del caudaloso y siempre ilustre Xanto;

Tú, que la vida quitas con espanto
De Niobe arrogante, si te enojas,
Y á las cavernas del Infierno arrojas
Al sacrilego Ticio, atado en llanto;
Al sacro Aquiles el vivir quitaste,
Porque ofendió tus muros, y en la arena
Vertiendo el alma, diste al mundo ejemplo.

Tú en este libro un templo levantaste:
Advierte que merece mayor pena
Quien profanare tu divino templo.

II

Á LA LUNA

Agora que en tu rostro el suyo atento
Tiene para tu bien mi Lidia hermosa,
Luna, que por el cielo presurosa
Llevas tu carro á parangón del viento;

De tus novillos el cansado aliento
Sobre tu mismo resplandor reposa,
Si quieres dar más bella y luminosa
Al sol envidia y á Endimi6n contento.

Que si aquellas que dan sus ojos lumbres
Tu hielo embisten con radiante rayo,
No te desdeñarán por blanca y fría;
Y el oro á tí te deberán las cumbres,
Abril las rosas, los claveles Mayo,
El fin mi llanto y el enfermo el día.

III

AL INFIERNO

Profundo lecho que de mármol duro
Me guardas el descanso postrimero,
Abre tus senos, que, según espero,
En breve ocuparé tu sitio oscuro.

Si en parte alguna puedo estar seguro,
En tí no acabará daño tan fiero,
Ó no veré quizá el mal de que muero,
Faltándome la luz de este aire puro.

Y rota la cadena que detiene
En esta miserable y triste vida
El ánima á su pena aherrojada,

Descansará del mal que en ella tiene
El agua del olvido ya bebida,
En los Elíseos campos olvidada.

DEL MISMO D. ADÁN DE CENTURIÓN

MARQUÉS DE AULA

SILVA

Mientras las duras peñas
Con suspiros y llanto enterneciendo
Estoy, entre estas breñas
Los daños que padezco repitiendo,
Los fieros animales
Me escuchan y se duelen de mis males.

De mí se compadece
El áspide más fiero y ponzoñoso,
Y tanto se enternece
De verme suspirar tan sin reposo,
Que mansa, atentamente
Escucha mis querellas y las siente.

Aquí todas las aves
Con dulces lenguas y diverso canto,
Formando quejas suaves,
Procuran imitar mi triste llanto,
Y en llorar ocupadas
Están de sus hijuelos olvidadas.

También con sus balidos
Responden en los valles los ganados,
Y en esto divertidos,
Olvidan el pacer los verdes prados,
Mostrando sentimiento
Con altas voces y con ronco acento.

Las sílabas postreras
De las razones dichas suspirando,
Repiten casi enteras
Las cóncavas cavernas resonando,

Y, en fin, sienten mis males
Árboles, piedras, aves y animales.

Mas todo esto es en vano,
Que no me sirven nada de consuelo,
Pues sé que está en tu mano
Trocarme tanta pena en gloria y cielo,
Y gustas de que muera,
Siendo sola entre tantas tú la fiera.

DEL ARZOBISPO DE GRANADA

FRAY D. GARCERÁN ALBANELL (1)

SONETO

QUE Á TÍTULO DE AMIGO CRISTIANO ENVIÓ DESPUÉS DE SU CAÍDA
AL CARDENAL DUQUE DE LERMA,
VALIDO DE FELIPE III, HALLÁNDOSE GRAVEMENTE ENFERMO

Pídeme á mí mismo el tiempo cuenta;
Si á darla voy, la cuenta pide tiempo;
Que quien gastó sin cuenta tanto tiempo,
¿Cómo dará sin tiempo tanta cuenta?

(1) Hasta aquí había prescindido de incluir en esta colección los versos de los Prelados y Príncipes de la Iglesia. Verdad es que los que llegaron á tan supremas dignidades acostumbraban inutilizar sus creaciones del ingenio desde que ascendían á la mitra, y que son pocos los Obispos, Arzobispos y Cardenales de quienes conserva versos escritos nuestro Parnaso. Por más diligencias que he hecho, no he podido dar con los del Cardenal D. ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA, Arzobispo que fué de Burgos: del de Granada Fray GARCERÁN ALBANELL no conozco otros que los que aquí cito, y sólo podría llenar muchas páginas con los del Obispo de Astorga Fray DAMIÁN CORNEJO, que los hizo profanos muy bellos, por más que la malicia sólo haya dado á conocer hasta aquí los más livianos y alegres. Hay que suponer que los versos del *Cronista de la orden del Carmen* fueron fruto de sus mocedades, antes de entrar en religión; no obstante, no todas sus poesías ofenden los oídos y el pudor, y como prueba puede citarse el siguiente

SONETO

AL PONERSE UNA DAMA EN LA CABEZA UNOS JAZMINES QUE AÚN NO HABÍAN
SALIDO DEL BOTÓN, Y Á POCAS HORAS SE ABRIERON EN EL MISMO PELO

De emboscada entre matas de tu pelo,
Rompiendo de esmeraldas la clausura,
Ofendido un jazmín de tu blancura,
De punta en blanco armado, salió á duelo.

Tomar no quiere el tiempo tiempo en cuenta,
 Porque la cuenta no se hizo á tiempo;
 Que el tiempo recibiera en cuenta al tiempo
 Si á la cuenta del tiempo hubiera cuenta.
 ¿Qué cuenta ha de bastar á tanto tiempo?
 ¿Qué tiempo ha de bastar á tanta cuenta?
 ¡Que al que sin cuenta vive falta tiempo!
 ¿Yo estoy sin tener tiempo ni dar cuenta,
 Sabiendo que he de dar cuenta del tiempo
 Y ha de llegar el tiempo de la cuenta?

Sus blancas hojas, sin ningún recelo,
 Esgrimió; pero al ver en tu hermosura
 Tantos reparos hechos de luz pura
 En deshojarse puso su desvelo.

Mas blanco ya, de más descolorido,
 Miedo que tu belleza le dió en pena,
 De su cándido orgullo inadvertido,

Escarmientos le intima una azucena:
 —«¡No te atrevas, le dice, pues rendido,
 Ve que Clori te trae á la melena.»—

Por lo demás, es inconcebible por qué nuestros Prelados, dando pruebas de una austeridad de opiniones que no profesaron algunos Pontífices poetas, hicieron perecer las obras de su ingenio poético al llegar al Principado de la Iglesia. De JULIO II se sabe escribió versos castellanos; en versos castellanos se tradujeron en el siglo XVII los *Poemata* de URBANO VIII por GABRIEL DEL CORRAL, y en nuestro siglo los del actual Papa LEÓN XIII, por D. JAIME MARTÍ MIQUEL, en Madrid, y por el Doctor D. RAMÓN VALLE, en Méjico.

Los versos del Papa JULIO II á que me refiero fueron dirigidos al poeta genealógico de España PEDRO GRACIA DEL, á quien preguntaba las excelencias que tenía nuestra incomparable Reina Católica D.^a ISABEL I de Castilla, diciéndole:

Pregunta de Julio II.

Isabel, quien Dios lleuó;
 ¿Quién era, pregunto, quién?
 ¿Qué hizo? ¿Qué ordenó?
 ¿De qué se honró y preció?
 ¿Qué tuvo? ¿Qué mandó bien?
 ¿Y cómo al Rrey amó?
 ¿Y cómo y quanto niuió?

DEL CARDENAL DUQUE DE LERMA

DON FRANCISCO GÓMEZ DE SANDOVAL Y ROJAS

PRIMER MINISTRO DE FELIPE III

SONETOS

I

CONTESTANDO AL DEL ARZOBISPO DE GRANADA

D. FRAY GARCERÁN ALBANELL

Aunque es razón que dé del tiempo cuenta
Quien gastó en cuentas largas tanto tiempo,
Y aunque en la cuenta caigo, que ya el tiempo
Entre los de más tiempo ya me cuenta;

¿Cómo falleció y cuándo?
¿Y cuánto vivió reynando?
¿Cómo y dó se sepultó?

Respuestas de Gracia Dei.

¿Quién era?—Muy alta, muy poderosa,
Del mundo mayor señora;
Muy justa, muy piadosa,
Muy liberal, muy hermosa
Y muy recta rregidora.
Muy deuota, muy seruida,
Muy amada, muy themida,
Y sobre las soberanas
Judías, moras, christianas,
La muy más esclarecida.
¿Qué hizo?—Venció tres rreyes christianos,
Rrecobró sus señoríos,
Y conquistó los canaños,

Y aunque llegó ya el tiempo de la cuenta
 Y pierdo ya la cuenta de mi tiempo,
 Por ser tan larga cuenta en largo tiempo
 El que el tiempo cargó sobre mi cuenta;
 Razón fuera también quien cuenta tiempo
 Que en su tiempo tuviera mucha cuenta
 Y avisos diera á cuenta y no sin tiempo:
 Y pues que de mi tiempo tuvo cuenta,
 Sepa dar buena cuenta de su tiempo;
 Que de mi tiempo á Dios le daré cuenta.

Y, echándolos, los Judios,
 Los erejes y enefaños; (*sic*)
 Á Granada nos ganó;
 Toda España reformó,
 Los dos pueblos baptizando,
 Y nueuas gentes fallando
 Á Nápoles recobró.

¿Qué ordenó?—Esta quitó los perjaros:
 Onrró los cultos diuinos;
 Rrecobró tierras y iuros,
 Y tuuo siempre seguros
 Los themerosos caminos.
 Y puso la caxa leda,
 Á los rricos muy açeda,
 Cassando hijos de grandes;
 No sé qué más le demandes,
 Pues ninguna cosa queda.

¿De qué se honró?—Honrrose de su nobleza,
 Que la tuuo en excelencia,
 De gracia y gentileza,
 Humanidad y grandeza
 Y alta magnifecencia:
 Su entender y su sentir,
 Su sauer y su dezir,
 Su honesta grauedad
 Y su perfecta bondad
 Non se puede conferir.

¿De qué se presció?—Prescióse de que Rreynaua,
 Y tambien porque regia;
 Que dezía que mandaua,
 Que tenia, que libraua,
 Que queria y que podia.
 Y si más quereis en ella,

II

Á DOÑA ANA DE CASTRO EGAS POR SU LIBRO TITULADO
«ETERNIDAD DE FELIPE III»

Sin paz el mar, entre las ondas rizas,
Ruinas repite, injurias de la suerte,
Y la tierra, tormentas de la muerte,
Del que por ti renace en sus cenizas.
Al tiempo corta-pluma martirizas,
Pues le para, y no importa: que á deberte

Quantos trataron con ella,
Y sus gracias cognoscieron,
Jamás, de que se partieron,
Fueron descontentos della.

¿Qué tuvo?—Dos mill castillos le veo:
Dos mill villas y cibdades;
Mill trescientos años leo;
De ochenta Reyes la creo
En los dos mares de Gades;
Con cient puertos estantios,
Con mill naos y nauios,
Con los dos almirantados,
Y tuuo doce Rennados
Sin los indos señorios.

¿Qué mandó?—Mandó treinta y tres perlados
Con los quatro arzobispales,
Ocho duques y condados,
Trenta con los marquesados,
Y tres mesas maestres:
Y cient hombres de Renombres,
Y cient mill de Rricos-hombres,
Sin los seys adelantados,
Y más con los ayalados
Sobre tres qüentos de hombres.

¿Cómo vivió?—En su niñez contenida,
Y contra muchos casada;
En sus Rrennos combaticida;
En muchas muertes plañida;

Tanto contra el olvido, en lo que advierte,
Llegarán los aplausos que eternizas.

Felipe vivirá de haber vivido:
Debiendo á tu verdad segunda gloria,
Vivirá aun más allá de la esperanza

Tu cuidado en sí mismo agradecido:
Pues das crédito al Rey, y á su memoria,
Es paga tu elección en su alabanza.

En gouernar trabaiada;
Y uió dos hijos casados
Á sendos años finados,
Y dos nietos, niños tiernos,
Y á deshora dos yernos
De la muerte salteados.

¿Cómo fallesió?—Los sacramentos teniendo

Asi como conuenia,
Un fraile estaua diziendo
La passion: y en viniendo
Al paso en que dezia:
In manus tuas, sospira,
Y con el su signo mira
Un deuoto crucifixo;
Y al punto en que se dixo:
Consummatum est, espira.

¿Quánto vivió?—Vinió seys y çinquenta:

¿Quánto reinó?—Rreynó treinta casi en lleno:

¿Quándo y cómo se sepultó?—A mill quinientos que çuenta

Y quatro le dieron afruenta
Veinte y seys del mes noueno.
Y agora en la sierra
De la alhambra de Granada,
Una laúde la encierra:
Do yasçe tierra con tierra:
¡Dios le dé sancta morada!

Amén.

DEL CONDE DE SALDAÑA
DON DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL

COMENDADOR MAYOR DE CALATRAVA

HIJO SEGUNDO DEL DUQUE DE LERMA

ROMANCES

I

Ya está muriendo de ausencia
Tu aficionado galán,
Que obligaciones sin gusto
Me prendieron sin pensar.
Andaba á caza de dichas,
Y penas vine á alcanzar,
Que en mi alma lastimada
Solas desventuras hay.
Prendiéronme mis deseos,
Entrándome, por amar,
Una pendencia celosa:
Que entre amantes nunca hay paz.
El mayor gusto que tuve,
Apenas pude gozar,
Porque venturas acaso
Suelen muy poco durar.
Como el alma de un ausente
Suelen las ansias llevar,
En un infierno de celos
La mía penando está.
Y viendo que te ausentabas

Para más seguridad,
 Tras ti se fué el pensamiento
 Por ver si me has de olvidar.
 Hallé mi muerte en tu olvido
 Y mi bien mudado en mal,
 Porque la mujer ausente
 La más firme es desleal.
 Mi enemiga la sospecha
 Se acogió con mi pesar,
 Que en los tristes corazones
 Tiene llave universal.
 Aunque adoro, mi cuidado
 Dicen que me ha de matar
 Sin que sienta su tormento,
 Y es muy bellaca señal.
 Entretiénneme esperanzas,
 Para atormentarme más,
 Y no teniendo ventura,
 ¿Sin ella, qué he de esperar?
 Sobre no tratarme bien
 La inventora de mi mal,
 Su impiedad y mi paciencia
 Siempre encontradas están.
 Hizo en mi memoria tanto
 Su hermosura celestial,
 Que en mí siempre ha de vivir,
 Sin que la pueda olvidar.
 Supiéronlo los sentidos,
 Que ya de sentir están
 Sin sentido, más contentos
 Que medrosos de su mal.
 Ando temiendo, señora,
 Que el amor ha de llevar,
 Mis desdichas adelante
 Y mis méritos atrás.
 Y como me ve rendido
 Flechas me tira el rapaz,
 Que son con las recibidas
 Más de ochocientas y más.
 De buen aire estoy herido,
 Y el pecho de par en par;

Entrad, y veréis, señora,
 Como vos sola reináis.
 No hubo en todos mis deseos
 Ninguno que echar á mal,
 Que como son de serviros
 No os pueden, María, agraviar.
 Mi fortuna se ha parado,
 Y así mis bienes verán
 Desde lejos, los ausentes,
 Y los presentes mi mal.
 Enviaisme mil rigores:
 No sé quién los sufrirá,
 Á que dándome mil penas
 Agravie mi voluntad.
 Para combatirla solo
 Dicen que en mí han de durar
 Tanto, que si no es la muerte,
 No me podré remediar.
 Si tenéis con la hermosura
 Acaso, María, piedad,
 Forzosa ocasión es ésta
 En que la podáis mostrar.
 Socorredme con favores,
 Pues es mi necesidad
 Tal, que tengo ya por bienes
 Á los males que me dais.
 Que tiempo vendrá, señora,
 En que os podáis alabar,
 Que á mi vida enamorada
 Pusó límite el pesar.

II

Vuestro gusto estimo en más
 Cuanto vos tenéis en menos
 El amor que os he tenido
 Y el que ahora firme os tengo.
 No penséis, Belisa, ingrata,
 Si disimulo, que duermo:

Que si callo y no porfío
 Es por ver que no os merezco.
 ¡Qué poco de mí fiáis
 Viendo lo mucho que os quiero!
 Mas no me espanto, si ya
 Habéis escogido dueño.
 Serviros he deseado;
 Pero ya ofendido muero,
 Llorando mi mal perdido
 Lo que bien ganado siento.
 Cualquier favor que me hagáis
 Á pagárosle me atrevo,
 Siendo humilde poseedor
 Y no dichoso soberbio.
 Diréis que mudable he sido:
 Mucho me agraviáis en esto;
 Si no tenéis por firmeza
 Saber callar lo que os quiero.
 Nunca el alma se ha mudado:
 Demostraciones del cuerpo
 Han sido fingidas muestras
 Para deslumbrar al pueblo.
 Tened lástima de mí,
 Pues que, sobrando deseos,
 Faltan diligencias mías
 Por no querer ofenderos.
 Mas ya sufrir no puedo
 El ver que no sois mía siendo vuestro.

III

Es la gloria de los bienes
 Amenaza de los males:
 Que no hay seguro contento
 Ni buena dicha constante.
 Pasadas venturas mías,
 Por presentes soledades,
 A mi pesar, inhumanas,
 Rigorosas os trocasteis.

Favor me dió la fortuna
 Para que después llorase
 Un bien que sólo me ha dado
 Para causa de mis males.
 Si fuí dichoso y me quejo
 Porque venturas me maten,
 Quiero ser tan desdichado
 Que ningún consuelo halle.
 Sólo en mis desdichas creo
 Que nunca sabrán mudarse:
 Por firmes me pago de ellas,
 Que no de glorias mudables.
 Los dichosos en amores
 ¿Qué merecieran por partes?
 Alcanzar lo que desean
 O con dicha de ignorantes.
 Moriránse los discretos
 De ver que su bien les falte;
 Mas los que no le merecen
 Ni le echan menos ni saben.
 Desdichado pensamiento,
 Si fuistes dichoso antes,
 De lástima sois agora
 Por ejemplo de leales;
 Que amor que fuere fácil
 No fuera y sin razón á demudarse.

IV

Si fué el amor de dos años
 Y en todos ellos tan firme,
 ¿Cómo, mi María, en un hora
 Mudanza tan grande hiciste?
 Es verdad que tus rigores
 Te hicieron siempre invencible,
 Mas no me podrás negar
 Los servicios que te hice.
 Ahora en los corazones
 Es su centro y allí vive,

En unos se encubre más,
 En otros no, aunque peligre.
 Faltóte la confianza,
 Y la envidia que persigue
 A los que quieren de veras,
 A mí me dejó muy triste.
 Cansásete por tu gusto
 Y á mi desdicha rendíme:
 Que fiar desengañado
 Es intentar imposibles.
 Y aunque yo por ellos muero
 En ver que tanto los quise
 Mal pagado y bien celoso
 Lloro de lo que te ríes.
 De tu mucho entendimiento
 El saber veloz corrige,
 Que no merece tu dueño
 Lo que le quieres y finges.
 Las muchas obligaciones
 Que me tienes, paga piden,
 ¿Pero cuándo la alcanzaron
 Sino los necios y libres?
 Dirás que vuelvo á cansarte
 Y á decirte que te fíes
 De una antigua voluntad
 Que en un tiempo fué tan firme.
 ¡Plegue á Dios que estés contenta
 Y que el dueño que escogiste
 Te sirva con más favores
 De los que ahora te sirvel
 No llores celos jamás;
 Todos tus cosas envidien
 Y tan bien te quieran todos
 Como tú mal me quisiste.
 No tengas disgusto en nada;
 Todo á tu gusto se pinte,
 Y no vivas en aldea
 Sino á do tu dueño vive.

V

No conozco bienes míos,
Y sé todos los ajenos,
Que para más pena mía
Así lo ha querido el cielo.
No hay pastor que no se alabe
De que le dicen requiebros
Sus pastoras; mas yo ¡triste!
No puedo alabarme de esto.
Précianse de buenos tales,
Yo también le tengo bueno,
Y, aunque no soy entendido,
Muy bien á todos entiendo.
Deben de ser liberales,
Pues yo ya de dar no tengo,
Por poeta me lo llevan;
Y así lo dicen mis versos.
Por callados ya lo ven;
Que si guardaran secreto,
Ni yo supiese sus dichas
Ni ellos fueran tan groseros.
Ventura es el ser amado,
Y desventura del tiempo:
Que siempre alcanzan lo más
Los que saben querer menos.
Fiarse de la ventura
Quien la tiene, puede hacerlo:
Que no ha menester más pactos
Para lograr sus deseos.
Saber poco y hacer mucho,
Solo en dichosos lo veo:
Que si el saber fuera dicha
No la tuvieran los necios.
Á mi desdicha, señora,
Conozco lo que la debo,
Pues no acabando mi amor
Sirve de encarecimiento.

VI

No merecen mis deseos
Que con tal rigor los trates,
Porque siendo de servirte
Los pagas con enojarte.
Mis firmezas te merecen,
No las mudanzas que haces,
Sino que pagues mi amor
Que si quieres muy bien sabes.
Del amor correspondido,
Aunque venturas le falten,
Sin ocasiones del gusto
Suelen sus glorias gozarse.
No te pido deseoso
Que venzas cosas tan grandes,
Porque ser agradecida
No puede culparte nadie.
La firme seguridad
Es la que hace á los amantes
Venturosos, que no hay dicha
Del tiempo, que no se acabe.
Desestima lo que quiere
Quien procura que le falten
Al respeto, los temores
Por aspirar á lo fácil.
Ofender lo que se adora
Es ingratitud notable:
Quien quiere más á su gusto
Que á su dama, no es amante.
No hay venturoso seguro,
Ni maltratado mudable:
Las amistades del cuerpo
No son tiernas amistades.»

Aquesto Salicio dice:
Que nunca podrá mudarse
Con sus desdichas, contento,
Y aborrecido, constante.

VII

Aquí donde tus favores
Han premiado mis verdades,
Adora, Marcia, tus bienes
Con la ausencia de mis males.
He visto, señora mía,
Que en tan peligrosa parte
Por osado soy dichoso
Que no hay dichoso cobarde.
Vencedor de inconvenientes
Olvido tantos pesares;
Pero no, que han de volver;
Porque es la dicha mudable.
De ser firme te prometo,
Y, aunque te mudes, constante:
Que estando tan obligado
No podrás desobligarme.
Honraré mis pensamientos
Con sólo saber amarte
Tan agradecidamente,
Que mi amor al tuyo pague.
Con merecer que me quieras
Pretendo, Marcia, obligarte;
Porque el bien en merecerle
Ventura será alcanzarle.
Si agradecido te ofrezco,
Señora, mis humildades,
Es por ver en la porfía
Que no hay humilde ignorante.

VIII

Líbreme Dios del amor
Que no guarda ley á nadie,
Lisonjero y falso amigo,
Sujeto á mil novedades.

El que asegura y promete
 Glorias muchas, siendo fácil
 En él no cumplir ninguna,
 Se ve que amor es mudable.
 No quiero amor encogido
 Que no hay amor ignorante,
 Y el que teme sin razón,
 No es justo que amor se llame.
 Del mirar obligaciones
 Despechos honrados nacen,
 Pero no hay gusto por fuerza
 Ni ley segura con arte.
 La verdadera afición
 Nace de seguridades,
 Y amor que no está seguro
 Será dicha de ignorantes.
 No es tal la dicha en tenerle,
 Que dichosos hay sin partes:
 Ser solo en el bien ó el mal,
 Esa sí que es dicha grande.

IX

Contenta estarás, Belisa,
 De ver tu novio en la aldea,
 Donde tú estarás pagada
 Y él sin celos y sospechas.
 Lo que escogiste por gusto
 Causó en el valle tal pena,
 Que parece adivinaba
 Los males que ya te cuesta.
 No hay zagal que no murmure
 Cómo no sales las fiestas
 Á robar la vista al sol
 Entre tus doradas trenzas.
 No acudes á donde cantan,
 Y si hemos de hablar de veras,
 Todos á una voz publican
 Que tu mal es mal de ausencia.

Á la fe, Belisa mía,
 Que me pesa que se vengan
 Mil quejosos, aunque al cielo
 Nadie pueda hacerle ofensa.
 Mas puede ser que castigue
 Despreciar tanta fineza,
 Olvidar tantos servicios,
 Y ser sorda á tanta queja.
 Ruego á los cielos, ingrata,
 Que, aunque á mi pecho de cera
 El tuyo fué siempre firme,
 Vuelvas en gustos las penas.
 No haya mal que á tanto bien
 En ningún tiempo se atreva,
 Aunque es propio de los malos
 Perseguir á la belleza.
 Goza la paz con tu dueño
 Sin temores y sospechas,
 Y sin celos ,que es lo más,
 Goces mil años contenta.

Aquesto un pastor cantaba,
 Mayoral de estas riberas,
 Que ofendido y mal pagado
 Siempre vive y siempre pena.

X

Cuando está ausente de Marcia
 Muy triste Salicio vive,
 Que, cuando de ella se parte,
 Cuerpo y alma se dividén.
 No hay consuelo que le cuadre,
 Ni remedio que le alivie,
 Solo con volver á verse
 Se cura el mal de partirse.
 Temeroso de un olvido
 En vano el dolor resiste,
 Porque la ausencia enemiga
 Es la muerte de los firmes.

Desconfiado de verla,
 Aún él no puede sufrirse,
 Que del bien un desdichado
 No es mucho que desconfíe.
 Contemplaba allí presente
 Que un imaginar terrible
 Suele hacer á un pensamiento
 Que penetre más que un lince.
 Parece mal el campo
 Por la esperanza que viste.
 Y del río la corriente
 Porque sus aguas se ríen.
 Todo ha de ser tristeza
 Lo que con él se acredite,
 Y así la noche desea
 Por lo que tiene de triste.
 Solamente le acompañan
 Soledades apacibles
 Que le aumentan y le acuerdan
 Sus cuidados infelices.
 Tanto más crece el deseo
 Cuanto el verla es imposible;
 Y, viéndose de esta suerte,
 Esto suspirando dice:

«El que de tus ojos
 Ausente vive,
 Marcia de los cielos,
 Quiere morirse;
 »El que de tus ojos bellos,
 Señora, no vive ausente,
 Tiene vida justamente
 Para que goce de vellos.
 »Pero aquel que de ellos
 Ausente vive,
 Marcia de los cielos,
 Quiere morirse.
 »El que se destierra
 De quien vive amando,
 Sin pensar va entrando,
 En perpetua guerra.»

DEL MISMO CONDE DE SALDAÑA

D. DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL

DÉCIMAS

Amada señora mía,
Si mi firmeza os agravia,
Considerad, como sabia,
Que es amor el que me guía.
Yo de tan dulce porfía
No espero sacar más gloria
Que el deseo y la memoria,
Pues contra vuestro poder
Es tanto como vencer
El intentar la victoria.

Mis sospechas y recelos
Me afligen y desvanecen,
Y á manos vuestras perecen
Aun los fingidos consuelos.
Busco engaños que á mis duelos
Disfracen de alguna suerte
Y aplaquen mi dolor fuerte,
Mas en cualquier triste caso
Sanan vencidos acaso,
Y sobre aviso, dan muerte.

No me da el morir tristeza,
Pues vida y alma os consagro,
Sino el vivir por milagro
Y no por naturaleza.
No mata vuestra belleza
Ni amor mata, aunque sea dios,
Que á despecho de los dos
En tormento tan esquivo
Pienso, Belisa, que vivo
De estar muriendo por vos.

DEL DUQUE DE OSUNA
DON JUAN TÉLLEZ GIRÓN

Á ROSAURA

LETRA

Viene con paso ciego
La noche entre relámpagos y espanto;
Vomita el cielo fuego;
Auméntanle las aguas con el llanto,
Y embístense violentos
Los bramadores y valientes vientos.

Mas huye con el sueño
La tormenta á las grutas donde mora,
Cuando sale risueño
El rostro helado de la turbia Aurora;
Y como vierte perlas,
Todas las flores se abren por cogerlas.

Escaques de azulejos
Parecen las coronas de la sierra
Miradas desde lejos,
Y lienzo de pintura cielo y tierra:
Y aquellos montes minas
De ricos jaspes y de piedras finas.

Por las puertas de Oriente
Asoman los caballos relinchando
Del sol resplandeciente,
Que tras los de la Aurora van volando;
Y alzadas las cervices
Arrojan claridad por las narices.

Eres así, Rosaura,
Tras la tormenta de cualquier ausencia,
Mi sol, aurora y aura;
Y gozo luego estando en tu presencia
Del aura, sol y aurora
Con la bonanza que en tus ojos mora.

DE D. MARTÍN DE CASTRO Y DE BOLEA

BARÓN DE LA CLAMOSA

SONETO

EN ELOGIO DEL CAPITÁN Y DOCTOR EN AMBOS DERECHOS
MICER ANDRÉS REY DE ARTIEDA

(Artemidoro)

Vuelas, Artemidoro, con más arte
Que el águila que rompe á todas manos,
Ya con varios conceptos soberanos,
Ya con las armas que te ofrece Marte.

Luz del estilo grave, de otra parte,
Émulo de los Héctores troyanos;
Díganlo Francos, Belgas, Otomanos
Que frente á frente osaron esperarte.

Dichoso Turia, cuya margen bella
Mil veces coronó tu altiva frente,

Y Ebro, tu patrio abuelo, más dichoso;

Y más dichoso Marcio, cuya estrella
Te ofrece el néctar de tu clara fuente,
Arras de un pecho hidalgo y dadivoso.

DE DON JERÓNIMO CORTÉS

HIJO DEL MARQUÉS DE VALLE

SONETO

EN ELOGIO DE GABRIEL LASO DE LA VEGA POR SU POEMA
DE «CORTÉS VALEROSO»

Con dulce son de nuevo se derrama
De mi invencible abuelo la grandeza,
Los trabajos, peligros y braveza
Con que tiene ganada eterna fama.

Al más temido pecho y fuerza inflama,
Viendo de tal varón tal fortaleza,
Que no pudo del hado la aspereza
Dormir, ni obscurecer su ardiente llama.

Esto se debe á ti, divino Laso,
Cuya musa con plectro sublimado
Cantó el alto valor del fuerte pecho.

¡Bien muestras que á beber te dió el Parnaso
Tanto licor, que el verso delicado
En majestad iguala en todo al hecho!

DE D. MANUEL DE BENAVIDES

PRIMER MARQUÉS DE JAVALQUINTO, SEÑOR DE ESTIVEL Y DEL MAYORAZGO DE ALMANZORA

SONETO

EN ELOGIO DE LA «ANGÉLICA» DE LUIS BARAHONA DE SOTO

Bellas redes de amor, madejas de oro,
Sartas de aljófar, púrpura, ámbar, nieve,
Del celebrado rostro á quien se debe
La singular belleza de Medoro;
Rendios al santo y venerable coro
Del rojo Apolo y las hermanas nueve,
Que es bien que el mundo y su riqueza apruebe
Lo que da el cielo por mayor tesoro.
Y así como linaje y fortaleza
Pospuso á la caduca hermosura
La antigua Reina, del Cathay señora;
Posponga y rinda la mortal belleza
Al vivo ingenio y ciencia eterna y pura,
Y venga al fuerte y bello el sabio ahora.

DE D. DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL

CAPITÁN DE CABALLOS LIGEROS EN LAS GUARDIAS DE CASTILLA

Y DESPUÉS CONDE DE SALDANA

SONETO

EN ELOGIO DE D. DIEGO DE ÁLAVA Y BEAUMONT
POR SU «PERFECTO CAPITÁN»

En el derecho y artes liberales
Águila á un tiempo ya nos pareciste,
Y ángel á las escuelas que registre
De juventud estando á los umbrales.

Después en ejercicios tan reales
Universal en todo te hiciste,
De tal manera, que la envidia fuiste:
Á tormentos confiesa lo que vales.

Un Bártulo, un Catón, un Durandarte,
Por letras, por virtud, por gallardía,
Has sido hasta aquí en estudio y corte:

Mas ya te dan sus voces Juno y Marte;
Éste, en guerra, por noble valentía;
Y aquél, en paz, que es de ella blanco y norte.

DE D. ANTONIO ÁLVAREZ DE TOLEDO
Y BEAUMONT, DUQUE DE ALBA Y CONDE DE LERÍN

CONDESTABLE DE NAVARRA

SONETO

EN ELOGIO DE LOPE DE VEGA CARPIO POR SU «ARCADIA» (1)

Belardo, que á mi tierra hayáis venido
Y á ser uno también de mis pastores,
Grande ventura fué de mis amores,
Pues no los cubrirá tiempo ni olvido.

Mis penas sé que habéis encarecido,
Pero corto quedáis, que son mayores:
Bien es verdad que las hará menores
La causa por quien yo las he sufrido.

No compitan las voces disconformes
Del sátiro con vos, ni sin aviso
Juzgue Midas el canto dulce solo:

Tajo os escuche y mi famoso Tormes;
Á Apolo llaman el pastor de Anfriso;
Si soy Anfriso yo, vos sois mi Apolo.

(1) *La Abadía* de los Duques de Alba, posesión de recreo donde durante más de dos siglos hubo perpetua Academia de príncipes y de ingenios.

DE D. JUAN VELASCO Y DE LA CUEVA

CONDE DE SIRUELA

DEL HÁBITO DE CALATRAVA,
EMBAJADOR EXTRAORDINARIO, AL SERENÍSIMO REY DE POLONIA
Y DE SUECIA Y Á ROMA, GOBERNADOR DE MILÁN

SONETOS

I

EN ELOGIO DE D.^a ANA DE CASTRO EGAS POR LA «ETERNIDAD DE
FELIPE III»

Cantas con pluma heroica, con voz pía,
Oh Anarda, noblemente lastimada,
La muerte digna más de ser llorada,
La vida digna menos de aquel día.

Feliz tu inclinación, puesto que guía
Virtud, aun de la envidia venerada,
Tu aplauso cierto, pues recuperada
Vemos en tu verdad nuestra alegría.

Felipe, aquel gran rey, gloria recibe
No por menor razón, por nuevo modo
Que la dilata al mundo en breve suma.

Gloria también al labio que la escribe;
Pues quien nació y murió, mayor en todo,
Se ve crecer al rayo de tu pluma.

II

EN ELOGIO DEL CONDE DE LA ROCA POR SU POEMA
DE «SEVILLA RESTAURADA»

De las cenizas de Bullón cristiano
Que las musas honraron del Seveto,

Hoy anima tu espíritu discreto
La conquista del Santo Rey hispano.

Entre el ibero nuestro y el toscano
Has logrado el asunto más perfeto;
Éste materia da y aquél objeto;
La mente puso el Taso y tú la mano.

No sé cuál más famosa es este día:
Si en lengua y armas, por tu pluma, España,
Ó las otras provincias, por la suya.

No sé cuál gloria á cuál se debería:
Si tu pluma á Gofredo, por su hazaña,
Ó el Torcuato á Fernando, por la tuya.

III

EN ELOGIO DE D. GABRIEL BOCÁNGEL Y UNZUETA POR SU POEMA
«LEANDRO Y HERO»

Divino Trace, que en mejor templado
Plectro con voz mejor articulada,
La infeliz ninfa en Sexto venerada
De Melpómene cantas inspirado;
El joven cantas en Abido ahogado;
De ella y de él su beldad idolatrada,
Á quien dió, de su ardor solicitada,
Fatal antorcha túmulo sagrado.

Desde hoy eterna vivirá esta historia:
Canta feliz, y el canto de su suerte
Admira más que de ella la memoria.

Pues si el destino suyo la convierte
En muerte humana, su ligera gloria,
Tu voz en inmortal gloria la muerte.

DE D. JUAN DE TASSIS Y PERALTA

CONDE DE VILLAMEDIANA

VERSOS HEROICOS

I

AL PRÍNCIPE D. FELIPE IV SIENDO ARMADO CABALLERO

ESTANCIAS

Estas armas, señor, en juveniles
Años, de fe y valor alimentadas,
Para afrenta de Alcides y de Aquiles,
Hoy el cielo las tiene reservadas.
Atlas descanso espera en las viriles
Fuerzas, que contra el Asia ejercitadas,
Cuando el acero fulminante vibres
Las aguas del Jordán nos harán libres.

Ya Tétis entre conchas Eritreas
Benigna aguarda el militar portento;
Porque inspiradas de aura dulce veas
Tus velas coronar su inestable argento;
Las generosas plantas Idumeas
Crean, insinuando el vencimiento,
Flexibles arrogándose tu mano,
Alejandro español, César cristiano.

El cíclope mayor yermo te ofrece;
Propicio á Marte con Minerva tienes;
El hado en vaticinios te obedece,
Y materia á la fama le previenes;
Entre estas esperanzas Dafne crece
Con ambición de coronar tus sienes,

Trofeos ofreciéndote inmortales,
Ya cívicos honores, ya murales.

Entonces, de la fe preclaro asilo,
Lunas de Asia tus pies tendrán debajo,
Bebiendo los caballos en el Nilo,
Que el austro engendra y alimenta el Tajo;
Y en el mayor sepulcro honor tranquilo,
Dando al sangriento arnés feliz trabajo,
El Febo occidental serás primero
Que deba el sacro monte al claro Ibero.

SONETOS

I

AL REY CATÓLICO D. FERNANDO

Aquí descansan del mayor Fernando
En reposo inmortal brazo y espada;
Urna breve los cierra dedicada
Al mortal uso, el nombre trasladando.

Ni pudo España interrumpir llorando
Sobre la sorda piedra en voz turbada
Las voces de la fama, que, animada,
Sus triunfos para siempre está cantando.

Hizo correr al mar de sangre el Rheno,
Y vencedor cortés esclarecido
Á la ambición de Italia puso freno.

Dió leyes á la paz; venció el olvido;
No vió nación y no pisó terreno
Que no quedase á su valor rendido.

II

Á FRAY D. FRANCISCO XIMÉNEZ DE CISNEROS
CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

Tú que con mancha ilustre en clara espada
Campeón de Cristo y de la patria fuiste,
Cuando en bárbara sangre la teñiste
De gente al rey y al cielo rebelada;
Y de impulsos celantes tu fe armada
Glorioso á Marte adverso te opusiste,
Tal que ambas fortunas conseguiste,
Próspera adversidad, gloria envidiada;
Cual con la espada, logra con la pluma
Trofeos, y al aplauso de tu gloria
De la virtud corona el cielo palmas.
Sumo el honor y la fatiga suma,
En la segunda y no menor victoria
El cielo sólo premia triunfo de almas.

III

POR LA MUERTE DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ, D. ÁLVARO DE BAZÁN,
CAPITÁN GENERAL DE LA JORNADA DE INGLATERRA

Aquí, donde el valor del nombre ibero
En descansado honor halló reposo,
Después que de ambos mares victorioso
Puso en la vaina el bien manchado acerc;
Llora la gran Hesperia el triste agüero
Á que dió causa el cielo riguroso,
Pues ya, el cuello inclinado, el temeroso
Isleño el yugo sacudió severo.
Tiempo y olvido aquí no tienen parte:
Que la inmortalidad su templo ofrece
Con debida memoria á sus memorias;
Y en la corona que le teje Marte,
Entre el ciprés funesto, reverdece
El vencedor laurel de sus victorias.

IV

Á SAN FRANCISCO XAVIERRE

Ve, oh gran Francisco; vibra el gran tridente
De sacra diosa con la santa mano:
Que por virtud, si no por años cano,
Darás á España gloria floreciente.

Desempeñe su pecho heroicamente
Del talento la fe y el soberano
Obsequio: que á tu nombre no da en vano
El uniforme aplauso de la gente.

Logra y logre por tí la blanca Astrea
No sólo incorruptible el terso acero,
Sino el neutro nivel de su balanza.

Querrán los cielos que tu nombre sea
Al de Numas y Néstores primero,
Mi fe desempeñando y tu esperanza.

V

Á LA MUERTE DEL REY FELIPE II

No de extinguable luz comunes ceras
Ardan en tus exequias funerales;
Sino el vivo esplendor de los fanales
Presos con estandartes y banderas.

Por despojos, tus armas y cimbras
Sirvan de suspensión á los mortales,
Y escríbase el honor de tus navales
Con sangre de naciones extranjeras.

Pues te queda la fama por trofeo
Del blasón por las armas adquirido,
¡Oh clarísimo honor de las Españas!

No admitas urna breve: que, debido
Siendo á tu nombre el mar, por mausoleo
Viene angosto teatro á tus hazañas.

VI

AL DUQUE DE LERMA

En los hombros de Alcides puso Atlante
 Peso sólo capaz del mismo Alcides;
 Tú con tu emulación tus fuerzas mides
 Á dos mundos benéfico y bastante.

Y, á tu grandeza y obras semejante,
 Nunca del cielo la piedad divides;
 Con que ayudas al bien, y el mal impides,
 Compasivo al que erró, grato al constante.

Esta virtud y el generoso pecho,
 Sólo igual á la sangre que alimenta,
 De fortuna mayor digno se ha hecho.

Remisible piedad, de envidia exenta,
 Franca mano á quien viene el mundo estrecho,
 Del tiempo gloria y del olvido afrenta.

VII

AL DUQUE DE ALBA, D. ANTONIO

Esta cuna feliz de tus abuelos,
 Si en edad muertos, vivos por memoria,
 No consta sólo de caduca gloria
 Afectada en simétricos modelos,

Porque sus piedras dan envidia y celo 076 03
 Al esplendor de la latina historia,
 Hechos tanto blasón, tanta victoria
 Templos de Marte y de la Fama cielos.

Presas banderas, Príncipes vencidos,
 Rotos arneses, yelmos abollados,
 Mármoles son del tiempo no mordidos.

Donde con sangre viven trasladados
 Reinos gloriosamente defendidos,
 Reinos gloriosamente conquistados.

VIII

AL PRÍNCIPE DE ESPAÑA, FELIPE IV

Emula al sol saldrá del cielo esperio
 Un rayo de las armas, y cometa
 Que, con agüero de feliz planeta,
 Al Asia libraré del cautiverio.

Y revelando al mundo el gran misterio
 Verá el Levante ocasos de su seta:
 Uno el redil, una la ley perfeta,
 Habrá un solo Pastor y un solo Imperio.

Y la hidra inhumana que no pudo
 Ver extinta con fuego, no cortada,
 El celo y el valor de sus ahuelos,
 Al resplandor del soberano escudo
 Muerta caerá de miedo de la espada
 Que con filos de fe templan los cielos.

IX

EN EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE D. BALTASAR CARLOS

Para dar ley al mundo al mundo venga
 El Atlante gentil, cuya corona
 Ceñirá todo el orbe, como zona,
 Cuando una grey y un solo pastor tenga.

Y así porque repase y que detenga
 La máquina eminente á su persona,
 Asistan las tres Gracias, y Belona,
 Más de honor, que de leche, se mantenga,

Que con estos presagios su fortuna
 Saldrá de sí añadiendo y conquistando
 El poco mundo que le queda ajeno;

Y de tus ricas esperanzas lleno,
 Como sangre de Carlos y Fernando,
 Más que culebras vencerá en la cuna.

DEL MISMO CONDE DE VILLAMEDIANA

D. JUAN DE TASSIS Y PERALTA

VERSOS AMOROSOS (1)

Á LA REINA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

SONETOS

I

De cera son las alas, cuyo vuelo
Gobierna incautamente el albedrío,
Y llevadas del propio desvarío
Con una presunción suben al cielo.

(1) El inolvidable Hartzenbusch dió en 1861 por apócrifos los versos que tradicionalmente se consideran hallados en las ropas de Villamediana, al ser reconocidas después de su violenta y trágica muerte, cuyos versos, que son unas décimas (*Francelisa, cuyos ojos.....*), llevaban por título: *Solicita un amante con su dama la suspirada posesión de su deseo*. Soy de la misma opinión de Hartzenbusch, y conceptúo también apócrifos los versos atribuidos á Villamediana, que comienzan así:

- Amor, no me aflijas más.....
- El primero soy del cielo.....
- ¿Qué es esto, pecho traidor?....

Pero el considerar apócrifos estos versos, en que torpe y groscramente se descubren los amores con la Reina y los presagios del lastimoso fin del egregio poeta, no arguye que conceptúe yo del mismo modo supuestas las relaciones amorosas que existieron entre el desventurado Conde y la primera mujer de Felipe IV desde que era Princesa. Estudiando la *Selva de Cupido y delicioso jardín de Venus*, nombre que muy posteriormente se ha puesto á las *Poesías amorosas* inéditas del Conde de Villamediana, y penetrando con perspicaz

No tiene ya el castigo, ni el recelo
 Fuerza eficaz, ni sé de qué me fio;
 Si prometido tiene el hado mío,
 Hombre á la mar, como escarmiento al suelo.

Mas si á la pena, Amor, el gusto igualas
 Con aquel nunca visto atrevimiento
 Que basta á acreditar lo más perdido;

Derrita el sol las atrevidas alas,
 Que no podrá quitar al pensamiento
 La gloria, con caer, de haber subido.

atención el reverente recato con que el poeta veló sus afectos, quedan rastros más que suficientes para adquirir la persuasión de aquellos amores, siempre contrariados, y que tuvieron origen desde la venida de la Princesa D.^{ra} Isabel á casarse con el Príncipe D. Felipe. El Rey Felipe III debió notarlos, y desterrando de Madrid al Conde, procuró corregirle y enmendarle con la distancia y el castigo. (Véase el soneto IV de los que aquí se copian.) Muerto este Monarca y restituido Villamediana á la corte, se reanimaron en su alma las inextintas llamas. Los versos de Villamediana acusan la existencia de un rival poderoso de cuya envidia todo lo temía. ¿Fué éste el Conde-Duque de Olivares? La opinión pública atribuyó á éste la muerte violenta del poeta. ¿Quién sabe si algún día algún espíritu profundamente analizador é ilustrado se lanzará á resolver un problema que siempre aguijonea mi curiosidad, aunque no poseo datos suficientes, sino meras conjeturas y alguna noticia incompleta con que plantearlo, y que consiste en averiguar si todo el nudo de la política de la primera mitad del reinado de Felipe IV se condensa en la condición personal y en la influencia indirecta de la Reina D.^a Isabel de Borbón en los negocios del Estado! Será un estudio interesante el que se proponga esclarecer los siguientes puntos oscuros de todo aquel tiempo: 1.^o ¿Fueron efectivos los amores del Conde de Villamediana con la Princesa D.^a Isabel hasta que informado Felipe III lo desterró de la corte? 2.^o ¿En qué estribó la rivalidad entre el Conde de Villamediana y el Conde-Duque de Olivares, hasta que el primero recibió muerte alevosa? ¿Fué el celo de la lealtad al Rey, ó fueron los celos de amor hacia la Reina los que determinaron aquel asesinato? 3.^o ¿Pudo ser el Conde-Duque de Olivares amante de la Reina, cobrando así aquel inmenso ascendiente sobre el Rey, distraído en amores con comediantas, y haciéndose el dueño de la Monarquía? 4.^o ¿Cuándo empezaron y cuándo concluyeron, en tal caso, estos amores, y cuáles fueron los efectos de su terminación? 5.^o El odio de la Reina, que contribuyó á la caída del Conde-Duque, ¿fué celo del servicio público y del Rey, ó venganza de amante desechada? 6.^o ¿Qué influjo pudo ejercer en el ánimo de la Reina para inspirarla aquel odio y aquella venganza, no el reconocimiento del bastardo del Rey D. Juan de Austria, sino el del bastardo del Conde-Duque D. Julián de Valcárcel, que fué después D. Enrique de Guzmán, Marqués de Mairena?

II

Cuando por ciegos pasos ha llegado
 Á costosa experiencia el sufrimiento,
 Y de perdidas quejas tengo el viento
 No menos condolido que cansado;

Cuando apenas los yerros he colgado,
 En el sagrario del conocimiento,
 Con mayor fe, con menos escarmiento,
 Vuelvo á servir contento y mal pagado.

Nuevo efecto de amor: no hay desatino
 Que no siga la parte del objeto
 Donde especie de bien causa su engaño.

Sólo el poder violento del destino
 Mi voluntad entrega á tal sujeto
 Que conociendo el yerro, sigo el daño.

III

Callar quiero y sufrir; pues la osadía
 De haber puesto tan alto el pensamiento,
 Basta por galardón del sufrimiento
 Sin descubrir más loca fantasía.

Sufrir quiero y callar; mas si algún día
 Los ojos descubrieran lo que siento,
 No castigéis en mí su atrevimiento,
 Que lo que mueve Amor no es culpa mía.

Ni aun ellos por mirar el propio objeto
 De su felicidad merecen pena:
 Que basta la que sufren con su ausencia.

¿Mas cómo podrá Amor estar secreto
 Dentro de un alma de esperanza ajena,
 Si la piedad no esfuerza su paciencia?

IV

EN EL DESTIERRO

Aquí, donde de uno en otro anego,
 La razón no da ya conocimiento,

Pues es fuerza temer muerte y tormento
 Si á esta llama amorosa no me niego;
 Aquí podré rendirme á mi sosiego,
 Olvidando aquel grande atrevimiento,
 Que me tuvo en continuo movimiento
 Por no quedar á vista del sol ciego.

Aquí, en fin, libre ya de que mi vida
 Del planeta mayor trofeo sea,
 Por castigar pasión tan atrevida;

Aquí viviré exento de la fea,
 Mancha de muerte infame y dolorida,
 Y aquí veré, por más que nunca vea.

V

Ausencia de dos almas es distancia;
 Y debe ser distancia, mas no ausencia,
 Cuando amor en ideas de presencia
 De inseparable amor forma constancia.

De afectos puros, lícita jactancia
 Mental, opuesta á material violencia,
 Para que con su aliento la paciencia
 Sea corona la fe de tolerancia.

Los ojos que del ínfimo elemento
 Originaron su común defecto,
 Lloren ciegos y ríndanse mortales.

La parte superior del pensamiento
 En complicados ñudos con su objeto
 Logre prendas de fines inmortales.

VI

Como la simple mariposa vuela,
 Que tornos y peligros multiplica,
 Hasta que alas y vida sacrifica
 En lo piramidal de la candela;

Así del tiempo advierte la cautela
 Una pasión de desengaños rica,
 Y su inadvertencia califica
 Las injurias que busca y no recela.

De semejante impulso, que el alado
 Cándido, aunque lascivo pensamiento,
 Á morir me conduce en mi cuidado,
 Yo me voy por mis pasos al tormento,
 Sin que se deba al mal solicitado
 Los umbrales pisar del escarmiento.

VII

Bellísima sirena de este llano;
 Estrella superior de esfera ardiente;
 Animado cometa floreciente;
 Con rayos negros serafín humano;
 Sol que á la cumbre de tu luz en vano
 Resistir puede el lince más valiente;
 Fénix que peregrina únicamente
 Logra región de clima soberano;
 Aunque la envidia exhale los alientos
 De su veneno, el mérito seguro
 Luce en símbolo claro de constancia;
 Revuélvanse ambiciosos elementos:
 Que el cielo es siempre cielo y siempre puro,
 Y accidentes no alteran su sustancia.

VIII

VOLVIENDO UN AMANTE Á LA VISTA DE SU DAMA, DE UN DESTIERRO
 QUE LE MOTIVÓ SU AMOR, HACE PROPÓSITO DE MORIR ANTES QUE
 OLVIDARLA.

Después de mucho viento y mar cortado
 Dió un piloto su nave á dulce puerto,
 Por lograr cielo amigo y tiempo abierto
 Sobre arenas pacíficas varado.

Adonde siete lunas al cuidado
 Se anegó de una brava y aire incierto,
 Debiendo á las envidias lo inexperto,
 Debiendo á los peligros lo avisado.

Hoy vuelve á navegar con nuevo engaño
 Expuesto á las injurias de los vientos,
 Observando á planetas los semblantes.

Conozca, pues, el tiempo, sienta el daño:
 Su ruina, trofeo de elementos
 Será, cuanto escarmiento á navegantes.

IX

La llama recatada que encubierta
 La tuvo justo miedo de advertida,
 Vuelva ahora, de afectos impelida,
 Al sol que la fomenta descubierta.

Amor es quien la sopla y quien despierta
 Mi antigua pena al parecer dormida,
 Amor que alarga á mi deseo la vida
 Y no da vida á mi esperanza muerta.

Yo estoy muriendo en medio de este fuego
 De esperanza, y no en sufrir cobarde
 Penas de olvido, olvido de mi muerte.

Mas no dejo de ver, estando ciego,
 Que no hay remedio ó bien que ya no tarde,
 Ni mal que contra mí no se convierte. 10

X

Un mal me sigue y otro no me deja:
 Si callo, no me sufro á mí conmigo;
 Y si pruebo á quejarme, cuanto digo
 Nuevo peligro es, y culpa vieja.

Ya la noticia cumple, pues se aleja;
 Mas la distante voz de un enemigo
 Despierta las ofensas y el castigo,
 Y la razón sepulta que mi queja.

¿Qué haremos, pues, sino morir callando,
 Hasta que la fortuna desagравie
 Razón tan muerta, sinrazón tan viva?

Los preceptos inicuos tolerando
 Del tiempo, que aunque muera, que aunque rabie,
 La voz no hable, ni la pluma escriba.

XI

¡Ay! loco amor, verdugo de la vida;
 Confuso laberinto del cuidado;
 Hoy del sosiego, siempre desdichado,
 De caer en tus manos de homicida;
 ¿Tú te atreves á mí? ¿Tú, que perdida
 Tuviste la victoria, que has ganado,
 Hallándote de mí tan despreciado
 Que no temí tu flecha endurecida?
 Ya te vengas, cruel, que ejecutaste
 Los efectos en mí de tus favores:
 ¡Mira que estoy, si no rendido, muerto!
 Y, aunque si de vencerme te gloriaste,
 Dirás que me mataron tus rigores:
 Que me rendiste; ¡no lo dirás cierto!

XII

Del incendio que abrasa mis sentidos
 Suben al cielo el humo y las estrellas:
 Al lamentable son de mis querellas
 Las fieras suelen dar tiernos oídos.
 Quise ver tus afectos conmovidos;
 Temo también quién es la causa de ellas;
 Con esto, dando más que con tenellas,
 Cruel silencio ha puesto en mis gemidos.
 Mas conviene sufrir estos agravios,
 Tristes suspiros míos, y el despecho
 Que hasta el aire también quiso quitaros,
 Y pues que ya el rigor cerró los labios,
 Retorciendo volved al hondo pecho,
 Que en él aras tenéis donde inmolaros.

XIII

Dejadme descansar, cuidados tristes,
 Que esta vida es más vuestra, que no mía:

Sed, pues sois compañeros, compañía;
Haced bien á quien tanto mal hicisteis.

Pero si es que á matar sólo vinistes,
Acabad con mi muerte mi porfía;
Ayudadme á llorar una alegría
Que en años de pesar la convertistes.

Dejadme suspirar, desconfianza;
Que cuanto me está mal, todo lo creo:
¡Basta ya mi memoria por venganzal
Huyendo voy de lo que más deseo,
Y con él un cuidado al otro alcanza:
¡Cuánto temo de mal, tanto mal veo!

XIV

Ligurino Jason abeto alado
A los húmedos piélagos confía,
Y la cuna y la tumba pisa al día
El vasto campo de Anfitrite arado;
Cuyo triunfante nombre trasladado
De la región ardiente á la más fría,
Cediendo á la prudencia la osadía
Esta marina le admiró varado.

¿Qué esperas, pues, oh barca perseguida,
De los impulsos de fortuna varios
Con las alas del tiempo reducida,

Donde si la razón entre contrarios
Vientos te niega puerto y acogida,
Sepultura es el mar de temerarios?

XV

Miro el inquieto mar, como el piloto,
Que, corriendo fortuna en golfo incierto,
Á pesar de las ondas, toma puerto,
Débito á los efectos de su voto.

Y cuelgo las reliquias, que devoto
Saqué á luz del engaño descubierto,
Y, vivo á conocer, á esperar muerto,
Suelto el timón de la paciencia roto.

Porque luchar con la paciencia en vano
Otro aliento requiere y otros brazos
De más válida fuerza que los míos.

No me tuvo al caer piadosa mano,
Y la engañada fe quedó en los lazos
De un fiel amor, pagado con desvíos.

DEL MISMO CONDE DE VILLAMEDIANA

D. JUAN DE TASSIS Y PERALTA

SÁTIRAS

CONTRA PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE

I

Fiestas de toros y cañas
Hizo Madrid á su Rey,
Y por justísima ley
Llenas de ilustres hazañas.

La luna de todas ellas,
Con ardimiento gentil,
Engrandeció un alguacil
Con mil circunstancias bellas.

El caballero novel
Valiente, bravo y brioso
Se ha presentado en el coso
Florido como un Vergel.

Sus galas son peregrinas,
Pues le hacen contrapeso
Á martinetes de hueso
Cintillo de cornarinas.

Miró al toro con desdén
Vergel, y el toro repara
Que ve con cuernos y vara
Un retrato de Moisés.

Duda el toro la batalla,
Y no sabe, en tanto aprieto,
Si ha de perder el respeto
Al rey de la Cornualla.

El toro tuvo razón
De no osar acometer;
Pues mal pudo él oponer
Dos cuernos contra un millón.

Mal gobierno fué por Dios,
Sabiendo que se embaraza
La fiesta, echar en la plaza
Los toros de dos en dos.

¡No causéis tan grande inopia
Al mundo, toro cruel,
Que si matáis á Vergel,
Destruís la cornucopia!

Pero no saldrás con lauro:
Huye, toro, que te atajan;
Mira que sobre ti bajan
Aries, Capricornio y Tauro.

Guarda á Vergel el decoro,
Que en la presencia del Rey,
El que fué tan manso buey
Se ha trocado en bravo toro.

De obras y armas te apercibe,
Toro, para tu defensa:
Que á Vergel no hacen ofensa
Cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel
Á Vergel, y con destreza
Por encima su cabeza
Hizo dar vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo
Se levanta y mete mano
Animoso, fiero, ufano
Y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo decoro;
Pues venciste toro á toro,
Peleando cuerno á cuerno.

Por Dios que admira el indicio
En enemistad tan grave,
Si no es porque el mundo sabe
Que sois ambos del oficio.

Su político gobierno

Honor en los hombres labra,
 En todos por la palabra,
 Mas en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo
 Con que á todos se anteponga
 Vergel, que le den que ponga
 El mismo Tauro en su escudo.

De estos peligros externos
 Cuál sea el más grave ignoro,
 Verse en los cuernos del toro
 Ó en el toro de los cuernos.

En ocasión oportuna
 Anduviste, Vergel, hombre:
 Hoy colocaste tu nombre
 En los cuernos de la luna.

II

De un toro mal ofendido
 Se vió Vergel encornado,
 Con sus armas acosado
 Y en sus cuernos perseguido.
 En su defensa advertido
 Acuchilla al toro fiero
 Cuando el vulgo lisonjero
 Dice entre confusas voces:
 —Toro, pues no le conoces,
 Debes de ser forastero.

Disfrazado en caballero
 Vergel en la plaza entró:
 El toro le derribó
 Y cayósele el sombrero.
 Como los mostró de acero
 Fué del toro conocido;
 Y viéndose de él vencido,
 Humilló sus armas dos
 Diciendo:—Vergel, á vos
 Todo cuerno sea rendido.

Guardó el decoro á Vergel
 Delante del Rey un toro;
 Fué necesario el decoro
 Mirándose el toro en él.
 Si en el primero cuartel,
 Por hazañas mujeriles,
 Puso blasones toriles,
 Ya puede este amante tierno
 Dar blasones de su cuerno
 Nacido en huertos pensiles.

Que muera á cuernos Vergel
 No es desdicha, sino gala,
 Que su vida no señala
 Otra muerte más cruel.
 Volteóle el toro á él,
 Y él le dió de cuchilladas,
 Y, delante del Rey dadas,
 Que le harán merced espero;
 Porque le valgan dinero
 Los cuernos y las cornadas.

Vergel, con razón sentido
 De que un toro se le atreva,
 Á cuchilladas le lleva
 Maltratado y mal herido.
 Huye el toro, aunque ofendido,
 Y así la prudencia ataja,
 Por ver que en vano trabaja,
 Si ha de vencer en Vergel
 Otro toro mayor que él
 Y con armas de ventaja.

¡Que le perdiese el decoro
 Delante del mismo Rey
 Un advenedizo buey
 Á un tan conocido toro!
 ¡Diera por Dios un tesoro
 Porque Vergel *le amarrara*,
 Pues pudiese cara á cara
 Ponérsele, y cuerno á cuerno,
 Y no querer por lo tierno
 Poner á riesgo la vara.

III

¿Qué tiene, señor Vergel,
Que da tan grandes bufidos?
¡Qué! ¿No hay en Madrid maridos,
Ni en el mundo, sino él?
Ese cornudo novel (1)
Que pueda igualarle dudo,
Y aunque es ciego, sordo y mudo,
Cuando más quiera sufrir,
No ha de poder competir
Contigo, Protocornudo.

La futura sucesión
De oficio que es tan honrado,
Se debe al nuevo velado
De justicia y de razón.
De todo ilustre c.....,
Becerro, ganso y venado,
Rey es Vergel, coronado
De preciosa cornerina,
Y Santiago de Medina
Es el príncipe jurado.

El Vergel do se apacienta
Todo c..... es Vergel;
Y su casa es arancel
Que quiere que se consienta.
No tiene ni pide cuenta;
Los estorbos adivina;
No da ni toma mohina;
Y este trato le ha enseñado,
Como toro amadrigado
Al novillo de Medina.

(1) Por Santiago de Medina, cofrade de Pedro Vergel en las chanzas de la corte.

IV

La llave del toril por ser más diestro
 Dieron al buen Vergel, y por cercano
 Deudo de los que tiene so su mano:
 Que le tiene esta villa por cabestro.

Aunque en esto de cuernos es maestro
 Y de la facultad es el decano,
 Un torillo, enemigo de su hermano,
 Al suelo le arrojó con fin siniestro.

Pero como jamás hombres han visto
 Un cuerno de otro cuerno horadado
 Y Vergel con los toros es bien quisto;

Aunque otra vez le vieron apurado,
 Bueno y sano salió, gracias á Cristo:
 Que Vergel contra cuernos es fadado.

V

¡Qué galán que entró Vergel
 Con cintillo de diamantes,
 Diamantes que fueron antes
 De amantes de su mujer!

VI

Á los toros de Alcalá
 Por la posta va Vergel;
 Un cometa va con él.
 ¡Válgame Dios! ¿qué será?

DE D. ÁLVARO ENRÍQUEZ DE ALMANSA

MARQUES DE ALCÁÑICES

GENTILHOMBRE DE FELIPE IV Y SU CAZADOR MAYOR

REDONDILLAS

¿Cómo podré lo que os quiero,
Señora, representaros;
Pues, matándome el miraros,
Sólo por miraros muero?

Siempre os quisiera mirar
Sin que se echara de ver;
Pero quien sabe querer
No sabe disimular.

La más lícita invención
El dulce amor no consiente;
¿Cuál amante, el más prudente,
Supo el arte en la ocasión?

Antes el medio mejor
Es sufrir, perseverar;
Que el artificio de amar
Pone duda en el amor.

El tormento que recibo
Es ocasión del vivir,
Pues la causa del morir
Es la que me tiene vivo.

Estar presente y ausente
Á un mismo tiempo deseo,
Porque tiemblo cuando os veo
Y me alegro juntamente.

¡Qué bien que se determina
 El pensamiento en ausencia!
 Viéndoos, en vuestra presencia,
 ¡Qué cobarde se imaginal
 ¡Qué alteración y violencia
 Se derrama en mis sentidos!
 Despiertos están dormidos
 En una presente ausencia.

Cuando es el amor perfeto,
 Dentro del alma engendrado,
 Cuando es mayor el cuidado
 Está el temor más sujeto.

Así en la desconfianza
 Crece el prudente temor,
 Siendo más firme el amor
 Cuando es firme la esperanza.

Irme quisiera y estarme,
 Señora, y en un momento
 Si me aparto, me arrepiento,
 Si vuelvo, quiero tornarme.

Siempre se ve turbación
 Cuando es el amor perfecto;
 Porque es madre del afecto
 La cuerda imaginación.

Donde hay mucha voluntad,
 Ha de haber mucho temor;
 Muestras son de grande amor
 No tener seguridad.

Pues no hay fortuna segura,
 Temor es gran prevención:
Que yo tendré la razón
Y otro tendrá la ventura.

DEL MISMO MARQUÉS DE ALCÁÑICES

D. ÁLVARO ENRÍQUEZ DE ALMANSA

SONETOS

I

EN ELOGIO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
POR SUS «NOVELAS EJEMPLARES»

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,
Cervantes, de la diestra grave lira,
En doctas frases el concepto mira
El lector retratado un paraíso;

Mira mejor que con el arte quiso
Vuestro ingenio sacar de la mentira
La verdad, cuya llama sólo aspira
Á lo que es voluntario hacer preciso.

Al asunto ofrecidas las memorias
Dedica el tiempo, que en tan breve suma
Cabén todos sucintos los extremos;

Y es noble calidad de vuestras glorias
Que el uno se le debe á vuestra pluma,
Y el otro á las grandezas del de Lemos.

II

AL TORO QUE MATÓ EL REY FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO EN
LAS FIESTAS AGONALES DEL PRÍNCIPE D. BALTASAR CARLOS

(13 de Octubre de 1631)

No es la que muerta yace humana fiera,
Que pudo sólo fallecer de vana,

Pues ansia de morir tan soberana
En un mortal instinto no cupiera;

Estrella es alta que dejó la esfera
Por huir en la arena castellana,
Y embozando lo sacra en lo tirana
Disfrazó lo divina en lo severa.

No contenta de ser allá en el cielo
Luciente bruto y monstruo esclarecido,
Mayor se intentó hacer acá en el suelo;

Halló lo soberano en lo atrevido,
Y aunque parece que murió en el duelo,
Muerte no fué lo que mejora ha sido.

DE D. JUAN DE ZÚÑIGA CÓRDOBA Y PIMENTEL

MARQUÉS DEL VILLAR

VIRREY DEL PERÚ, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE FELIPE IV

DÉCIMA

EN ELOGIO DE ANTONIO BALVÁS BARONA
POR SU «POETA CASTELLANO»

Éste es un jardín de Apolo
Del culto Antonio Balvás,
En cuyas flores verás
Ser su ingenio único y solo.
Ya el sacro Eresma es Pactolo;
Segovia un Hibla eminente;
Argos su famosa puente,
Que en guardia y custodia está
Del jardín que al autor da
Guirnaldas para su frente.

DEL REY DON FELIPE IV ⁽¹⁾

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Pielago hermoso de luces,
Mares inmensos de soles,
Breve nube nos recata,
Tormenta la nube corre.
Si un Mongibelo divino
Cifra en cristales ardores;
¿Qué albedrío se defiende
De fuego que nieve esconde?
Cándida llama conspira
Bella deidad, si se encoge;
Donde el agua alienta al fuego
Remedio es morir de amores.

(1) Como D. Alfonso *el Sabio* en el siglo XIII, y D. Juan II. en el XV, Felipe IV goza en el Parnaso español el título de Rey poeta. Sin embargo, pocas quedan de sus obras, de manera que nunca será posible formar un libro como el de las *Cantigas*, que acaba de editar la Real Academia Española, ni un *Cancionero* como el del Rey D. Dionisio de Portugal (*Canzoneiro d'el Rey don Dionis, pela primeira vez impresso sobre o manuscrito de la Vaticana, com algumas notas illustrativas e uma prefacao leteraria pelo Dr. Caetano Lopez de Moura*. París, chez J. P. Aillaud, 1847); como las *Poesias* de Francisco I de Francia (*Poesies du Roi François I, de Louise de Savoie, Duchesse d'Angoulême, de Marguerite, Reine de Navarre..... recueillies et publiées par Aimé Champollion-Figeac*. París, Impr. Royal, 1847), ni como las de Carlos I de Inglaterra (*Charles I King of Great Britain: Reliquiae sacrae Carolinæ, or the works of King Charles I. Hagæ, by Sam. Broome, 1651.—The works of King Charles the Martyr..... London, 1662*). Las comedias de Felipe IV, si no se han perdido, permanecen desconocidas entre el sin número de las anónimas. Sus versos sueltos son muy difíciles de hallar. Alfay publicó el romance al Sacramento En varios certámenes de su tiempo tomó parte con el debido recato, usando nombres supuestos, y entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, en un tomo de poesías varias del siglo XVII, en que se contienen casi todas las

Todo me abrazan finezas;
 Todo me allegan temores;
 Donde el culto y el cariño
 Que tuve, quiere que adore.

Que reverente en las aras
 Miro el incendio más noble
 Donde solo en holocausto
 Se admiten los corazones.
 Fuego divino que el hielo
 Vence del pecho del hombre,
 Arde activo, pues del alma
 Suspiros del alma rompen.

obras de los Argensolas, al terminar una página par, se lee la cabeza de una de sus composiciones, que allí se le atribuye *nominatim*; pero la siguiente no es continuación de la anterior, y la poesía resulta perdida. Las que aquí inserto todas son conocidas.

No quiero cerrar esta nota sin advertir que son varios los Príncipes de las casas reales de España á quienes se les han reconocido disposiciones poéticas. De la Infanta D.^a Catalina de Aragón, desdichada esposa de Enrique VIII de Inglaterra, mi excelente amigo el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro ha encontrado unos versos en inglés. Supónese que en los breves días en que aquel Rey mostró afecto á la hija ilustre de los Reyes Católicos, la ofreció un libro de horas, en cuya guarda primera había el Rey escrito la declaración de sentimientos galantes. D.^a Catalina respondió escribiendo de su mano bajo la miniatura de Santa Margarita:

*By dayrly probe you shall me fynde
 To be to you both loving and Kynde,*

que el mismo Sr. Fernández Duro traduce así:

*En la prueba del tiempo, á cada instante
 Me encontraréis solícita y amante.*

DEL MISMO REY D. FELIPE IV EL GRANDE

SONETO

Á LA MUERTE

Es la muerte un efecto poderoso,
Firme su proceder mal entendido,
Amada de Mitrídates vencido,
Temida de Pompeyo victorioso;

Es la muerte un antídoto dudoso
Al veneno del mísero rendido,
Que de propias desdichas sacudido
Libra en eterno sueño su reposo;

Puesto donde la nave combatida
De la saña del mar contrario y fuerte
Piensa tener propicia la acogida;

Es un bien no estimado, de tal suerte
Que todo lo que vale nuestra vida
Es porque tiene necesaria muerte.

DEL MISMO REY D. FELIPE IV

DÉCIMAS CON TÍTULOS DE COMEDIAS

Á LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

¡Murió la Reina! ¡Oh, pesar!
¿Cómo no acabáis mi vida,
Si no al golpe de la herida,
De mi tormento al penar?
Sin duda me quieres dar
Á entender, que, aunque en el suelo
Sin alma quedé y consuelo,
Tengo vida que vivir,
Porque llegue á discurrir
Lo que son juicios del cielo (1).

Si gozas eterna vida
Con aumento de más gloria,
No atormente mi memoria
De tu ausencia la partida.
En calma esté suspendida
Mi pena, sin exhalarse;
Cobre para mitigarse
Mi pasión alivio, pues
Gran falta á mis ojos es
Mudarse por mejorarse (2).

Que he verte lo afianza
La fe, que nunca depongo,
Porque, católico, pongo
Sólo en Dios la confianza.

(1) Del Dr. D. Juan Pérez de Montalbán.

(2) De D. Juan Ruiz de Alarcón.

No pierde, no, la esperanza
 Mi amor de que su desvelo
 Amante logre su anhelo,
 Porque vivo confiado
 Que hemos de ser, lado á lado,
Los dos amantes del cielo (1).

Para después de la muerte
 Tengo amor que dedicarte;
 Que no me obliga á olvidarte
 Lo que me obligó á quererte.
 Leal siempre he de quererte
 Sintiendo el golpe fatal,
 Que fué la causa total
 De tu ausencia, con que doy
 Bastante indicio que soy
El amante más leal (2).

Abismo es mi corazón
 Entre el amar y el sentir,
 Sin que morir ó vivir
 Pueda de una ó de otra acción.
 El sentir me dé ocasión
 Para vencerme á mí mismo;
 El amor del paroxismo
 Me vuelve, y consuélame
 Ver en tanto abismo, que
También se ama en el abismo (3).

Sentir y amar se ha de ver
 En mi incesante porfía,
 Porque firme la fe mía
 Á uno y otro ha de atender.
 Al llanto no ha de exceder
 Mi amor las demostraciones,
 Porque saben mis pasiones,
 Amando y sintiendo igual,
 Dividido en cada cual
Cumplir dos obligaciones (4).

(1) De D. Pedro Calderón de la Barca.

(2) De Felipe IV.

(3) De D. Agustín de Salazar y Torres.

(4) De Luis Vélez de Guevara.

Antorcha mi amor constante
 Siempre á tu vista lució,
 Porque tu forma le dió
 Materia á la luz bastante:
 Tanto que, aunque estás distante,
 En mí brilla su fulgor,
 Sin eclipsar el rigor
 Del riesgo en que me quedé,
 Á mi firme amor, porque
En riesgo luce el amor (1).

En mi pecho has de reinar,
 Continuamente asistiendo:
 Y cuanto fueres pidiendo
 Al punto he de ejecutar;
 Que, aunque en distinto lugar,
 Mi bien, te veo asistir,
 Mandar puedes y pedir
 Á tu anhelar y querer:
 Que en tí solo se ha de ver
Reina después de morir (2).

Mas témplese ya el disgusto
 Que á todas horas me aqueja;
 Que no halla alivio la queja
 Adonde no encuentra el gusto.
 Con la voluntad me ajusto
 De Dios sin formar querellas;
 Gocen de él tus luces bellas
 Y cesen mis ojos ya:
 Que, si porfío, será
Oponerse á las estrellas (3).

Pero imposible es, Dios mío,
 Que la parte de mortal
 Deje de sentir el mal
 Que me causó su desvío.
 Si no es que tú, en quien confío,
 Antídoto superior,
 Le das remedio al rigor

(1) De Luis Bermúdez de Belmonte.

(2) De Luis Vélez de Guevara.

(3) De D. Juan Matos Fregoso, D. Antonio Martínez y D. Agustín Moreto.

Que hace mi pena insufrible,
 Porque sólo á ti es posible
Hacer remedio el dolor (1).

Depongan la seriedad
 Mis sentidos en tal caso,
 Llorando en fúnebre ocaso
 De mi esposa la beldad.
 No use de la majestad
 Mi pecho en pena tan dura:
 Todo se haga á la ternura;
 Que fué mi esposa querida,
 Y es prenda para sentida
La más hidalga hermosura (2).

(1) De D. Jerónimo de Cáncer, D. Juan de Matos Fregoso y D. Agustín Moreto.

(2) De D. Francisco de Rojas Zorrilla.

DE S. A. R. EL INFANTE D. CARLOS DE AUSTRIA

HIJO DE FELIPE III

SONETOS

I

Á SU HERMANO EL REY DON FELIPE IV
POR LA FIERA QUE MATÓ DE UN ARCABUZAZO

De horror armado, de furor ceñido,
Valiente lidia á más victoria atento
El bruto victorioso, cuyo intento
De más alto poder fué resistido.

Feroz en la campaña es ya temido:
Á toda fiera alcanza el escarmiento;
Mayor aplauso debe al vencimiento,
Pues fué la causa de quedar vencido.

Los postreros amagos de la vida
Se vieron antes, que la ardiente llama
Ejecutase el golpe de la herida;

Creció la admiración, creció la fama,
Y el aplauso común en voz debida
Deidad te adora, vencedor te aclama.

II

Á D.^a ANA DE SANDE, MENINA DE LA REINA D.^a ISABEL DE BORBÓN

¡Oh! Rompa ya el silencio el dolor mío,
Y salga de este pecho desatado,
Que sufrir los rigores de callado
No cabe en lo que siento, aunque porfío.

De obedecerte, Anarda, desconfío;
Muero de confusión desesperado;
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
Ni dejas que yo tenga mi albedrío.

Mas ya tanto la pena me maltrata,
Que vence al sufrimiento; ya no espero
Vivir alegre; el llanto se desata;

Y otra vez de la vida desespero;
Pues, si me quejo, tu rigor me mata,
Y si callo mi mal, dos veces muero.

DEL PRÍNCIPE DE GALES

CARLOS I STUART, REY DE LA GRAN BRETAÑA

EPYGRAMMA (1)

Á LA SERMA. INFANTA DE ESPAÑA DOÑA MARÍA DE AUSTRIA,
DESPUÉS EMPERATRIZ DE ALEMANIA, CUANDO ENAMORADO VINO
Á MADRID EN 1623 Á PRETENDERLA POR ESPOSA

Fax grata est, gratum est vulnus, mihi grata catena est;
Me quibus adstringit, lædit et urit amor;
Flammam extinguit, sanare vulnera, nolui
Vincta, et si possim, non ego posse vellim.
Mirum equidem genus hoc morbi est. Nam in concordia et ictus
Vincta quæ vinctus adhuc, læsus et ustus amo.

(1) La historia de los amores del Príncipe de Gales, Carlos Stuart, después Carlos I de Inglaterra, hijo de Jacobo VI de Escocia, con la Infanta de España D.^a María de Austria, hermana de Felipe IV, y la venida de incógnito de aquel generoso Príncipe á España, acompañado del primer ministro de su padre, el Duque de Buckingham, han sido relatados, así como las causas por que aquel proyectado enlace se deshizo, en francés por Mr. Guizot (*Un projet de mariage royal*), en inglés por Mr. Samuel Rawson Gardiner (*Prince Charles and the Spanish marriage*) y en español por D. Juan Pérez de Guzmán (*Un matrimonio de Estado*). Todos tres refieren curiosas anécdotas sobre las visibles simpatías que desde las primeras vistas concibieron y se manifestaron recíprocamente los dos amantes. El Príncipe de Gales, entre otros frecuentes obsequios, la rendía los homenajes de su vena poética, siendo sensible que de estas composiciones no se conserve en los *Archivos históricos de España* sino la que aquí se copia.

En el primer momento, en que la simpatía hacia el británico fué general, Francisco López de Zárate le dedicó aquel casi poema en octavas reales que se encabeza *Á la venida del serenísimo Príncipe de Gales en secreto á Madrid por Francia, digno de ser rey*, que se encuentra entre su rimas heroicas (*Obras varias de Francisco López de Zárate*: Alcalá, 1651, pág. 57). Más expresivas fue-

TRADUCCIÓN DE MELCHOR DEL ALCÁZAR

El ardor y la herida, el lazo estrecho
 Con que me aprieta amor, lástima enciende:
 Más dulce es para mí, que á su despecho
 Jamás alivio mi dolor pretende.

Y si apagar la llama y ver el pecho
 Sano, y rota la cárcel que me prende,

ron, en el concepto de la alta aceptación que el Príncipe mereció en Madrid, otras espinelas, de igual modo laudatorias, que también se encuentran en las *Obras líricas, cómicas, divinas y humanas*, del poeta cortesano D. Antonio Hurtado de Mendoza.

No obstante, cuando en Madrid se comprendió que el matrimonio de la Infanta no bastaría para la suspirada obra de devolver á Roma el descarriado redil de las ovejas cristianas de Inglaterra, la reacción se hizo; á los aplausos populares sucedió la crítica plebeya en las casas de conversación; á los cantos epitalámicos, perfumados con la flor de una dulce esperanza, las invectivas y las sátiras, en que, aunque anónimas, parecía resucitar el genio del desventurado Conde de Villamediana, que aún no hacía un año había sido asesinado alevosamente. Algún *Cancionero* Ms., que presume conservar poesías de aquel tiempo, el señalado con la letra M. 8., por ejemplo, en la sala de Mss. de la Biblioteca Nacional de Madrid, da por de Villamediana el siguiente aún inédito soneto:

En los hombros de pérfida herejía,
 ¡Ved, Lisardo, qué Alcides ó qué Atlante!
 El de Gales pretende y su Almirante
 Llegar al cielo hermoso de María.

El Príncipe bretón sin luz ni guía
 Alega, aunque es hereje, que es amante,
 Y que le hizo caballero andante
 La hermosa pretensión de su porfía.

Juntos se han visto el lobo y la cordera,
 Y la paloma con el cuervo anida,
 Siendo Palacio del diluvio el Arca.

¡Confusión de Babel en esta era,
 Donde la fe de España está oprimida
 De una razón de estado que la abarca!

Pero ninguna de estas sátiras tuvo la admirable sencillez y elegante lacerismo de la siguiente espinela, inédita también hasta aquí:

Libre salir amor no permitiera
 No quisiera poder, aunque pudiera.
 ¡Oh nunca visto modo de accidente!
 Cautivo y lastimado,
 Más la prisión y las heridas quiero;
 Y mientras abrasado
 Débil ceniza soy, contento espero
 Nuevos incendios, y por ellos muero.

El inglés está en España,
 Y, aunque de diversa ley,
 Será gran gloria del rey
 Si acaso no nos engaña.
 Pero la industria y la maña
 Que nos ha de defender,
 Es honrarle, sin perder;
 Festejarle, sin gastar;
 Despacharle, sin tardar;
 Y negarle, sin romper.

D. Juan Ruiz de Alarcón fué el poeta encargado de describir las fiestas de toros y cañas, en que corrieron S. M. y el Infante D. Carlos, que en honor del Príncipe de Gales se celebraron en 21 de Agosto del año referido. Con romances de poetas anónimos se refirieron las demás con que se le obsequió, y hasta en dos romances se hizo una extensa relación de su viaje de regreso y de su embarque en Santander. Todo esto se halla muy especificado en el cap. III del *Tratado de fiestas por casos memorables hechas en España ó fuera de ella, tocantes á nuestra monarquía*, que escribió Diego Soto de Aguilar, y aún posee inédita la Real Academia de la Historia.

DEL PRÍNCIPE DE IRLANDA ⁽¹⁾

Á JULIÁN DE ARMENDÁRIZ POR SU POEMITA TITULADO «EL PATRÓN
SALMANTINO» EN HONOR AL SANTO FR. JUAN DE SAHAGÚN

SONETO

Cantas, Julián, con tan heroico estilo
Que los humildes versos castellanos
Corren parejas ya con los toscanos
Del Tasso, el Ariosto y el Tansilo.

Al Tormes, cuyos lauros hoy perfilo
Para dar á tus sienes con mis manos,
Envidiar ya por tí, desde sus llanos,
El teucro Xantho y el egipcio Nilo.

La tierra canta loores en tu canto,
Pidiendo al estrellado eterno gremio
El justo honor de tan divina historia;

Que, en efecto, quien sirve á tan gran Santo
Merece hallar, Julián, por justo premio,
Gracia en la tierra y en el cielo gloria.

(1) Ignoro el nombre del noble irlandés, que se titulaba así en España.

DEL PRÍNCIPE DE FEZ

D. FELIPE DE AUSTRIA Y TAMBIÉN D. FELIPE DE ÁFRICA ⁽¹⁾

Á LOPE DE VEGA CARPIO
EN ELOGIO DE «LA HERMOSURA DE ANGÉLICA». — 1602

Hoy, Vega fértil, nos dais
Tal ramillete de flores
En los versos que cantáis,
Que á Angélica en sus amores
De nuevo resucitáis.

Hoy renace en su grandeza,
Viendo que á cantarla empieza
Un cisne, cual vos, que, en suma,
Hubo menester tal pluma
Para cantar tal belleza.

(1) Muley Xeque, hijo de Muley Mohamed, Emperador de Fez ó de Marruecos, á quien arrojó del trono su primo Muley Meluc, vencedor del Rey don Sebastián en la rota de Mazalquivir, fué catequizado por nuestros frailes de la Victoria, que lo trajeron á Madrid. Bautizado en las Descalzas Reales en 1593, fueron sus padrinos el Príncipe de Asturias D. Felipe y sus hermanas las Infantas D.^a Catalina y D.^a Isabel Clara Eugenia. Tomó por nombre D. Felipe de África y de Austria y fué condecorado con el hábito de Santiago, en cuya orden debió á Felipe III una rica encomienda. El vulgo le llamaba el Príncipe Negro. Vivió en Madrid en la calle que de él conserva aún el nombre de *El Príncipe*. Militó en Flandes, donde murió. Fué aficionado á la poesía y á los poetas de España, en cuya lengua escribió algunos versos de los que no se han salvado sino los laudatorios que se encuentran entre las precedencias de *Las lágrimas de Angélica*, que publicó Lope de Vega. En la *Tragedia del Rey D. Sebastián de Portugal y bautismo del Príncipe de Marruecos* (part. xj., pág. 241) nos dejó Lope su biografía. En Madrid se le llamaba indistintamente el *Príncipe de Fez*, el *Infante de Africa*, el *Príncipe de Marruecos* y el *Príncipe Negro*.

DE NETZAHUALCOYOTL

REY DE TEZCUCO

TRADUCIDO DE LENGUA NAHUALTL POR DON FERNANDO DE ALBA
IXTLILXOCHITL, NIETO DE MCTEZUMA Y GOBERNADOR
DE LA PROVINCIA DE TLALMANALCO

ELEGÍA

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasión y el tiempo se me ofrece;
Ser admitido espero;
Mi intento lo merece;
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto.

¡Oh! tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores;
Alégrate conmigo;
Desechemos de pena los temores;
Que el gusto trae medida
Por ser, al fin, confín la mala vida,

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro;
Tú, de flores gozando,
Danza y festeja á Dios, que es poderoso;
Gocemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

Á Culhuacan pusiste
En esta noble corte, y siendo tuyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas, donde arguyo
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,

Famoso rey y singular monarca,
 Goza del bien presente,
 Que lo presente lo florido abarca:
 Porque vendrá algún día
 Que busques este gusto y alegría.

Entonces tu fortuna
 Te ha de quitar el cetro de la mano;
 Ha de menguar tu luna;
 No te verás tan fuerte y tan ufano;
 Entonces tus criados
 De todo bien serán desamparados.

Y en tan triste suceso
 Los nobles descendientes de tu nido,
 De príncipes el peso,
 Los que de nobles padres han nacido,
 Faltando tu cabeza,
 Gustarán la amargura de pobreza.

Traerán á la memoria
 Quién fuiste, en pompa á todos envidiada,
 Tus triunfos y victoria,
 Y con la gloria y majestad pasada
 Cotejando pesares,
 De lágrimas harán crecidos mares

Y estos tus descendientes,
 Que te sirven de pluma y de fortuna,
 De ti, viéndose ausentes,
 De Culhuacan extrañarán la cuna,
 Y tenidos por tales
 Con sus desdichas crecerán sus males.

De esta grandeza rara,
 Digna de mil coronas y blasones,
 Será la Fama avara;
 Sólo se acordarán en las Naciones
 Lo bien que gobernaron
 Las tres cabezas que el imperio honraron.

En Méjico famoso
 MOCTEZUMA, valor de pecho indiano;
 Á Culhuacan dichoso
 De NETÇAHUALCOYOTL rigió la mano:
 Á Catlapan, la fuerte,
 TOTOQUILHUASTLI salió en suerte.

Ningún olvido temo
 De lo bien que tu imperio dispusiste,
 Estando en el Supremo
 Lugar que de la mano recibiste
 De aquel Señor del Mundo
 Factor de aquestas cosas sin segundo.

Goza, pues, muy gustoso,
 ¡Oh Netçahualcoyotl! lo que ahora tienes;
 Con flores de este hermoso
 Jardín, corona tus ilustres sienes;
 Oye mi llanto y lira
 Que á darte gustos y placeres tira.

Los gustos de esta vida,
 Sus riquezas y mandos son prestados;
 Con sustancia fingida,
 Con apariencias sólo matizados;
 Y es tan grande verdad ésta,
 Que á una pregunta me has de dar respuesta.

—¿Qué es de Cihuapintli;
 De Quautzintecomtótzin, el valiente;
 Qué de Conahüatzintli;
 Qué de toda esa gente?
 ¿Los ves ahora acaso?
 ¡Ya están en la otra vida! Este es el caso.

¡Ojalá los que ahora
 Juntos los tiene del amor el hilo
 Que amistad atesora,
 Viéramos de la muerte al duro filo;
 Porque no hay bien seguro:
 Que siempre trae mudanza á lo futuro!

DEL MISMO NETZAHUALCOYOTL

REY DE CULHUACAN

ROMANCE

Tiene el florido verano
Su casa, corte y alcázar
Adornado de riquezas
Con bienes en abundancia.
Con disposición discreta
Están puestas y grabadas
Ricas plumas, piedras ricas
Que al mismo Sol aventajan.
Allí el precioso carbunclo,
De sus hermosas entrañas,
Sin dar lugar una á otra
Luces de ciencia derrama;
Allí el diamante estimado
De fortaleza le stampa
Con aquesta y con sus visos
Vivas centellas levanta.
Aquí se ven ofreciendo
Las lucidas esmeraldas
Del galardón de sus obras
Mil floridas esperanzas.
Luego topacios se siguen,
Que á la esmeralda se igualan,
Pues el galardón prometen
De la celestial morada.
Aquesto es lo que de Reyes,
De Príncipes, de Monarcas
En pechos y corazones
Se imprime, encierra y esmalta.

Las amatistas, con su aire,
 Significando las ansias
 Del Rey para sus vasallos,
 De los gustos la templanza.
 Todas estas piedras ricas
 Con sus virtudes tan varias,
 ¡Oh Padre! ¡Oh Dios Infinito!
 Adornan tu corte y casa.
 Estas piedras que al presente
 Con mil amorosas trazas
 Yo, el Rey Nitçahualcoyotl,
 He juntado, aunque prestadas;
 Son los Príncipes famosos:
 Á uno AXAXACATLZIN le llaman;
 Al otro CHIMALPOPOCA;
 Y XICOMATZINTRAMATA.
 Hoy, poco regocijado
 De sus fiestas y palabras
 Y de los demás señores
 Que allí con ellos se hallan,
 Sólo siento que por breve
 Goza de este bien el alma;
 Pero siempre lo que es gusto
 Con facilidad se pasa.
 La presencia me recrea
 De estas águilas lozanas,
 De estos tigres y leones
 Que á mil mundos espantaran.
 Estos que por su valor
 Eterna memoria alcanzan,
 Cuyo nombre y cuyos hechos
 Eternizará la fama,
 Solo ahora gozo; y veo
 Piedras ricas, como varias,
 Que me sirvieron de lustre
 En mis sangrientas batallas.
 Hoy ¡oh Príncipes tan nobles,
 Sombra de la Indiana patria,
 Mi voluntad os festeja,
 Y como puedo os alaba!
 Parece que respondéis:

—«Del alma son muestras claras,
 Como vapor que de piedras
 Preciosísimas exhala.»—
 ¡Oh Rey NETÇAHUALCOYOTL!
 ¡Oh MOCTEZUMA monarca!
 Con vuestros blandos rocíos
 Vuestros vasallos se amparan.
 Pero al fin vendrá algún día
 Que amaine esta pujanza
 Y todos aquestos queden
 En la orfandad más amarga.
 Gozad, poderosos Reyes,
 Esta Majestad tan alta,
 Que os ha dado el Rey del Cielo:
 Con gusto y placer gozadla
 Que en esta presente vida
 De esta máquina mundana
 No habéis de empezar dos veces:
 Gozad, porque el bien se acaba.
 Mirad que el futuro tiempo
 Siempre promete mudanza.
 ¡Tristes de vuestros vasallos,
 Porque tienen que gustarla!
 Veis aquí los instrumentos
 Cercados con la guirnalda
 De mil olorosas flores:
 Gozad, pues, de su fragancia.
 Y, pues, hay paz, y concordia
 De amistades, hoy enlazan
 Unos con otros asidos,
 Hoy regocijaos con danzas,
 Para que en un breve rato
 De piedras tan estimadas
 Gocen príncipes y reyes,
 Goce la nobleza indiana.
 Que para tanta nobleza
 La voluntad os consagra
 El Rey NETÇAHUALCOYOTL,
 Juntándoos en su casa.

DEL MISMO NETZAHUALCOYOTL

REY DE TEZCUCO

EPITAFIO

Te encargo, dulce bien, que cuando muera
Me sepultes en esta choza umbría,
En lugar donde enciendas viva hoguera
Para cocer el pan de cada día.
Si, al recordarme, alguno sorprendiera
Tu oculto padecer, ¡oh amada mía!
Dile que el humo de las verdes llamas
Hace brotar el llanto que derramas.

DEL CONDE DE OLIVARES

DON GASPAR DE GUZMÁN

DESPUÉS DUQUE DE SANLÚCAR Y PRIVADO DE FELIPE IV

REDONDILLAS

Califican las acciones
El número mayor de ellas,
Y no son más las estrellas
Que son ya tus sinrazones.

Si muero con solo verte,
¿Qué pretendes con mirarme,
Oh Cloris, sino matarme,
No contenta con mi muerte?

No pida bienes quien tiene
Fortuna tan limitada,
Que desdicha moderada
Es gloria que no conviene.

Cuando muestras tus enojos,
No puedes, Cloris, negar
Que, aunque me han de matar,
Hallo mi gloria en tus ojos.

Y tanto el desprecio siento
Con que alguna vez me miras,
Que llego á sentir tus iras
Por moderado tormento.

¿En qué ofende el pensamiento?
¿En qué mis obras te ofenden,
Si adorarte sólo atienden,
Ajeno del vano intento?

Nunca esperé ser amado:
No pretendo mayor gloria,
Que ser sólo en tu memoria
Con piedad representado.

¡Ojalá, querido engaño,
Pudiera yo sustentarte,
Y en el alma alimentarte,
Para hacer menor mi daño!

Mis fuerzas son ya inferiores
Al desengaño menor;
Amo un conocido error
Por excusar los mayores.

¡Oh nunca he visto furor,
Que contra el conocimiento
Prevaleces tan violento,
Que á tu sombra tengo horror!

Favores, Cloris, no pido
Antes suspensión del daño,
Que á un tan adorado engaño
Todo horror pone en olvido.

Sólo quiero no ofenderte,
Con lo que á todos obliga,
Y esto, señora, consiga,
Quien solo muere por verte.

DE DON FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN
PRÍNCIPE DE SQUILACHE,
GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE FELIPE IV, VIRREY DEL PERÚ

SONETOS

I

LA PRIMERA NAVE

Aquel tan venerable atrevimiento
Con que domó, vagando el corvo pino
La cerviz de las olas, peregrino
A la injuria del sol, fuerza del viento;
 Cuando del monte el natural asiento
Dejó fiado en la amistad del lino,
Y cómplice de la industria abrió camino
Al más osado y codicioso intento;
 Por nuevos campos extranjero errante
Llevando por ejemplo su osadía,
Desprecia el miedo que miró delante.
 ¡Oh ambicioso poder! ¿Qué valentía
Puede haber en peligros que te espante,
Pues se rindió el mayor á tu porfía?

II

LA HERMOSURA

¿En qué consiste el ser de la hermosura
Me pides, Fabio amigo, que te escriba?
Es una perfección, la más activa
Que tiene aquesta humana arquitectura.

Es una proporción y compostura,
Que en breves años su firmeza estriba;
Y á su dorada flor, libre y altiva,
Le sobra el tiempo y falta la ventura.

Ni en ojos, boca, frente, ni cabello
Consiste la verdad de la belleza,
Sino en el todo que resulta de ellos;
Y en él sin más dibujo ni destreza
Que unir las partes y colores bellos
Acierta, sin pensar, naturaleza.

III

AL SOCORRO DE LÉRIDA POR EL REY FELIPE IV

Siete veces mudó jornada y casa
El sol, vistiendo y desnudando el prado,
Y errante por el círculo dorado
En Mayo alumbra y en Agosto abrasa,
Después que el galo su inclemencia pasa
Dejando el campo á Lérída cerrado,
Y de movibles muros rodeado,
Al Segre dió respiración escasa.

Cuando tus augustísimas banderas
Sobre sus altas frentes tremolaron
Que lises coronaban extranjerías.

Pudiendo en la defensa que intentaron
Al golpe invicto de tus armas fieras
Sólo durar lo que en morir tardaron.

IV

AL ASEDIO DE BARCELONA

Adonde Llobregat humilde aspira
Á ser del mar una pequeña parte,
La vencedora gente se reparte
Y el muro anciano de Barcino gira.

Brama el francés y el catalán suspira,
 El vuelto rostro viendo al fiero Marte;
 La ciega obstinación sucede al arte,
 Y al pueblo infiel su confusión admira.

Todo es cuidado y nada resistencia;
 Tema el valor y esfuerzo la congoja;
 Parece, y no es, fervor la diligencia;

Del gran Felipe á la piedad te arroja;
 Apela de su espada á su clemencia,
 Con triste llanto y no con sangre roja.

V

AL TAJO POR LA REBELIÓN DE PORTUGAL

Besáis los pies á los soberbios pinos
 De la sierra de Cuenca, ilustre Tajo,
 Y despeñado por la falda abajo
 Os dan paso los valles más vecinos.

Los huertos y jardines peregrinos
 De Felipe cercáis, y el gran trabajo
 Lográis de suerte, que por breve atajo
 Los guardan vuestros muros cristalinos.

Bañáis después la antigua maravilla
 Donde puso con armas vencedoras
 El godo imperio su primera silla;

¡No paséis adelante, aguas sonoras!
 Pues siendo las más nobles de Castilla
 Vais á morir á Portugal traidoras.

VI

LOS BIENES HUMANOS

¡Cuánta riqueza atesoraba el Fúcar,
 Cuando fué de los siglos maravilla,
 Y cuánta plata ofrecen á Sevilla
 Dos Indias por las puertas de Sanlúcar!

¡Cuánta opulencia pródiga en azúcar
 Cargó la Habana hasta la humilde quilla,
 Con ella haciendo oposición Castilla
 Al dulce reino, donde muere el Fúcar!

Ni de adquirirla el mal me sobresalta,
 Ni de perderla siento la zozobra;
 Pues cuando aspiro á posesión más alta,
 Ya que la muerte su tributo cobra,
 Para llevar allá, todo me falta,
 Para dejar acá, todo me sobra.

VII

EL ALDEANO FELIZ

Rey es aquel que al Rey jamás ha visto,
 Y en breve esfera del humilde techo,
 De su fortuna vive satisfecho,
 Ni ofendido, ni amado, ni malquisto.

No envidia á quien la última Calixto
 Por más dudoso con osado pecho
 Pisó, llamando su ambición provecho,
 Vida al peligro sin temor previsto.

Lisonjas naturales de las aves
 Escucha solo al despertar el día
 Con apacibles voces y suaves.

¡No sabe qué es engaño y tiranía!
 ¡Ni de la vagante selva de las naves
 Sepulcro busca entre la espuma fría!

VIII

AL POEMA DEL NUEVO MUNDO DE TOMÁS TILLANO

Por mar undoso, con peligro cierto,
 Y en parte á siglos tantos fabulosa,
 Triunfar Colón de las espumas osa
 Entonces solc en atreverse experto.

Del sepulcro del sol le ofrece el puerto
 En Orbe Nuevo la región piadosa;
 En ella apenas su ambición reposa
 Burlado el mar de tan glorioso acierto.

A más temida empresa conducido
 Vuestro gallardo ingenio, descubristes
 Mayores mundos en distancia breve:

Honrado está Colón, pero vencido;
 Que más, entre las glorias que le distes,
 Á vuestro honor, que á sus fatigas debe.

IX

EL OCIO

Afirman que es el ocio peligroso
 Y que del tiempo el orden desbarata,
 Y al cuerdo ocioso, que de serlo trata,
 Le faltan horas para estar ocioso.

Ni es mengua que en silencio perezoso
 La dulce vida sin honor dilata,
 Pues ella, alegre en su quietud, retrata
 La simple paz y el natural reposo.

El cuerpo y los sentidos descansados,
 Como otras cosas materiales duran,
 Que el uso les desprecia ó las reserva.

Y estando de su olvido acompañado
 Si no pretenden, ruegan y aventuran,
 Su misma negligencia las conserva.

X

AL DUQUE DE OSUNA, DON JUAN TÉLLEZ GIRÓN

Ilustre Duque, si posible fuese,
 Que á la forzada fe, que el tiempo olvida,
 Por vos, sin mí, de amor favorecida
 Hoy mi cobarde pluma se atreviese;

La vana antigüedad es bien que cese,
Rindiendo á vos y á mí la injusta vida,
Y si no la victoria conocida
Á mí, por vos, y á vos, que me confiese.

Mas antes que sin límites se encienda
De Apolo y Marte en los contrarios pechos
De nueva envidia emulación forzada;

Poned alegre fin á la contienda,
Y dad, porque sosieguen satisfechos,
Lira al amante y al guerrero espada.

XI

✕ Á FLORA, CORTESANA

Flora del Betis renunció la orilla,
La dama de su célebre teatro,
Y aunque no fué en Sevilla veinticuatro,
Lo fué de más de treinta de Sevilla.

Fué de Madrid costosa maravilla;
Y en este novelero anfiteatro,
Vino á la tarde á pregonarse á cuatro,
La que la aurora despojó la villa.

En tí dirás que escarmentar se puede
Y en tu fortuna fabulosa y vana,
Que tan breve trofeo se concede.

Lo mismo pasa, Flora, á la mañana:
Lo mismo á las cerezas le sucede:
Y no eres más sabrosa ni más sana.

XII

AL MARQUÉS DE PALACIOS
DON MARTÍN DE LEDESMA Y GUZMÁN, ACORDÁNDOLE UNOS
BIZCOCHOS DE CUENCA QUE LE OFRECIÓ AL PRÍNCIPE

Señor Marqués, si los bizcochos fueran
Vecinos de Suez ó Alejandría,
Á un día sucediéndose otro día,
Tardaran en venir, pero vinieran.

Mas de Cuenca á Madrid, donde se esperan
 Calientes, venga una esperanza fría;
 Que su fábrica ahora empezaría
 Pasado un siglo que venir pudieran.
 ¿No os faltan, venerable mayordomo,
 Acémilas del Rey cada momento?
 Si no las hay, ¿no falta un macho romo?
 No dejéis mis deseos por el viento:
 Que yo, Marqués, de los de azúcar como,
 Y no bizcochos de promesa y cuento.

XIII

CONTRA LOS ALABARDAS DEL TEATRO

Sacó al teatro Mevio una comedia
 Con gran soberbia y con igual amparo;
 Y el silbo popular sonoro y claro
 Ni con industria y fuerza le remedia.
 ¿Quién creyó que parar pudo en tragedia
 Un aplauso tan público y tan raro,
 Sin dar las varas al furor reparo
 Del fiero vulgo, que escuchó la media?
 Perdió la nueva musa su decoro;
 Tú, armada vecindad, dime: ¿qué aguardas,
 Si viste profanar sus cuerdas de oro?
 Y antes que despidiese el sol las guardas,
 Murió la gran comedia, como el toro,
 Con silbos, alguaciles y alabardas.

XIV

AL VESUBIO

Despide el monte la dorada selva,
 Honor ilustre de su hermosa frente,
 Y al pasto de sus llamas insolente
 En fuego pide que los campos vuelva.

Mandó al furor que sin piedad envuelva
 Al verde huésped en ceniza ardiente,
 Y al paso del incendio diligente
 En sombra el noble ornato se resuelva.

Ya por los aires, que ofendió el Vesubio,
 La fatiga común que desperdicia
 Desmiente el resplandor del horizonte.

Mas no es culpable el trágico diluvio,
 Pues sufra de los hombres la codicia
 Tercero engaño á la verdad de un monte.

XV

EN LA MUERTE DEL CARDENAL DUQUE DE LERMA,
 MINISTRO UNIVERSAL DE FELIPE III

No yace muerto, no descansa ahora
 Esto que fué sagrado de la vida;
 Que para más reposo prevenida
 Durmiendo espera la segunda aurora.

Quien vió la muerte altiva vencedora,
 Y dió funesto aplauso á la partida,
 No tiene penetrada, ni advertida
 Esta piedad que por castigo llora.

Favores son los que castigo fueron,
 España, que con ánimo devoto
 Á nuevos beneficios te apercibe.

Y si en mortal ocase te pusieren
 Tan graves años al amor y al voto,
 Morir no puede quien á tantos vive.

DE DON FRANCISCO DE TAPIA Y LEIVA

MARQUÉS DEL BASTO

HIJO ÚNICO DEL MARQUÉS DE BELMONTE

SONETO

EN ELOGIO DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO
POR SUS RIMAS

No de Anfión la voz del Tracio amante;
No el sonoro plectro que solía
Las aguas detener, ni la Talía
Del que á Dafne adoró con fe constante;
De Lidio no el conento á tu elegante
De igual estilo, canto y armonía,
Pues, imitando al Frigio en su porfía,
Quedaras tú del vencedor triunfante.

Canta, cisne divino, que el famoso
Nombre de Salas, erigiendo altares
Las nueve, volará de polo á polo.

Eterno vivirá siempre glorioso,
Pues vuelves al humilde Manzanares
En tu canto más rico que el Pactolo.

DEL MARQUÉS DE JAVALQUINTO
DON JUAN ALONSO FRANCISCO DE BENAVIDES
GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE S. M. Y SU MAYORDOMO

SONETO

AL TORO QUE MATÓ FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO

I

Cuando con deshonor del africano
Coronado animal, que el circo impide,
La fuerza y el valor que el suyo mide
El rival de Jarama ostenta ufano,
La competencia alternan; mas en vano
Favor al cielo el rey animal pide,
Que en el toro parece que despide
Júpiter rayos de su diestra mano.

Glorioso triunfador de sus despojos
Felipe quiere ser, de quien la fiera
El impulso parece que previno;

Y apenas el rigor de sus enojos
Que llegue á ejecutar la muerte espera,
Cuando rendido obedeció al destino.

II

Espectáculo nuevo, alterno coro,
En teatro real inquieta fama,
Á ver en competencia fiera llama
Oso, tigre, león, caballo y toro.

Salió, dando señal metal sonoro,
El bruto más feroz que vió Jarama,
Á quien rendido, por señor aclama
Todo animal, de que la causa ignoro.

Tiróle el gran monarca diestramente,
Muerto cayó primero el toro altivo,
Que á su frente llegase el tiro cierto.

La causa es que la fiera, ya obediente,
Tenga respeto al toro estando vivo,
Si es despojo de un rey, quedando muerto.

DEL CONDE DE LA CORUÑA

D. SEBASTIÁN SUÁREZ DE MENDOZA Y BAZÁN

VIRREY DE NAVARRA

GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE S. M. Y SU MAYORDOMO

SONETO

AL TORO QUE MATÓ FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO
EN LAS FIESTAS DE 1631

Depuesto de su imperio el generoso
Africano león, tirano airado,
Un toro, de sus puntas coronado,
Era dueño del circo belicoso.

Cayó herido de un rayo prodigioso
Que la malicia es blanco destinado
Á la mira del Rey más celebrado,
Al Júpiter de España valeroso.

La sangre de la fiera el circo baña:
Y la boca fatal que dejó abierta
La bala, en voces mudas acompaña

El aplauso que en todos se despierta.
¡Afectos de su gozo canta España,
Viendo que tiene un Rey que en todo acierta!

DEL MISMO CONDE DE LA CORUÑA

ROMANCE

AL REY D. FELIPE IV DELANTE DE LAS TROPAS DE SU EJÉRCITO EN EL CAMPO DE BERBEGAL

Á dar calor á sus armas
Y luz á sus hijos ciegos
El sol de Austria sale, el sol
Que dos polos dora á un tiempo.
Hoy se muestra y de la tierra
Todo el ámbito soberbio
Callará á su vista, como
Se vió en el Mavorte griego.
Ilustra hoy un nuevo oriente
Para estar siempre viviendo
En su nombre, en sus hazañas,
En su fama y en sus hechos.
Salve ¡oh sol de España! ya
Libre del ocaso ciego,
Fénix que divino ignoras
Lo humano del monumento;
Salve, pues, oh! Sol, oh! Fénix,
Nunca á la muerte sujeto,
Que son pasiones indignas
Morir para ser eterno.
Siempre vivirás, y siempre
Como de la muerte exento
Naces, triunfarás seguro
De los achaques del tiempo.
Ni aun la menor turbará
La luz de tus rayos bellos
Impresión de olvido, ó nube

Exhalación de Leteo.
 Canoros cisnes de Apolo,
 A cuyos divinos ecos,
 Nuestro humilde Manzanares
 Es un Caistro soberbio;
 Cuya mística armonía,
 Cuyo numeroso acento,
 Cuantas veces fueron, tantas
 Parece el canto postrero;
 Tu divina ley celebren
 Y las plumas de su plectro
 Salón de tu oriente sean,
 Clarín de tu albor primero.
 Piadoso quien puede ofrezca
 Hecatombes ciento á ciento:
 Que el cielo también se obliga
 De humos fáciles de incienso.
 Y yo, si en afectos rudos
 De mal templado instrumento,
 Cantaré tu nombre en cuanto
 Le deba á mi vida alientos.
 No, señor, tus glorias no
 Le pueden deber al metro
 Más hipérboles, más fama,
 Que la que á ti se debieron.
 No hay como hacerlas mayores;
 Pero lisonja es del cielo
 Que en fin se permite asunto
 De cítaras y salterios.
 Honró ya, honró africano
 El mayor la musa de Ennio:
 De versos gusta quien obra
 Hazañas dignas de verso;
 Á tus anales España
 Sus Livios y sus Cornelios;
 Pero ¡qué nueval ¡qué osada
 Belona de Marte fiero
 El carro tallado gufa!
 En cada caballo un Euro
 Azota; un rayo castiga
 Y apresura un pensamiento.

Por los ojos y la boca
 Espiran volcanes ellos,
 Y su misma sangre beben
 En las copas de los frenos.
 Guía el aire y de las nubes
 Los cerrados pavimentos
 Por los surcos de las ruedas
 Se quedan esclareciendo.
 Ya mira de Berbegal
 El campo extendido, el vuelo
 Abate, y la cumbre fácil
 Ocupa de aquel repecho.
 La voz levanta y curioso
 La está esperando el silencio:
 El mundo la atiende, y yo
 Á sus razones advierto.
 —¿Hasta cuándo obstinaciones
 De mal fundados empeños
 Al imperio de las sombras
 Le darán tributos ciegos?
 ¿Hasta cuándo Cataluña,
 Para miserable ejemplo
 Abusarás pertinaz
 Del más paternal afecto?
 Castilla soy, y ese joven
 Que oprime un bridón de fuego,
 Relámpago en las vislumbres,
 Como rayo en los efectos;
 Ese caudillo animoso,
 Ese general atento,
 Es, si acaso de tu culpa
 No le adviertan los recelos,
 El Conde, el Rey, el Monarca,
 El Jove, el Filipo nuestro,
 El Grande, el Mayor, el Magno,
 Más que Alejandro y Pompeyo.
 Guía un campo, cuyas flores
 Se arman de áspides de acero,
 Si en plumas y bandas son
 Volante pensil del viento.
 Selvas de Lérida, en quien

Erige verdes trofeos
 Hoy más arrogante el mayo,
 Aunque á pesar del enero;
 Viven plantas, cuyas hojas,
 La primavera esgrimiendo,
 Al primer Santiago triunfa
 De la escarcha del invierno;
 Recibid vuestros soldados,
 Y selvas den aposento
 Á un campo, y forraje verde
 Á sus caballos ligeros.
 Y tú, Segre, tu corriente
 De plata retira al verlos,
 Si plata alguna han dejado
 Tus campeones en sus senos.
 ¡Despierta! ¡Despierta, pues!
 ¡Oh, Cataluña! El sueño
 Es imagen de la muerte;
 Vive á mejores acuerdos,
 Y cuando no, las acojas
 En tí, del Troyano incendio,
 Ó la sangre de Cartago,
 Ó todo lo tenue luego.
 El señor de quien te apartas,
 El dueño que vas huyendo,
 Es de milicia pagado
 Y de soldados contentos
 Capitán, ó sus aplausos,
 Cuando su presencia vieron,
 Ó las miradas lo digan
 Que hoy anticipa á sus hechos,
 La Reina, en quien el valor,
 El agrado y el ingenio
 Se compiten á porfía
 Amigablemente opuestos,
 Le asiste pronta y armada
 De varoniles esfuerzos,
 Semíramis española,
 Con el peine en el cabello.
 Baltasar Carlos, Adonis
 De alguna alemana Venus,

En la imagen de la guerra
 Arriscado como bello,
 En la escuela generosa
 De militares preceptos,
 Como Aquiles se ejercita
 Para marciales encuentros.
 Ya su padre á la campaña,
 Robusto en sus años tiernos
 Le ofrece ¡oh valor divino!
 Con una pica el primero.
 Sus flotas navegan ricas,
 Y llegan á salvamento,
 Que sale y otea Felipe
 Y empeña en su ayuda al cielo.
 Si en su apuro detenido,
 Por lo mismo no es violento,
 Más activo sale y más
 Unidos sus ardimentos.
 Caliente, seca y briosa,
 Noble y con humos de fuego,
 Rayo en fin, la exhalación
 Oprimida allá en el centro
 De la nube, que la guarda
 Entre clausuras de yelo,
 Se previene á la salida,
 Y sus fuerzas recogiendo,
 Se estrecha, se une y se abrevia,
 Se encoge, y su encogimiento
 Es para esparcirse llama
 Por la región de los vientos.
 Rompe la nube enemiga,
 Sale, en fin, y á un mismo tiempo
 Luchan, deslumbra y abrasa
 Rayo, relámpago y trueno.
 Temo, pues, temo; que ya
 De nuestro Júpiter veo
 Los rayos, los capitanes,
 La esposa y el heredero,
 Sus flotas, las asistencias,
 El valor, el ardimento
 A faltar tus homenajes

Los que fundan defenderlo;
Aunque te amparen nativos,
Arrogantes y soberbios,
Baluartes firmes y fosos
De Segres y Pirineos.»

Calló la Belona hispana;
Calló, y por el Segre adentro,
Haciendo del carro barco,
Hace de las alas remos.

DE DON PEDRO MESSÍA DE TOVAR

VIZCONDE DE TOVAR Y II MARQUÉS DE MOLINA

CABALLERO DEL ORDEN DE ALCÁNTARA

SONETO

AL TORO QUE MATO FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO (1631)

Culta deidad, que de tu misma esfera
Colocaste las glorias en tu mano,
Pues imitando al ser más soberano
No te negaste aun á la acción severa;
Si la de Europa usurpa á tanta fiera
La atención que le quita el africano,
Vibre tu brazo rayo, porque ufano
Quede eterno su nombre en su ribera.

Lisonja fué de muerte de la herida
Pues el sol dedicó, para honor suyo,
Astro en que resplandezca su memoria;

Si se humanó tu ser contra una vida
Bien el laurel mostró, que siendo suyo,
Se ilustró en el efecto la victoria.

DE DON JUAN DE VERA Y FIGUEROA

CONDE DE LA ROCA

EMBAJADOR EN ROMA Y EN VIENA

SONETOS

I

Á LESBIA ADÚLTERA

Luz rec do

Solo en tí, Lesbia, vemos que ha perdido
El adulterio la vergüenza al cielo;
Pues tan á rienda suelta y tan sin velo
Has los hidalgos huesos ofendido.

Por Dios, por tí, por mí, por tu marido,
Que no sepa tu infamia todo el suelo;
Cierra la puerta; vive con recelo;
Que el pecado nació para escondido.

No digo yo que dejes tus amigos;
Mas digo que no es bien que sean notados
De los pocos que son tus enemigos;

Mira que tus vecinos de cansados
Dicen que te deleitan los testigos
De tus pecados, más que tus pecados.

II

EN ELOGIO DE D. JUAN DE JÁUREGUI POR LA PUBLICACIÓN
DE SUS RIMAS

Quejas tan dulcemente repetidas
En su origen están acreditadas,
Que mal pudieran ser así contadas
Si antes á sí no fueran parecidas.

Ni otras amor verá tan bien sentidas,
 Ni otras Apolo oirá tan bien cantadas,
 Si honor á las más bien exprimentadas,
 Afrenta á las más bien encarnecidas.

Pero ¿cómo duró, Tirsi, mi espanto
 Persuadida del ruego de tu lira
 La causa hermosa en su aspereza tanto?

Mas ¡ay! que fue ambición, no ingrata ira,
 De duplicadas horas de tu canto,
 Que dulce roba, como culto admira.

III

AL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

Lauso, no con estoica fantasía
 El frágil hipo popular desdño,
 Ni á la humana ambición miro con ceño
 Falso, con la común hidropesía;

Que así naturaleza sabia cria,
 Nutre y prosigue su mortal empeño:
 Conozco bien que esta vigilia es sueño,
 Y el amor de Raquel se cobra en Lía.

Por lo cual el vigor de los engaños
 Con que alimentan otros sus intentos
 Es luz que me descubre desengaños,
 Y aparte de los vanos pensamientos,
 Que compran con afanes de los años,
 Premios, que aun no los gozan los momentos.

IV

CONTESTACIÓN DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE
 AL CONDE DE LA ROCA

Fabio, no es ambición, ni fantasía
 Ni por injusto pretensor desdño
 Á quien jamás mostró al aplauso ceño
 Con propia sed, mas no de hidropesía.

Y el natural efecto á veces cría
Una oculta ambición con vario empeño,
Y el dulce engaño, al despertar del sueño,
Promesas de Raquel cumple con Lía.

¡Dichoso vos, si huyendo sus engaños,
Reconocéis el fin de sus intentos
Y halláis los propios en ajenos daños;

Y veis poner sus locos pensamientos,
Tan gran cuidado en conseguir por años
Lo que después se pierde por momentos!

DEL MISMO CONDE DE LA ROCA

CANCIÓN

Á FRANCISCO PACHECO, PINTOR FAMOSO

Caro honor de Sevilla;
Noble español Apeles;
Menos dichoso sí, no menos dino
Que el que causó estupor y maravilla
En tabla, en bronce, en lino
Al siglo de Alejandro con pinceles;
Á cuyo arte profundo
Buriles y cinceles,
Animadores del escollo helado,
Ceden y admiran émulo jocundo
De la naturaleza,
Pues trasladadas, no imitas, su belleza;
Pacheco, oh tú el primero que has podido
Fingir así obra muda
Que el fiel sentido duda:
Sí, Pacheco, has creado y no fingido;
Sí, á tí la madre bella
Imita los pinceles, si tú á ella:
Ni de las obras tuyas
Distingue el gran rector del firmamento
Las tuyas ¡gran merced! siendo las tuyas
De espíritu, de voz, de movimiento:
Que á tu noble fatiga
Concede honras en tí que así se diga.
Copias el cielo y gira;
Copias el sol y enciende llama bella;
Si el rayo, centellea;
Si el Noto, brama; si el Fabonio, espira;

Si la noche cerrada,
 Entre nubes tejida, mal celada,
 Estrellas se aparece
 Distinta y trepidante resplandece.
 Filomena entre láminas se queja,
 Y en el aire las aves conteniendo,
 Tal, si quieres, se aleja,
 Tal, si gustas, bajando va creciendo;
 Si delatas del líquido elemento
 Crespa y lisa corriente,
 Nacer y proseguir vemos la fuente,
 Y escuchamos su mudo ó ronco acento,
 Cruzando sus despojos
 Al justo engaño las orejas y ojos.

En fin, á cuanto llega
 Tu última perfección, ó los sentidos
 Ambos lo creen ó sólo uno lo niega;
 Que, pues, si los colores prevenidos
 Electro, bronce y pluma
 Sirven á la alta deidad, ni los oídos
 Negaron, ni los ojos
 Sentir aquella voz, estos enojos:
 Que la naturaleza se desalma
 Cuando tratas belleza peregrina,
 Y á tus colores es merced divina.
 ¡Oh maravilla! ¡Enternecer el alma
 Tanto, que el fiel amante el feliz día
 Que le es deudor de la beldad que adora,
 Anda en incendios dos, si en uno ardía!
 ¿Quién tu alabanza ignora?
 ¡Oh tál que así la compras, de la esfera
 Honor, culta vigilia te conviene:
 Que singular materia
 Prevenida te tiene
 Á injuria de la muerte,
 Que jubile en el tiempo tu gran suerte.

Ya, Pacheco, el deseo
 No cabe en ti; ya veo
 En ambicioso honor, tu pensamiento
 Envuelto, desdeñar á Prometeo,
 Fiado no en tu ciego

Hurto, sino en tu ciencia, el vital fuego.
 Ya te dilato mucho la noticia
 Del sin ejemplo objeto.
 Extrema la codicia
 Que capaz una vez del gran sujeto,
 Será posible trueco
 En desmayo el orgullo, ¡oh gran Pacheco!
 Tal estimo, tal hallo
 Su ser, que con seguillo,
 No será más hazaña que intentallo.
 Purga los mil colores y el sencillo
 Pincel, y del abismo
 De discurso retrátate en tí mismo,
 Y tal en cerco de oro,
 Al arte, al natural abre el tesoro.

Copia Amarili puede
 Pensar que te previene juntamente;
 Á grande acento, mi recato cede,
 Á su beldad el corto estilo mío,
 Con todo advierte no del occidente
 Cuando el infante sol sale gozoso
 Hurtas rayos de luz, para su pelo
 Al ébano el color pide lustroso,
 Afrenta justa y lloro
 De la plebe que amó cabellos de oro,
 Forma de él lazos, y en errante vuelo
 Ornen parte el nevado
 Cuello, parte el cendal tenga celada,
 Celado, como cuando nube parda,
 Densa aquí, allí delgada,
 Al rubio sol algún espacio guarda.
 De sus lucientes rayos perfilada
 De cándido marfil, de mármol Paro
 Engendra el bello bulto
 En que desatarás corto y avaro
 La virgen rosa, y atentado y culto
 Mixtura formarás maravillosa;
 Mas en la boca que en jazmín aspira
 Imperio incompatible da á la rosa.

Trueca pincel y mira
 Qué color diste al pelo, y de esa propia

Le anima, y dos dormidos ojos copia,
 Dos luces descuidadas,
 Activos sobre todo y desmayados,
 Dos enigmas dudosos,
 Que sumamente crueles
 Sean sumamente al parecer piadosos;
 Si bien su ley temida
 Tendrá avara en sí misma recogida.

En su sereno día
 Mezcla prudente entre feroz y bello
 Un no sé qué que anima y desconfía:
 El de marfil á torno gentil cuello,
 Centro que amor sustenta,
 Parte has de retratar, parte ofrecello;
 Ilustre osar intenta
 Ya que por escarmiento
 Límites al camino de los ojos
 Abrir alguno al bajo pensamiento
 Hallen tregua en su garra los enojos;
 Que un discurso penado,
 Mal satisfecho de belleza externa,
 Fácilmente se interna
 En ocultos secretos, é informado
 Del tesoro encubierto
 Al deseo describe
 Y es mina la alta llama que en él vive.
 Su adorno finge incierto
 Que no sabrá decir en esta parte
 Si viste su beldad, descuido ó arte;
 Porque el cielo propicio
 Á tanta hermosura
 Su negligencia campa en artificio.

De las entrañas de la nieve pura
 Ignoradas del sol, del cristal claro,
 Del más cándido mármol que honró Paro,
 De la más tersa plata,
 Punto que no los cielos soberanos,
 Den materia más grata
 Para sus manos, formarás sus manos,
 El ingenio dilata,
 El natural anima, observa el arte,

ue bien veo en esta parte
Natural, arte, ingenio trabajados
Y á mayores cuidados,
Pues te apercibo, mira si es posible,
Á tu pincel valiente
Imitar lo imposible,
Si es sujeto á tu mano, un eminente
Ingenio te describo
En cuya confianza muero y vivo;
Mas ¡ay! vano aspirar, loco deseo,
Á lo mortal bien veo
Que arriba tu inmortal atrevimiento;
Mas la virtud interna defendida
Es si humano ardimento:
Muerto pincel no puede darte vida.
¿Adónde arrebatado
Dejo de la costumbre ser llevado?
Artífice feliz, dudosa muerte
Fué siempre precio de la ilustre suerte;
Emprende, y si á tu mano se concede
Poder lo que te pido,
Punto menos que Dios en su arte puede,
Pues hace ejemplo donde no le ha habido.

DEL DUQUE DE CEA Y DE LERMA
DON FRANCISCO GÓMEZ DE SANDOVAL Y PADILLA
MARQUÉS DE DENIA

MAESTRE DE CAMPO DEL TERCIO DE SABOYA EN EL MONFERRATO

SONETO

EN ELOGIO DEL CONDE DE LA ROCA, D. JUAN ANTONIO DE VERA
Y FIGUEROA, POR SU POEMA DE SEVILLA RESTAURADA

Cantó á Jerusalén el Taso: ufana
Gloria al patrio Sabetto vinculando,
Vuestra alta musa en lo que va cantando,
Conde ilustre, engrandece á Guadiana.

El mundo de una y otra más que humana
Pluma goza los partos, admirando
Lo mucho que por él gana Fernando
Lo mucho que por vos gana Gofredo.

Los diamantes labró sobre el diseño
Aquel; vos el diseño á los diamantes
Infundís; vos sujeto, él libre dueño:

Sólo en éste no fuisteis semejantes
Que en lo demás tan uno es el empeño
Que después fuisteis ambos y ambos antes.

DEL CONDE DE AÑOVER

D. LUIS LASO DE LA VEGA Y GUZMÁN,

GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE S. M. FELIPE IV

EN ELOGIO DEL CONDE DE LA ROCA POR SU POEMA
DE SEVILLA RESTAURADA

DÉCIMA

Imitaciones tan fieles
Son, Conde, las que hacéis,
Que el Taso en duda ponéis
Como ya á su tabla á Apeles.
Fama, por mucho que vuela
Siempre sumará escaso
Honor al Conde y al Taso,
Y yo extendiera esta suma,
Si hubiera hallado la pluma
De mi abuelo Garcilaso

DEL CONDE D. FRANCISCO DE TAPIA Y LEIVA
MARQUÉS DEL BASTO,
HIJO DEL MARQUÉS DE BELMONTE

DÉCIMAS

EN ELOGIO DE MIGUEL BOTELLO, POETA HISPANO-PORTUGUÉS
POR SU FÁBULA DE «PÍRAMO Y TISBE»

Con tu canto sonoro
De Píramo y Tisbe el hecho
Que de amor rompió el estrecho
Haces, ¡oh Miguel! famoso.
Su funesto fin, dichoso
Vuelve tu voz, y tu pluma
En tan levantada suma
Que al cielo puede pasar,
Y detener en el mar,
Entre sus olas, su espuma.

Tú, Botello, al fin, tú solo
Puedes con justa osadía,
Ó con lúcida porfía
Vencer en el canto á Apolo.
No del uno al otro polo
Vuele tu fama, oh Miguel;
Pare el término y fiel
Suene tu voz y tu lira,
Que en sus esferas la admira
El aumento del laurel.

DEL MISMO CONDE DEL BASTO

SONETO

AL MAUSOLEO LEVANTADO Á SAN ISIDRO, PATRÓN DE MADRID,
CON MOTIVO DE SU CANONIZACIÓN

Piadoso de Artemisa afecto caro
A cenizas de amor el Mausoleo
Dió maravilla al mundo, que el deseo
De eternidad formó de mármol Paro.
Calle el milagro bárbaro, que raro
Lustre inmortal propuso al regio empleo,
Pues hoy le gana el árbol de Peneo
Preciosa pira de esplendor más claro.
Primero en majestad, aunque segundo
De que eres cielo tu valor informa
De Isidro en cuanta gloria tiene el suelo.
¡Oh! sepulcro del sol, milagro al mundo
Por arte, por piedad, materia y forma,
Pues divides Imperio con el cielo!

DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL

DON JUANETÍN DORIA,

ARZOBISPO DE PALERMO

SONETO

Á LA MUERTE DE DON FERNANDO AFÁN DE RIBERA ENRÍQUEZ,
VI MARQUÉS DE TARIFA

Edificio inmortal fundó Fernando
En la divina y reluciente cumbre,
De la encendida llama y clara lumbre
Que al serafín más puro está abrasando.

Y de piedad sus rayos adornando
Al mismo cielo en él la tierra alumbre,
Y con pincel de luz de su vislumbre
La eternidad nos vaya dibujando.

Que así digo y celebro, oh fuerte pecho,
Que el daño recibido en la corteza
Descubre el corazón limpio y seguro.

Pues cedistes al tiempo y su derecho:
Gozad la eternidad como una alteza
Donde no alcance ó pueda olvido obscuro.

DEL EXCMO. SR. D. RAMÓN GUILLÉN
DE MONCADA
PRÍNCIPE DE PATERNÓ Y DUQUE DE MONTALTO Y DE BIVONA

SONETO

EN LA MUERTE DE DON FERNANDO AFÁN DE RIBERA HENRÍQUEZ
VI MARQUÉS DE TARIFA

Detén el paso, caminante, y mira
Mucha piedad, á quien impía suerte
Con las amarilleces de la muerte
Mudó en horror, que oculta breve pira.

En tiernos años la entereza admira,
La santidad del corazón más fuerte,
La caridad mayor; y en ella advierte
Cuanto perdida el mundo la suspira.

Sirva de ejemplo; muéstrele camino,
Tan bien dispuesta vida, que hace espanto;
Déle esperanzas fin tan peregrino,

Y cese la terneza, el largo llanto;
Pues quien en vida y muerte fué divino,
Á tanto ha de obligarte tanto á tanto.

DE DOÑA ANTONIA DE MENDOZA

DAMA DE LAS REINAS D.^a ISABEL Y D.^a MARIANA

Y DESPUÉS CONDESA DE BENAVENTE

ROMANCE

Cuando sale el alba hermosa
Se alegran los campos verdes,
Dando alabanza las aves
Á la primavera alegre;
Cuando una hermosa zagala
Manos blancas y ojos verdes,
Se ausenta de su cabaña
Por unos celos que tiene;
¡Qué bien llora sus desdichas
¡Qué bien dice lo que siente!
¡Bien sabe dar á entender
Todo lo mucho que quiere!
—«Oh tú, causa de mis males,
Tirano de mis placeres,
Tengas, cuando te casares
Vida triste y celos siempre!
Tu velada te aborrezca;
Y, si caricias le hicieses,
Te vuelva enojada el rostro
Y con mil penas te deje.
Vuélvate el rostro de noche;
No te hable; y si te viese,
Sea para maldecirte,
Agraviarte y ofenderte.»—
Esto Filena decía,
Y el valle sus penas siente,

Á quien el eco responde
Cantando de aquesta suerte:
«Ruego á Dios, zagala,
Quien te da celos;
Que de amor se pierda,
Y se encienda en ellos.»

DE LA MISMA CONDESA DE BENAVENTE

MOTES

I

Á LA MUERTE DE LA REINA D.^a ISABEL DE BORBÓN, MUJER DE FELIPE IV

Al cielo sube Isabel
Del suelo, porque es estrella:
Y naide ganó más que ella;
Ni naide perdió más que él.

II

• EN LAS CÉDULAS DEL DÍA DE REYES EN PALACIO.—DE REPENTE

El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

X
DE D. LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

CARDONA Y ARAGÓN

DUQUE DE SESA Y DE SOMA, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN
DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

EN LA MUERTE DE LOPE DE VEGA CARPIO

¡Oh! Lope, ingenio todo admiraciones,
Y admiración de los ingenios, vive;
Vive en mi fe, que pira te apercibe,
En mi dolor á eternas duraciones.

Verás constantes mis veneraciones,
Que en láminas del alma el alma escribe,
Y de mi amor en oblación recibe
El corazón nevado en corazones.

¡Quién pudiera tu ingenio merecerte,
¡Oh fama de ti mismo! por pagarte
Lo que sin él no puedo yo deberte!

¡Quién pudiera tu espíritu heredarte,
Para honrarte á finezas en la muerte
Tanto cuanto en la vida supe amarte!

DE D. LOPE HURTADO DE MENDOZA
Y MORENO OSORIO
MARQUÉS DE ALMAZÁN, CONDE DE MONTEAGUDO

SONETO

EN LA MUERTE DE FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO, DEL HÁBITO
DE SAN JUAN

No ha muerto Lope, pues aun hoy respira
La fama con aliento dilatado
Y el olvido, que á tantos ha borrado,
Apenas de los ojos le retira.

Antes parece ya, según se mira
De nuevos esplendores adornado,
Que la llama vital, que sopló el hado,
Le esforzó con la llama de la pira.

Y si en lo activo de ese incendio ha sido
El término preciso, en lo luciente
Vincularán los tiempos lo mudable.

¡Oh grande admiración! Pues ha podido
De una llama, que ardió caducamente,
Resultar una luz indeclinable.

DE D. MARTÍN DE LEDESMA Y GUZMÁN
MARQUÉS DE PALACIOS
GENTILHOMBRE DE CÁMARA DEL REY FELIPE IV Y DEL CARDENAL INFANTE

SONETOS

I

ESTE SONETO SE HIZO Á LO QUE SE DEBE DISIMULAR: QUE SI SE
CASTIGARA TODO, FUERAN MÁS LOS CASTIGOS QUE LOS HOMBRES

Cuando miente del año la esperanza
El cultor de los campos ofendido,
Entre el sollozo triste, entre el gemido,
Maldice del autor la confianza.

Y del tranquilo mar en la mudanza
El náutico clamor embravecido
Blasfema de los cielos atrevido
Y espera de otro culto la bonanza.

No ignora la divina Providencia
De Júpiter sagrado y misterioso
Que padecen sus aras ofendido;

No lo perdona á todos su paciencia,
Ni todo lo castiga riguroso:
Que sobran las muertes á las vidas.

II

ESTE SONETO SE HIZO Á UNA HIEDRA QUE USURPABA LA DIVINIDAD
DE UN LAUREL, Y POR SALIR EN LA OCASIÓN QUE EL CONDE DUQUE
SE RETIRÓ, SE TUVO POR MALICIOSA ESTA ALUSIÓN

Esa yedra soberbia y lisonjera
Que de asombrar este laurel blasona,

Que con mentido culto le aprisiona
 Y con fingido culto le venera;
 Ciencia tiene de voz: ¡oh si le oyera
 La Sacra Majestad cuando perdona,
 Ó permite cautiva su corona
 Que ambición alevosa le prefiera!
 Si contra fuerza tal tarde las leyes
 Introducen el público consuelo
 Á la violencia, los derechos pasen;
 ¡Oh España! ¡Oh Francia! ¡Redimid dos Reyes!
 Fulminad rayos que, imitando al cielo,
 Respeten el laurel, la yedra abrasen.

III

Á LA MUERTE DEL REY GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA, EN UNA BATALLA,
 HERIDO DE UN MOSQUETE

Aquel soberbio intento en que se viera
 Si no feliz, constante la osadía;
 El que asombro del mundo parecía
 Y el que esperaban que castigo fuera;
 Desvaneció veloz, como la esfera
 Que forma el agua de la lluvia fría,
 Ó cual despide, al fallecer el día,
 Fingida estrella la región primera.
 Y en su fin de la pólvora la llama,
 Que con lo breve y material del daño
 Envuelve las memorias que eterniza,
 Dió fuego á lo mentido de la fama,
 Calor á la razón, luz al engaño,
 Humo á la envidia, á la ambición ceniza.

IV

X Á LA MUERTE DE LA MARQUESA DE LA HINOJOSA EN TAN BREVES AÑOS

Murió porque nació la flor hermosa,
 Y aquella parte de vital aliento
 Quiso aspirar á sacro monumento,
 Quiso vivir en ambición gloriosa.

¡Oh! tú, del sol tan breve mariposa
Que á la vida prestaste un escarmiento,
Allí en tu esfera vivirá el aliento
Que en límites humanos no reposa.

Feliz admiración de los mortales,
Á tan breves espacios reducida,
No te ofendieron causas naturales.

Tú apresuraste el curso á la partida;
Que á tan hermosas luces celestiales
No llegan las ofensas de la vida.

V

Á LA MUDANZA DE UNA DAMA

Esta selva que viste florecida,
Teatro hermoso de atenciones tantas,
Y ya la miras de arrancadas plantas
Sólo por los sepulcros conocida;

Fué al culto de Amarilis construída
Con sacramento y ceremonias tantas;
Si no supiste primaveras cuantas,
Penetra más la estancia dolorida.

Que en ella viven hoy secas cortezas
Coronadas de motes españoles,
Bien que cifradas hallarás algunas.

Recata con su ejemplo las finezas:
Que lo que amor cultiva en cuatro soles,
Pudo acabar el tiempo en menos lunas.

VI

AMOROSO

Rompa del corazón la imagen pura
Este ciego dolor, y su tormento,
Por más que viva firme en el intento,
Borre lo figurado en la figura.

Que si ofende lo mismo que asegura,
Ya le basta á una pena un escarmiento:
¡Muera el pesar que vive tan violento
Que aun niega á sus cenizas sepultura!

No adolezca de agravio la fineza,
Ni mi cuidado que te adora grato
Perezca más porfía que terneza.

Yo moriré, señora, en mi recato:
Que, cuando más acuso tu belleza,
Vive dentro del alma tu retrato.

VII

Á AMARILIS, DOÑA MARIA DE ARAGÓN, DAMA DE LA REINA
DOÑA ISABEL DE BORBÓN

Yo, Amarilis, vencido del destino,
Seguí la luz que recaté al deseo;
Y en el incendio que abrasar me veo
Erraron mis aciertos el camino.

Ahora que en la dicha peregrino
A tus umbrales mis cenizas leo;
Cuanto en mi muerte sus estragos creo
Tanto me alivia en la elección el tino.

Permite ahora á la ternura mía
Que sienta prevenido un desengaño
Y lllore con amor un escarmiento.

Que si alumbrado de la luz porfía,
Si muere dulce, á sombra de su engaño,
¿Que sagrado le queda el pensamiento?

DEL MISMO MARQUÉS DE PALACIOS

POESÍAS VARIAS

DEDICADAS Á AMARILIS, DOÑA MARÍA DE ARAGÓN, DAMA DE LA REINA
DOÑA ISABEL, MUJER DE FELIPE IV

LA JORNADA Á ARANJUEZ

CARTA Á AMARILIS

Llegué, Amarilis hermosa,
Á este florido jardín,
Cuando soñoliento el sol
Se retiraba á dormir.
Hallé contentas las flores
Por la muerte del abril,
Que con la gala de mayo
Mejoraron su matiz;
Muy presumida la rosa
De que puede competir
Con el coral de tus labios
Y á tus perlas el jazmín;
Bien vestidos de esperanza
También los árboles vi,
Que se concede á los troncos
Lo que se me niega á mí.
De su prisión el clavel
Aun no se atrevió á salir,
Porque son muy perezosos
Los recatos del carmín.
Este cristal que soberbio
Forma campos de zafir
A lo dulce de tu nombre

Suspendió su discurrir,
 Embarazaron el viento
 Los suspiros que le dí,
 Que de tan ligeras alas
 Quise mi daño vestir.
 Agora padece el alma
 Hasta que vuelva á salir
 La Majestad, (Dios le guarde
 A esa aldea de Madrid.

A UN JILGUERO

ENDECHA

Alegre jilguerillo,
 En vano te diviertes,
 Si llevas en el alma
 Memorias que te ofenden.
 Aunque mudas las ramas,
 Las penas no se mueven,
 Que no mejora el sitio
 El mal que se padece.
 Ni al pico cuando canta,
 Al sol cuando amanece,
 Las luces le mejoran,
 Sus rayos le divierten.
 Fingidas alegrías
 Y mentidos placeres
 Más ofenden que halagan,
 Más dañan que entretienen.
 Los montes que te escuchan
 Piadosos se entretienen;
 Los prados se lastiman;
 Las aguas se entristecen;
 Y tú, galán del alba,
 Del aire ramillete,
 Engañas las auroras
 Por engañarte siempre.

ESTRIBILLO

Llora, jilguerillo,
 No engañes las flores:
 Que ausencias del día
 Las lloro de noche;
 Aquel triste canto,
 El valle responde,
 Que ofende dos veces
 Mentir los favores.
 Deja los engaños,
 Pájaro, á la corte,
 Que ausencias del día
 Las lloro de noche.

ROMANCES

I

ESTOS VERSOS HIZO EL MARQUÉS DE PALACIOS

AL DUQUE DE MONTALTO

CUANDO SE CASÓ CON LA SEÑORA DOÑA CATALINA DE MONCADA
 Y SE FUÉ Á VILLAVICIOSA, ALDEA Á TRES LEGUAS DE MADRID

Señor Duque de Montalto,
 Ya de vos mismo señor,
 Pues sobran las esperanzas
 También en la posesión;
 Muy dueño de la fortuna
 Y muy árbitro del sol,
 Adonde cuerda no tiene
 La envidia jurisdicción,
 Porque ¿cual llega atrevida
 Á tan alta presunción
 Que la desvanece el hielo
 Ó la desluce el calor?
 Después que Palacio triste,
 Y muy contento el amor,
 El uno siente su falta
 Y el otro logra su arpón;

Que también de las estrellas
 En su brillante esplendor
 Se permiten soledades,
 Pero sentimientos no.
 También á su esfera llega
 De las penas la impresión
 Más disculpada la ausencia,
 Pero muy tierno el dolor;
 Hasta la puerta se queja
 Y tiene mucha razón,
 Que no se escucha un acierto
 Tan presto como un error.
 Yo padezco en sus umbrales
 Mi venerada prisión
 Tan conforme en el desdén
 Como extraño en el favor.
 Yo vivo de aquella pena
 Y muero de aquella voz,
 Que de tan dulces heridas
 No se queja el corazón.
 Siempre acierta quien elige
 Por felicidad mayor
 La razón en el destino,
 El destino en la razón.
 Logre, señor, vucelencia,
 La dicha que mereció
 Hasta que le falte al mundo
 También la respiración.

RESPUESTA DEL DUQUE DE MONTALTO, DON RAMÓN GUILLÉN
 DE MONCADA

Señor Marqués de Palacios:
 Nunca fuí menos señor
 De mi esperanza, que cuando
 Esperé en la posesión.
 Pues no cabe en mi fortuna
 La jurisdicción de un sol
 Que á fuer de tan soberano
 De nadie es jurisdicción.

Bien confieso que la envidia
Pierde aquí la presunción,
Pues Icaro de sus rayos
La fulmina su calor;
Si el Palacio queda triste
Culpe á la ausencia de amor,
Pues donde no asiste Cloris
Falta vida y sobra arpón.
Pues en sus negras estrellas
Traslada tanto esplendor
Que á Madrid las sombras fía,
Pero sus orientes no.
Arda en mí como en su esfera
La llama, cuya impresión
Es tan tirana que goza
Quejas del común dolor.
Traducido á estos umbrales
Dejo en doblada prisión
De un amor en un castillo,
De un desdén que ya es favor.
Ya pasó la amante pena,
Y en decencias de la voz,
Sólo parecen ya juntas
Las penas del corazón.
Siempre acierta aquel que adora;
Y si hay acierto mayor,
Es rendir á tanto acierto
Aun lo llano en la razón.

DE D. JUAN DE MONCAYO Y GUZMÁN
MARQUÉS DE SANFELICES
DEL HÁBITO DE SANTIAGO Y GENTILHOMBRE DE S. M.

SONETOS

I

AL CONDE DE LEMOS, DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE CASTRO,
QUE EN LA RELIGIÓN DE SAN BENITO
SE LLAMÓ FRAY AGUSTÍN DE CASTRO, Y REHUSÓ EL CAPELO
QUE LE DABA URBANO VIII

De la púrpura sacra, á quien Urbano
A ti, ejemplar de príncipes perfeto,
Ofrece, venerando con respeto,
Retrocedióte al don tu franca mano.

Sólo tu aliento pudo soberano
Aun en las dudas, si, de lo imperfeto,
Si los riesgos huir como discreto,
Atajar los estorbos como humano.

En una y otra larga penitencia
De tu púrpura propia te vestiste
De silicio, el azote y la abstinencia;

Tan sabio, como santo conferiste
De todos no prevista diferencia
Tú, tú, te mejoraste; tú te hiciste.

II

LA INGRATITUD

En las luces del cielo más tirana,
Dragón horrible, que el abismo ondea,
Es de la ingratitud la imagen fea
En desuniones de su bulto vana.

Dispone la materia soberana
 Dulces correspondencias en su idea,
 Y entre capaces ámbitos se emplea,
 Que ella de olvido con furor profana.
 Riguroso su intento fué, pues pudo
 Precipitada de los mismos cielos
 Servir á la crueldad de fuerte escudo.
 Y hollando los terrestres paralelos
 Yace su pecho, de piedad desnudo,
 Vestido de cautelas y recelos.

III

AL PRÍNCIPE DON BALTASAR CARLOS, CORRIENDO LANZAS EN LOS
 JARDINES DEL RETIRO

En este bruto altivo representas
 De tu padre la regia semejanza,
 Ethonte de tu sol, el viento alcanza:
 ¿Qué mucho, si en tu luz su sol alientas?
 Aun no entre lides bárbaras sangrientas,
 Exenta al riesgo, firme á la venganza,
 El prodigioso estruendo de tu lanza
 Teme el Asia en los monstruos que amedrentas.
 Crece á mayor edad, porque en tí vea
 España, que la ilustras con victorias,
 Y en sus ensayos lauros te aperciba.
 Que, si en tu padre la divina Astrea
 Feliz gobierno le previene en glorias,
 En ti será su fama sucesiva.

IV

Á LA INFANTA DOÑA MARÍA DE AUSTRIA, DESPUÉS EMPERATRIZ
 DE ALEMANIA, CUANDO EN ARANJUEZ MATÓ UN JABALÍ

Dedica á tu venganza Citerea
 El plomo ardiente que tu diestra inspira,
 Y la fiera, terror que el bosque admira,
 Al tiro lazos de coral ondea.

En floridos efectos de Amalthea
 Su bulto estampa, pródiga suspira
 El aliento vital, porque se mira
 Víctima de la Venus que desea.

Postrado yace, á tu beldad postrado,
 Y yo que en ella sus rigores siento
 No dejo que decir á mi cuidado.

Porque en el más constante sentimiento,
 De furor ó piedad tu pecho armado,
 Ocasiona la gloria y el tormento.

V

LA MUERTE

Es la muerte camino de la vida,
 Y es el desliz horrendo de la muerte,
 Adonde el rico, el pobre, el flaco, el fuerte,
 Brinda á su imperio la porción debida.

Es, la que en todo el orbe dividida,
 Iguala los sucesos de la suerte;
 Témla el malo, que en su fin advierte,
 Ser de sus culpas mísera caída.

Al justo le dedica su memoria
 Dulce esperanza que, alentando aciertos,
 Se goza entre sus premios sucesivos.

Es principio á la pena ó á la gloria;
 Es descanso; es castigo de los muertos;
 Es ejemplar; es miedo de los vivos.

VI

Á LA VIRGEN DEL PILAR

Sobre esa firme y celestial columna
 En que la fe sus glorias atesora,
 Fuiste del Ebro la divina Aurora,
 Claro estupor de la infernal laguna.

Con luz á los abismos importuna,
Aun siendo de la tierra habitadora,
Morar quisiste en la ciudad, que dora
Tu sol para aumentarle su fortuna.

Tanto tu amor á todo pueblo empeña,
Que ¿quién corresponder, Señora mía,
Podrá al favor que pronunciaste humana?

—«Yo en su amparo seré, con voz risueña:
Yo en su amparo seré, dice María;»
¿Qué más bien, qué más gloria soberana?

VII

EL PRIMER NAVEGANTE

Quien osado fió su vida al viento,
Del mar rompiendo intrépido el camino,
Y quien en tanto golfo cristalino,
Juzgó las ansias del afán sediento;

No pudo entre las olas su ardimiento
Extinguir; porque quiso su destino,
Que en la seguridad de alado pino
Á los mortales sirva de escarmiento.

La ambición en los ánimos reparte
Intentos que ejecutan la ruina
Contra el combate de una y otra suerte.

Á la paz, el estrépito de Marte,
Por ti en remotos climas se avecina
Y en inquietudes trágicas convierte.

DEL MISMO MARQUÉS DE SANFELICES

LA VICTORIA DE FUENTERRABÍA

ODA

AL REY FELIPE IV

Tú, el Rey mayor de tanta Monarquía,
No porque en ella el carro luminoso
Mida cambiantes cerros, donde el día
Sol te contempla, y sol más poderoso
Que aquel que entre fulgores
Permite hielos y dilata ardores
En climas diferentes;
No el mayor porque abrigo de tus gentes
Te admira la campaña;
No Grande, no, porque una y otra hazaña
Hoy te consagra altares
Trompa el ruidoso estruendo de los mares
De tu nombre, que sólo
En cuanto gira la venera Apolo;
Sino porque entre lauros y entre palmas
Reinas en el imperio de las almas;

Bien España tu esfuerzo reconoce,
Pues se ve por tu brazo más triunfante;
¡Oh! siempre en ella venturoso goce
Tu valor el aplauso militante
De sus hijos, y quiera
Los rayos acerados de su esfera
Consagrarte Mavorte;
Porque del sur al erizado norte
Tremole generoso
Tu pendón el combate belicoso
Que en tu campo se encierra,

Será sangriento estrago de la tierra;
 Si en humor siempre rojo
 Conmueve indignaciones del enojo:
 Díganlo hoy los amagos de tu espada
 Donde yace Pirene sepultada.

Fuenterrabía, lauro de los montes,
 ¡Oh columna de triunfos inmortales!
 Extiende por diversos horizontes
 Glorias que son á tu grandeza iguales.
 Aquesta, pues, que ensaya
 Los generosos pechos de Vizcaya,
 Invencible al romano,
 Fábrica egipcia de tu trono hispano,
 Que, rasgando los velos
 De la pura materia de los cielos,
 Siempre alegre blasona,
 Forja á tus sienes lúcida corona,
 Hoy, si, pues, más constante,
 Escudo te reserva de diamante:
 Que en proporciones bellas
 Guarnecen con sus luces las estrellas.

En él, pues, de los astros la influencia
 Nuevas felicidades te dedica,
 Y contra la francesa resistencia
 La horrenda maza del Arturo aplica:
 Que si rígido Alcides
 De la guerra te ostentas á sus lides,
 Tema ya en Palestina
 El bárbaro otomano su ruína,
 Y tus heroicas plantas
 Del Asia quebrantando las gargantas,
 Y de cuantos destierra
 De la Iglesia contrarios hoy la tierra,
 Sean breve trofeo
 Á tu siempre católico deseo:
 Á tu celo que dora
 Las púrpuras flamantes de la aurora.

Poca ponderación en alabanza
 Será á tu diestra Júpiter tonante,
 Cuando al vibrar los rayos de tu lanza
 Se muestra en sus efectos inconstante:

Y por su rendimiento
 Brama el mar, tiembla el orbe, gime el viento;
 Que aunque ardientes cautelas
 Tus leños abrasaron y tus velas,
 Altas hogueras fueron
 Que en la esperanza anticipada dieron
 Señales de victoria,
 Que aun en los desperdicios de tu gloria,
 Si acaso haberlos puede,
 Á la desdicha tu valor excede:
 Y con yugos más graves,
 Oprimir todo el mar en tantas naves.

Fuenterrabía noble, valerosa,
 En el bronce animado de la fama,
 Si no ciudad al mundo grandiosa,
 Ciudad que en todas tu grandeza aclama,
 Lo repita; loores
 Te inscriba con caracteres de flores
 Su territorio, y ella,
 Afortunada en una y otra estrella,
 Leal, como obligada,
 De sus mismos blasones coronada
 Y á tu pie engrandecida,
 Dicha de sus designios merecida,
 Tus proezas publique;
 Toda en tus alabanzas se dedique:
 Dilo tú, pues conoces
 Cuán cortas en su aplauso son mis voces.

Canción, suspende el vuelo,
 Porque atreverte de Filipo al cielo,
 Es dar alas al sol, y poca cera
 No basta á los ardores de su esfera:
 Dile, pues á sus luces te anticipo:
 ¡Viva el Marte español, el gran Filipo!

DE DON RODRIGO SARMIENTO

DE VILLANDRANDO

DUQUE DE HÍJAR

SONETOS

I

PERSUADE Á SILVIA Á QUE TOME UNA DETERMINACIÓN

Llamas y huyes; quieres y aborreces;
Y cuando estás más cerca, te retiras;
No quieres que te miren, Silvia, y miras;
Duermes y sientes; guárdaste y pareces.

Vuelas y no te vas; niegas y ofreces;
Disfrazas las verdades con mentiras;
Ciegas y ves; desdeñas y suspiras;
Y siendo claro sol, menguas y creces.

Contigo á solas estas cosas mide;
Que de tu extraña condición me espanto
Quieras vestirme de un amor tan justo.

Silvia, ó te agrado ó no; si no, despide:
Si agrado, no consultes mi amor tanto:
Que amor no es encomienda, sino gusto.

II

Temo, Nise, que vivo de un engaño:
¡Oh si del corazón hiciese ausencia!
Esta pasión que aflige mi paciencia;
¡Qué poco que temiese el desengaño!

Mas ¡ay de mí! que el insufrible daño
Me mata, imaginada la experiencia,
Sin que baste al hacerle resistencia
La fe con que en mis dudas me acompaño.

Yo moriré ¡oh dolor! no tiene duda,
Si este mal me acomete: que sospecho
Que no hay robusto pecho que no asombre:

Al explicarlo está la lengua muda:
¡Mira tú, pues, lo que obrará en el pecho,
Si me deja sin voz sólo su nombrel

DEL MISMO DUQUE DE HÍJAR

M O T E

Ofendióse de querida
Celinda mil veces bella;
Y quiero yo, de querella,
Sólo el tenella ofendida.

G L O S A

Es Celinda nieve pura,
Cuando igualados se ven,
Mi tormento á su desdén,
Su desdén á su hermosura.
Y al imaginar que altura,
De tanta esquivez lucida,
No hay voluntad que la mida
Sino la mía alentada,
Por huirse de igualada
Ofendióse de querida.
¿Por qué con trastorno sabio
No ha de formar su rigor
Si, en mí, agravio del amor,
En ella amor del agravio?
¡Mas ay! que ningún resabio
De afable ha de mostrar ella;
Porque no sea mi estrella
Con el menos grato asomo
Mil veces felice, como
Celinda mil veces bella.
Querella no es osadía;
Porque quiere mi desvelo
Ser águila á tanto cielo,

Lince ser á tanto día;
 Ser escollo á una porfía;
 Ser Vesubio á una centella;
 Quiere la atención de vella,
 Quiere amor de enamorarme,
 Quiere ella de olvidarme,
Y quiero yo, de querella.

¿Cómo he de escapar aquí
 De afán en lo que pretendo?
 Si la quiero, á ella ofendo,
 Y si no la quiero, á mí.
 Quiera yo, y ofenda así,
 Que no será, aunque se mida,
 Más que una pasión rendida,
 Más que una fe dilatada,
 Más que el tenella adorada,
Sólo el tenella ofendida.

OTRA GLOSA

DEL MISMO MOTE Y AUTOR

En Celinda vivo y muero,
 Y en mi fineza se ve
 Junto su rigor, porque
 La agravio cuando la quiero.
 Y siempre fué tan severo
 Su desdén, que al ver convida,
 Á desprecios lo ofendida,
 Y á obligaciones lo amada:
 Por holgarse de agraviada,
Ofendióse de querida.

Como la insigne hermosura
 Es infeliz majestad,
 Quedó en ella la beldad,
 Pasó á mí la desventura.
 Hermosa viva y segura,
 Pues somos, con firme estrella,
 Mi cuidado al ofendella,
 Ella al rendir mi cuidado,

Yo mil veces desdichado,
Celinda mil veces bella.

Sin vista y amor viví
Antes de verla, porqué
Veo desde que la amé,
Amo desde que la vi:
Cuanto mérito hay en mí
Lo he de agradecer á ella:
La vista no he de perdella
Ni el amor con olvidalla,
Que veo yo de miralla
Y quiero yo de querella.

Y aun así no he de aspirar
Al más tibio agradecer,
Que si amar es ofender,
Ofender no es obligar.
Pero oféndala el amar,
Y á sus luces consumida,
Obligar la inmortal vida,
Aunque en suerte equivocada,
Sea el tenella obligada,
Sólo tenella ofendida.

DE D. FRANCISCO JACINTO DE FUNES

Y VILLALPANDO

MARQUÉS DE OSERA, MAESTRE DE CAMPO GENERAL DEL MARQUÉS
DE LEGANÉS

ROMANCE

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE HÍJAR

Excelentísimo Duque,
Que por tu ingenio y tus partes
Aún eres más excelente
Que por lo Duque y lo Grande;
Así te parezca siempre
Julianilla como un ángel
Y á todos, como ella es,
Porque no la mire nadie;
Así del gran sacanete
Tan cortejado te halles,
Que te deban las señoras
Siempre, aunque siempre te paguen;
Así vivan tus espejos,
Sin que aliento los empañe,
Sin que descuido los quiebre,
Ni mal agüero los casque;
Y si al fin han de romperse
Sea á manos de un infante
Que tenga por excelencia
El bullicio de su madre;
Así en un Conde de veras
Tantos de burlas acaben
Y deje de ser Belchite
Mesa de los doce pares;
Así, pues, nunca estés quedo
Y sin parar un instante

Te avisen en donde llegues
 Que hay que hacer en otra parte:
 Que de corrido me digas,
 Porque de paso no es fácil,
 Qué hay de juegos y comedias
 De damas y de galanes.
 Dime si el buen Zaganardo
 Te deja jugar de balde,
 Y si á toda costa de él
 Le deja jugar su padre;
 Dime si Castelflorido
 Ha llegado ya á arrobarse
 Y si mi cuñado estira
 Hacia lo mismo el gaznate;
 Dime si Francia mantiene
 Aquella bondad notable
 Con que no mira, ni oye,
 Sino para lo que él sabe;
 Dí si Villahermosa ronca
 Por no tener con quien darse
 Una carga muy furiosa
 De pistolas de á cien traques;
 Dí si en nuestro Navarrés
 Con ardores y frialdades
 Aun aprehende la cuartana
 Melancólicos afanes.
 De nuestro gobernador
 No tengo que preguntarte,
 Porque sólo sabe de él
 La gavilla de los grandes;
 Ni de los Pueyos pregunto,
 Porque ya sé lo que hacen;
 Torear y cantar el hijo;
 Rezar y jugar el padre.
 También sé que el yerno de éste
 Nunca ha podido acostarse
 Sin que antes no le desnuden
 Las faltriqueras los naipes.
 De las señoras no intento,
 Duque mío, que me hables,
 Que para cosas divinas

No tienen voz los mortales.
 Divinas son; pero esto
 No bastaba á acobardarme
 Que á lo deidad me atreviera,
 Pero á lo señora, tate.
 De mí no quiero decirte
 Lo que suelen celebrarse
 En la vida de la aldea
 Mentiras y soledades.
 ¡Malhaya yo, si no quiero
 Más el polvo de esas calles,
 Que ver aquí mis corderos
 Tamaños como sus madres!
 Correr una liebre, amigo,
 Es un veloz disparate
 Que deja molido un mes
 Por el gozo de un instante;
 Caer buscando una perdiz
 Por montañas y jarales
 Es menos gusto, que hay
 Comerla por dos reales.
 Ando cercado de perros,
 Que llaman los cultos canes,
 Que me aturden la cabeza
 Cuando por fiesta me latén.
 Mira tú cuanto es mejor
 Darlos en esas ciudades,
 Que tenerlos en la aldea
 Para que huelan y ladren.
 Á la noche sobre un libro
 Doy cabezadas fatales,
 Soñando que estoy leyendo
 Por irme á dormir más tarde.
 Pero aunque aquesto confieso
 No son todas necedades,
 Que yo me entiendo en mi aldea
 Harto más que el Rey de Flandes.
 Aquí á mis solas contemplo
 Divinas felicidades;
 Que no las busca el deseo
 Por lo que el respeto sabe.

DEL CONDE D. BERNARDINO DE REBOLLEDO
MAESTRE DE CAMPO EN FLANDES
Y EMBAJADOR DE ESPAÑA EN COPENHAGUE, STOKOLMO Y VIENA

SONETOS

I

AL CONDE DE LEMOS, DON FRANCISCO DE CASTRO, VIRREY DE SICILIA,
POR LA ACADEMIA DE LOS ACHEROS QUE RESTAURÓ EN PALERMO

Vive en la antigüedad tan venerada
La Academia que nombre á Platón debe,
Que el tiempo á oscurecerla no se atreve
De tanta metafísica ilustrada.

Lo que no concedió evidencia á nada,
Afectando ignorar de genios nueve,
Aún la dudosa voz en balde mueve
Mal admitida, cuando no excusada.

Del moderno Platón fénix renace
Á gloria de las dos filosofías
Digna Academia de mayor memoria.

Que eterna ofensa á las pasadas hace
Y opuesta á las violencias de los días
Cuanta vida le dió, le ofrece gloria.

II

EN LA MUERTE DE DON DIEGO PIMENTEL, GENERAL DE LAS GALERAS
DE NÁPOLES

El héroe invicto que el vital aliento
Victorioso rindió á la suerte dura,
En muerte que inmortal vida asegura,
La gloria conmutó del vencimiento.

Excesos permitiendo al sentimiento
Que alterar pueden la región más pura,
Si fiel consorte poseer procura
Fatales leyes con quejoso acento.

El alma que en los dos se dividía,
Despedida del uno y otro pecho
En este mármol vive; en él porfía
Nueva vida infundir al tronco helado;
Del dolor persuadida sin provecho
Á unir lo que la muerte ha separado.

III

EN LA MUERTE DE LOS TRES PIMENTELES DE LA CASA CONDAL
DE BENAVENTE: D. ALONSO EN LOMBARDÍA, D. GARCÍA EN FLANDES
Y D. DIEGO EN EL MAR DE CERDEÑA

El invencible Alfonso, á quien tenía
Eterno triunfo el cielo destinado,
Cedió al violento disponer del hado
Donde el Tesin al Po su llanto fia.

Yace el siempre magnánimo García
Del Rhin en las riberas hospedado,
En su más verde edad arrebatado
De ajena fraude y propia valentía.

Teatro el mar de trágica victoria
Al gran Don Diego fué, que España debe
Reunir mortal de bárbaros infieles.

¿Dónde cabrá de su valor la gloria,
Si el orbe viene á ser sepulcro breve
Á tantos victoriosos Pimenteles?

IV

Á DON LUIS DE OSORIO, CAPITÁN DE LA REAL DE ESPAÑA,
SOSTENEDOR DE OPINIONES ILUSTRES

Lelio, en vano presume tu energía
Del vulgo reformar las opiniones,
Que á pesar de precisas soluciones
En lo que entiende menos, más porfía.

Si contender su claridad el día
 Pueden las litigiosas confusiones,
 Á riesgo tal inadvertido expones
 Tanta ociosa, á mi ver, filosofía.
 ¿Platón, no te predica perseguido?
 ¿Sócrates, no te instruye castigado?
 ¡Cuánto aventuran tan severos modos!
 Desengaño de tantos admitido
 De nadie debe ser desestimado:
 Siente como ellos y habla como todos.

V

EN LAS HONRAS DEL SEÑOR CARDENAL-INFANTE DON FERNANDO
 DE AUSTRIA EN BRUSELAS

Esta máquina excelsa, esta eminente
 Pira que al sol á luces desaffa,
 Y el orbe contener en sí debía
 Para ser pompa á tal héroe decente;
 Ara es donde uno y otro afecto ardiente
 Religiosa piedad al cielo envía,
 Y el constante valor renueva y fía
 Del común desconsuelo eternamente.
 Con cien voces aclama, con cien ojos
 Llorla la fama, en bélicos progresos
 Trágicos fines, fúnebre victoria.
 Al que triunfante mereciendo excesos
 Del mismo triunfo vino á ser despojos
 Y en poca tierra eclipsa tanta gloria.

VI

Á LA REINA CRISTINA DE SUECIA, QUE ENTRANDO EN UNO DE SUS
 BAJELES EN EL VERANO DE 1652, CAYÓ Á LA MAR (1)

Arde el Báltico mar, cuyos cristales
 Luminosos reflejos dan al suelo,

(1) Este soneto se publicó en Copenhague en castellano, alemán, latín y
 , riego.

Desde que aposentaron en su hielo
De Cristina las luces celestiales.

Pervertidos los términos fatales
Del uno al otro opuesto paralelo,
Incluyó breve golfo tanto cielo
En asombro común de los mortales.

Ilustradas de puros esplendores
Brotan de Tetis las cavernas hondas
De perlas rica, numerosa suma.

Y ceñido de cándidos fulgores
Vuelve á nacer el sol entre las ondas
Y Minerva, cual Venus, de la espuma.

VII

EN LA MUERTE DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA CATALINA
DE MONCADA, DUQUESA DE MONTALTO

Del tronco de Moncada Catalina,
Ramo en virtudes siempre floreciente,
La cumbre coronó del eminente
Monte que á Mongibel la suya inclina.

Y muchos que este mar riesgos fulmina
De sulfureo vapor y llama ardiente,
Ilustraban de aquella excelsa frente
Lucientes rayos de beldad divina.

Mas la inconstancia de la humana suerte
No permitiendo á siglo tan obscuro
De tan cara virtud las luces bellas,

Con feliz sí, pero temprana muerte,
Al cielo trasladó su esplendor puro,
Que de corona le ciñó de estrellas.

DE DON JUAN ANTONIO DE DEZA
Y DEL ÁGUILA
CONDE DE LA FUENTE DEL SAÚCO

SONETO

EN LA TUMBA DEL MALOGRADO POETA DOCTOR JUAN PÉREZ
DE MONTALBÁN

En este mausoleo un fénix yace
Que nunca tanto serlo ha parecido,
Como ya que á ceniza reducido
Desde su ocaso á nuevo oriente nace;

Por más que la voluble le amenace
Apostando á su crédito el olvido,
El vuelo de su pluma esclarecido
Á más glorioso, á su pesar le hace.

Breves lustros gozó, ¡desgracia nuestra!
Que el destino á los méritos no mira:
Si bien en la verdad vive infinitos.

Pues siéndolo sus números, bien muestra
No morir Montalbán, que si hoy espira,
Es para eternizarse en sus escritos.

DE DON LUIS NÚÑEZ DE GUZMÁN
MARQUÉS DE MONTEALEGRE
GENTILHOMBRE DE LA BOCA DE S. M., CAPITÁN DE INFANTERÍA
ESPAÑOLA Y DE LA GUARDIA ALEMANA

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES, PRÍNCIPE DE STIGLIANO, VIRREY DE NÁPOLES

SONETO

EN ELOGIO DE «LA ORONTA,» POEMA DEL DOCTOR ANTONIO GUAL,
SECRETARIO DEL MISMO VIRREY

Del genio conducido soberano
Andronio tan feliz levanta el vuelo,
Que entre las luces del empíreo cielo
Confunde su discurso el ser humano.

Mas hoy que con impulso de su mano
Corta su pluma el cristalino velo,
Aun reducido á discurrir el suelo
Desmentirse deidad pretende en vano.

Pues en humilde asunto se remonta
De suerte que siguiendo su camino
Se introduce inmortal la bella Oronta;

Que no fuera su ingenio peregrino
Aunque lo celestial tanto transmonta,
Si no fuera en lo humano tan divino.

DEL MARQUÉS DE FALCES

D. ANTONIO DE CROY PERALTA Y VELASCO

EL MISERERE

Misericordia, Señor,
Mi voz penitente invoca;
Misericordia, según
Tu grande misericordia.
Misericordias, y muchas
Comunicadas piadosas;
Quitando á clemencias tuyas
De mi maldad culpas propias.

Lávame aún más, porque sea
Purezas el alma toda;
No me queden los achaques
De culpa que se perdona.

Porque sin maldad conozco,
Que contrición dolorosa,
La mira contraria siempre
El corazón que la llora.

Solo para ti pequé:
Humanos juicios conozcan,
Que al vencerlos tu palabra
Ni aun mis ofensas la estorban.

Señor, yo fui concebido
En pecado, y no es impropia,
De una madre toda achaques
Una vida mala toda.

No es disculpa, que es verdad;
El sentir más pecadora
El alma, que peca cuando
De tus misterios la informas.

Mas si para mis deseos
 Humilde el hisopo tomas;
 Aun más allá de los ampos
 Veré mi blancura hermosa.

Alegre escuche el oído
 Que á tu gracia se recobra,
 Y al cuerpo lo lastimado
 Temple lo que el alma goza.

No vuelvas ya hacia mis culpas
 Tu faz misericordiosa;
 Y tu perdón á tu vista
 Se las desvanezca todas.

Mi Dios, un corazón limpio
 Me informe tu gracia ahora;
 Y otro espíritu perfecto
 Me traslade á nueva forma.

No de tu rostro me apartes,
 Ni más me quites las glorias,
 Que yo á tu Espíritu Santo
 Le debí con la corona.

Vuelve el espíritu alegre
 Que con la gracia se logra,
 Y el principal me confirmes,
 Deidad beneficiadora.

Los pecadores tus sendas
 Por mí y en mí reconozcan;
 Convertiránse los ímpios,
 Mirando en mí que perdonas.

Mi Dios, ni los desaseos
 Que mi sangre me ocasiona
 Á tu justicia templada
 Dirá mi lengua gozosa.

Mi boca, á quien mi delito
 Trasladó á cerrada boca,
 Ya las alabanzas tuyas
 Las anunciará sonora.

Pecador no di holocaustos,
 Cuando no te desenojan,
 Y de interiores afectos
 Hice agradables aromas.

De un espíritu afligido

Sacrificio es la congoja,
Que piadoso Dios admites
De un corazón que se postra.

Cristianos altares mira
En Sión la Sinagoga;
Benigno tú y la cristiana
Jerusalem se componga.

Hostia de justicia entonces
Aceptarás redentora,
Que las católicas almas
Te repetirán devotas.

DE D. FERNANDO DE VERA Y MENDOZA

VIZCONDE DE SIERRA-BRAVA

HIJO DEL CONDE DE LA ROCA

SONETOS

I

AL TORO QUE MATÓ FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO EN 1631

Á Mérida también llegó sonoro
El eco del tronido reverente
Que el Rey, nuestro señor, con plomo ardiente
Fulminó en la Piora contra un toro.

Guadiana cantó con puente de oro,
Que Guadiana y Mérida son gente,
El rayo del Apolo más valiente
Que verá el Asia en la cerviz del moro.

Venza el toro al león, por soberano
Orden tuyo, Señor; que su fiereza
Mejor triunfas así, Marte segundo;
Y alternando el imperio al africano
Rey te admire glorioso siempre el mundo
Aun más allá de la naturaleza.

Y porque tu grandeza
El león significa, el toro muera:
Que violó lo sagrado de la fiera;
Pues, Felipe, oh monarca esclarecido,
Tú sólo puedes ser de ti vencido.

II

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN, PRIMOGÉNITO
DEL CONDE DE TORRESVEDRAS, EN EL SITIO DE BARCELONA

Alarcón, el efecto de tu suerte,
Siempre la envidia avara detenía,
Sabiendo que tu esfuerzo te ofrecía
Á todo riesgo de una ilustre muerte.

Rebelde sangre y sangre fiel, al fuerte
Trance mezcló con desigual porfía;
Aquella, el obstinado error vertía;
Ésta, el valor y la lealtad la vierte.

¡Rara contienda! Muere el que es vencido,
Y muere el vencedor: que la victoria
Más allá de la vida ha proseguido.

Y así, trocando natural tu gloria,
Publicarán la envidia y el olvido:
Ella con lengua fiel, él con memoria.

DE D. LUIS ABARCA DE BOLEA Y CASTRO
MARQUÉS DE TORRES
DEL HÁBITO DE SANTIAGO Y GENTILHOMBRE DE S. M.

SONETO

EN ELOGIO DEL MARQUÉS DE SAN FELICES POR SUS RIMAS

En láminas de Cedro venerada
Vivirá eternamente su memoria,
Que bien merece tan cumplida gloria
Tu pluma dulcemente remontada.

La Gigantea diosa apresurada
Contra los Zoilos te dará victoria,
Y en los anales de su larga historia
Durará tu elocuencia eternizada.

Tus rimas ingeniosas y eruditas,
Emulación serán de los hispanos,
Donde hallarán culturas exquisitas.

Los raudales del Ebro están ufanos,
Ofreciéndote undosas margaritas,
En premio de tus versos soberanos.

DE D. JOSÉ DE MONCAYO ALTARRIBA
Y ARAGÓN
MARQUÉS DE COSCOJUELA

SONETOS

EN ELOGIO DE DON JUAN DE MONCAYO Y GURREA, MARQUÉS
DE SAN FELICES, POR SU FÁBULA DE JÚPITER Y CALIXTO

I

Si en la que escribes fábula, declaras
Tu ingenio tanto en metro peregrino,
Justo es te tengan todos por divino,
Aplausos ofreciéndote por aras.

Á Calixto describes y reparas
En su desdicha, por tan buen camino,
Que no pudieras con mejor destino
Exprimir de tu pecho penas raras.

Dibujas el rigor de Cintia hermosa;
Obstentas el poder de Juno bella,
Y la transformación de la que es Osa;

Júpiter, su galán, la erigió estrella;
Y en fin sola esta fábula dichosa
No se puede igualar sino con ella.

II

Sin respeto á los fueros de Diana
Goza á Calixto Júpiter lascivo,
Disfrazado en la diosa tan al vivo,

Infamando su altura de liviana.

Viste á la ninfa de grosera lana
Juno, mas Jove entonces compasivo,
Obrando, por lo amante muy activo,
La eleva á perfección de soberana.

Vuélvela en astro y la encomienda solo
Al ártico luciente, y San Felices
La coloca en la cumbre del Moncayo.

Será esplendor del uno y otro polo,
Con la luz que le ofrecen sus matices
Que viene á á ser del Ebro eterno mayo.

DE DON JOSÉ STRATA Y SPINOLA
MARQUÉS DE ROBLEDO DE CHAVELA, CABALLERO DEL HÁBITO
DE SANTIAGO

CANCIÓN

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN,
EN EL SITIO DE BARCELONA

Joven heroico, atiende; no el sentido
Del héroe grande en lo vital espira:
Mi voz lo dice: atiende á quien te llama:
Escucha allá mi afecto repetido;
Que si viven afectos en la pira
También arden cenizas de la fama.
Ya de tu ardor se inflama
Canora pena, con que al mundo asombre
El encontrado lance de tu suerte,
De los fúnebres triunfos de tu nombre,
Centauro de la vida y de la muerte;
Con lágrimas de estrellas, á porfía,
Llore la noche lo que aclama el día.

Dígalo la ciudad que, de civiles
Violentas opresiones fatigada,
Felipe el Grande recobrar previno:
La que tuvo en el Taber los pensiles
Del Hércules egipcio fabricada,
Reedificada de Amilcár Barcino,
¡Oh fuerza del destino!
Que al embestir el fuerte se ocasiona
Saltar los fosos y trepar el muro
Póngala España la mural corona;
Cante el hecho el valor; siglo futuro
Sepa que fuiste, para gloria tanta,
Cisne que lo que muere es lo que canta.

Mas ¡ay! no canta, no: que llore digo
Temprano mal, dolor apresurado,
Con recíproca muerte victorioso;
Cuando asido al francés, raro enemigo,
Vivo al herir, cadáver duplicado,
Bajas al grande tûmulo del foso.
En trance tan penoso
Gime el vecino mar, suspira el viento;
El parche á pausas da roncós clamores;
La sordina con músico lamento
Dejó nocturno canto; los horrores
De las sombras dan luto, y las estrellas
Sirven al funeral de luces bellas.

Canción, cesen tus voces;
No malogres la pena con el canto;
Deja el oficio, que le toca al llanto.

DE DON PEDRO NUÑO COLÓN DE PORTUGAL
Y CASTRO

VI DUQUE DE VERAGUAS

ALMIRANTE DE LAS INDIAS

MARQUÉS DE JAMAICA Y VILLAMIZAR, CONDE DE GELVES, CAPITAN
GENERAL DE LA ARMADA DE FLANDES, VIRREY DE MÉJICO,
CABALLERO DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN,
EN EL SITIO DE BARCELONA

Oh! tú, elevado monte de la Fama!
Oh tú, palacio en bronce construído!
Oh tú, instrumento al bélico ruido!
Oye, deidad: que á glorias mi voz llama.
En el más digno espíritu te aclama
De un joven á tí sola reducido;
Puesto que en su valor, todo encendido,
Fué asombro y sacrificio de tu llama.

Verter la sangre, esmalta la victoria;
¡Cuánto es mayor hazaña, quien, triunfando,
Pierde la vida por quitar la vida!

Urna lustrosa, dura en la memoria
Á las eternidades, reservando
Ceniza que, aun ceniza, está lucida.

DE DON DIEGO DE CARDENAS Y VALDA

CONDE DE LA PUEBLA DEL MAESTRE

MARQUÉS DE AUÑÓN Y DE BACARFES, SEÑOR DE LAS VILLAS DE RECALDA Y VALDA

SONETO

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN
EN EL SITIO DE BARCELONA

Á quien fénix renace de una herida
Lisonja fué el peligro, joven fuerte,
Y también del valor hallar la muerte
Siendo triunfo el matar, digno de vida.

La Providencia no comprendida,
Noble Alarcón, á igual riesgo te advierte,
Cuando aspirar no pudo á más tu suerte
Que á una victoria tan esclarecida.

Si compasivo, caminante, lloras,
Imítale en el ser de su memoria;
Repara en que se erige á dos auroras.

Y que su nombre durará en la historia
Haciendo aprecio, el no vivir las horas,
Pues sólo es vida conseguir tal gloria.

DE D. JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA
MARQUÉS DE MORA,
CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA

SONETO

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN
EN EL SITIO DE BARCELONA

Cese la pena; cese ya el quebranto;
Que no ha muerto Alarcón; adquiere vida,
Pues nos deja su muerte esclarecida
En semblante difunto, vivo espanto.

Quien tuvo tanto esfuerzo y valor tanto
Que la vida desdeña con la herida,
Cuando muerto, triunfante se apellida,
En lo glorioso nos enjuga el llanto.

Al francés capitán osado abraza,
Estrellando su vida con su muerte;
¡Tal su coraje fué! ¡tal su ardimiento!

El acero en dos almas se embaraza;
Recíproca la Parca se divierte;
Por deberle dos vidas á un aliento.

DEL ALMIRANTE DE CASTILLA
DON JUAN GASPAR HENRÍQUEZ DE CABRERA
DUQUE DE MEDINA DE RÍOSECO

SONETOS AMOROSOS

DEFINICIONES DEL AMOR

I

¿Qué ceguedad gobierna mis pasiones,
Que superior está al entendimiento?
¿Quién reduce de vario al pensamiento,
Que punto fijo da á las ilusiones?
Pues soy parte inferior de mis acciones,
¿Quién mueve mi dolor ó mi contento?
¿Quién haciendo apacible lo violento
Fuerza de objeto da á las aprehensiones?
¿Quién labró á mi albedrío la cadena
De tan dulce prisión, que el ejercicio
De usar mi voluntad no me ha negado?
Deidad es quien, equívoca en la pena,
Forma de confusiones su edificio,
Para darle más luces al cuidado.

II

Faltar la división en una ausencia,
Hacer del albedrío las prisiones,

Y en dolor de más vivas impresiones
 Un desacreditarse la evidencia;
 Un postrado sentir en la impaciencia;
 Una ciega razón toda atenciones;
 Usar sin elección de las acciones;
 De una pasión equívoca violencia;
 Servidumbre que imperios desvanece;
 Hacer de todo un general olvido;
 Repetir la memoria de un desvelo,
 Que cuanto más oprime más merece;
 Esta cifra, este encanto del oído,
 Alma es de otro Dios para otro cielo.

III

Á cuenta respirar de ajeno aliento;
 Alternar lo impaciente y lo rendido;
 Dar á los ojos facultad de oído;
 Una incredulidad al escarmiento;
 Usar como lisonja del tormento;
 Mandar á la razón cada sentido;
 Dar á las sombras voz de desvalido;
 Vincular en la voz el pensamiento;
 Una unión del descanso y la fatiga;
 Un guiar lo mañoso la imprudencia;
 Hacer parlero el arte recabado;
 Un forzoso temor aun cuando obliga;
 Al suceso negar la contingencia;
 Y hacer suceso de cualquier cuidado.

IV

DEFINICIÓN DE LOS CELOS

Es la pasión celosa una apariencia
 Que á sombras luce, cuando luces miente,
 Y de una liviandad, grave accidente,
 Con sofístico ser en la experiencia;

Un prolijo dolor, que en su violencia
Lo imaginado da por evidente;
Árbitro de la ley y delincuente,
Ministro del azar y la sentencia.

Sospechosa ilusión acreditada
De un mal seguro y de la causa incierto,
Que juzga por remedio el propio daño.

Donde está la razón tan limitada,
Que juzga la ignorancia del acierto,
Y arriesga la verdad del desengaño.

V

LA FINEZA DE AMOR

Este desvelo al gusto trasladado,
Este anhelar á todo preferido,
Esta memoria exenta del olvido,
Esta luz con que alumbro mi cuidado;
Este incendio en el alma asegurado
Que aun en su libertad se ve oprimido;
¿Cómo puede temer lo reducido
Si no está en su violencia asegurado?

No de pluma, de fuego son tus alas,
Y de cera los años; pues ignoras,
Fineza, aquel ejemplo en tus porfías.

Logra la duración que me señalas;
No se limite al curso de las horas
Una fe que se aumenta con los días.

VI

LA IMAGEN DE VENUS EN EL ROSTRO DE UNA DAMA

Equívoco el pincel formó su intento,
Fili, hacerte mayor propuso en vano;
Pues para retratar lo soberano
Fuiste deidad y fuiste firmamento.

De la imagen, el culto, el ornamento
Tan igual se compone de lo humano,
Que ignora el arte en su primor ufano
Si idolatra ó adora el pensamiento.

Duda el discurso al ver que le ha formado
Confusión de dos causas la apariencia:
¿Cuál las arrima mueve y el respeto?
¿Á cuál la fe le debe y el cuidado?
Y como amor no halla diferencia,
Sigue una ley, un voto y un preceto.

DEL MISMO ALMIRANTE DE CASTILLA

DON JUAN GASPAR

SONETOS HISTÓRICOS Y SATÍRICOS

I

AL INGLÉS QUE DEGOLLARON POR HABER MUERTO Á OTRO INGLÉS,
QUE HABÍA SIDO CÓMPICE EN LA MUERTE DE SU REY CARLOS II

Logra las vanidades de ofendido,
En memorias y altares colocado,
Pues se ve la corona que has vengado
Coronada del triunfo que has tenido.

Vencedor con efectos de vencido,
Dichoso tú, que fuiste desgraciado,
Pues te ves de leales invocado,
Y templo á la lealtad te has construido.

Por tu sangre, tu sangre derramaste,
Pródigo en ella y de ella la codicia;
Más conseguiste que ofreció el intento;

Una culpa sin culpa ejecutaste:
En tí no nos da ejemplo la justicia,
Que en la razón se ignora el escarmiento.

II

PINTURA DE LA CORTE

Fuá á Babilonia; vi sus confusiones:
Vi sin disfraz, sin arte los engaños;
Fundar las conveniencias en los daños;
Perdida la razón á explicaciones.

Nada estaba seguro de opiniones;
 La ley cegaba de los desengaños;
 Gozar el día y malograr los años;
 El vicio era la ley en sus pasiones;
 La ignorancia apoyaba la malicia;
 Aumentaban lamentos el olvido;
 Gobernaba la culpa á la justicia;
 El poder á lisonjas oprimido;
 Templos y adoración á la codicia;
 Dios invocado á un tiempo y oprimido.

III

SEMBLANZA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES EN SU CAÍDA
 (1643)

Subí, privé; mas miento, que el privado
 Es hoy el Rey de cuanto tuvo unido;
 Dos reinos y cien plazas le he perdido;
 Un tío y dos hermanos le he quitado.
 La plata de ambas Indias le he agotado;
 Ejércitos enteros consumido;
 La sangre de inocentes he vertido,
 Y la magia infernal he consultado.
 Un hijo descasé, caséle luego;
 Paséle del burdel al señorío,
 Siendo con Dios y con el mundo falso.
 Mas, como nada dura con sosiego,
 Retiro haciendo al Rey, él hizo el mío;
 ¡Oh verdugol! ¡oh cuchillo! ¡oh cadahalso!

DEL MISMO ALMIRANTE DE CASTILLA

DÉCIMAS SATÍRICAS

AL PRÍNCIPE DON BALTASAR CARLOS, QUE SE ENTRETENÍA
EN CAPAR GATOS

Príncipe, mil mentecatos
Murmuran sin Dios, ni ley
De que, habiendo de ser Rey,
Os andéis capando gatos.
Y es que con sus malos tratos
Se temen que os enseñéis;
Y cuando á reinar lleguéis,
En este reino gatuno,
No quede gato ninguno
Que luego no le capéis.

El caballero en España,
Á quien su sangre le incita,
Cuando niño, se ejercita
En un caballo de caña;
Ya más diestro, en la campaña
Domina al bruto más fiero:
Y así yo de vos espero
Que tan diestro quedaréis,
Que, siendo grande, capéis
Al gato más marrullero.

Sin duda alguna os inspira
Tan alto ejercicio el cielo,
Pues ya no reina en el suelo
Sino el robo y la mentira.
Y si vuestra alteza mira
De España antiguos blasones,
Verá que sus infanzones,
Como vasallos ingratos,

Ya se han convertido en gatos
Y dejan de ser leones.

No sin muy alto misterio
Es, señor, vuestro ejercicio,
Pues nadie os hace servicio
Que sea sin gatuperio.
Y, pues, con tan gran imperio
De tan ilustres vasallos,
Gatos son los que eran gallos,
Cuando dejéis de ser chico,
Si queréis ser Rey y rico
No hay cosa como capallos.

DEL MISMO DON JUAN GASPAR HENRÍQUEZ
DE CABRERA
ALMIRANTE DE CASTILLA, DUQUE DE RIOSECO

SÁTIRAS

CONTRA EL NACIMIENTO DE DON JUAN DE AUSTRIA,
HIJO DE LA COMEDIANTA DOÑA MARIA CALDERÓN, ABADESA QUE FUE
DESPUÉS BENEDICTINA EN VALFERMOSO, CERCA DE SIGUENZA

DÉCIMAS

Un fraile y una corona,
Un duque y un cartelista,
Anduvieron en la lista
De la bella Calderona.
Parió, y alguno blasona
Que, de cuantos han entrado
En la danza, ha averiguado
Quién llevó la prez del baile;
Pero yo aténgome al fraile
Y quiero perder doblado.

De tan santa cofradía
Procedió un hijo fatal,
Y tocó al más principal
La pensión de la obra pía.
Claro está que se diría
Lo que quisiese su madre;
Pero no habrá á quien no cuadre
Una razón que se ofrece:
Mírese á quién se parece,
Y aquese será su padre.

Sólo tiene una señal
De nuestro Rey soberano,
Que en nada pone la mano

Que no le suceda mal.
 Así perdió á Portugal,
 Y en las Dunas su arrogancia
 Dió tantos triunfos á Francia,
 Que es cosa de admiración
 Quepa tanta perdición
 En un hijo de ganancia.

Bien sé que en Portolongón,
 Nápoles y Barcelona
 Hacía con su persona
 Gentil representación.
 Por ajena dirección (1)
 Obró bien, cuando más tierno;
 Pero en tomando el gobierno
 Salió tan desatinado,
 Que, como hijo de pecado,
 Dió con todo en el infierno.

Mande, pues, Carlos segundo
 Ver si le hubo sin recelo
 El Rey, que vive en el cielo,
 En una mujer del mundo.
 En misterio tan profundo
 Sólo puedo decir yo,
 Que por suyo le juzgó;
 Mas, si, con todo, es extraño,
 No será el primer engaño
 Que Philipo padeció.

Cuando la Reina pensaba
 Se partía prontamente,
 Vió que, de un falso accidente,
 La cabeza se le andaba.
 No fué porque recelaba
 Los trances de la refriega;
 Sino que, como se pega
 Fácilmente la malicia,
 En tres meses de Galicia
 Aprendió la cox gallega.

En sus designios penetro
 Por una y por otra acción,

(1) La del Conde de Oñate.

Que no tiene otra intención
Don Juan que perder el cetro.

Abrenuncio! Vade retro!

Hi de p..... para él:

¡Reinó Enrique; y aunque fiel,
Noble valiente se admira,
Hasta el día de hoy suspira
La lealtad por el cruell

El valor que el cielo influye
En Don Juan bien se retrata,
Con ver que á los fieles mata
Y de los rebeldes huye.
Con tal acción redarguye
Cuanto escribió criminal
Contra esta nación leal.
¡Señor Don Juan, más humano!
Que este hombre (1) no es castellano
Para quererle tan mal.

Lo que yo infiero de aqui
No es más que, del mismo modo
Que Don Juan lo perdió todo,
Se quiso perder así.
Váyase á Francia, y allí
Hallará mucho favor,
Que es prenda de gran valor
Para aquel pueblo hugonote
El matar á un sacerdote
Y á un Supremo Inquisidor.

Mas si dice que está ajeno
De tan grande execración:
Dígame ¿por qué razón
Le dió á Santoné veneno?
Por Malladas no condeno,
Que el Promotor se alborote;
Pero es justo que se note
Que aquel falso aragonés,
Con la muerte del francés
Dulcificó su garrote.

(1) El P. Nithard.

¡Oh! Carlos, gran rey de España (1),
 No te espante, ni te admire
 Que el mundo todo suspire
 Con opresión tan extraña.
 No es porque al pueblo le engaña
 El pretexto del rumor;
 Sino que tanto clamor
 De la plebe lastimosa
 Es sola una voz quejosa
 Que les exprime el dolor.

No es mucho que el pueblo clame
 Con un gobierno tan tibio,
 Que no ha fraguado su alivio
 Después de paz tan infame.
 No hay ninguno que no te ame
 Con el alma y con la vida:
 Sea, pues, favorecida
 Tan extremada lealtad,
 Que también la Majestad
 Debe ser agradecida.

(1) Las dos últimas décimas están suprimidas en el mayor número de copias que hay de estos versos.

DE D. GUILLÉN RAMÓN DE MONCADA
MARQUÉS DE AYTONA Y DE LA PUEBLA,
VIRREY Y CAPITÁN GENERAL DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA

SONETO

Á DIOS

Arda el amor en holocausto puro;
De materia el afecto á voraz llama;
No blasone de fino el que no ama
Hasta en el mismo fuego estar seguro;

Es vivir sin arder el pecho impuro
No seguir presuroso al que me llama,
Ingratitud que á mi corazón clama
Para que logre el bien que así aseguro.

Corra, pues, el afecto á poseeros;
No para la fineza en el buscaros;
Muera cuanto me impida el poder veros;

Pondere á vuestra luz para gozaros
Cual será la desdicha de ofenderos
Pues que no hay mayor mal que el de no amaros.

DEL MISMO MARQUÉS DE AYTONA

ROMANCES

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN LA FIESTA DE LOS ESCLAVOS DE 1647

I

De las ofensas de Londres
Memorias repiten hoy
Vuestros Esclavos, que el serlo
Es su más feliz blasón.
Memorias son que os acuerdan
Lo que sufrió vuestro amor,
Y memorias que motivan
Al llanto nueva ocasión.
Amor y dolor se juntan
En igual tiempo los dos;
Amor, de lo que en vos veo;
Dolor, de lo que obro yo.
Mas ya que nuevas ofensas
Mi frágil ser os causó
Repente de hoy más mi llanto
Lo que siente el corazón,
Y con más vivos afectos
Llorar lo que ocasionó
En vuestro sagrado cuerpo
Mi culpa y mi obstinación.
Y para que más se logren
Los desagravios de Dios,
Empiecen por castigar
Lo que mi pecho ofendió.
Que después con más aliento,

Con más pureza y ardor
 Se encenderá vuestro fuego,
 Se arderá en suave unión.
 Y pues ni el más leve aliento
 Se puede lograr sin vos,
 Dadle con que sienta y ame
 Y solo respire á vos.

II

MOTETE

*¿Qué os pediré, mi Dios,
 Si no lo merecí, si ingrato soy?*

ROMANCE

Pedir premio sólo puede
 Quien sirviendo mereció;
 Mas pedir sin merecer
 Es engaño y es traición.
 No debe lograr las dichas
 Quien á su dueño ofendió,
 Y en pago de ingratitudes
 Le satisfizo su amor.
 Yo, Dios mío, el más ingrato
 Soy de los que el mundo vió,
 Pues á tantos beneficios
 Las gracias en culpas doy.
 ¡Oh qué extremo del querer
 Es el que admiro hoy en vos,
 Pues si halláis en mí más culpas
 Hallo en vos nuevo perdón!
 Por perdonarme os ponéis
 En ese blanco arrebol,
 Pan de vida, que respeto
 Con fe y pura adoración.
 Y pues que tantas ofensas
 Perdonar hace el dolor,

Del haberlas concebido
 Ya se siente el corazón.
 Merezca mi rendimiento
 El premio que prometió
 Vuestra piedad al que os llama
 Con la fe que os llamo yo.
 Permitid que nunca ingrato
 Falte á vuestro inmenso amor
 Y no con noches de ofensas
 Obscurezca tanto sol.
 Logre la dicha de amaros
 Y más os sirva desde hoy
 El pecho con puro afecto,
 Y con palabras la voz.

III

¡Qué repetidos afectos,
 Dijera, Señor, mi voz,
 Si en las palabras supiera
 Lo que siente el corazón!
 Tampoco es justo el silencio,
 Cuando es tan grande el favor.
 Mas pues vos venís á mí,
 Vos os responded á vos.
 Cuando, Dios mío, os atiendo
 Entre ultrajes, que el furor
 De impía y sacrílega mano
 Contra vos ejecutó,
 Quisiera entre afectos tristes
 Explicaros mi dolor,
 Mas dolor que es infinito
 No cabe en humana voz.
 Aumenta mi justa pena,
 Y aumenta mi confusión
 Ver que os vengáis vos á mí
 Á que os desagравie yo:
 ¡Yo, Señor, que el más indigno
 De vuestros esclavos soy,
 Y que en repetidas culpas

Pago vuestro inmenso amor!
 ¡Oh inmensidad del querer!
 ¡Oh extremo de la afición!
 ¡Que se fie á un siervo inútil
 Los desagravios de un Dios!
 Absorto queda el sentido,
 Sin términos la razón,
 Sin capacidad la vida,
 Y sin palabras la voz.
 Y pues en humano afecto
 Capacidad no se halló
 Para explicar justamente
 Lo que tal bién motivó,
 Supla este divino dueño
 Que en mí tanta imperfección
 Y él de las debidas gracias
 Sea el verdadero autor.
 Y yo entre tanto la dicha
 Que en este pan se nos dió
 He de lograr más amante
 He de repetir desde hoy:

Lleguen con rendimiento

El alma á Dios

Y con puros afectos

Paguen su amor.

IV

Finezas se repiten,
 Grandezas soberanas,
 De un Dios amante y fino
 Por una vil criatura siempre ingrata;
 De amor es el extremo,
 Que une dos distancias,
 Del todo tan opuestas
 Como es el ser de Dios y el ser de un alma.
 Bajó de su grandeza,
 Levantó nuestra nada,
 Para que así se uniese
 El hombre y Dios en perfección tan rara.

Y para una fineza
Hoy de nuevo nos llama
Al convite más puro
Que sólo más le goza el que más ama.
Con velo de accidentes
Por mi bien se disfraza
Porque así mejor pueda
Tenerla en sí la cortedad humana.
Todo aquí se trasforma
De amor en viva llama,
Para que yo comiendo
Todo aquel fuego en mi corazón arda.
Y pues el que le sirve
Logra dicha tan alta,
¡Qué locura es la mía
Que felicidad no anhela tanta!
Sea, pues, de hoy más puro
El afecto del alma,
Para con nueva vida
Lograr en Dios, mi bien, y su luz clara.

DE D. FERNANDO DE VALENZUELA

PRIMER MARQUÉS DE VILLASIERRA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO

PANEGÍRICO DEL TAJO Y ARANJUEZ

FESTIVOS PARA RECIBIR NUESTROS FELICÍSIMOS REYES DON FELIPE
Y DOÑA MARIANA DE AUSTRIA, DÁNDOLES LA NORABUENA DE NUESTRO
SUCESOR DE SU CATÓLICA CORONA

Era ya la estación que Febo ardiente
Al animal raptor de Europa bella
Adornaba de luz resplandeciente,
De nuevo enriqueciéndole con ella;
Cuando Flora, alentada nuevamente,
Finge ser cada flor del prado estrella,
Y comienza el abril con gusto extraño
Á empuerecer la senectud del año.

Iba la noche plácida y serena;
De esplendores su manto guarnecía,
Y de altiveces y soberbia llena
Ostentaba su luz émula al día.
La luna de las nubes muy ajena
Su luminosa pompa descubría
Y al planeta, su hermano verdadero,
De un espejo sirvió su rostro entero.

Cuando el pastor Fileno conducido
De su dolor del Tajo á la ribera
De amorosas pasiones combatido,—
Que amor lo más constante desespera,—
Cantó con dulce acento, aunque afligido,

De su intrínseco mal la pena fiera,
Y entre espadañas verdes recostado
Con sollozos decía su cuidado.

Aquí, pues, pensativo y solitario,
Cansado ya de dar quejas al viento,—
Que afana mucho el pensamiento vario
Combatido á porfías del tormento,—
Rendido, pues, de todo á su contrario
Le adormeció su propio sentimiento,
Cuando estruendo impensado y tormentoso
Lo breve interrumpió de su reposo.

Levantóse confuso y denodado
Y vió salir de su profunda cueva
Al Tajo de ovas verdes coronado;
Diadema augusta que su imperio aprueba,
Y que puesto silencio al continuado
Susurro que su curso siempre lleva,
En medio de Aranjuez con este acento
Quitó la voz al pecho y dióla al viento.

—«Oh gran prodigio de naturaleza;
Oh maravilla de la ilustre España,
Que de Pomona ostentas la grandeza
Dándole ser altivo tu campaña;
Felice yo que inundo tu belleza;
Dichosa mi corriente que te baña,
Hallando en tu ribera nueva gloria
Que acredite de eterna mi memoria.

Ya se apresta Aranjuez al día dichoso
Que tanto tus verdores engrandece;
Prevente, pues, á recibir gozoso
Quien tus Elíseos campos enriquece;
Que yo también procuraré ostentoso
Rendirle los obsequios que merece,
Y así los dos en competencia iguales
Aplaudamos sus triunfos inmortales.

Norabuenas prevén que en lustre altivo
De tu afecto acredite lo constante;
Demuestra lo gustoso en lo festivo;
Acredita lo alegre en lo fragante;
Compitan lo interior y lo expresivo
En tu pecho de glorias anhelante,

Ostentando á porfía prado y flores
Naturaleza y arte sus primores.

Lo vario de matices multiplica;
Verdoses á verdoses acrecienta;
Que, si el sol tu hermosura vivifica,
Nuevo Febo amanece que la aumenta,
Cuyo esplendor luciente no se aplica
Y en vano el alma declararle intenta,
Sólo que tu ser de ser mejora
Gozando el sol de un sol y de una aurora.

Ya de aquel trono, Atlante al hemisferio,
Hoy ha nacido vigorosa rama,
Dando á nuestros pesares refrigerio
Y nuevos lauros á su eterna fama.
Pues conservando glorias de su imperio
Una en dos vidas nuestro afecto ama,
Porque en amor recíproco se vean
Gozar el dulce fruto que desean.»—

Esto el Tajo explicó con ronco acento
Y apenas Aranjuez la nueva escucha,
Cuando engolfado en mares de contento
Inundado en placer cobarde lucha.
No da crédito al propio pensamiento:
La dicha duda pareciendo mucha,
Y, al fin, asegurada la alegría
Su afecto demostrar quiere á porfía.

Aquí y allí con variedad iguales
Plantas produce el campo, el prado flores,
Alegre el mar ofrece sus corales,
Su armonía los dulces ruisseños,
El Tajo sumergido entre cristales
Hace su arena campo de verdoses,
Y á su brillante cristalina esfera
Guarneció de esmeraldas la ribera.

El purpúreo clavel, señor del prado,
Multiplica sus hojas y fragancia,
La rosa con su intacto nacarado
Ostentosa se muestra sin jactancia,
Y flor á flor su gusto han demostrado
Haciendo juntas vaga concordancia:
Sólo el lirio con pálido semblante

Festeja nuestra dicha vacilante.

El cielo de la tierra conmovido
Con pompa igual á su beldad se opone;
Compiten lo estrellado y lo florido
Y entre los dos ninguna se antepone;
De flores y de estrellas lo lucido
Equivocadamente se interpone;
Florecido de estrellas arde el cielo,
Estrellado de flores ríe el suelo.

Fileno entonces con ardiente celo
En placer convirtiendo la tristeza,
Con presuroso cuanto alegre anhelo
Á dar la nueva parte con presteza;
Porque pastores, tierra, mar y cielo,
Aves y flores con igual belleza,
Aclamen á una voz con gusto interno
De Mariana y Felipe el nombre eterno.

DE D. JUAN DE TOLEDO
MARQUÉS DEL VILLAR

C O P L A

Es el engaño leal
Y el desengaño traidor:
El uno es mal, sin dolor;
Y el otro dolor, sin mal. (1)

G L O S A

Achaques del pensamiento
Divierte el engaño injusto,
Y es el veneno del gusto
Un desengaño violento.
Del uno anima el intento,
Aliviándole del mal,
Y con peligro mortal
El otro sana la herida:
Mientras defiende la vida
Es el engaño leal.

Es el triunfo más glorioso,
De cuantos amor alcanza,
Rendirse á la confianza
El recelo escrupuloso:
Y si el aplauso injurioso
Deja ufano al vencedor
En librarle de un error
Que tanto gana por él,
Será la razón infiel
Y el desengaño traidor.

(1) La copla es del Conde de Salinas, Marqués de Alenquer.

Dejar la duda deshecha
Que con engaños divierte,
Es un remedio tan fuerte
Que mata, cuando aprovecha.
De no apurar la sospecha
Resulta daño menor,
Que la lisonja y rigor
Con motivos desiguales,
Si son causa de dos males
El uno es mal sin dolor.

Mal de un remedio dudado
Inquieta la voluntad:
El susto de una verdad
Es dolor desesperado.
Y de cuidado en cuidado
Hay una distancia tal,
Que con peligro mortal,
El un dolor no se siente,
Y mata improvisamente
El otro dolor sin mal.

DEL MISMO CONDE DEL VILLAR

D. JUAN DE TOLEDO

COPLA

En tanto que el amor dura,
Toda locura es fineza;
Luego que el olvido empieza,
Toda fineza es locura.

GLOSA

Filis, de amor la pasión,
Que tantas almas emprende,
Si no consume, suspende
La lumbre de la razón.
Y su ciega confusión,
Cuando más el seso apura,
Con horrores asegura
Y disminuye el caudal,
Que nada parece mal
En tanto que el amor dura.

De este misterioso fuego
La centella más escasa
Por todas partes abrasa
Las defensas del sosiego.
Mas como se rinde luego
Del alma la fortaleza,
Los que profesan firmeza
Del juicio suspendidos,
Al voto de los sentidos,
Toda locura es fineza.

Mas este violento arder
Con tales extremos nace,

Que no mengua, se deshace
 En dejando de crecer.
 No hay medio entre aborrecer
 Ó amar con poca firmeza:
 El despego, y la tibieza,
 Ministros del disfavor,
 Truecan en odio el amor
Luego que el olvido empieza.

En sabiendo que el cuidado
 Se da por desentendido,
 No se contenta el olvido
 Sin entrar en el enfado.
 Y el error desengañado
 Del riesgo que él asegura
 (1)
 No hay entendida verdad:
 Todo afecto es necesidad,
Toda fineza es locura.

(1) Falta un verso en el manuscrito.

dice: no hay cosa segura

DE D. ONOFRE VICENTE DE HÍJAR Y MONTAGUT
CONDE DE LA ALCUDIA

SONETO

AL GOBIERNO DE VALENCIA POR EL MARQUÉS DE ASTORGA, POR
INTERCESIÓN DE LA VIRGEN Y CALMANDO LOS ALBOROTOS
PLEBEYOS

1665

Valencia de los suyos perseguida
Y de los comarcanos ultrajada,
Temió de Dios la vengadora espada
Por sus locos delitos merecida.

Oprimida de pena tan crecida
Remedio pide en lágrimas bañada,
Y María, de tristes abogada,
Uno impetra del Padre de la vida.

De Astorga el gran Marqués, tan su devoto,
Remite á sosegar las tempestades
Que causó tanto público alboroto.

Y componiendo opuestas voluntades,
El ñudo vió de la discordia roto,
Y, en sus aplausos, rail celebridades.

DE D. JUAN DE AUSTRIA CALDERÓN

PRIOR DE CASTILLA EN LA ORDEN DE SAN JUAN

Y PRÍNCIPE DE LA MAR OCCEANO, HIJO DE FELIPE IV

COPLA

Á LA MUERTE DE D. FERNANDO DE TOLEDO, HIJO DEL DUQUE DE ALEA,
EN UN LANCE DESGRACIADO EN ZARAGOZA

Incierta punta violenta
Apagó joven aliento:
Pasa, caminante, atento;
Ruega por él, y escarmienta.

GLOSA DEL MISMO D. JUAN

Del Ebro los senos fríos
Llanto son ardiente ahora;
Si el río lágrimas llora,
Lloran lágrimas los ríos.
Falto de los albedríos
Su imán, en esta tormenta
Para que el afecto sienta,
Ver que triunfa en breve herida
De muerte, apacible vida,
Incierta punta violenta.

Infausto día rayó,
Triste el sol y obscuro, cuando
Al ocaso de Fernando
Con el Alba anocheció.
Aquella luz que encendió
De Toledo el escarmiento,
Aquel fuego, aquel talento,
Todo fué caduca dicha:
Que el soplo de una desdicha
Apagó joven aliento.

El milagro del valor
Cedió á violencias del hado;
Pues ves que muere en el prado,
Mira que la vida es flor.
Riegue el suelo tu dolor;
Mas viendo en cualquier intento
Que en lo ameno del contento
Está el áspid escondido,
No camines divertido,
Pasa, caminante, atento.

Cerró el período breve
De su vida dura llave;
¡Cuanto el pensamiento es grave,
Le sea la tierra leve!
Tú, pasajero, á quien debe
Ternura el caso, ten cuenta
Que la llama más asenta
Ya es ceniza, que no luce:
Mira por ti y te seduce;
Ruega por él, y escarmienta.

OTRA GLOSA DEL CONDE DE ERIL

En su más lozano ardor
Una vida floreciente
En el prado de repente
Marchitó su hermosa flor.
Recuerdo es ya de dolor
Su inculta grama sangrienta
Pues desengaños alienta
Si al día le hacía salva
Ver cortar lutos al Alba
Incierta punta violenta.

Bien puede el río el lugar
De acaso tan lastimoso,
Inundarle proceloso,
Mas no le podrá borrar.
Pues de lágrimas el mar
Que derrama el sentimiento
Le hace eterno monumento,
Cuando de un cierzo lo helado
Extinguió mozo alentado,
Apagó joven aliento.

De la vanidad humana
Aquí encuentras un aviso,
Y un escarmiento preciso
Te da una muestra temprana.
Anoheció en su mañana
El más bizarro ardimiento
Que vistió mortal aliento:
Pisa el lugar temeroso;
Adviértele receloso;
Pasa, caminante, atento.

Don Fernando de Toledo,
Que, si del sol no fué hijo,
Serlo del Alba colijo
Y bien afirmarlo puedo,
Murió aquí: mira con miedo
Lugar que te representa
Que has de dar estrecha cuenta
Á la justicia divina:
La vida enmienda y camina;
Ruega por él, y escarmienta.

DE D. PEDRO MANUEL COLÓN DE PORTUGAL
Y AYALA

MARQUÉS DE XAMAICA Y DESPUÉS VIII DUQUE DE VERAGUA Y DE LA VEGA,
VIRREY DE NAVARRA Y DE CERDEÑA, MINISTRO DE MARINA DE FELIPE V

SONETO

Á LA MUERTE DE LA EXCMA. SRA. DOÑA ANTONIA DE LA CERDA,
MARQUESA DEL CARPIO Y HELICHE É HIJA DE LOS DUQUES DE MEDINACELI

Muerte, no; vida, sí, deidad sagrada,
Con lástima indiscreta has conseguido;
¿Pues qué importa que acabes lo vivido
Si á eterna dicha empiezas trasladada?

Ayer fuiste de hielo, y hoy helada
Apagas cuanto habrías encendido,
Y alumbrando á la idea, ha conocido
Que en su engaño la dejas enseñada.

Luego así fruto bello de ilustrado
De Cerda tronco y destroncada cerda
Del cielo hija dos ruas te construyes:

Que es justo, si una le debiste al hado,
Al nacer, al morir te deba cuerda
Que lo parezcas otra en lo que arguyes.

DE DON GASPAR DE MERCADER Y CERVELLÓN

CONDE DE CERVELLÓN Y DE BUÑOL

ENDECHAS

I

DEFINICIÓN DE LOS CELOS

Son los celos; ¡qué penal!
Son los celos; ¡yo muero!
¿Mas quién no ha de morirse
En llegando á saber lo que son celos?
Son una tiranía
Cuyo absoluto imperio
Autoriza el cuidado
Con las leyes que rompe el sufrimiento.
Son un osado, loco,
Temeroso afán cuerdo,
Que para ser creído
Nunca necesitó de hacerse cierto.
Son una fantasía,
Donde la sombra es cuerpo,
Los indicios noticias,
Y donde los anuncios son sujetos.
Son atención que labra
Vista para lo ciego
Y también son engaño
Que hace otra ceguedad para lo atento.

II

AL DIOS CUPIDO

¡Gran dios de los cariños!
Si en tu olvidado templo
Son los cultos cenizas,
Yo encenderé tus aras con mis ruegos.
¡Sin víctimas tus llamas!
¡Tu ardor sin luz! ¿Qué es esto?
¡Sin luz el sacrificio!
¡Nada te faltará cuando yo llego!
Antes vi en tus paredes
Mil amantes afectos
¡Y ya mi afecto solo
Se estrecha en el lugar de todos ellos!
Las noticias te pido;
Rompe, rompe el silencio;
Pues mejor es guardarlo
Para cuando te pida los consuelos.
¿Mas qué te escucho, Filis?
Te robo los trofeos
Y también mi albedrío
No me bastaba ya para perderlo.
¡Ah! deidad malnacida!
¿Mas para qué me quejo?
Yo haré tal la venganza
Que se me quede ocioso el sufrimiento.
Engañosa tirana
Te he de llamar, y luego
Entre tus falsedades
Otra verdad no habrá que tus tormentos.
El alto templo tuyo
Te abrasará mi pecho;
Mas ¡ay! que el encenderle
No es consumir, sino formar el templo.

III

Á FILIS

¡Pensamiento atrevido!
 ¡Por mío te confieso!
 Que mío eres sin duda,
 ¡Pues eres atrevido pensamiento!
 Infelice te busco,
 Pues si feliz te veo,
 Tendrás en lo dichoso
 Mejores señas para ser ajeno.
 Mas ni ajeno, ni mío
 Has de ser; que mi dueño
 Por quitarme las dichas
 No me deja pensar en los afectos.
 Filis, esa tirana.....
 ¡Ay! infeliz, que temo
 Si hago ruido en quejas
 ¡Que se han de despertar mis sufrimientos!
 Filis, esa tirana.....
 ¡Ay de mí! ¡cómo vuelvo
 Sin saberlo las voces
 Á pronunciarlas con los desalientos!
 Filis, esa tirana
 Falsa, cruel..... ¡ay cielos!
 ¡Suspéndanse las quejas
 Que me lastiman más que los tormentos!
 Filis, ese divino
 Dulce peligro bello.....
 ¡Estas sí son razones;
 Que antes de ser razones son alientos!
 Filis: pues has triunfado
 De un albedrío ciego,
 Que no pareció mío
 Hasta el instante en que dejó de serlo.....
 Mas ¡ay! ¡que aún en el labio
 Está el dolor violento!
 ¡Volvámosle, no sea
 Que de hallarse sin alma enferme el pechol!

DE DON JOSÉ ZATRILLA Y VICO

CONDE DE VILLASALTO

NATURAL DE LA CIUDAD DE CALLER EN EL REINO DE CERDEÑA

CANCIÓN

Si ciego nace el amor,
¿Por qué con ojos parece?
Y si á veces enmudece,
No se precie de hablador.

GLOSA

Nace el amor mudo y ciego
Y aunque con ojos vendados,
Manifiesta sus cuidados
Cuanto más oculta el fuego;
Calla su mal; pero luego
Quejoso llora el rigor
Recatando su dolor:
Que aunque al mal cerró los ojos
Ya se sirve amor de antojos
Si ciego nace el amor.

Ciego al amor y vendado
Le pintan en sus desvelos;
Pero si le pican celos
Muestra luego su cuidado.
Ser un Argos desvelado
En celos lo que apetece;
Y aunque el desdén aborrece
Adora fino su objeto,
Y ésta es la causa, en efeto,
Porque con ojos parece.

Desconfiado y temeroso
Recela amor el desdén;
No sosiega con el bien,
Y se tiene por dichoso.
El alivio cuidadoso
Busca y se le desvanece;
Ama el rigor y padece,
Y el mismo amor se condena,
Si declara mal su pena
Y si á veces enmudece.

Ventanas del corazón
Son sus ojos, y quien ama
Por ellos muestra la llama
De su amorosa pasión
Declarando su afición
Con las señas de su amor:
Y si tan crecido ardor
Tan cuerdo sabe callar
Sépase mudo explicar,
No se precie de hablador.

DE DON MANUEL DE OMS Y DE SANTA PAU

OLIM DE SENTMANAT Y DE LANUZA

MARQUÉS DE CASTELLDOSRIUS, VIRREY DEL PERÚ, TIERRA FIRME Y CHILE

SONETO

LUZ Y SOMBRA

Nace Cristo de noche, y en la esfera
No se descubre el sol, cuando sol nace;
Muere Cristo en la Cruz, y luego se hace
Noche funesta el día, que antes lo era.

Si en el ocaso el sol no reverbera
Luces, porque en ocaso triste yace,
¿Por qué en su oriente el sol no satisface
Luciendo natural su luz primera?

¡Oh misterio divino! ¡Oh Dios amantel
¡Oh de justicia sol! ¡Oh! ¡Y cuán presente
Quieres que tenga yo siempre delante

El lienzo en que pintó mi ser cadente
El nacer, del morir tan semejante,
Tu ocaso original, copia de oriente!

DE D. LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA
CONDE DE LA GRANJA

SONETOS

EN LA MUERTE DEL MARQUÉS DE CASTELLDOSRIUS, VIRREY DEL PERÚ

I

¿Canto? ¡Bien que no sé si canto ó lloro,
Aun en sombras, la muerte esclarecida,
De un héroe que dió vida con su vida
Á ciencias y artes y al castalio corol
Varón de un siglo, en quien volvió el decoro,
Pues gobernó con rienda tan medida
En ambas sillas, la del trono y brida,
Que dió á los puestos que ejerció decoro.
Discreto fué sin presunción de sabio;
Supo hermanar con su saber su suerte;
Supo lo que en mortal, junto no cupo.
Excedió al de Demóstenes su labio;
Que no supo, ni supo hasta su muerte
Lo más que hay que saber, pues morir supo.

II

¿Qué se hizo tanta gala y gallardía
Con que á naturaleza tu presencia
Ilustró, y ella en competencia
En tí sus dotes vinculó á porfía?

¿Qué se hicieron la ciencia y la poesía
Que lograran ser nuevo en tu elocuencia?

¡Tanta luz apagó sin resistencia
La pena á tu esplendor, y vive el día!

Si en tí no, ¿en quién la vida se asegura,
Cuando aspiraste en lo que mereciste
Á inmortal, y cadáver te contemplo?

¡Oh desengaño! ¡Oh cuna! ¡Oh sepultura!
¡Oh tú! que en vida y muerte sabio fuiste,
¡Si ayer para ejemplar, hoy para ejemplo!

DE D. JUAN EUSTAQUIO VICENTELO Y TOLEDO

MARQUÉS DE BRENES

PRESIDENTE, GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE TIERRA FIRME
Y DE LA REAL AUDIENCIA DE PANAMÁ

SONETO

EN LA MUERTE DEL MARQUÉS DE CASTELLDOSRIUS
VIRREY DEL PERÚ

¡Murió nuestro Manuel! ¡Dolor terrible!
¿Morir pudo varón tan admirable?
¿Ni aun su gran solidez le hizo durable?
¿Lo que imposible pareció es posible?
¿Á qué aspira el engaño apetecible
De la vida, hasta en dichas miserable,
Si al que inmortal el bronce memorable
Anima, el mármol sella corruptible?
¡Oh muertel! Si el feliz, al Perú nunca
Tan cruel; pues hecho un mar de sentimiento
Padece la tormenta de la calma.
Y aunque en su escudo tales palmas trunca,
Lo que alcanzó su fiel conocimiento
Laureó su fin y eternizó su alma.

OTRO

LUZ Y SOMBRA

Si al espirar de un Dios, lloró su ocaso
El sol, que en sombras repartió sus lutos;
¿Cómo al nacer en pajas y entre brutos
No sale el sol, que se ocultó al fracaso?

¿Por qué al nacer el Verbo, el primer paso
De resplandor, pagando sus tributos
Al barro nuestro, aquellos atributos
De arder y lucir sol, los negó al caso?

Del sol en ambos casos siempre es una
La acción de no lucir muy advertida
Y por mostrar con ella de esta suerte,

Que es del Calvario paso el de la cuna:
Allá baña de sombras una vida
Y aquí eclipsa su luz en una muerte.

DE DON PEDRO DE LA CUEVA Y GUZMÁN

MARQUÉS DE CUÉLLAR Y DE LA MINA

DUQUE DE ALBURQUERQUE, MARISCAL DE CAMPO Y CORONEL DEL REGIMIENTO DE SAGUNTO

CANCIÓN

AL DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA, RESPONDIENDO
Á OTROS VERSOS SUYOS

De uno y otro papel la confianza
Despierta agradecido
Del letargo en que yace mal dormido
Quien á estimar, si á responder no alcanza
De tu amistad, amigo, y de tu numen
Los favores, los auges que presumen,
Elevándote numen de la esfera,
Pintarme, no cual soy, sí cual debiera.

No de Marte el estruendo
De las musas te impide el dulce canto;
Antes le ajustas tanto
Que es el cóncavo bronce
Será con que suave
Cantar la tuya sabe
Los hechos, el ingenio
De nuestro gran Saldueña,
Más feliz en tener mejor Homero
Que el otro griego infiero,
Pues con suave canto
Al mismo Apolo juzgo que mejoras,
Si al sol que cantas con tu lira doras.

Desde este retiro
Que sin ajenos daños
Produce aprovechados desengaños,
Sacando de mis yerros la enseñanza

Que el conocerme alcanza,
 Permíteme que diga verdadero,
 Pues me libra mi edad de lisonjero,
 Aunque no mi amistad de apasionado,
 El augurio feliz que en las Españas
 Forman de tus hazañas,
 Pues su menor edad, si es que la tiene,
 Quien á tan grandes hechos se previene,
 Pudo con discreción, mas no con sañas,
 De los Alpes hollar la cima yerta,
 De Aníbal triunfo, si de Italia puerta.

Si temida en el Po se vió tu espada,
 No menos que en el Sena respetada
 Se vió tu sutil pluma,
 Á quien sirviendo de papel su espuma
 Las máximas políticas mostraste,
 Con que sabio y prudente acreditaste
 La acertada elección que de tí hicieron
 Nuestros Monarcas que después quisieron
 Dar á tu mano y pecho más decoro,
 Bastón de Guardias y Vellón de oro.

Ya del galán de Flora
 Los generosos hijos,
 Que de tu empleo encargados,
 Mas han debido el ser de tus cuidados
 Que al numen de las ondas
 Que las produjo en altas competencias
 Para vencer la Diosa de las ciencias,
 Beben al Betis sus arenas de oro
 Ansiosos de surcar en tu decoro,
 Viviente nave, al Albis su corriente,
 Para los Duques de Alba estable puente.

El cielo te destina
 Para grandes empresas;
 Y de tanto Fernando
 Las huellas imitando,
 Si fueron antes, siendo tú el primero,
 Renovando las glorias de su acero,
 Más feliz esgrimido ya en tu mano
 Al máuro impondrá ley, ley al Britano.
 Tu espíritu te llama

Para grandes empresas de su Fama,
Y el magnánimo dueño
Que ya bien te conoce,
Al más piadoso intento
Te destina instrumento,
Porque de Cristo adoran las banderas
Del Jordán las riberas,
Y logran con fervor y celo tanto
Que libre se venere el mármol santo.

DE D. ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA

CONDE DE TORREPALMA

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE SAN FERNANDO
MINISTRO DE ESPAÑA EN VIENA

INVOCACIÓN DE HIMENEO

AL DESPOSORIO DE LA SERENÍSIMA INFANTA DE ESPAÑA DOÑA MARÍA
TERESA CON EL SERENÍSIMO DELFÍN DE FRANCIA

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Del cielo luminoso,
Deseada deidad, grata desciende
Al tálamo real de virgen bella,
Y al voto ardiente del amante esposo,
De nueva luz enciende,
No ya tea nupcial; fausta, sí, estrella,
Que corona de dichas el deseo:

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

De aquella pura llama,
Nudo y vida del mundo, que produce
La amistad santa y la concordia fuerte,
La hacha legal en casta luz inflama;
Aquel fuego en que luce
La verdad, la virtud, la feliz suerte
Se propague en tu antorcha por trofeo.

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Desciende, numen bello,
Coronado de gracias y de amores,
Y con suave mano la coyunda
Enlaza en uno y otro tierno cuello;
Que ignoran los rigores
De la edad, y perpetua su fecunda
Juventud burla del senil Proteo:

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

El tálamo suave,
 Como de frescas rosas Cíterea,
 Amor de lirios cándidos ofrezca;
 Cándidos entretanto que del grave
 Metal el fulgor sea
 Esplendor de sus hojas, y que ofrezca
 Campo el cielo al blasón de Clodoveo:
Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Ven, pues, acompañado
 De la Gloria, el Honor y la Fortuna,
 Á quien la Paz y la Victoria sigan,
 Y etérea Astria, en plaustro laureado,
 Descenderá oportuna
 De su celeste asilo, si la obligan
 Altas virtudes en heroico empleo.
Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

De los felices hados,
 Que recorran los astros misteriosos,
 Al franco pueblo y á la hispana gente,
 Á la voz de su madre aún no fiados,
 Revela tú gloriosos,
 Los triunfos que preparas, si consiente
 El nupcial coro trompas del Febeo.
Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

DEL MISMO CONDE DE TORREPALMA

DÉCIMAS

AL RETRATO DE LA MARQUESA DE ESPINARDO, CORREGIDORA
DE GRANADA

El primor mejor logrado
Del pincel y su destreza,
Fué de ver vuestra belleza
Ligada á perpetuo agrado;
Y así todo el mundo osado
Le intima el afecto fiel,
Que oculta á vuestro cruel
Ceño; hallando entre los dos,
Todo lo hechicero en vos,
Todo lo apacible en él.

Porque es tan fiero el rigor,
Hoy, de vuestro esquivo trato,
Que desdeñoso el retrato
Hacéis por procurador.
Dejad, pues, que su esplendor
Logre perfección tan alta,
Pues cuando el pincel esmalta
Vuestro semblante apacible,
Le da parece imposible!
La única prenda que os falta.

Del pincel la valentía
Con alma en la copia os muestra;
Pero no es el alma vuestra,
Es más bien el alma mía;
Pues no tiene antipatía
Con el amor ni el querer,
Y á mi genio viene á ser,
Pues la copia hermosa y rara
Sólo tiene el alma para

Ser de vuestro parecer.

Éste tan constante sigo
Que, llevado de él mil veces,
Tengo yo mis esquivaces
De parte vuestra conmigo;
Por él á tratar me obligo
Con rigor á los que escucho
Que os sirvan, y según lucho,
Imitándoos, con la fe
De cierta ansia, pienso que
Debéis de quereros mucho.

Mas si habéis de examinar
Lo que mostráis entender,
Y se puede suponer
Lo que gustáis presentar;
Dejad un rato apartar
El respeto superior
De vos, el duro rigor,
La altivez fiera, el desdén,
Y veréis si queda quien
Os vaya á contar su amor.

¡Oh! ¡Cuánta pena callada
Mostraría en este caso
Que esos cortejos de paso
Eran triunfos de paradal
Pero no estéis engañada,
Creyendo que dejáis vidas
Para huir vuestras huídas;
Sabed que los que se fueren,
Porque no riñáis que mueren,
Van á morir á escondidas.

No penséis que es nuevo mal
Que llora todo infelice,
Pues cuanto á la copia dice
Lo calla el original.
Mas nuestro temor mortal
Nos tiene tan oprimidos,
que si al retrato, atrevidos,
Declaramos la pasión,
Con gritos del corazón
Es porque no tiene oídos.

DE DON JOAQUÍN ALONSO DE ZÚÑIGA
Y SOTOMAYOR

DUQUE DE BÉJAR, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

LA SOLEDAD

Si quieres feliz vida, si inocente
La que es reflejo del candor primero;
Búscala en el aprisco, en el otero;
No en la ciudad confusa é insolente.
No insaciable del oro sed ardiente;
No infiel aura del vulgo lisonjero,
No envidia, ni favor perecedero
Seguí á la selva, á quien huyó la gente.
Ni el cetro teme, ni el imperio anhela;
Honor, riqueza, ni temor le para;
Ni otro bastardo afecto le desvela.
¡Quién los dorados techos ignorara,
Su estruendo, sus engaños, su cautela,
Y en tí descanso, oh soledad, hallaral

DEL CAPITÁN DE DRAGONES
DON GASPAR MARÍA DE NAVA Y ÁLVAREZ
DE NOROÑA

CONDE DE NOROÑA, MINISTRO DE ESPAÑA EN SAN PETERSBURGO

SILVAS

I

Á CUPIDO

Apaga el hacha ardiente,
Muchacho veleidoso;
Rompe al instante el arco poderoso
Y las flechas agudas, con que herías
Á todos fieramente,
Y con las que abatías
Al que de tu potencia se burlaba.
Esa venda, esas alas, esa aljaba,
¡Qué bien que te caían! Tu hermosura,
Con ellas, ¡qué realce no tomaba
En los dichosos días
Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
Suaves tus cadenas!
Mas ahora todo es llanto, todo penas.
Silvia, que con semblante
Hermoso y halagüeño
Mantiene un corazón como el diamante,
Sedujo el mío con amante empeño;
Pero de tal manera
Que no era el mismo que otros tiempos era;
Pues fué tal su atractivo
Que me ví, más que amante, su cautivo.

Á Silvia hallaba yo por donde quiera,
 En la mesa, en la calle, en el paseo;
 Como si allí estuviera,
 Solía presentármela el deseo.
 Cuando al lecho llegaba,
 La imagen de mi Silvia me asaltaba;
 Al sueño al fin cedía,
 Y á Silvia en él veía,
 Y al despertar con Silvia me encontraba;
 Silvia era todo cuanto
 Á percibir llegaban mis sentidos;
 Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
 De mis tiernos gemidos,
 Cual viento se ha mudado
 Y de mi amor ardiente se ha cansado.

Las olorosas flores que tejieron
 Los dedos de tu madre rotas fueron;
 Ajadas y esparcidas
 Las he visto por esas mismas manos
 Hermosas y atrevidas,
 Que, para la destrucción de los humanos,
 Fueron dulce depósito del fuego
 Que ablanda mucho más que el mayor ruego.
 De cuanto tú dejaste, nada existe;
 Silvia lo destrozó; no, no es tu imperio.
 ¡Feliz el que resiste
 Tan duro cautiverio,
 Y huyendo de tu trato fraudulento
 La amable libertad goza contento!

II

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA

Á NERINA

El invierno enojoso,
 De nubes rodeado,
 Marchóse presuroso
 Á ejercer su rigor al Norte helado;

En tanto se presenta
 La dulce precursora del verano,
 Derramando mil flores
 Con generosa mano,
 Que embalsaman el aire con olores.

Los céfiros suaves,
 Libres y exentos de las nieblas graves;
 En torno la rodean,
 Halagan y recrean
 Los pechos aguijados;
 Los arroyos, que, atados
 Con prisiones de hielo
 No podían regar el verde suelo,
 Ora sueltos, del monte
 Con risa bulliciosa se despeñan;
 Corren serpenteando
 Por el ameno valle, y van regando
 Las plantas á porfía;
 Renace la alegría
 Del rústico, que en la era
 Espesos haces hacinar espera
 Los troncos corpulentos,
 Que resistieron con vigor constante
 Á los bravosos vientos,
 Con risueño semblante
 Al cielo llevan sus crecidas ramas,
 Cubriéndolas con hojas al instante;
 Los pájaros canoros
 Forman diversos coros,
 Canciones entonando,
 Ora en las verdes ramas escondidos,
 Ora al aire esparcidos,
 Acá y allá con gracia revolando;
 El sol se muestra claro y luminoso,
 Ni ofende con sus rayos
 Cual suele en el estío,
 Ni escasea sus luces perezoso
 Como cuando á la tierra oprime el frío.
 ¡Oh, dulce primavera!
 ¡Oh juventud del año! persevera
 Entre nosotros siempre;

Detén el veloz paso;
 Mas ayl que extiendes las purpúreas alas,
 Sin querer hacer caso,
 De mi amoroso ruego,
 Y de mis ojos ayl se aleja luego.
 ¿Temes que te marchite la hermosura
 El seco estío con su ardiente fuego?
 ¿Temes perder, al verte, tu frescura?
 ¿Que se sequen tus labios olorosos?
 Pues vete: que no quiero
 Que sientas los ardores rigurosos
 Del tiempo venidero;
 Huye, sí, huye: tus pasos acelera;
 Que un amargo dolor me causa el verte,
 Porque eres verdadera
 Imagen de mi suerte;
 Pues cuando contemplaba
 Á mi dulce Nerina .
 Más amorosa y fina,
 Y que el tierno Cupido se esmeraba
 En derramar sus gustos indecibles
 Sobre dos corazones tan sensibles,
 Se ausentó de mi vista, y ha quedado
 Cual suele el caminante en noche oscura,
 Al verse deslumbrado
 De un relámpago activo no esperado,
 Que, lleno de amargura,
 Con ansia espera que se acerque el día;
 Así mi amante pecho
 En lágrimas deshecho,
 De continuo á los ojos las envía,
 Hasta que los aclare la luz mía.

DE D. JOAQUÍN QUEIPO DE LLANO Y VALDÉS

VI CONDE DE TORENO

ALFÉREZ MAYOR DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

CANCIÓN DE FILENO

SOLEDAD EN LA AUSENCIA DE DORINDA

Desde que en soledades
Vivo con el descanso que solía,
Atormenta mi espíritu el deseo:
¡Extrañas novedades!
Ya el alma no se acuerda y desconfía
De gozar de aquel bien y aquel recreo
Que ni pienso, ni creo:
Fueran mis pensamientos necedades,
Si pensarán soñar tales verdades,
Pues tiene el corazón tan agitado
El tiempo malogrado
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Ya de Dorinda hermosa
Sólo quedó la sombra imaginaria:
De la pastora que alumbraba el día,
Con llama venturosa
Se eclipsó la brillante luminaria.
Siéntelo el alma y el dolor porfía:
¡Ah ingrata suerte mía!
En la infausta partida presurosa
El carmín ocultó fragante rosa,
Y el cúmulo de penas no resiste
El pesar que me asiste,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando constante el cielo
 Al corazón pronosticaba glorias,
 De mi pasión dichoso disfrutaba
 Tranquilo, sin recelo;
 Mas fueron mis delicias transitorias,
 Que al amor que en sus soles animaba
 Las claras luces con que iluminaba,
 Le cubrió de repente negro velo,
 Dejándome privado de consuelo:
 Postrado el corazón á dolor tanto,
 Tanto le inmuta el llanto,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

De Narcia las riberas
 En fúnebre teatro convertidas,
 Respirando pavor y á sus ganados
 Miran las primaveras
 De escarchas oprimidas.
 El sol no dora ya los verdes prados,
 Antes de fértil yerba matizados;
 Funestas, tristes aves agoreras
 Llaman con voces fieras;
 ¡No alumbran las estrellas! Oh tormental
 Que ya mi sentimiento
En ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

En el tiempo dichoso
 En que Fileno glorias respiraba,
 Los rápidos cristales bulliciosos
 Ofrecían delicioso
 Espectáculo ameno que inundaba
 Del río la corriente: en amorosos
 Obsequios envidiosos
 Dulces dichas lograba con reposo
 De Dorinda en el pecho cariñoso,
 Cuando deidad se ausenta y entre penas
 Sufre el amor cadenas:
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Mas ya que el cielo impío
 La vista me privó del dueño amado,

Cante mi musa en ecos destemplados
Tan infausto desvío.

Trémulo el pecho por desconcertado,
Forme en suspiros del dolor forjados

Las ansias y cuidados,

Celos, angustias, pena y desvarío.

Canten las ninfas tanto pesar mío,

Mezclando con sollozos y lamento

El tirano tormento:

Que en ayes se estremece

Y en continuos suspiros desfallece.

La cándida azucena

Y el hermoso clavel se sorprendían

Viendo de su hermosura la belleza

Excederles: ¡oh penal

Pues la nieve y coral se confundían.

Turbaban los jazmines su pureza;

Las rosas su viveza

Perdían con los colores de su cielo,

Y al ver su turbación y su desvelo,

Tributos de obediencia y rendimiento,

Turban mi pensamiento,

Que en ayes se estremece

Y en continuos suspiros desfallece.

Sus dorados cabellos

Que Febo con sus luces envidiaba,

Eran rayos de amor, en que el sentido

Se trasformaba al vellos;

El sol mismo á su vista se eclipsaba,

Y á su vista se hallaba sorprendido

En sombras sumergido;

Pues miraba sus ojos peregrinos,

Luceros tan brillantes y divinos,

Que, al ocultar sus bellos resplandores,

Siente el alma dolores;

Que en ayes se estremece

Y en continuos suspiros desfallece.

En el monte y el prado,

Despidiendo saetas amorosas,

Herían el corazón y se burlaban

Del ciego dios vendado,

Que dispara sus flechas engañosas.
 De vencer á Cupido se gloriaban,
 Que no le perdonaban,
 Y si de Mirta bella el cielo todo
 Se medía á distancia, por un codo,
 Al de Dorinda dista el breve trecho,
 Que se encierra en mi pecho,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Del dorado reflejo luminoso
 Tanto su luz en brillos se exhalaba,
 Que su curso abreviaba al Occidente
 Apolo luminoso;
 Pues su distancia al cielo contemplaba
 Tan corta, que del cuello hasta su frente
 Esta era la distancia justamente.
 Ocultábase el sol, y las estrellas
 De envidiosas forjaban mil querellas,
 Y yo, á sus luces, de pesares ciego,
 No hallo en mi mal sosiego:
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando amor me tenía,
 Sus labios pronunciaban con agrado:
 —¿Sabes, pastor, que vives en mi pecho?
 Yo fino lo creía:
 Á mi fe y á mi amor dejó surcado,
 Estando yo del suyo satisfecho.
 ¡Oh tirano despecho!
 Infundadas sopechas y celos
 Motivaron su ausencia; ¡injustos celos!
 Y ahora que se trocó la feliz suerte
 Es tan cruel mi muerte,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando al alba risueña
 Visitaba del río la ribera,
 Do blancos corderillos apastaba,
 Daban sus luces seña;
 Porque su autora, en todo la primera,
 Brotaba flores donde el pie estampaba,

Y dichas pregonaba
 Escribiendo en los álamos floridos
 Que á Fileno entregaba sus sentidos.
 Ausentóse sin ser de mí ofendida,
 Y yo pierdo la vida:

*Que en ayes se estremece
 Y en continuos suspiros desfallece.*

¡Cuántas veces oyeron
 Sus amorosas ansias los laureles,
 Y las plateadas fuentes escucharon
 Finezas que entendieron!
 Testigos de mis dichas fueron fieles
 Los pastores, que glorias envidiaron,
 Y que me preguntaron
 Si era Dorinda mi adorado dueño.
 Yo les dije que sí: todo fué sueño,
 Que trasladó su ausencia en un letargo
 Desmayo tan amargo,

*Que en ayes se estremece
 Y en continuos suspiros desfallece.*

Los dulces ruseñores,
 La Filomena hermosa, placenteros,
 ¡Cuántas veces gorjearon con sus trinos
 Nuestros castos amores!
 Los pintados canarios y jilgueros
 Cantaban en conciertos peregrinos
 Nuestros amores finos,
 Y al comprenderlos la envidiosa yedra
 Tanto más se abrazaba con la piedra,
 Dejándome mis glorias por despojos,
 Sólo un lienzo en mis ojos:

*Que el llanto le humedece
 Cuando en tristes suspiros desfallece.*

Registra el grande mundo,
 Canción, y surca los salados mares:
 Cuéntale á mi pastora en sentimientos,
 Que es mi dolor profundo:
 Dila mis tristes quejas y pesares,
 Fatigas y disgustos y lamentos,
 Sacrificios violentos;
 Y dila finalmente que constante

Llevas el corazón el más amante:
Que si sus aflicciones considera
Es su pena tan fiera,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece

DE LA DOCTORA DE ALCALÁ
DOÑA MARÍA ISIDRA DE GUZMÁN Y LA CERDA
MARQUESA DE GUADALCÁZAR É HINOJARES
DAMA DE LA REINA DOÑA MARÍA LUISA DE BORBÓN

DÉCIMA

CON MOTIVO DE HABER CONCEDIDO EL REY CARLOS IV LA GRAN CRUZ
DE CARLOS III Á SU MARIDO EL MARQUÉS DE GUADALCÁZAR
POR PREMIO DE SUS SERVICIOS

Si hoy al vasallo, señor,
Premia Vuestra Majestad
Con efectos de piedad
Los afectos de su amor;
Si el mérito, y no el favor,
Tiene en vos primer lugar;
¿Quién errará el agradar
Para poder conseguir;
Si la lealtad en servir
Es el medio de lograr?

DEL TENIENTE CORONEL
DON MANUEL DE BARAZÁBAL
CONDE DE COLOMBINI

SONETO

EN LA JURA DE FERNANDO VII EN MÉJICO

Apenas de Fernando la memoria
Trajo el viento y el mar á estas regiones,
Cuando un trono de fieles corazones
Le elevó nuestro amor para su gloria.

Y, aunque la infamia y la maldad notoria
Del tirano mayor de las naciones
Lo inmoló á su perfidia, á sus traiciones,
Aún vive y será suya la victoria.

Vive en el corazón y brazo fuerte
De sus nobles vasallos y valientes
Que arrostran sin temor la misma suerte.

¡Tiembra, infame traidor! De la divina
Mano, que da el esfuerzo á nuestras gentes,
Vendrá el trofeo envuelto en tu ruina.

DE DON PEDRO ALCÁNTARA DE SILVA

DUQUE DE HÍJAR

ELEGÍA

Á LAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO

Ilustres Manes, que en aqueste día
Disteis de libertad el primer grito
Y hollasteis al morir la tiranía;
Con lauro triunfador, nunca marchito,
Vuestra gloriosa tumba adornaremos
En el feral y majestuoso rito.

Cánticos de furor entonaremos,
Al mirar esa sangre que aún humea,
Y al valiente español la mostraremos.

Venid, oh moradores de Eritrea;
Venid, considerad estas heridas:
¡Venganza piden de traición tan feal
Enfrente ved las huestes foragidas,
Holladoras de todos los derechos:
Ellas sacrificaron estas vidas.

Insultando el dolor de nuestros pechos,
Los vimos por Madrid ir pregonando
Como el triunfo mayor, tan torpes hechos.

Los mismos que, las armas arrojando
Piden la vida á gentes mal armadas,
Á inermes van después asesinando.

Víctimas al furor sacrificadas
De la ambición, de la opresión violenta;
¿Satisfacción pedís? ¿seréis vengadas!

Vuestra sangre á la vista se presenta
Del honrado español: la ve, la mira,
Y su furor y su valor se alienta.

En derredor de sí la vista gira;

Las olvidadas armas empuñando,
Corre á la lid, donde su honor le inspira.

En Talavera y en Bailén triunfando,
En Gerona con gloria sucumbiendo,
En Valencia y Galicia rechazando,
Ante sus ojos os estaba viendo
Mostrarle los senderos de la gloria,
Y el heroico dechado iba siguiendo.

Sí: Zaragoza dejará en la historia
Eterna nombradía; el Dos de Mayo
Tuvo siempre presente en la memoria.

Con más velocidad que la del rayo,
Aquella sangre germinó heroísmo:
Se renuevan los tiempos de Pelayo.

La llama del sagrado patriotismo
Más bella en los reveses, más brillante,
Pone diques al fiero despotismo.

¡No nos oprimirá! Virtud constante
Nos enseñasteis, mártires gloriosos:
Nuestro mote será «muerto ó triunfante.»

Vengan esos bandidos orgullosos
Señalando sus pasos con horrores;
¡No encontrarán esclavos temerosos!

Hallarán quien resista sus furores,
Quien defienda su patria, sus hogares,
Y la fe que heredó de sus mayores.

Quien restituya á sus paternos lares
Á Fernando verá. No está distante
El momento que finen sus pesares.

¡A sumir en su nada al arrogante,
Españoles! ¡Al arma! ¡Derroquemos
Su inicuo trono medio vacilante!

Caerá deshecho en polvo: venceremos;
Y á estas nobles cenizas triunfadoras
Eterno monumento erigiremos.

Monumento de honor, que á todas horas
Publique que la muerte es preferible
Á sufrir las coyundas opresoras.

Un ejemplar tan noble hará temible
Á España: sólo el vil es sojuzgado:
El valor verdadero es invencible.

Así fué nuestro suelo libertado
Del árabe feroz que le oprimía:
Así fué el Nuevo Mundo conquistado.

Y así por la española valentía
Á vista de éste tûmulo excitada,
Llegará pronto el venturoso día
Que la Europa se mire libertada.

DEL TENIENTE GENERAL
DON PEDRO AGUSTÍN GIRÓN

MARQUÉS DE LAS AMARILLAS

DUQUE DE AHUMADA, PRESIDENTE DEL ESTAMENTO DE PRÓCERES, VENCEDOR DE LOS FRANCESES
EN LOS CAMPOS DE VITORIA

SONETOS

I

AL DUQUE VENCEDOR DE BAILÉN POR EL OBSEQUIOSO RENDIMIENTO
CON QUE FUÉ RECIBIDO EN PORTUGAL

Cuando al alzar la denodada frente
Hizo España temblar al corso fiero,
Tú fuiste, oh gran Castaños, el primero
Que vió á sus pies el águila insolente.

Al eco de tus triunfos su corriente
Atónitos detienen Tajo y Duero,
Y esgrimiendo alentado el noble acero
Sacude el yugo el portugués valiente.

Al armígero estruendo embravecido
Acorrió el fiel bretón, y su victoria
De Vimieiro hizo el nombre esclarecido;

Recuerda al verte el Luso tanta gloria,
Y con su amor te muestra, agradecido,
Que de su libertad sabe la historia.

II

Á UN CLAVEL

Entre esas hojas de esmeralda y plata
 Bañadas del aljófár matutino,
 ¡Cuál tu matiz rosado y purpurino
 Brilla, oh clavel, en consonancia grata!

No sin razón como á su rey te acata
 Este verjel de flores peregrino,
 Y hasta esa hermosa que de Pafos vino
 De entrar en lid contigo se recata.

¿Pues qué, si empapa el aura vagarosa
 Su blando aliento en tí y en torno veo
 Tu esencia difundirse deliciosa?

¿Qué hay, oh flor, más allá, y á tu deseo
 Qué resta que anhelar? ¿Ser de mi esposa?
 Ven, pues, á ser de su beldad trofeo.

III

Á LISA

El oro en mil bordados reluciendo;
 De cintas mil el noble pecho ornado;
 La roja banda de uno á otro lado
 La insignia de los héroes sosteniendo;
 La relumbrante placa en que luciendo
 Se mira al santo Rey, de héroes dechado;
 El ronco parche por honor tocado;
 Y el claro acero al suelo descendiendo;

Mil sombreros que inclina presuroso
 Aquel respeto que á atención sujeta
 Hacia el caudillo ilustre y venturoso.....

¿Pues ves tanto oropel, Lisa discreta,
 Tanto brillo y adorno tan vistoso?
 ¡El buen señor no tiene una peseta!

DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA JOSEFA

AMALIA DE SAJONIA

TERCERA MUJER DE FERNANDO VII

VERSOS (1)

COMPUESTOS AL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Prestadme vuestros ardores,
Abrasados Serafines;
Ilustrados Querubines
Dadme parte en vuestra luz,
Para cantar los loores
De este Corazón Sagrado,
Del amor más vulnerado
Que por la lanza en la Cruz.
¡Oh incendio de amor divino!
¡Aras, cuyas llamas puras
Se suben á las alturas;
Holocausto sin igual;
Río inmenso y cristalino
De gracias, que tu amor tierno
Allá donde el Tronó eterno
Dispensa al flaco mortal!

(1) En notas anteriores he manifestado que la poesía, como suprema expresión de cultura intelectual, unida á grandes facultades de la imaginación estimuladas por el sentimiento, fué grata tarea, desde los tiempos más remotos, de muchos Príncipes de los que ocuparon los tronos peninsulares, ó salieron de ellos para decorar otros solios en Europa; y tratándose de una Reina tan piadosa como la tercera mujer de Fernando VII, D.^a María Josefa Amalia de Sajonia, no quiero dejar de recordar que la Reina de Francia, D.^a Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, el de las Navas, mujer de Luis VIII de Francia y madre de San Luis, era excelente poetisa latina, y que de ella se conservan varios himnos y canciones místicas, llenas de dulzura y ciencia. La más cono-

Corazón de padre amante
Y de maestro cuidadoso,
De Redentor generoso;
De tierna guía y Pastor;
Descanso del caminante,
Consuelo de la amargura,
Delicia del alma pura,
Refugio del pecador.

Eres tú mi dulce abrigo
Donde viviré escondida,
Donde á tí, bien mío, unida
En tí todo encontraré;
Tú eres para mi enemigo
Un inexpugnable fuerte;
En tí en buena y mala suerte
Luz y amparo buscaré.
De la muerte en el instante

cida de sus composiciones es el *Canto de amor á la Virgen Maria*, que monsieur E. de Coussemaker, en *L'art harmonique aux XII^e et XIII^e siècle* (París, Durand, 1865, pág. 225), dice que diariamente recitaba con su santo hijo y que éste rezó toda su vida. Dice así:

DE MADAME LA ROYNE BLANCHE

MERE DE MONSIEUR SAINT LOYS

Ave, gloriosa,
Mater Salvatoris;
Ave, speciosa
Virgo, flos pudoris;
Ave, lux jocosa,
Thalamus splendoris;
Ave, preciosa,
Salus peccatoris.

Ave, vitæ via,
Casta, munda, pura,
Dulcis, mitis, pia,
Felix creatura;
Parens modo miro
Nova genitura,
Virum sine viro,
Contra carnis jura.

Virgo virginum,
Expers criminum,
Decus luminum
Cœli domina;
Salus gentium,
Spes fidelium,
Lumen cordium,
Nos illumina.

Nos que filio
Tuo tam pio,
Tam propitio,
Reconcilia;
Et ad gaudia
Nos perennia
Duc prece pia,
Virgo Maria.

En el lecho de dolores,
Llenándome de temores
La cercana eternidad;
Á este corazón amante
Llegaré con confianza,
Y en él será mi esperanza,
Mi consuelo, su bondad.

Y con tu sangre preciosa
Mi alma purificada
Por tí será consolada
Y provista de vigor:
Por tu auxilio victoriosa
De la rabia del Infierno,
De tu corazón paterno
Gozará el eterno amor.

DE LA MISMA REINA DE ESPAÑA
DOÑA MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA

ALABANZA DE DIOS

Todas las criaturas
Alaben al Eterno
Y en himnos armoniosos
Canten su amor inmenso.
Los ángeles le alaben,
Que en el hermoso cielo
Gozan de su hermosura
El dulcísimo aspecto.
Publique su grandeza
El alto pensamiento,
Y el sol con dulces luces
Y ardores halagüeños.
Alábele la luna
Con dorados reflejos,
Y todas las estrellas,
Planetas y luceros.
Alábenle los mares
Magníficos y extensos,
Las conchas y los peces
Que tienen en su seno.
Alábele la tierra
Con los tesoros bellos,
Que yacen entre sombras
En su profundo centro.
Alábele el hermoso
Y pacífico tiempo,
Y con sonoro ruido
El temeroso trueno.
Alábenle los rayos
Que aterran á los reos,

Y la apacible lluvia
Que fecundiza el suelo.
Alábenle los bosques
Y jardines amenos,
Las peñas y los riscos
Estériles y secos.
Alábenle las flores
Con olores diversos,
Y las plantas que prestan
Al hombre el alimento.
Alábenle las matas
Y arbustos más pequeños,
Las viñas abundantes
Y el encumbrado cerro;
Las fieras indomables
Y animales caseros;
Las aves de los aires
Con su ligero vuelo.
La alada mariposa
Con el reptil rastrero
Publiquen á su modo
Las glorias del Eterno.
Mas sobre todo el hombre,
De todo lo terreno
El ser más elevado,
Más noble y más perfecto.
Á su Señor alabe
Porque es su padre tierno,
Que cuanto hizo en la tierra
Fué para su provecho,
Que derramó la sangre
Para borrar sus yerros;
Y si sus leyes guarda
Le ofrece eternos premios.
Alábenle las gentes,
Alábenle los pueblos,
Y póstrense á sus plantas
Los reyes con respeto.

DE LA MISMA REINA

SOBRE LA CONVERSIÓN DE MI BISABUELO AUGUSTO III DE SAJONIA

ROMANCE

Escúchenme los pueblos,
Para que á todos diga
La piedad, que el Eterno
Usó con mi familia.
De error en las tinieblas
Estaba sumergida,
Del pérfido Lutero
Siguiendo la doctrina.
De Dios en la desgracia,
Con tan errada guía,
Corría acelerada
Á su eterna desdicha;
Arrastrando consigo
Á su funesta ruina
Los tristes herederos
De sangre corrompida.
Pero el Dios de clemencia,
Que desde el cielo mira,
Y hasta á los más rebeldes
Á perdonar se inclina,
El día que en el templo
Le presentó María
Sin duda por los ruegos
De madre tan querida,
Echando una mirada
Amorosa y benigna,
Mandó un hermoso rayo
De claridad divina.
Le abre al tercer Augusto

El alma enternecida,
Y á nuestra fe se rinde
Con humildad sumisa;
Resuelve á poco tiempo
Abjurar la herejía
Y al cabo su mudanza
Sin rebozo publica.
Desde aquel gran momento
Tan inefable dicha
Hereda, con la sangre,
Ya toda nuestra línea.
¡Oh beneficio inmenso!
¡Oh bondad infinita!
¿Sin ella, de los míos
Qué fuera y de mí misma?
De padres descarriados
En el error nacida,
La leche envenenada
Mamando desde niña,
La luz de fuegos fatuos
Mis pasos guiaría,
Por siempre desterrada
Del cielo y sus delicias.
¡Ah! Sólo tu clemencia
De tal horror me libra,
Que entre millones de almas
Quiso elegir la mía.
¿Cuántas hay en mi casa
Entre las otras líneas
Que de favor tan grande
Uso mejor harían?
¿Qué viste, pues, Dios mío,
En mí, la más indigna,
Para hacerme una gracia
Tan poco merecida?
¿Cómo se podrá nunca
Dar las gracias debidas,
Ni encarecer bastante
El poder de María?
Te rindo las que puedo
Y en súplicas rendidas

Ruego á todos los santos
Que por mí te las rindan.
Los ángeles me ayudan
Con himnos de alegría
Y el seráfico coro
Con llamas encendidas;
Mas ya que tu clemencia
Se mostró tan benigna,
Véase la grande obra
Del todo ya cumplida.
Haz que la luz dichosa
Que ciegos ilumina,
Se extienda á todo el Norte
Cual en mi casa brilla,
Y bórrese en las almas
De cuanto en tierra habita
Del pérfido Lutero
Aun la memoria misma.

DE LA MISMA REINA

X EL LABRADOR FELIZ

LETRILLA

En mi sencilla
Campestre estancia,
Sin abundancia
Ni vanidad,
Gozo la dicha
Más excelente
De una inocente
Tranquilidad.

Por la mañana,
Cuando la aurora
Las cumbres dora
Con su esplendor,
Alzo mis manos
Al alto cielo
Con dulce anhelo,
Con tierno ardor.

Me voy contento,
Esto cumplido,
Como es debido
Á trabajar;
Saco mis bueyes
Del quieto establo,
Y canto y hablo
Al caminar.

Aun cuando sude
Con el arado,
Me hallo premiado
Con profusión,

Con tal que luego
 La gruesa espiga
 Dé á mi fatiga
 Su galardón.

Á mediodía
 Mi esposa amada
 Acelerada
 Me va á buscar;
 Con alimentos
 Fuertes y sanos,
 Que con sus manos
 Supo aprestar.

El sol burlando
 Y sus ardores,
 Á mis labores
 Vuelvo otra vez,
 Y á mi casita
 En acabando
 Me voy cantando
 Con sencillez.

Allí me encuentro
 Parca y modesta
 La mesa puesta
 Por mi mujer,
 Que mis hijuelos
 Bellos y vivos
 Van como olivos
 Á guarnecer.

¡Cuán bien me sabe
 El pan hermoso
 Que laborioso
 Yo me gané;
 Y el néctar puro,
 Dulce, inocente
 De clara fuente
 Que allí se vel

Luego mis hijos
 Vienen corriendo
 Todos pidiendo
 Mi bendición;
 La doy á todos,

Y al cielo, unida,
Va dirigida
Nuestra oración.

Así concluyo
Y empiezo el día
Con alegría
Y cristiandad;
Y dicho un grato
¡Adiós! risueño,
Me entrego al sueño
Con suavidad.

Mi quieto pecho
Nada recela,
Pues sé que vela
Mi Dios por mí;
Y si me llama
Pienso animoso
Que aún más dichoso
Seré que aquí.

Así en mi quieta
Campestre estancia,
Sin abundancia
Ni vanidad,
Gozo la dicha
Más excelente
De una inocente
Tranquilidad.

DE LA MISMA REINA

LA ADULACIÓN

Teme la lisonja necia,
Que, de elogios nunca avara,
Ponderándote en tu cara,
Á tu espalda te desprecia:
Más que una palabra recia
Te insulta la adulación;
Te trata la reprehensión
Sólo de falible humano;
Mas la otra de loco insano
Que hay que darle la razón.

LA COMEDIA DE LA VIDA

Es comedia y burla infiel
Toda vanidad mundana;
¡El cómico nada gana
Por hacer alto papell
Cesa todo su oropel
En corriendo el cortinón;
Así, sólo en su mansión,
Cualquiera que sea su nombre,
El hombre no es más que un hombre
Y su gloria es ilusión.

LA OLA

FÁBULA

El mar llega á la playa
Y retrocede;
Viene con mucho ruido
Y nada puede:
¡Nunca han faltado
Gentes que con gran bulla
Nada han obrado!

DE D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETOS

I

LA VICTORIA DE SALAMANCA

Libre quiso correr el turbio Sena;
Y apenas lo pregon a envanecido,
Con propia sangre mírase teñido
Y arrastrando más bárbara cadena;
Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
Hierva y se ensancha y tala embravecido,
Y el continente cubre, y su bramido
De escándalo y terror al orbe llena.

Ufano ya con tan inmensa gloria,
Disputa al mar el sumo poderío,
Y señor se proclama de la tierra;
Mientras burlando el insolente río,
Corre el Tormes cantando su victoria
Y dando al mundo la señal de guerra.

II

MIS PENAS

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era;

Mas la estación á Baco lisonjera
 Torna á dar vida á campos y pastores;
 Y ya el invierno anuncia sus rigores,
 Al tibio sol menguando la carrera.
 Ya una vez y otra vez vi en mayo rosas,
 Y la mies ondear en el estío;
 Y de otoño las frutas abundosas,
 Y el hielo estéril del invierno frío:
 ¡Vuelan la estaciones presurosas!
 ¡Y sólo dura eterno el dolor mío!

O D A

LA VUELTA DEL PROSCRITO

Amada patria mía,
 Al fin te vuelvo á ver! Tu hermoso suelo,
 Tus campos de abundancia y de alegría,
 Tu claro sol y tu apacible cielo!
 Sí: ya miro magnífica extenderse
 De una y otra colina á la llanura
 La famosa ciudad; descollar torres
 Entre jardines de eternal verdura;
 Besar sus muros cristalinos ríos;
 Su vega circundar erguidos montes;
 Y la nevada Sierra
 Coronar los lejanos horizontes.
 No en vano tu memoria
 Doquiera me seguía:
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
 El corazón y el alma me oprimía!
 Del Támesis y el Sena
 En la aterida margen recordaba
 Del Dauro y del Genil la orilla amena;
 Y triste suspiraba;
 Y al ensayar tal vez alegre canto,
 Doblábase mi pena,
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto.
 El Arno delicioso
 Me ofreció en balde su feraz recinto,

Esmaltado de flores,
 Asilo de la paz y los amores:
 —«Más florida es la vega
 Que el manso Genil riega;
 Más grata la morada
 De la hermosa Granada!»—
 Y tan sentidas voces
 Murmuraba con triste desconsuelo;
 Y el hogar de mis padres recordando,
 Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor más me aplacía
 De agreste sitio el solitario aspecto;
 De las ciudades azorado húa,
 Y ansioso, palpitante,
 Los escabrosos Alpes recorría;
 Mas su nevada cumbre
 No tan viva y tan pura reflejaba
 Del sol la clara lumbre
 Cual la Nevada Sierra,
 Cuando el astro del día
 Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas,
 Sus calles silenciosas,
 Sus pórticos desiertos,
 De yerba ya cubiertos,
 Mi profundo pesar lisonjeaban;
 Y graves reflexiones
 En mi agitada mente despertaban:
 ¿Qué vale el poder vano
 Del miserable humano?
 En abatir su orgullo y su renombre
 La suerte se complace;
 Y las obras que eternas juzga el hombre
 Con un soplo deshace.
 Por el rastro de escombros junto al Tíber
 Hoy busca el caminante
 Del sumo Jove la ciudad triunfante;
 Rompe el arado la fecunda tierra
 Que, cual lóbrega tumba,
 Los sacros restos de Herculano encierra;
 Y si Pompeya en pie mira sus muros,

Los siglos carcomieron su cimiento;
Y al respirar el viento
Tiemblan sobre sus plantas mal seguros.

Así en mi juventud yo vi las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruina eminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo aseguró de su caída;
Y del antiguo Alcázar soberano,
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un día ni hallarán los ojos
Los míseros despojos.

Á tan funesta imagen, en el pecho
Mi corazón se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al pie de los sepulcros me postraba.

¿Cuál es tu magia, tu inefable encanto,
Oh Patria, oh dulce nombre
Tan grato siempre al hombre?
El tostado africano,
Lejos tal vez de su nativa arena
Con pesar y desdén los prados mira,
Y por ella suspira:
Hasta el rudo lapón, si en hora infausta
Se vió arrancado del materno suelo,
Envidia y ansia las eternas noches,
Los yertos campos y el perpetuo hielo.
Y yo, á quien diera la benigna suerte
Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
Y crecer en tu seno,
De tantos bienes lleno;
Yo triste, ausente de la patria mía,
De tí me olvidaría!

En las ásperas costas africanas,
Al naufrago inhumanas,
Yo tu sagrado nombre repetía,
Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas:
En el polo apartado

Oyólo de mi labio el mar furioso,
Por el tesón del bátavo enfrenado;
Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
El alto Pirineo, el Apenino;
Y del Vesubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco.

DE DON ÁNGEL DE SAAVEDRA

REMÍREZ DE BAQUEDANO

DUQUE DE RIVAS, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETOS

I

LA NAVE

Misero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.
¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado
Fueras del mundo al término remoto!
Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa
Donde burlabas los sonoros vientos:
¿Qué tu orgulloso afán se prometía?
¿También burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

II

GUERRA DE MARTE Y CUPIDO

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Antiguas cicatrices ostentaba,
Y soberbios despojos oprimía.

Las lides do me hallara recorría,
 Las que venció mi brazo numeraba,
 Mi acero vencedor me recreaba,
 Y con loca arrogancia me decía:
 —«¿Quién podrá más que yo, que he combatido
 Con tan fieras naciones? Duro acero
 Es ya mi corazón, nunca rendido.»—
 Oyólo Amor; el rostro placentero
 De Olimpia me mostró; quedé vencido,
 Y lloro esclavo y á sus plantas muero.

III

EL SUEÑO

Huye, oh sueño apacible y delicioso,
 Del rico lecho del feroz tirano,
 Que oprime al hombre con furor insano
 Y espera su venganza temeroso.
 Huye del lecho vil del codicioso,
 Que se entrega á las ondas de Oceano
 En pos del oro, y si lo ve en su mano
 Lo esconde y más y más anhela ansioso.
 Huye también del bárbaro guerrero
 Que sigue el carro del honrado Marte,
 Sangre inocente derramando fiero.
 Ven, y en mis miembros tu licor reparte,
 Mis párpados regala placentero,
 Que en mí ningún cuidado ha de inquietarte.

IV

EL CICLÓN

Gallardo alzaba la pomposa frente,
 Yedras y antiguas parras tremolando,
 El álamo de Alcides, despreciando
 La parda nube y trueno y rayo ardiente;
 Cuando de la alta sierra de repente
 Desprendido huracán bajó silbando,
 Que el ancho tronco por el pie tronchando

Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga orgulloso en su altiveza.

Cuando esté más soberbio y más ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y adiós oro, poder, favor, grandeza.

V

AL BIZARRO ESCOCÉS D. JUAN DOWNE

¡Oh! de Fingal heroico descendiente,
Que de las selvas de la Escocia fría
Viniste á defender la patria mía,
Con duro brazo y corazón ardiente;
Tú que del manso Betis la corriente
Con tu sangre teñiste, el claro día
Que Hispalis admiró la bizarría
Con que libraste á su oprimida gente.

Tu merecida gloria eterna sea!
Por donde quier que esgrimas el acero
Victoria grata tus esfuerzos vea.

Y sigue siempre el estandarte ibero,
Pues España gozosa se recrea
En contar en sus huestes tal guerrero.

ODA

ESPAÑA TRIUNFANTE

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
Á tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
Á defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
Á los audaces, que agresión injusta
Á tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay! cuán en vano el opresor del mundo,

Desde la enhiesta y enriscada cumbre
 De Pirene, sus ojos espantosos
 Tendió á tu fértil suelo! Furibundo
 De sus haces juntó la muchedumbre
 Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
 En tu daño animosos,
 Les dijo:—«En sangre inúndense estos llanos:
 Señor de España sea:

Y atada y con cadenas á las manos
 Su gloria el carro de mi triunfo vea.»—

Tronó la áspera cima, y retumbaron
 Las cóncavas cavernas á su acento,
 Cual suena el ronco mar: las foragidas
 Huestes al campo ibero se arrojaron,
 Del modo con que suele el raudo viento
 Arrojar á las selvas extendidas,
 Y á las mieses crecidas;
 Mas de pronto su saña contuvieron,
 Y—«Sinceros amigos nos finjamos,
 Y es más seguro el triunfo!» se dijeron;
 «El puñal entre olivas escondamos.»
 ¡Heroicos carpetanos! ¡Gloria eterna
 Á vuestro egregio y esplendente brío!
 Vuestro nombre al través de las edades,
 Con luz inextinguible y sempiterna
 Brillará, cual la estrella del estío
 En medio de la niebla. Las maldades,
 Las negras falsedades
 De los pérfidos galos conociendo,
 Libertad y venganza
 Gritasteis denodados, y el horrendo
 Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
 Sin doble cota ni bruñido acero,
 Disteis el pecho á la tremenda muerte.
 Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
 El valiente gimíó, rindióse el fuerte,
 Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
 Y el caballo ligero
 Con las espuelas tímido afligía.
 Ni edad, ni sexo ¡oh gloria!

Ocioso estuvo en tan infausto día:

¡Día de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroísmo empero

Cedió á la muchedumbre que orgullosa,

La máscara de todo derribando,

Vengó su afrenta con estrago fiero.

Desarmada la diestra poderosa

Que armada huyeran de pavor temblando,

Entre el pérfido bando

Os llevaron. ¡Ay, Dios! En sangre triste

Feroces se bañaron.

¡Oh blanca luna, con horror lo vistel

¡Oh Mayo, tus verjeles sollozaron!

Salve, mártires santos, inmolados

Por la quietud del mundo. ¡Oh tú, Velardel

¡Oh Daoiz! ¿Qué pecho virtuoso,

Al prorrumpir en nombres tan sagrados,

En patriotismo y gratitud no arde?

Cual de leve centella presuroso

El fuego desastroso,

Agitado del ábrego tonante,

Con destructora llama

Y estallidos de horror, en corto instante

Por la tostada Ceres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente

Se extendió por los términos de Hesperia,

Germinando heroísmo y osadía.

Gritó ¡venganza! la asturiana gente;

Y resonó ¡venganza! Celtiberia;

¡Guerra y venganza! el Turia repetía;

Y ¡venganza! decía

El viento ronco en la imperial Toledo;

Y ¡guerra! el padre Betis,

Desde Segura con marcial denuedo,

Hasta llegar al término de Tetis.

¡Bailén! ¡Bailén! tus selvas aún blanquean

Con los despojos de la excelsa gloria

Que Bética ganó con alto nombre.

En los siglos futuros, cuando sean

Otras generaciones, tu memoria

Será padrón que al crudo tiempo asombre:

Cuando tu suelo escombre
 Con dura reja el labrador cansado,
 Huesos enmohecidos
 Y rotas armas volverá el arado,
 Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
 Detendrá el labrador, y allí juntando
 Sus hijos les dirá:—«Ved, hijos míos,
 Aquí tenéis patentes los cimientos
 De nuestra independencial»—Y recordando
 Tanta hazaña sin par, tan altos bríos,
 Y los copiosos ríos
 De sangre allí vertida, ilustres hechos
 Contará de los bélicos varones:
 Y de los jovencillos en los pechos
 Palparán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y ruinas
 De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
 De heroísmo y constancia! ¡Oh, tú, Gerona!
 ¡Oh Sansueña! ¡Cantad, musas divinas,
 Cantad del Pindo en el sagrado templo
 Estos nombres de honor! Allí Belona
 Sus huestes amontona
 En vano; que su furia se quebranta
 Cual onda hinchada contra altiva peña.
 ¡Oh Fama! Ó enmudece ó sólo canta
 Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames y Abisbal y Talavera,
 Y Chiclana y Valencia y Arapiles,
 Y donde fué Manresa desgraciada,
 Y Lerín y Sampayo y Albuera,
 Campos de honor á los traidores viles,
 Que osaron profanar la patria amada!
 Correrá apresurada
 La serie de los siglos; tronos, reyes,
 Mares, planetas, se verán mudados,
 Cambiando el orbe sus eternas leyes;
 Mas nunca tales nombres olvidados.

¡Glorioso Herrastil! ¡Heroico La Carrera!
 ¡Álvarez inmortal! ¡Ahl desde el cielo
 Do á par de los Pelayos y Guzmanes,

Coronados de palma duradera,
 Gozáis ya libres del humano velo
 El galardón debido á los afanes
 Con que los capitanes
 Suben de gloria á la sublime cumbrel
 Permitid que mi labio humilde os nombre;
 Aunque el brillar de vuestra viva lumbré
 Pasmé mis ojos y mi pecho asombre.

¡Inclita patria, España generosa!
 Así tus hijos el robusto pecho
 Al hierro agudo por librarte dieron.
 Éstos el gran poder de la orgullosa
 Galia dejaron á tus pies deshecho
 Y su furor y su altivez rompieron,
 Y fuertes la rindieron,
 Como en el alto Líbano acerada
 Segur rinde del cedro la alta cima,
 Que de pomposos ramos adornada
 A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, ¡oh patria! derrocaron
 Al opresor de la anchurosa tierra,
 Su soberbia cual humo disipando.
 Y del fiero invasor la furia hollaron,
 Con sangre y hierro y con constante guerra:
 Y hazaña con hazaña entrelazando,
 Al augusto Fernando
 Volvieron denodados á tu suelo:
 Y con él juntamente en dulce día
 Tu grato afán, tu plácido consuelo,
 Y la paz y el descanso y la alegría.

Álcese en la elevada y agria frente
 Del nimbozo Pirene un monumento,
 Que domine el Tessino y mar de Atlante,
 Aun más que los egipcios eminente,
 Y el bélico furor allí sangriento
 Con cadenas de bronce resonante
 Atado, el rechinante
 Diente ejercite en férreos eslabones;
 Y, «Á TÍ, ESPAÑA, LA PAZ, Á TÍ DEBEMOS,
 Allí escriban del mundo las naciones.
 LA DULCE LIBERTAD EN QUE NOS VEMOS.»

DE D. BERNARDINO FERNÁNDEZ DE VELASCO
DUQUE DE FRÍAS Y DE UCEDA,
MARQUÉS DE VILLENA, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EMBAJADOR DE ESPAÑA EN PARÍS

SONETOS

I

RECUERDO DE GLORIAS ESPAÑOLAS CUANDO POR UN DECRETO
SE QUISO CAMBIAR LA ESCARAPELA ESPAÑOLA

Do quier Gonzalo su renombre aumenta
Siempre que ajusta el espaldar y gola,
Y grande en Garellano y Cerinola
La roja banda de su Rey ostenta.

Usándola en guerrera vestimenta
La imponente marcial hueste española,
Sobre Bitonto Montemar tremola
La augusta lis que nuestro escudo argenta.

Con ella cruzas la salobre espuma,
Oh noble Español y belicosa abarcas
Los tronos de Atahualpa y Motezuma.

Y entre el Alpe y la mar la huella marcas
De tu carro triunfal que al suelo abruma
Dando á Roma y á Nápoles monarcas.

II

AL GENERAL CASTAÑOS, NOMBRADO POR LA REINA CRISTINA
PRESIDENTE DEL ESTAMENTO DE PRÓCERES

Si cortando la puente de Triana,
Y el muro de Sevilla penetrando

Triunfante un rey del agareno bando,
Humilló la potencia musulmana;

Tú la hueste altanera galicana
Entre la sierra y Betis arrollando,
En las sienes del sétimo Fernando
Glorioso afirmas la diadema hispana.

Vencedor de Bailén, pues siglo de oro
Hoy en el mando de Cristina asoma,
Poniendo fin á la discordia y lloro,
En la silla curul asiento toma;
Porque Fabio también honraba el foro,
Sus libertades conservando á Roma.

III

AL DUQUE DE WELLINGTON EN EL BAILE QUE LA GRANDEZA
DE ESPAÑA LE DIÓ EN CÁDIZ

Vuelves, oh duque, á la sangrienta arena,
Á la arena de honor, que al galo espanta,
De la gloria inmortal morada santa
Y de las huellas de tus triunfos llena.

Cierra, vence, destroza y encadena
Del vándalo el furor; hunda tu planta
Ese negro padrón de infamia tanta
Y el águila imperial arroja al Sena.

En tanto, empero, que el pendón britano,
Por tí en el trono de las lises brilla,
Unido al español y al lusitano;

La ofrenda admite que con fe sencilla
Hoy á la faz del pueblo gaditano
Te dan los Ricos-hombres de Castilla.

IV

AL MARISCAL GERARD CON OCASIÓN DE LA TOMA DE AMBERES

Aún la color entre carmín y gualda
De Antuerpia el fuerte militar corona,

Y la célebre ensaña brabanzona
Aún no refleja el navegable Escalda.

Surcan cién naves su anchurosa espalda,
Suelta en los palos la flotante lona,
Y bandera de unión franco-bretona
Á sus cofas altísimas enfalda.

Rinde la plaza con marcial falange
Que bate en brecha con tronantes moles
Y la belga nación glorioso salva.

Así, venciendo al Príncipe de Orange,
Con aguerridos tercios españoles
Ganó fama inmortal el Duque de Alba.

V

Á ESPAÑA

IMPROVISADO EN UN BANQUETE DEL AÑO DE 1848, DURANTE LA
INSURRECCIÓN REPUBLICANA CAPITANEADA EN BARCELONA POR EL
GENERAL D. NARCISO ATMEILLER

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona.

Ni la tumba marcial nos galardona,
Ni el bélico poder nos engrandece;
Hoy que el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona.

¿Y ésta es, oh Dios, aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintín, Parténope y Pavía?

Vélate, oh sombral en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracán de la anarquía
Un trono de cien reyes se derrumba.

VI

EL SIGLO XIX

No el humano linaje siempre injusto
Á la ciencia y valor niega su gloria,

Ni recorre los fastos de la historia
Con envidia mordaz ó ceño adusto.

Así, rindiendo un homenaje justo
Del Ática y de Roma á la memoria,
Repetimos cual propia vanagloria:
«Siglo de Periclés, siglo de Augusto.»

¡Oh venidera edad! Nosotros vimos
Á la fama inmortal con cien renombres
Ensaltar á los héroes que aplaudimos;
Pero nunca jamás sus claros nombres
Á nuestro siglo celebrado dimos,
Porque el siglo es más grande que los hombres.

VII

Á S. M. LA REINA D.^a CRISTINA DE BORBÓN, QUE EN TRAJE ANDALUZ
ASISTIÓ Á UNA CORRIDA DE TOROS EN 1832 EN ARANJUEZ

Bella, gentil, amable, placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Con el traje andaluz haciendo alarde
Regocijas del Tajo la ribera.

Entre el bullir de turba vocinglera,
Animando al valiente y al cobarde,
El sol hermoso de tus ojos arde
Y aun embravece á la acosada fiera.

Hijas del Betis, que en arenas de oro
Undoso baña la imperial Sevilla,
De gracias mil encantador tesoro,

Vuestros donaires trasladando, brilla
Con majestad y nacional decoro
La memorable Reina de Castilla.

VIII

Á LA EXCMA. SRA. D.^a FERNÁNDA DE SILVA, CONDESA DE CORRES

Hoy la antorcha nupcial por vez primera
De tu esposo feliz alumbra el día
En que saliendo de la nada umbría,
Miró del sol la lumbre placentera.

Por más que la fortuna lisonjera
 Sobre su cuna cándida sonría,
 ¿Quién ¡oh Fernand! presagiar podría
 Que el Dios vendado su ventura hiriera?
 Sí, que el arpón que ardientes le asestaron
 Tus ojos, y que negros y sutiles
 Tus cabellos, cual arco, le lanzaron,
 Nó emponzoñado con falacias viles,
 El noble corazón le traspasaron,
 Cual la lanza benéfica en Aquiles.

IX

Á CONCHA EN SUS DÍAS

(DOÑA CONCEPCIÓN SANDOVAL Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, DESPUÉS
 MARQUESA DE VALLGORNERA)

Salud, áurea corriente cristalina,
 Pues fecundas sonora la ribera,
 Que con planta bellísima ligera
 Recorre una hermosura peregrina.
 Salud, fúlgida aurora matutina,
 Que sus ojos animas placentera;
 Salud, flores, que daís, porque yo muera,
 Nuevos matices á la tez divina.
 Con la ventura que al presente encierras
 Tan sólo el día igualarás ufana,
 Noble Sevilla, en las antiguas guerras,
 Cuando, rota la puente de Triana,
 Dijo el rey vencedor: «Tomad las tierras»
 Á la fiera nobleza castellana.

DEL TENIENTE GENERAL
DON LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA
GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL NORTE, VENCEDOR EN MENDIGORRÍA
Y FUNDADOR DEL MARQUESADO DE ESTE NOMBRE

SONETOS

I

OYENDO CANTAR UNA TÓRTOLA EN ARANJUEZ

Canta, blanco palomo, y de la aurora
El róseo coche con tu acento llama:
Que atenta escucha en la mullida cama
La esposa, á quien tu cántico enamora.

Canta, y anuncia la estación de Flora,
Y el delicioso incendio que te inflama,
Mientras posado en la frontera rama
Otro palomo solitario llora.

¡Felice tú, que puedes con tu canto
El alma penetrar por el oído
Del bien supremo en quien tu bien se fundal

¡Y mísero de mí, que el triste llanto,
En que á solas me miras confundido,
Sin fruto el rostro y sin cesar me inunda!

II

Á UNA DAMA INGLESA

Si de la altiva Europa coligada
Soberbia triunfa de Albión la saña,
También á su placer rinde en España

Bretona ninfa á gente no domada.

Allí el cañón ó la iracunda espada
Mata, destruye, rinde, vence y daña;

Aquí dos ojos, del amor guadaña,
La íbera juventud deja abrasada.

El inglés, cual valiente generoso,
Tiende su mano al que venció en campaña
Y así eterniza su primer hazaña;

¿Y es, inglesa, tu ser menos piadoso,
Que cuando imploro tu piedad, rendido,
Á mi triste dolor no das oído?

ROMANCE MORISCO

Á CARILA

Almanzor, famoso moro
Cuya no vencida lanza
Es terror de los cristianos
Y el apoyo de su patria;
Por la puerta de la Vega
Que riega Genil con plata,
Desterrado de sus muros
Sale infeliz de Granada.
Acompáñale su tribu,
Y la plebe, amotinada,
Á gritos pide el guerrero
Que de la ciudad es guarda.
—«Addallah, de mí te acuerda,
Dice á su amigo, y mi fama
Defiende del mismo modo
Que yo defendí á Granada.
Si riquezas no poseo,
No falta gloria á mi lanza;
Ésta te ofrezco en memoria
De mi amistad acendrada.»—
Huyendo entonces de todos
El héroe que tanto aman,
Á Diofar suelta las riendas,
Que lo lleva ante su dama.

Sofócanle los sollozos
 De su pecho y de su alma,
 Y ante los pies de la mora
 Aquestas razones habla:
 —«Señora, que de mi vida
 Tenéis el hilo y la espada,
 Instrumento de mi gloria,
 Gloria y vida de mi fama,
 Para vencer tus desdenes,
 Para lograr tu mirada,
 Por conseguir tu cariño
 Y probarte mi constancia,
 Bien sabes cuanto Almanzor
 Hizo por tí y por su patria.
 Ésta ¡ingratal le destierra,
 Y el rey Boabdil le mata;
 Que pues sabe vive en tí
 Esta vida y esta llama,
 Separarme de tus ojos
 Es arrancarme del alma.
 Los zégríes han triunfado,
 Mi bien, del débil monarca,
 Y si me dejan la vida,
 Es porque duren mis ansias.
 El temor que dan mi tribu
 Y las otras que me aclaman,
 Á mi destierro dan nombre
 De una preciosa embajada.
 Bien pudiera ser caudillo
 De la gente alborotada,
 Y á mis fieros enemigos
 Diera castigo su lanza;
 Mas por querer demasiado
 Á mi señora y mi dama,
 Olvidar no puedo nunca
 Lo que al rey debo y mi patria.
 Solo, amante, triste, parto
 Á regiones africanas,
 Y en cambio de mis adioses
 Vengo á pedirte esperanzas.
 Tal vez, adorada mora,

De Almanzor la fiel espada.
 Pueda conquistar imperios
 Que conocen su constancia.
 Mas ¡ay! que temo ¡infelice!
 Que tus promesas sean vanas,
 Pues nunca del desdichado
 Satisfacen esperanzas.
 Yo, en tanto que, solitario,
 Viva ausente de tus gracias,
 Á Allah pido me sepulte
 Si otra belleza mirara.
 Y si á la fe que te juro
 Faltar intentara el alma,
 Por conservártela entera,
 Con mis manos me arrancara.» —
 Las lágrimas anegaron
 En su pecho la palabra,
 Y aquel guerrero terrible
 Que de Allah la diestra llaman,
 Espera, temblando y yerto,
 La respuesta de su dama.
 — «Dueño, dice, de mi vida,
 Señor de todas mis ansias,
 Noble corazón, que el mundo
 Por su imperio no trocara;
 Con ese alfange, temido
 De las huestes castellanas,
 Libértame de una vida
 Que de hoy es tan desgraciada.
 Llévame contigo á Fez,
 Como me llevas el alma,
 Ó con mi muerte asegura
 Tu reposo en mi constancia.
 Yo nací para tu amante;
 Yo he vivido de tu llama;
 Perseguido, te idolatro,
 Y ausente, te adora el alma.
 Mas si los fieros zegríes,
 Ó el cuidado de tu fama,
 Á Carila no permiten
 Seguir, mi bien, tu desgracia,

Ni tu pecho generoso
Puede dirigir la espada
Á atravesar este mío,
Que encierra tu imagen cara;
Parte, Almanzor de mis ojos,
Sin cuidar de mi constancia;
Que olvidarte jamás puede
Quien de tí se vió adorada.»—
En pos de mil juramentos
De pesar, angustia y ansias,
Arrancándose á Carila,
—«¡Adiós!»—dice y veloz marcha.
En Málaga los bajeles,
Que por instantes le aguardan,
Con viento de sus suspiros
Se van pronto y la mar ganan.

DE D. JUAN DE LA PEZUELA
CONDE DE CHESTE
CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO
CLAVERO DE LA DE CALATRAVA
CAPITÁN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES Y DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANTO LIRICO

Á S. M. LA REINA D.^a ISABEL II EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS
POR LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES EN 1856

Pisa el estadio férvido, señora,
Donde en sublime lucha y empeñada
La aplicación y el genio luce ahora
La ibera tuya juventud preciada.

La augusta sombra de tu ilustre abuelo
Te aguarda en el dintel; de tí se engríe,
Y al ver por ellas hoy tu Real desvelo
Con sus queridas artes se sonríe.

Entra, Isabel: hé aquí también tu trono,
Y más blando tal vez: si aún sorda ruge
Discordia vil, y el fraternal encono
Lanza á la tierra su violento empuje;

Si atar pretenden al sangriento carro
De la revolución la patria mía,
Y olvidan que aunque el Rey es mortal barro,
Espíritu es de Dios la monarquía;

Si al ver junto al león doliente, opreso,
Yacer postrada la imperial matrona
Que en sus manos del orbe tuvo el peso,
Y en su sien de dos mundos la corona,

Atentan al dosel de San Fernando
Traidor soldado ó extranjero iluso,
A quien vivir con pueblos mil jugando

Loca la suerte entre sus manos puso;
 Nobles Artes, dormid:—Hijos de España,
 Aun más que de Minerva, los pinceles
 Por las lanzas cambiad, y en la campaña,
 Menos gratos coged otros laureles.

Vuestros padres así con pechos duros
 Sus talleres un día abandonaron,
 Y de Gerona á los invictos muros
 Y á las campiñas de Bailén volaron.

Ese es padrón que al mundo y á las gentes
 El cielo alzar de vuestro esfuerzo quiso:
 Tumba de otros orgullos insolentes,
 La abriremos de nuevo si es preciso.

Solitarias entonces estas salas,
 Luto y silencio suceder tan sólo
 Á los portentos de la sabia Palas,
 Y á los cantos veréis del dulce Apolo.

Y huiréis en tanto de Mavorte al grito,
 Hijas del alma paz, y al ronco estruendo,
 En sus heladas moles de granito
 Arcos y estatuas yacerán durmiendo.

Poco será: que tipos de grandeza,
 Del cincel inspirado por la gloria,
 Saldrán á ser con ática pureza,
 Recompensa inmortal de la victoria.

Mas ¡ahl no sea: y que la Iberia triste,
 De larga paz en el feliz regazo,
 Las abatidas fuerzas reconquiste
 Estrechada á Isabel en firme lazo.

Y vosotros, del genio insignes partos,
 Si no trofeos de valor sangrientos,
 Asuntos en España tendréis hartos
 Con que ser á su fama monumentos.

Mil vendrán, mil. Mientras benigna pises
 ¡Oh segunda Isabel! estos salones,
 No morirá la stirpe de las lises;
 Mármoles, lienzos brotarán Borbones.

Artes, salud á todos! El camino
 Sigue la nieta del tercero Carlos:
 Y cual es protegeros su destino,
 Es el vuestro también eternizarlos.

DEL MISMO CONDE DE CHESTE

D. JUAN DE LA PEZUELA Y CEVALLOS

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á LA VIRGEN MARÍA

¡Venturoso el mortal que amante guía
De María los pasos al altar;
Que el nombre de la Virgen fué María
Y estrella significa en turbio mar!

¡Oh tú, que remas con trabajo y arte
Contra el negro huracán que te persigue;
Si del revuelto mar quieres salvarte,
Esa estrella contempla y su luz sigue!

María es nombre junto á Dios propicio,
Luz que al orbe ilumina, hoguera lenta,
Que enciende la virtud, consume el vicio,
Y más que al cuerpo, al ánima calienta.

Ese nombre de amor que hasta en reflejos
Presta á la obscura noche luz brillante,
Que nunca sea de tu boca lejos,
Que nunca esté del corazón distante.

Si te amenaza en la civil pelea,
Ya envidia, ya rencor, busca ese guía;
Si atribulada tu constancia ondea,
Si te rinde el dolor, llama á María.

María es la salud, la paz amiga;
María es la esperanza, el bien más caro;
En seguirla doquier, nunca hay fatiga,
Ni naufragios jamás bajo su amparo.

Que el nombre de la Virgen fué María,
Que estrella significa en turbio mar;
¡Venturoso el mortal que amante guía
De María los pasos al altar!

OCTAVAS

RETRATO DE ISABEL

Es de un cuerpo Isabel tan bien formada,
 Que mejor no la harán diestros pintores;
 Su rubia cabellera, bien trenzada,
 Sobrepuja del oro á los fulgores.
 Y adornan su mejilla delicada
 De azucena y de rosa los colores;
 Si bien sólo el jazmín luce en su frente,
 Extensa y elevada juntamente.

Bajo dos lindos arcos, centinela
 Hacen dos ojos como soles claros;
 Ojos cuya mirada nos revela
 La pena dulce ó los deleites caros;
 Y en torno de los cuales amor vuela,
 Juguetea y acecha los disparos:
 Perfecta luego la nariz descende,
 Do la envidia no ve nada que enmiende.

Está después, como entre dos colinas,
 La boca fresca del carmín natío,
 Con sus hileras dos de perlas finas
 Que cierra y abre un labio dulce y pío,
 De do brotan las pláticas divinas
 Que el pecho domestican de más brío,
 Donde se forma aquel plácido riso
 Que nos abre en la tierra el paraíso.

Su cuello es de marfil; de leche pura
 Ancho y tendido el pecho, de manera
 Que dos formas en él de nieve dura
 Van y vienen cual onda á la ribera.
 Argos, con sus cien ojos, la figura
 Ver de las otra partes mal pudiera;
 Mas se puede juzgar que corresponde
 Á lo que fuera está lo que se esconde.

Muestran los brazos esbeltez robusta,
 ¿Y qué cincel á remedar se atreve
 La mano que medida alcanza justa
 En que no abulta vena la más leve?

¿Y cuál por cabo de la talla augusta,
El bellissimo pie, colmado y breve?
¡Ahl no es dado te oculte humano velo,
Angélica hermosura, don del cielo!

Segovia 1876.

SONETOS

I

EN LA JUSTA Y TORNEO CELEBRADO EN 1833 EN BARCELONA
CON MOTIVO DE LA JURA DE LA PRINCESA DOÑA ISABEL II

Cuando el noble vestido de diamante,
Fiestas hallaba en las sangrientas lides;
Al pie de los iberos adalides
Rendía el moro el cándido turbante.

Burlaba entonces Isabel triunfante
Del Francés altanero los ardides,
Y rompiendo los términos de Alcides
Traspasaba Colón el mar de Atlante.

Sean, pues, estas justas recordadas,
Nuncio feliz á la española historia,
Y renueven las palmas ya olvidadas.

Cual renuevan Fernando de alta gloria
Y la nueva Isabel, hoy coronada,
De los otros antiguos la memoria.

II

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA DOÑA CRISTINA DE BORBÓN
VOLVIENDO Á ESPAÑA DE LA PROSCRIPCIÓN DE 1841

Que el sol disipe la tormenta ruda
Y torne hermoso á la ciudad el día,
Como aquel en que pública alegría
Yendo al altar de Atocha te saluda.

Torne el amor que el pueblo te ofrecía
Cuando en las breñas, de ambición desnuda,

Á horrenda lid la juventud corría
Al nombre caro de la ilustre viuda.

Mas nunca aquel pesar doble tu cuello
Con que Valencia tu beldad maltrata,
Ó el Sena triste, para tantos bello;
Sin respetos allí fortuna ingrata
Al ébano mezcló de tus cabellos
Las hijas del dolor, hebras de plata.

III

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II EN SUS NUPCIAS

Danzas festivas en alegre coro
El gozo anuncian de la undosa plebe,
Cuando del claro sol el disco breve
Presta á los campos la color del oro.

Y cuando el cauce del raudal sonoro
Tiñe de plata la modesta Febe,
Vario discurre por el aire leve
De diva luz cambiante meteoro.

Todo es placer, y fiestas y recreo,
De la nueva Isabel la augusta Sede;
La plaza, el circo, el español Liceo;

Y este deleite, al que ninguno excede,
Aún no basta á pintar el fiel deseo
Que siente el alma y expresar no puede.

IV

Á LA ENTRADA TRIUNFAL EN MADRID DEL REY D. ALFONSO XII,
TERMINADA LA GUERRA CIVIL

Ese clamor de la ciudad entera
Que te saluda en tu triunfante vía,
Más que al glorioso vencedor, venera
Al que te dió la paz ¡oh patria mía!

Al noble ardor de juventud guerrera
Su esfuerzo acompañó también un día

El que hoy anciano á su Monarca envía
Los ecos de su voz; antes que muera.

Y si al fin de sus años se lamenta
De no haber merecido á tus laureles
Añadir algo de su antigua oliva,

No es, señor, que la envidia le atormenta,
Sino el pesar de que sus labios fieles
Ya más no sirvan que á gritarte: ¡Viva!

V

Á UNA EXTRANJERA EN ELCHE

Cuando en el valle de dolor y enojos,
Do presa está mi juventud primera,
Astro de paz, bellísima extranjera,
La ilusión dulce te ofreció á mis ojos;
¡Ay! yo sentí animarse mis despojos
Contemplando tu imagen hechicera:
Que no más linda crece en la pradera
Blanca azucena entre claveles rojos.

Mujer divina, que á mi pecho amante
Fácil retratas la beldad del cielo
En tu sereno angélico semblante;

Si ya ninfas, cual tú, no cría el suelo,
Es que de imagen de cristal brillante
Te copió Amor y se rompió el modelo.

VI

X
Á ROSANA

Un tiempo fué que mi pasión vehemente
Coronabas, Rosana, compasiva,
Sin que el empeño de tu madre esquivara
Entibiara en tu pecho el fuego ardiente.

Hoy que de aplausos y de glorias siente
Agitarse y arder tu mente altiva;
Hoy que brillas Sirena, amor te priva
De abrir tus rejas y mostrar tu frente.

Guárdala, ingrata, y guarda la mentira,
 Para amador más simple y más cuitado,
 O para el vulgo necio que te admira;
 Yo no ignoro infeliz que, degradado,
 Tu corazón, para el placer suspira:
 Para el amor, Rosana, se ha secado.

VII

Á LA ESTATUA DE MURILLO EN SEVILLA

Huésped del Betis, en su verde orilla,
 De las auras Amor, de Febo y Flora,
 Inspirada á la vez que inspiradora
 Á cuyos pies Itálica se humilla;
 Hoy que al pintor famoso, gran Sevilla,
 Tu afecto en bronce y mármoles honora,
 ¡Plegue á Dios que del tiempo vencedora
 Seas á nuevas gentes maravilla!
 Y á tí, mole feliz, jamás te ultrajen
 Viento, ni sol, ni tempestad destruya
 La que es sagrada de Murillo imagen.
 ¡Siglos vive! Por más que la edad tuya,
 Y años sin fin sobre tu frente bajen,
 No durarás lo que la gloria suya.

DE DON MARIANO COLÓN

DUQUE DE VERAGUA

SONETOS

I

Á ESPAÑA, POR LA INVASIÓN FRANCESA, ANTES DE LA SUCESIVA
INSURRECCIÓN DE LAS PROVINCIAS

¡Ay España de tí! ¡España! ¡Ay! Llorar
Tu antigua pompa y esplendor perdido;
Llorar y doblegar al yugo envilecido
Del galo tu cerviz dominadora.

¡Ay! Otro tiempo universal señora,
Temblaba el Sena sólo ante el rugido
Del Ibero león, tembló vencido,
Y aún roja sangre su cristal colora.

¡Oh mengua! ¡Oh vilipendio! ¿Adónde fueron
Tantos lauros? ¿Adónde? Un pavoroso
Grito responde: «¡En deshonor se hundieron!»
«¡Esclavitud!» ¡Oh nombre! ¡oh nombre odioso!
Si triunfos, glorias y poder cayeron,
Riegue mi llanto su vestigio hermoso.

II

REGRESO DE FERNANDO VII Y ENLACE CON D.^a MARÍA ISABEL
DE PORTUGAL

España, á costa de tremenda guerra,
Logró al fin rescatar su Rey cautivo,

Y templando su esfuerzo vengativo,
Volvió la paz á consolar la tierra.

Salvada ya la fronteriza sierra,
¡Cuán gozosa aclamó su fausto arribo!
¡Cómo premia este amor filial y vivo
El paternal amor que su alma encierra!

Pero á su padre, á su monarca amando,
Deseaba España cultivar planteles
De aquella estirpe augusta, y ya gozando

De tanto bien, prepara los laureles
Con que ornaron su sien cada Fernando,
Y la oliva, corona de Isabeles.

ODA

AL ANIVERSARIO DEL DOS DE MAYO

¡Musal! ¿Por qué la aurora
Al abrir hoy los quicios del oriente
De sangre abundantísima colora
Las rosas que derrama
Entre destellos de la luz naciente?
¡Oh signo de dolor, luto y estrago!
¡Oh España! ¡oh día aciago!
Sin duda son las víctimas del crimen
Los mártires de mayo que vaguean
Y en sus hermanos el recuerdo imprimen
De los horrores que olvidar desean.

Hoy cumple un año que en Madrid regaron
Con su sangre inocente
El Prado que las auras lisonjean
Y á la maldad su máscara rasgaron.
¡El Pradol! ¡Ay Dios! ¡Venganza! ¡Eterna guerra
Brotó entonces del germen que brillante
Cual blanda lluvia se empapó en la arenal
¡Venganza y guerra! á monstruos homicidas
Que con filo inclemente
Sacrificaron tan preciosas vidas.
¡Venganza y guerra! el risco que resuena
Con las últimas olas del Atlante;

¡Venganza y guerra! del astur brioso
 Las rocas ateridas,
 Con ronco son lloroso
 En sus cóncavos senos repitieron.
 La patria entonces levantó brillantes
 Mil banderas al céfiro tendidas,
 Al céfiro apacible que susurra
 En la tumba de Tell, donde aprendieron
 Á ser libres y bravos
 Los débiles y esclavos.
 Á su sagrada voz sus hijos todos
 Del lecho muelle y rico vil saltaron
 Y émulos ya de los laureles godos
 Su pecho al ardimiento, y al acero
 Su musculoso brazo presentaron.

Un día fué, cual hoy, día de Flora,
 Pero también de furias propio día,
 Que con el hacha despedazadora
 El no hay más de crueldad y alevosía
 Quedó estampado por la diestra de ellas,
 Y sólo las estrellas
 Y la calma nocturna y fervorosa
 Presenciaron la escena dolorosa
 De ese ¡no hay más! funesto, nunca hallado
 Entre los yermos de beduin tostado,
 Entre las playas del feroz caribe;
 De ese ¡no hay más! que en rabia eterna vive.
 ¡Oh aniversario de tan negra noche
 Anticipado por tan negro día!
 Tú lo eres de dolor: tú nos ofreces
 Un cuadro, aunque real, triste mil veces
 Más que espectros de enferma fantasía,
 Los fatales momentos
 En que á la voz del infernal caudillo
 El fuego y el cuchillo
 De cadáveres ¡ay! cubría á cientos
 El suelo. ¡Iberos! Ved vuestros hermanos
 Al ciego impulso de asesinas manos
 Caer! ¡Vedlos tendidos en la arena,
 Despedazados, espirantes, yertos,
 En su sangre y el polvo revolcados,

De su sangre y el polvo ya cubiertos;
 Y ved allí también regocijados
 De su triunfo infernal, pechos de rocal
 Ese tropel de tigres carniceros
 Que sólo á la sonrisa abre la boca
 Cuando escucha gemidos lastimeros.
 Tal danza el antropófago á la llama
 Do el bárbaro festín se apresta y clama
 Devorando sus tristes prisioneros.
 ¡Mirad! ¡mirad! ¡oh aniversario! ¡Ah! Sea
 ¡Por mí lo juro ante la luz febea!
 Sea también ¡oidme, castellanos!
 Aniversario de venganza y guerra.
 Dóblese el odio eterno á los tiranos,
 Cual se ha doblado el que en mi pecho ardía;
 ¿Que guerra, más atroz que la venganza,
 Les persiga insaciable hasta la tierra
 Do con su último rayo Febo alcanza?
 ¡Sus, españoles, sus! Blandid la lanza:
 El campo hermoso del honor espera;
 Renaced, al valor y á la esperanza
 En este día fúnebre: volemós
 Á desnudar con mano lisonjera
 Á la alma patria de su negro manto;
 Vestidla joyas y enjugad su llanto.
 ¡En su mano el laurel! ¡Ah! sí; volemós
 Talad, herid; las sombras aplaquemos
 De los héroes de mayo
 Con despojos del bárbaro enemigo,
 Y sus tumbas, que son su eterno abrigo,
 De fresca sombra sin cesar reguemos.
 Así ha de ser, ó si la misma suerte
 Que cortó entonces tan valiente ensayo
 Nos hiere con igual funesto rayo,
 Noble será y vengada nuestra muerte.

DE DON PEDRO JOSÉ PIDAL

PRIMER MARQUÉS DE PIDAL

CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

UNA NOCHE

¡Noche que ansié! Con lóbrega belleza
Hieres por fin mi lánguida mirada:
Parda bandera en el zenit alzada

Tu mano tiende ya.

Del infelice bálsamo suave,
Madre de amor, de plácida dulzura:
Que al sol celebre quien penar no sabe;

Mi voz te cantará.

Mi voz que un tiempo en fervida armonía
Resonaba con cánticos de gloria:
¡Ay! Sólo resta la fatal memoria

Del bien que gocé en tí.

Tu diadema de fulgido diamante,
Ese velo magnífico que ondeas,
Todo recuerda el venturoso instante:

¡Yo todo lo perdí!

¡Olvido! ¡Olvido! Gócese en buen hora
Lejos de mí la pérvida que amaba;
Su nombre sólo en mi laúd sonaba,
Su nombre olvidaré.

Y del lauro la espléndida corona,
Que á su frente solícito ceñía,
Como Noviembre á la fugaz Pomona,
Así deshojaré.

¡Olvido! Que del céfiro sonante
Flébil eco en mi cítara suspire:
El triste pecho su fragancia aspire
Empapada en la flor.

Que de su aroma el mágico beleño

Sobre mi sien su bálsamo derrame:

Cual pasa y muere vagaroso sueño,

¡Que muera así mi amor!

¡Pues qué! ¿Tan sólo en cándida garganta

El bien está y en mórbida cintura?

No: por do quiera la feraz natura

Vertiendo va el placer.

¡Aliento de la armónica ribera,

Murmullo de los árboles frondosos,

Mares inmensos, estrellada esfera:

En vos está el placer!

¡Mirad! Mirad. Elévase al Oriente

El astro de benéfico sosiego:

Raudal copioso de ondulante fuego

Semeja su esplendor.

Miradle arder en la áspera colina;

Vedle inundar el ámbito del polo;

Ved, si su frente á la ribera inclina,

Llenarla de fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido

Un vago son dilátase en la esfera,

Dulce, quejoso, como en tiempos era

La voz de la que amé.

¿Fué un eco de la bóveda estrellada

Que difunde dulcísimo embeleso?

¿Tierno suspiro de la mar plateada?

¿Voz de la selva fué?

¡Mortales! á tan célica ternura

¡Ay! ensanchad el ánimo oprimida;

Torrente inmenso de placer y vida

Os cerca en derredor.

¡Placer! os clama el límpido arroyuelo;

¡Placer! dicen los álamos del valle;

¡Placer y vida! en el zenit del cielo

El astro triunfador.

Mas ¡ay! ¿Por qué una lágrima ardorosa

Se escapa de mi párpado abatido?

¿Por qué en el pecho funeral gemido

Ya pugna por brotar?

¿Por qué, decid, destémplase la lira,

Y enronquece con ásperos lamentos?
¿Por qué en mi labio la palabra espira?

¡Vencistes! ¡oh pesar!

Venciste, sí: tu rígida punzada
Atraviesa mi espíritu doliente:
¡En otro tiempo mi abatida frente

Su mano coronó!

¡Y ora solol ¡Tristísima memoria
Que en mis entrañas bárbara se cebal
En ella estaba mi placer, mi gloria;

Dejóme y feneciól

No: no hay placer. Fatídico silencio
Reina ¡oh noche! en tu fúnebre vacío:
¡Ilusión vana del orgullo mío!

¡Ay! ¡no! no puedo más.

Brillabas cual efímera centella
Cuando duerme en sus cóncavos Eolo;
Él se levanta, y apagóse ella

Para siempre jamás.

DE D. JOSÉ DE CASTRO Y OROZCO

MARQUÉS DE GERONA

PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

SONETOS

I

Á LA RESTITUCIÓN Á SU SEPULCRO DE LOS RESTOS DE GONZALO
FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, EL GRAN CAPITÁN, PROFANADOS DURANTE
LA GUERRA CIVIL

¡Plaza, plaza á las glorias de Castilla!
¡Himnos de honor, espléndidas sultanas!
¡Eclipsense las lunas africanas!
¡Tarfe y Muza, doblad vuestra rodilla!
Así exclamara, y su cabeza humilla
La sombra de Al-Hamar, al ver que ufanas
De Gonzalo las huestes castellanas
Los restos guardan con piedad sencilla.
Dijo, y resuena lúgubre gemido
De la Alhambra en los áureos artesones;
Huye la húrí de su pensil florido;
Rugen en las almenas los cañones,
Y el alto alcázar tiembla estremecido
Y ante el héroe inclinó sus torreones.

II

Á ZORRILLA VISITANDO Á GRANADA EN 1844

Del siglo diez y siete prez y gloria,
Siglo que Apolo presidió jocundo,

Si rival del gran Lope, en lo fecundo,
Sin rival Calderón brilló en la historia.

Monstruos entrambos de inmortal memoria,
Astros que lucen con fulgor profundo,
Oyó sus versos y pasmóse el mundo,
Y del genio español fué la victoria.

¿Se agotó tu vigor, oh España cara,
Al producir abortos semejantes?
¿No han de brillar ya más con luz tan clara

Ingenios en la patria de Cervantes?
—«Escucha y juzga,» respondió Castilla
Y, atrevido rapaz, cantó Zorrilla.

III

CORAZÓN VACÍO

No era el sol: me engañé. La noche dura,
Y otra vez el festín recobra vida.

¿No veis la multitud, de amor herida,
Cual suspira á los pies de la hermosura?

De la orquesta la plácida dulzura
Á lúbricos danzares la convida,
Y resuena la estancia estremecida
Á los gritos que lanza en su locura.

¡Oh, dichosos! gozad: á vuestro lado,
Entre el ronco rumor que al cielo crece,
Un solo corazón tímido, helado,

Marchita flor en el verjel parece:
Él solo aquí repliégase sombrío
Y lento late de placer vacío.

IV

MI AMBICIÓN

Vuele el bravo á la lid, buscando ansioso
Lauro inmortal con que ceñir su frente;
Surquen otros el piélago inclemente
Corriendo en pos de un nombre más glorioso.

Ambicione en secreto el codicioso
 El oro todo que produce Oriente,
 Y el favor del magnate prepotente
 Anhele el cortesano artificioso.

Sigan otros, en fin, cualquier camino
 Que conduzca al poder y á los honores;
 Yo, mi bien, esas glorias abomino;
 Y esclavo de tus ojos vencedores,
 Adorarte y no más es mi destino;
 Mi continua ambición que tú me adores.

V

AMOR Y MISTERIO

¡Silencio, amor, silencio! Nadie vea
 Que sucumbes al fin enamorada:
 De ninguno la paga regalada
 Con que premias mi fe, sabida sea.

Hazme feliz, y mas que nadie crea
 La dicha que me tienes otorgada,
 Que el verla al son de trompa publicada
 Sólo al necio, señora, lisonjea.

Mi pasión es afecto misterioso,
 Que nació al conocerte, y siempre dura
 Ardiente y fiel, pero también medroso:

Evitemos del mundo la censura;
 Y, cual velado sol, tu amor hermoso
 Haga siempre en secreto mi ventura.

DE D. SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

MARQUÉS DE LEMA, DUQUE DE RIPALDA

Y PRÍNCIPE DE SANTA LUCÍA

SONETOS

I

LA NUBE

Del viento airado á la potente saña
Dócil la nube vuela tormentosa,
Y al son del trueno, en ráfaga espantosa
Aborta el rayo su inflamante entraña.

Pero si el sol parece en la montaña
Esa que fuera niebla tenebrosa,
Ora vestida de carmín y rosa,
Del puro cielo en el azul se baña.

Así al soplar de rudos aquilones
Va huyendo mi existencia embravecida,
Juguete vil de bárbaras pasiones.

¡Oh! Brille el sol del ánimo afligida,
Y rompa ardiente en fúlgidos festones
La errante niebla de mi triste vida.

II

TEMPESTAD

Por entre escollos, en mi intento ciego,
Mi frágil nave en soledad perdida,
Por los desiertos mares de la vida
Buscando un mundo, cual Colón, navego.

Mas no entre llanto sonará mi ruego,
 Aunque las vistas del abismo mida,
 Aunque los aires lóbregos divida
 Con roja luz relámpago de fuego.

¡Ah! ¿Qué me importa en la común corriente
 Ir de otro mundo á la remota arena,
 Si alzo á las nubes mi tranquila frente?

Brille de orgullo mi bandera llena,
 Y entren las olas por el roto puente
 Y cruja el viento en la quebrada entena.

III

AL TIEMPO

¿Y no hay refugio ¡oh tiempo! y altanera
 Pasará tu segur en mi garganta,
 Sin que afligida el alma en pena tanta
 Pueda hallar contra ti firme barrera?

No oyes mis quejas: en mi angustia fiera
 El batir de tus alas no me espanta;
 Que aun derribado ya bajo tu planta,
 Luchara ardiente si posible fuera.

¡Ay! Deshecho el timón, quebrado el cable,
 Flotante sobre un piélago enemigo,
 Miserero ruego al abrego implacable:

En vano á su furor busco un abrigo,
 Que hacia el abismo lóbrego, insondable,
 El leño en que me apoyo va conmigo.

IV

FLORES DE UN DÍA

¡Calla, por Dios! Del cántico el sonido
 Tristes recuerdos en mi mente evoca;
 Cada palabra de tu hermosa boca
 Hiere, cual flecha, mi doliente oído.

En lo pasado el corazón perdido,
 Dulce ilusión al escucharte invoca:

Proyectos vanos á mi audacia loca,
Dulces sueños de amor, ¿dónde habéis ido?

Yo no lo sé; pero cansancio inerte
Vuestros odiosos goces me dejaron,
Y ora la ansiada paz busco en la muerte.

Las penas en mi pecho se ensañaron,
Y á las angustias de mi horrible suerte
Los dioses que adoré me abandonaron.

V

Á JULIA

Creceñ dos palmas su ramaje alzando
En orillas opuestas de un torrente,
Sin juntar nunca su follaje ardiente,
Sin unirse jamás, mas siempre amando.

Creceñ, sus frentes tristes inclinando
Hasta que airado el ábrego inclemente
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.

Así también tu suerte de mi suerte
Separa ¡oh Julia! piélago enemigo
Y muero solo y mísero sin verte.

En vano en mi delirio te persigo;
Que en las espesas sombras de la muerte
La tumba sola me unirá contigo.

DE DON MARIANO ROCA DE TOGORES
MARQUÉS DE MOLINS
CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETOS

I

EN LA DECLARACIÓN DE LA MAYOR EDAD DE S. M.
LA REINA DOÑA ISABEL II

Recuerdan dos Alfonsos de Castilla
Las Navas y el Salado á los infieles;
Fernando y Jaime dan á sus corceles
Las flores de Valencia y de Sevilla.

Lanza Isabel á la africana orilla
El pueblo de Cegrfes y Gomeles,
Y en dos mundos recoge los laureles
Mano que no blandió marcial cuchilla.

Hoy al solio de un pueblo levantada
Tierna Princesa, sin temor asciende;
Que si el cetro no es como pesada

Segur, ni azote que á la patria ofende,
Basta á regirlo mano delicada,
Y la mano de Dios que al Rey defiende.

II

EN EL NACIMIENTO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL
TRES VECES PRINCESA DE ASTURIAS

Mantuvo el trono de Isabel segunda
El ángel tutelar de las Españas;

Y su pueblo con ínclitas hazañas
La sima desleal cubrió profunda.

No temas, regia madre, que se hunda,
Cuando el ángel que dieron tus entrañas
Lo guarda, y desde el solio á las cabañas
El llanto de placer la patria inunda.

Quizá revuelve de Isabel la gloria
Tu hija, ó vuelva á insólitos pendones
De Catalina y Blanca la memoria;

Sí; que del polo Sur á los Triones
La española virtud llena tu historia
Cual pasma su lealtad á las naciones.

III

MI DESTINO

Campo estéril, mortífera laguna
Me vió nacer, y la yermada arena
Présago iluminaba de mi pena
Fúnebre rayo de sangrienta luna.

Trueno de muerte me arrulló en la cuna,
Cuando Castilla, al sacudir la ajena,
Forjaba ya la bárbara cadena
Que dió al Corso tirano la fortuna.

Mi primer tierno involuntario llanto
Unióse al llanto de la patria mía,
Y mis ojos lloraron su quebranto.

De entonces miran de la luz del día
Lúgubre antorcha de dolor y espanto
Y amo á mi patria y lloro su agonía.

ROMANCE

LA TOMA DEL HÁBITO DE CALATRAVA

Á LA SEÑORITA D.^a CARMEN DE AGUIRRE SOLARTE

Verdad es que mis mayores
Vistieron la cruz de Alfama,
Cuando con sangre compraron

Los verjeles de la Daya.
 Verdad es que desde entonces
 Adornan sus rojas aspas,
 Si no la casa en que vivo,
 El sepulcro que me aguarda.
 Verdad es que son mis deudos
 Los Borjas y los Zangladas,
 Nobilísimos Maestres
 De aquella milicia sacra;
 Y que cuando el Rey Don Pedro
 Con la hueste castellana
 Quiso asaltar de Montesa
 Las mal guarnidas murallas,
 Un soldado de mi sangre
 Le forzó á volver la cara;
 Y por cierto que corrieron
 Jinetes de Calatrava.
 Todo es verdad, y con esto
 Te pido, Señor, la gracia
 Que esta insignia allí vencida
 Me des por timbre y por gala.
 No porque yo á tus Maestres
 Envidie la estirpe y fama,
 Ni el valor de sus conquistas,
 Ni el tesoro de sus arcas.
 No les tengo por más nobles;
 Que no ceden en prosapia
 Á Girones y Pachecos
 Los Cardonas y Moncadas.
 Ni les envidio el desnudo;
 Que ¡por San Jorgel! aventajan
 Valencia y Murcia rendidas
 Á Córdoba y á Granada.
 Y aunque sobre henchidas trojes
 Encomienda Calatrava,
 En los campos de Montesa
 Crece la poma dorada,
 El puro azahar se respira,
 Y conquistados del Asia,
 El fresco grano y la seda
 Se alimentan en sus aguas.

No se temen ni se envidian
 Estas órdenes hermanas:
 Entrambas son españolas,
 Hijas del Cister son ambas;
 Y si hoy te pido de hinojos
 La cruz de las cuatro espadas,
 Cubre el corazón con ella
 Y escucha en breve la causa.
 Allá en el mar de Lepanto,
 Siguiendo al caudillo de Austria,
 Vencedor ya, fué vencido
 De una cautiva cristiana,
 Tan discreta como bella
 Y tan bella como ingrata:
 Que si recuerdan su nombre
 Los pensiles de la Alhambra,
 Al cabo es flor que entre el hielo
 De la indómita Cantabria
 Tuvo su origen, nacida
 En la obscura Gran Bretaña;
 Y que primero de abrirse
 Al vivo sol de mi patria,
 Del frío y turbido Sena
 Probó las mudables aguas.
 El traje heleno vestía,
 Porque en ella se juntaran
 Toda la pompa de Oriente,
 Todo el donaire de España.
 En el bonete rosado
 Con los recamos de plata,
 Como naciente capullo
 Que cubre de Abril la escarcha,
 Larga borla descendía
 Sobre su ebúrnea garganta,
 Cual torrente cristalino
 Sobre la nieve del Atlas;
 Y de su pudor emblema,
 Al diestro lado asomaba
 Una rosa, medrosilla
 De ver hermosura tanta;
 Y dos trenzas se desploman

Sobre la nevada espalda,
 Negras ¡ay! como mis celos,
 Largas como mi esperanza.
 Las telas de cachemira
 Su esbelta cintura abarcan,
 Como el rosal de Borneo
 Ciñe la soberbia palma;
 Y el albor de su vestido
 Y el rosado de su falda
 Y el velo como la nube
 Que descende á la montaña,
 En medio de aquel estruendo
 Me recuerdan ¡ay! mi patria,
 Cuando Dios ríe á sus valles
 Al despuntar la mañana.
 ¡La fe, la patria, el amor!
 Triple incendio que levanta
 En mi corazón llagado
 El rayo de su mirada.
 Sí; porque es modesta y pura,
 Cual nuestra fe sacrosanta;
 Penetrante, viva, ardiente,
 Como el sol de nuestra España;
 Mirada que amor respira,
 Que la voluntad quebranta,
 Que es, para decirlo todo,
 Vivo reflejo del alma.
 Un año habrá que la sirvo
 Con tan pertinaz constancia,
 Que al cabo, al cabo confiesa
 Que debe estarme obligada.
 Un día, para probarlo,
 Me mostró esa cruz de grana,
 Menos roja que sus labios
 Y por su mano pintada.
 Y aún recuerdo que me dijo:
 —«Buen caballero, tomadla,
 Cual memoria de un afecto
 Que amor no inquieta ni mancha.
 Esta insignia que prefiero
 De las órdenes hermanas

Es de nuestro afecto emblema
Por lo noble y por lo santa.»—
Por ende yo te demando,
Buen Comendador, la gracia
Que la pongas en mi pecho,
Puesto que sabes la causa.
Haz que me calcen la espuela,
Y que me ciñan la espada,
Y que el hábito me vistan
Que habrá de ser mi mortaja.
Y así latirá contento
Mi corazón, pues alcanza
El llevar hasta la tumba
La memoria de mi amada.

DE DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

MARQUÉS DE VALMAR

MAYORDOMO Y GENTILHOMBRE DE SS. MM. D.^a ISABEL II,
DON ALFONSO XII, LA REINA REGENTE D.^a CRISTINA DE HAPSBURGO
Y EL REY D. ALFONSO XIII

EN MEDIO DEL ATLÁNTICO

Emblema fiel de la soberbia humana
Sigues, pobre bajel, tu rumbo audaz;
Y eres, aunque gigante y poderoso,
Punto perdido en el inmenso mar.

En tu ciencia y tu arrojo no confíes,
Ni en tus alas de lona y de metal
Si te deja de Dios la augusta mano,
¡Ay de la nave que arrogante val

Que Él no te salve del oculto escollo,
Ni del rayo en la recia tempestad,
Ni al incendio que llevas en tu seno
Límites ponga y freno al huracán;

Y el insondable abismo de los mares
Bajo tu quilla errante se abrirá,
Y en vez de nave osada y ostentosa
Féretro inmenso y lúgubre serás.

Exhalarán los míseros que llevas
El ¡ay! horrible del postrer afán;
Voz de la muerte, aterrador gemido
Que ningún ser humano escuchará.

Casi al instante en remolino undoso
Las inconstantes olas bramarán;
Y ¿quién el lance infausto sospechara
Del golfo al ver la aleve majestad?

Á veces son las apacibles ondas
De estragos mil la máscara falaz,
Cual suele en labio femenil la risa
Ser de impostura y de traición señal.

Así es del mundo: afectos y memorias
Borra del tiempo el ímpetu voraz;
Si á la espléndida nave el mar sepulta,
¿Quién en mi oscuro nombre pensará?
Sobre algún rostro de mujer... ¿quién sabe?
Lágrimas solitarias rodarán;
Pero ¡ay! del mundo halagador el soplo
Pronto el divino llanto secará!

Á bordo del steamer anglo-americano *Franklin*, 15 de Mayo de 1854. (1)

(1) Naufragó al siguiente viaje.

DEL MISMO MARQUÉS DE VALMAR

SONETOS

I

LA FRÍVOLA Y LA MODESTA

No lo puedo negar: hermosa eres;
Con tu esplendor la vista se alborozar;
Pareces, reclinada en tu carroza,
La diosa del contento y los placeres.

Mi Elena no da envidia á las mujeres,
Ni altiva y vana en dominar se goza;
Con falso amor las almas no destroza;
Vive en la soledad, donde tú mueres.

Tú sirves al deleite, ella al ejemplo;
Ella ve flores donde ves abrojos;
Tú eres luz al festín, ella del templo.

Tú brindas la tormenta, ella la calma;
Tú hablas sólo al orgullo y á los ojos,
Ella cautiva para siempre el alma.

II

UBIARCO EN LA COSTA CANTÁBRICA

Á DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Rudo breñal, no mágicos alcores,
Ves de este monte en el abrupto seno;
Bruma, en lugar de resplandor sereno;
Árgomas tristes, en lugar de flores.
No oyes la voz de amantes ruiseñores,

Ni dulces cantos en pensil ameno;
Dios habla sólo en el fragor del trueno
Y en el furor de vientos bramadores.

Pero estos riscos, donde el mar se estrella,
Donde nada hay risueño ni suave,
Con su hechizo inmortal el cielo sella.

Blanda ó terrible, misteriosa ó grave,
Naturaleza es siempre grande y bella
Para el que amarla y comprenderla sabe.

III

LA AURORA DE AMOR

Pensativa las aguas bullidoras
Contemplabas con rostro indiferente,
Sin advertir siquiera en la corriente
La imagen de las gracias que atesoras.

De esa vaga inquietud la esencia ignoras;
Mas dicen claro el suspirar doliente,
Los mustios ojos, la nublada frente,
Que ya llegaron del amor las horas.

Lo sé; no amas á nadie: todavía
No arde en tu cielo cándido y risueño
El astro de tu llanto y tu alegría.

Amas sólo al amor: del alma dueño
Luego hallarás, y cobrará algún día
Terrestre forma tu celeste sueño.

IV

EL FILÓSOFO ATEO

Ciego de orgullo está: no alcanza á ver
Lumbre del cielo en su razón brillar:
Cuando eternas verdades quiere hallar,
Ni á sí propio se puede comprender.
¿No ve del cielo y tierra todo ser

La existencia divina palpar?
¿No es Dios luz y consuelo? Creer y amar,
¿No es mejor que dudar y aborrecer?

Lucha es tenaz su mísero vivir:
Se juzga en su arrogancia semidiós,
Y del cielo la voz no sabe oír;
Jamás iré de su delirio en pos:
Yo quiero, como es justo, en paz morir,
Con la mano en la cruz y el alma en Dios.

DE DON JOAQUÍN IGNACIO MENCOS

Y MANSO DE ZÚÑIGA

BARÓN DE BIGÜEZAL, CONDE DE GUENDULAIN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL TRONO Y EL PUEBLO

¡El trono y el pueblo! ¡Seductores nombres!
¿Qué sois? Genios de muerte,
Enseñas enemigas de los hombres;
Títulos del más fuerte;
Velos de la opresión, mantos de luto:
Tarquino vistió el uno, el otro Bruto.
¡El trono, el pueblo! Lúgubres sonidos,
Palabras dolorosas;
Ellos valen cien siglos de gemidos
De huérfanos y esposas;
Mares de sangre, piélagos de llanto,
Edades de dolor, sombras de espanto.
¡El trono! ¿Y qué es el trono? Un breve asiento
Del poder victorioso;
Las tumbas establecen su cimiento;
La espada su reposo;
La humana vanidad hace su nombre;
El orgullo su altar, su Dios el hombre.
¡El pueblo! ¿Qué es el pueblo? Nombre vano,
Fantasma engañadora,
Fugaz, como en las noches de verano
Chispa que se evapora;
Ambiente, átomo, luz, vapor, ensueño,
Amo y siervo á la vez, súbdito y dueño.
¡El trono! ¡Vanidad! Por él la vida,
Las penas, los dolores;
Por él la paz y la amistad perdida,

La dicha, los amores;
 Él roba el hijo al paternal halago,
 Y lo lanza á la muerte y al estrago.
 ¡El pueblo! Monstruo acéfalo tremendo,
 Maldice á los tiranos,
 Y su puñal despótico esgrimiendo,
 Oprime á los hermanos:
 Voluble como el mar, vaga á la suerte;
 Tributa odio al vencido, incienso al fuerte.
 ¡El trono, el pueblo! Sus fantasmas vanas
 Brotan siglos de guerra,
 Y con capas de víctimas humanas
 Engrandecen la tierra:
 Banderas de terror fueron sus nombres,
 De mengua y de baldón para los hombres.
 Arde el saber, y la virtud se asienta
 Sobre el poder violento,
 Ve su luz el mortal, goza y alienta,
 Y se postra á su acento:
 ¡Almo saber! Tú salvas los humanos
 Y al trono con el pueblo haces hermanos.

CANCIÓN

Á LA QUE VI EN EL TEMPLO

Unos cantan desvíos,
 Otros cantan amores;
 Ora celos impíos,
 Ora risas y flores;
 Y corcnan su lira
 Con el mirto amoroso,
 Que las ansias inspira
 Del amante anheloso;
 Y mi acento celebra la hermosura,
 Postrada ante el altar, cándida y pura.
 Era bella, y su frente
 De alabastro y de rosa
 Rompía refulgente
 La sombra misteriosa;

Como cándida nube
 Que en la plácida tarde
 Desde el piélago sube
 Y entre ráfagas arde;
 Que el altar, fuente de la luz, envía
 Último rayo al espirar el día.

Y sus lánguidos ojos
 Á los cielos alzaba,
 Y entre sus labios rojos
 La oración susurraba;
 Como el aura suave,
 Que revuela entre rosas;
 Como surca la nave,
 Las aguas silenciosas;
 La oración pura que al Olimpo llega
 Y nunca en vano al Sempiterno ruega.

Y su manto de gasa
 La velaba hasta el suelo,
 Como niebla que pasa
 Por delante del cielo;
 Y su esbelta figura,
 Como estatua de vida,
 En la atmósfera oscura
 Se mostraba perdida;
 Como una chispa entre la sombra densa,
 Como una estrella en la techumbre inmensa.

Los mortales en vano,
 Con impúdico anhelo,
 De aquel ángel humano
 Contemplaban el cielo;
 Que su pura mirada,
 Su ruego edificante,
 Como flecha lanzada
 Por el arco tirante;
 En vano el hombre detener intenta,
 Que sólo ansia de Dios su pecho alienta.

Y la vi levantarse
 De la pálida losa,
 Y á los hombres mostrarse
 Como el alba de hermosa;
 Y la vi por la calle,

Que marchaba modesta,
Como flor en el valle
Que se oculta en la siesta;
Y perderse á lo lejos, no sé dónde,
Como en el aire el águila se esconde.

DE D. JOSÉ LUIS ALFONSO
MARQUÉS DE MONTELO

AL SEPULCRO DE WASHINGTON

SONETO

En la ribera amena y floreciente
Que va besando el Potomac callado,
Se descubre á lo lejos un collado
Coronado de pinos la alta frente.

El genio tutelar del Occidente
Reposa allí, de gloria circundado;
Y saludar ansiando aquel sagrado
Acerqueme con planta reverente.

Mas ¿dónde están, clamé, las inscripciones
Que en bronces mil su patria le debiera?
Y respondió un acento sobrehumano:

«No ha menester el héroe más blasones;
La libertad grabó más duradera
Su memoria en el pueblo americano.»

DEL MISMO MARQUÉS DE MONTELO

HIMNO

Á ITALIA EN 1831

Alza, Italia, la frente radiante
Del oprobio en que yaces sumida,
Recupera tu gloria perdida
Y renueva el marchito laurel.

Sal al campo; á la lid sanguinosa
Con tu antiguo valor te abalanza,
Blande fiera la espada y la lanza,
Duro embraza y bruñido el pavés.

Que la tierra condena tremante
De tu sueño cobarde la afrenta,
Y rugiendo la más turbulenta
Te amenaza irritada y hostil.

Y en las cumbres nevosas del monte,
Cuando reina la noche, se miran
Pavorosas fantasmas que giran,
Y se siente profundo gemir.

De tus héroes antiguos, gloriosas
Son las sombras, que vagan airadas;
Que dejaron sus tumbas holladas
Por extraño sacrílego pie.

Misteriosa su voz en los aires
Cual rumor belicoso se escucha,
Que á tus hijos excita á la lucha
En que deben morir ó vencer.

«¡Oh, vosotros, les dice, que vanos
Os llamáis descendientes de Bruto,
Y cobardes sufrís el tributo
Que os impone extranjera nación;

»¿Á dó está de sus ínclitos hechos
Y virtud la sagrada memoria?
¿Dó el puñal y el laurel y la gloria

Que á la patria muriendo legó?

»¿Sois acaso señores del suelo
Donde reina perenne verdura,
Donde pródiga quiso natura
Que primero miraseis el sol?

»Ni riqueza, ni honor, ni aun la vida
Vuestras son: y los huesos sagrados
De los ínclitos padres amados
Pertenece al fiero agresor.

»La cerviz levantad abatida
Bajo el peso del yugo inhumano,
Y el acero vibrando la mano
Corte ya la cadena servil.

»Que la Italia en unión poderosa
Una sola nación de hoy más sea,
Que dichosa, que libre se vea:
¡Italianos, volad á la lid!»

Tal dijera, y al punto resuenan
De la trompa guerrera los ecos,
Que repiten los cóncavos huecos
De Apenino y las rocas del mar.

Ya ardoroso doquiera se siente
De las armas confuso estruendo,
Y ya en torno al caudillo, corriendo,
Los patriotas juntándose van.

Es Menotti: su voz elocuente
De la patria los males lamenta;
Á los tímidos alza y alienta,
Á los bravos confianza les da;

Y con noble valor generoso
Los conduce á segura victoria,
Ó á la muerte si es muerte la gloria,
Sola enseña de la libertad.

ODA

Á CONSTANTINO Y JORGE MAUROMICALES

La Grecia belicosa,
Madre fecunda de ínclitos guerreros,
Sufriendo ignominiosa
Por tres siglos enteros

La torpe huella de enemigos fieros,
 Su clara antigua gloria
 Con que venció del Persa la pujanza,
 Y su inmortal historia
 Tan llena de alabanza,
 Olvidaba cautiva y sin venganza.
 Mas ya retumba el grito
 Del heroico Ipsilante con la Helada,
 Quien al duro conflicto
 La llama denodada
 Armado de la cruz y de la espada.
 Y la hueste guerrera,
 Resonando la trompa voceadora,
 Camina ya ligera
 Bajo la triunfadora
 Señal del Redentor, que su fe adora.
 El Lábaro sagrado
 La esperanza sostiene y el coraje
 De los que se han lanzado
 Del bárbaro linaje
 Á sacudir el yugo y el ultraje.
 ¿Quién hará resistencia
 Á los que por su patria y sus altares,
 Por su propia existencia,
 Por sus queridos lares,
 El acero empuñaron á millares?
 Arrójase á la lucha
 Toda edad, todo sexo, sin recelo;
 Sólo una voz se escucha:
 Todos juran al cielo
 Perecer ó triunfar en aquel duelo.
 En vano el Ismaelita
 Hierre, mata, destruye, incendia y tala
 Mayor furor concita;
 Mas ira el griego exhala,
 Más triunfos y más glorias acaudala.
 Ni tregua, ni reposo:
 El bárbaro ya paga con setenas
 Las que al pueblo famoso
 Causara horrendas penas,
 Bajo el rigor atroz de las cadenas.

Á vosotros, los fuertes,
 Generosos caudillos, cuya espada
 Entre horrores y muertes,
 Vencedora y osada,
 Libertó vuestra patria esclavizada;
 ¡Mil y mil veces glorial
 ¡Gloria á vosotros, cuya erguida frente
 El halo de victoria
 En torno refulgente
 Cifre y corona de laurel luciente!

Del Taygete sombrío
 Dominó vuestro brazo la alta cumbre,
 Testigo de aquel brío
 Que trajo á mansedumbre
 De enemigo la fiera muchedumbre.

Y de Eurotas resuena
 La corriente sangrienta y espumosa,
 De vuestra fama llena,
 Tan noble y gloriosa,
 Y al soberbio otomano tan costosa.

Del Osmanlí enemigo,
 Cumplido y consumado el escarmiento,
 Volved ora al castigo;
 Volved sobre el cruento
 Tirano, de tiranos instrumento.

Mas ¿quién la tiranía
 Que el fementido Dictador patricio
 Con falacia imponía
 Al suelo natalicio,
 Derrocó en el profundo precipicio?

¿Quién, sino los varones
 Que en la ruinosa Esparta levantaron
 Los antiguos pendones,
 Y ¡Libertad! gritaron
 Y perdición al opresor juraron?

¡Gloria, Mauromicales,
 Á vuestro nombre ilustre y fuerte mano!
 ¡Gloria á vuestros puñales,
 Del príncipe espartano
 Valiente prole y denodado hermano!
 ¡Loor á Constantino

Que por la patria pereció primero,
Y á tí, Jorge divino,
Que moriste postrero,
Dejando al mundo ejemplo duradero!

Como los Ateneos,
Divo Aristogiton y Harmodio osado,
Que en los Panateneos
Con aliento esforzado
La muerte dieron al tirano odiado;

Vosotros con nobleza
El sacrificio hicisteis de la vida
Al honor y grandeza
De la patria querida,
La libertad volviéndole perdida.

Y así la generosa
Hazaña vuestra, heroica y señalada,
Haciendo gloriosa
Vuestra memoria amada,
Será en la Grecia libre eternizada.

DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO
RESTAURADOR Y CANCELLER DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA
CABALLERO DEL TOISÓN DE ORO, DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

I

¡CIERRA, ESPAÑA!

CANTO DE GUERRA CON OCASIÓN DE UN INSULTO INFERIDO EN NUEVA
ORLEANS Á NUESTRA BANDERA

¿No ves, España, que á la opuesta orilla
Del mar que en Cádiz te saluda undoso,
Del vulgo rumoroso
Feroz turba te humilla?
¿No ves?... Acaso ahora
Colón abre su tumba, y á la cumbre
Del Morro vuela, y tu pendón ocioso
Blandiendo allí del sol á la vislumbre,
Grita: ¡Isabell! ¡Castilla!
Mas ¡ay! clama á deshora,
Que la brisa no encuentra ya tus velas,
Ni agita por doquier el mar la prora
De tus viejas tronantes carabelas.

¡Oh! ¿Qué tardas, qué tardas, madre mía,
Patria fecunda en pechos valerosos?
Nunca la afrenta fría
Te halló, ni el son de la guerrera trompa.
Los troncos de los árboles frondosos
Súbito el hacha rompa,
Y en polvorosa pompa,
Del monte rueden á vestir tus aguas;
Y al hondo son de las hirvientes fraguas
El metal en tus peñas escondido,
Cual líquido raudal corra encendido:

Y á la venganza apresta que te inspira
 El brazo no vencido,
 Armas y naves y tremenda ira.
 Mira cómo pasea
 El ojo avaro por la playa hermosa
 Que tu rico blasón enseñoarea,
 Si infiel á Dios, al beneficio ingrata,
 La hueste licenciosa
 De tus contrarios en atroz caterva;
 Ni tu bajel pirata
 La tierra más incógnita y medrosa
 Hallar supiera amiga;
 Ni ellos, fruto fatal de planta acerba,
 Reposo al pie encontraran vagabundos,
 Si de tus hijos la inmortal fatiga
 No les abriera por asilo un mundo.
 ¿Y anhelan hoy, traidores,
 Con mano impune desatar los lazos
 Que á Cuba forman tus maternos brazos?
 ¿Y coronar pretenden su grandeza
 Con el lauro postrer de tu cabeza?
 ¡Ay! ¿Qué tardas? ¡Al mar! Sobre la entena
 Suelto vague á la brisa el ancho lino,
 Y atrás dejando la natal arena.
 Las alas den á tu furor camino.
 ¡Harto, nación valiente,
 Regó tu suelo sangre fratricida!
 Hora te vuelve á la extranjera gente
 Que á lides te convida;
 ¡Sus! ¡Sus! Que nunca el brazo armipotente
 Rinda al cansancio ó la mortal herida,
 Ni cese hasta vencer, por mar y tierra,
 La antigua voz de ¡Cierra, España, cierral

II

SONETO

Á FRANCIA, CON MOTIVO DE OCUPAR EL TRONO DE SU IMPERIO
LA CONDESA DE TEBA, EUGENIA DE GUZMÁN

Flor es nacida en los amenos huertos
Que plantaron los árabes señores,
Donde Dauro, al pasar, convierte en flores
Los escombros de alcázares inciertos.

Si están tus ojos al placer despiertos,
Disfruta de su luz y sus colores,
Ya que al cesar los cívicos furores,
Te la dieron de amor dulces conciertos.

Mas si nueva tormenta y ronca fraguas
Con que encender el mundo en vasta pira,
Las dulces flores sin piedad quemando,
¡Ay! torna ¡oh Francial! tórnala á las aguas
Y al aire en que meció su cuna: mira
Que la Alhambra feliz la está esperando.

III

Á S. M. LA REINA D.^a ISABEL II EN SU VIAJE Á MÁLAGA

No aquí, señora, su inexhausta fuente
Da al mar el Rey de ríos cristalino,
Ni labró en artificio peregrino
Palacio ó templo aquí bárbara gente.

Montes azules á la luz poniente,
Verde llano y angosto al mar vecino,
Naves que buscan su fugaz camino,
Y el humo de las máquinas hirviente;

Eso hallaréis, á par que reclinada
En su sierra, de pámpanos vestida,
Ó sus torres de fábrica moruna,
Una ciudad espera entusiasmada,
Que si en beldad pudiera ser vencida,
Ni en amor ni en lealtad cede á ninguna.

IV

ROMANCE

Á PROPÓSITO DEL MATRIMONIO DE LA INFANTA D.^a MARÍA DE LA PAZ

En esas campiñas verdes
Que el Rhin orgulloso riega,
El aire azotó algún día
Las españolas enseñás
Que sobre colores varios
Aspas cruzaban sangrientas,
Herencia de Carlos Quinto
Hasta allí guardada ilesa.
No de la Alemania en daño,
Que al Papa rinde obediencia,
Sus banderas y arcabuces,
Las largas picas enhiestas,
Los viejos tercios de Italia
Trajeron en son de guerra;
Ni al descender de los Alpes
Con el gran Duque de Fera,
Ni cuando el Prelado Infante,
Mal contento con la Iglesia,
Guió de sus escuadrones
Las ordenadas hileras
Á los campos de Nordhingen
Contra la hueste proterva:
De Nordhingen, gran Señora,
Del palacio aquel bien cerca
Donde en feliz himeneo
Conlleváis la patria ausencia;
Y ¡oh, cuántos recuerdos, cuántos
Cabe su recinto encierra,
Para entusiasmar, sin duda,
Un alma como la vuestra,
De mujer y de española,
De príncipe y de poeta!
Preguntad allá sin miedo
Lo que de los vuestros cuentan,
Que aunque la fama no siempre

De justicia es mensajera,
 Sé yo que en esta ocasión
 Os ha de dar buenas nuevas
 Del Infante, de los tercios
 Y de su dichosa empresa.
 —«Aquí, señora, os dirán,
 Veís la colina y la selva
 Que sepulcros rojos fueron
 De la audaz milicia sueca.
 Polvos pisáis de soldados,
 Rayos puros de la guerra,
 Que pasaron cual vos misma
 Sus tempranas primaveras
 Donde pronto el Manzanares
 Se bebe su ardiente arena,
 Y cerca del padre Tajo
 Que á Aranjuez, por hijo, besa;
 Cuando no orillas del Ebro
 Y al pie del muro de sierras,
 Que tantos y más que riscos,
 Recios varones engendran;
 Ó ya del Miño frondoso
 En las pobladas riberas,
 Ó donde su gran Sevilla
 El Guadalquivir ostenta.
 Aquí las tudescas lanzas
 Con austriacas banderas,
 También su poder probaron
 En la larga lid horrenda;
 Mas nunca negaron, nunca,
 Que los valientes no niegan
 De amigos ni aun de adversarios
 Las militares proezas,
 Cuanto al Infante debieron
 Y cuanto á la gente vieja,
 Que tanto tiempo de España
 Mantuvo en pie la grandeza.»
 Hoy, Señora, ni en las armas
 Es ya tal la gloria nuestra,
 Ni dar de amistad podremos
 Á Alemania iguales pruebas;

Pero mucho que las damos
 Con daros á vos, Princesa,
 Paz en el nombre y de paz
 Dulce y perdurable prenda.

V

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII EN EL FALLECIMIENTO DE LA REINA
 D.^a MERCEDES

Señor, si lo sufriese mi respeto,
 Con vos me comparara,
 Que años hace que yo guardo secreto
 Dolor como el que nubla hoy vuestra cara.

Mas si algo por igual Dios nos envía,
 Sin duda que es el llanto;
 No os maraville, pues, que por la mía
 Mida la pena que os aflije tanto.

¡Qué soledad, señor, la gente muerta
 En el que vive dejal

¡Con cuánto enojo ve que todo inerte
 Se está ó parece mientras él se quejal

¡Qué soledad la de las negras horas
 Que alarga el sueño ausente!

¡Y cuán tristes asoman las auroras
 Para el que á solas respirar se sientel

Ya no está allí la sin ventura hermosa,
 Y amor la llama en vano,
 Que guarda el hoyo obscuro en que reposa
 Silencio eterno, de la muerte hermano.

¡Oh! ¡Pasad, esperanzas malogradas
 De un pueblo sin fortuna!

¡Pasad, porque sus nubes apiñadas
 No sufren rayos de apacible luna!

Á solas ya seguís vuestro camino,
 Señor, y es entereza
 Conque á mostraros digno del destino
 Dios, que tan grande os lo fiara, empieza.

No os traigo, en tanto, aquí ningún consuelo;
 Lloro con vos y callo;
 Que si hay palabras para tanto duelo,
 De mí sé yo decir que no las hallo.

DEL TENIENTE GENERAL
DON ANTONIO ROS DE OLANO
MARQUÉS DEL GUAD-EL-JELÚ

SONETOS

I

EL VARÓN JUSTO

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
Él quiso relegarlas al olvido,
Y ellas empozoñaban sus entrañas.
Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su choza y olvidar su ejido
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.
Mas al recto varón que honró la historia,
Sin codiciar fortuna envilecida
Ni envidiar de los Césares la gloria,
Un apartado albergue le convida
Á esperar, sin tormento en la memoria,
La breve muerte de su larga vida.

II

EL NIDO DEL RUISEÑOR

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiñeñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia.
¡Como el verde follaje y la fragancia
Celoso, ufano, amante, requerido,

Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia!

Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera, huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna.

Y en esta soledad el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

III

EL AMOR DE LA ALDEA

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,
Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles meneas,

Y al volver de mi rústica tarea,
Ora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,

Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar, como centella, por los montes;
Pasar, como relámpago, el poblado;

Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes
Sentir la nada al abarcar el mundo.

IV

EL TEMPLO DE LA NATURALEZA

¡Santa naturaleza! Yo que un día,
Prefiriendo mi daño á mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura,
Por la ciudad donde el placer hasta;

Vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende, y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En tí la eterna juventud reparte,
Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes
Y tus ojos los anchos horizontes?

DE D. IGNACIO JOSÉ ESCOBAR
PRIMER MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS, GENTILHOMBRE DE CAMARA
DE S. M. Y DEL CONSEJO DE ESTADO

CANCIÓN

Adiós: la nave rápida
Tiende su blanca lona;
Murmura entre los mástiles
La brisa juguetona:
Ella en sus alas diáfnas
Te llevará este adiós;

Adiós, que de lo íntimo
Del corazón doliente,
Arranca el que sin término
Te idolatró vehemente;
Porque eres tú la única
Que amé de corazón.

Me alejo, y ni una lágrima
Habrá por mi memoria,
Ni un suspiro de lástima
Abreviará la historia
Del triste amante crédulo
Que en el amor fió.

Y en tanto, ¡oh blanca sífide!
¡Alma del alma mía!
Tu imagen en mi ánimo
Más labra cada día;
Porque eres tú la única
Que amé de corazón.

¡Boga, mi barca; llévame
A incógnitas regiones;
Surca las olas férvidas
En busca de emociones,
Que ahoguen con sus ímpetus
Mi bárbaro dolor!

Mas ¡ay! que aunque huya rápido,
¿Quién mata el pensamiento
Que con la ausencia aférrase
Con torcedor tormento?
¡Porque ella fué la única
Que amé de corazón!

Pasad, sombras purísimas,
De antiguas bienandanzas;
Pasad, dulces imágenes:
¡Murió ya mi esperanzal
Que es ella, ella la única
Que amé de corazón.

DEL TENIENTE GENERAL
DON FEDERICO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN
MARQUÉS DE SAN ROMÁN

SONETO

EL KABILA

En el fragor de la tormenta fiera
Y del trueno á los ecos estridentes,
Brotó de los peñascos y torrentes
Monstruo de racional y de pantera;
Sin Dios ni Rey, tremola su bandera
Del Atlas en las cumbres eminentes
Y en sus rudas y cóncavas vertientes
Su omnipotente voluntad impera.
Nuevo Centauro indómito y bravío,
Por la espesura cauteloso avanza
Envuelto en su fantástico ropaje;
Mas afrontando con sereno brío
El español su pérfida asechanza,
Huye espantado el bárbaro salvaje.

DE DON FRANCISCO GARCÉS DE MARCILLA

BARÓN DE ANDILLA

X ODA

Á PANTICOSA

¡Seguid! ¿No la veis cómo risueña,
Ligera cruza el silencioso valle
Al rumor del raudal que se despeña?
¿No veis á una mujer de airoso talle
Pisar las sierras como leve pluma,
Mostrando en su semblante
Hojas de rosas sobre blanca espuma?
Seguidla por el valle y por el lago,
Y si escucháis un delicioso acento
Que gratitud rebosa,
Es que ella cuenta su ventura al viento,
Que saluda feliz á Panticosa.

Así, entre la armonía
Que forman sus torrentes, cuando el velo
Tiende la noche al sol que alumbra el día,
Su voz al viento placentera envía:
—¡Salud! rico diamante
Que engarzó el cielo en nacaradas perlas,
Mina preciada que oscurece al oro,
Sierra encantada, pálidas montañas
Que albergáis un tesoro,
Manantial de salud en las entrañas;
Decidme: ¿conocéis á la que un día,
Imagen de la luna que ora lanza
Su tibia luz, gemía
Puesta en Dios y en vosotras la esperanza?
¿La conocéis? La que á dejar su tierra
Sintiéndose cercana,
Subía lentamente por la sierra

Pálida y sin aliento
 En busca de una ráfaga de viento;
 Y cruzaba este valle como sombra
 Lívida y moribunda, y en su frente
 Sentía arder la fiebre abrasadora,
 Y velaba una luna y otra luna,
 Más débil y más triste cada aurora?
 ¿Os olvidáis cuando en la mente mía,
 Orillas de este lago,
 Soñaba en la salud mi fantasía,
 Y al buscar con la vista en los cristales
 Del blanco cisne la nevada pluma,
 Mi pálido semblante descubría
 Y de espanto y de horror me estremecía?
 »Conocísteis mi voz, que vida al cielo,
 Vida sola pedía,
 Cuando agobiaba el pecho la congoja,
 Sintiéndose agostar, cual flor marchita
 Que ve el viento llegar que la deshoja;
 Como trémula luz que en su agonía
 Oye ya el huracán que el cielo envía?
 ¡Oh! ¡La enferma paloma
 Que el vuelo entonces levantaba apenas
 Ya es águila que rauda cruza el viento,
 Que ha trocado en placer sus tristes penas,
 Que la salud preciosa
 Tiñe su frente en tintas de azucenas
 Y sus mejillas con matiz de rosal
 Altas montañas con eterna nieve
 Y sonoras cascadas
 Con cuya melancólica armonía
 Duerme la luna y se despierta el día;
 Pirámides de hielo;
 Manto eterno de plata
 Que el hombre ostentas el poder del cielo;
 Recinto hermoso donde el mal se calma;
 Donde halló un ángel la dolencia mía,
 ¡Sin fin será la gratitud del alma!
 »Por tí me es grato el viento;
 Por tí la luz del sol; por tí las flores;
 Por tí del ave el canto;

Por tí el mundo recobra sus colores:
Que al afligir el cielo á sus mortales
Te hizo ¡oh valle feliz! nueva piscina
Donde halla el hombre término á sus males.»

DE DON MIGUEL DE CÁRDENAS Y CHAVES.

Marqués de San Miguel, Gentilhombre de S. M. la Reina
Doña Isabel II.

SONETOS

I

AL RESTAURADOR DE LA POESÍA CASTELLANA DON JUAN
MELENDEZ VALDÉS

Del Tormes cristalino en la ribera,
Coronada la sien de hermosas flores,
El deleite, la paz y los amores
Cantaba con su lira plentera;
Suspendió su raudal la lisonjera
Fuente que murmuraba sus loores,
Y suspensos y alegres los pastores
Danzaban por el valle y la pradera.
Tras larga noche de silencio y duelo
En el parnaso ibero la alegría
Con su inspirado acento derramaba;
Tendió su musa el generoso vuelo,
Y con himnos ardientes de armonía,
Nueva senda á los genios señalaba.

II

AL ILUSTRE ESPAÑOL D. MELCHOR G. DE JOVELLANOS,
MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA Y CORREGENTE DE ESPAÑA
EN LA JUNTA CENTRAL DE 1808

En su serena faz resplandecía
De la austera virtud la lumbre pura,
Y al poder, la venganza y la impostura
Armada con su escudo resistía.

El noble patriotismo en su alma ardía,
Y en momentos de espanto y amargura,
Superior á la humana desventura,
Á la opresión francesa se oponía.

Sócrates nuevo, en torno de su frente
El verde lauro le ciñó Minerva;
Cantó sus triunfos la española gente;

Y su nombre en los fastos de la historia
Vencedor de los tiempos se conserva,
Lustre del siglo y de la patria gloria.

DE DON MIGUEL MARÍA JALÓN
MARQUÉS DE TORREORGAZ

ESTROFAS

EL DOS DE MAYO DE 1808

En dos pedazos se divide el orbe,
Dos cabezas audaces lo sustentan:
César sostiene la opulenta Roma;
Nacido bajo el polvo de los tronos
Napoleón al occidente doma.

Envuelto con el manto de cien reyes,
Del mundo antiguo sucumbió el tirano;
En una roca por la mar partida
Bajo un cielo de nubes empañado,
El águila imperial perdió la vida.

La eternidad encubre ambos colosos.
Sobre las tumbas la venganza calla.
¡Enmudezcol La historia no perdona.
En ella todo existe. No hay pasado,
Y hombres, siglos y acciones eslabona.

Hoy tus páginas abre ¡oh pueblo ibero!
Y en sangre tintos tus anales muestras;
Yo no quiero contar la triste historia;
Arrancaré las flores de sus tallos
Y el carro adornaré de tu victorial

DE DON ENRIQUE REMÍREZ DE SAAVEDRA

MARQUÉS DE AUÑÓN, DUQUE DE RIVAS

SONETOS

I

EN LA TEMPRANA MUERTE DE S. M. LA REINA D.^a MARÍA
DE LAS MERCEDES

Todo júbilo ayer, todo alegría,
Cuando al pie del altar, pura y hermosa,
De luz los ojos y la faz de rosa,
Noble princesa á nuestro Rey se unía.

Todo ventura: la discordia impía
Doquier cesaba tras la lucha odiosa,
Y sobre el trono la adorada esposa
Como el iris de paz resplandecía.

¡Ay, el encanto disipóse en brevel
¡La que era gala del hispano suelo,
Robóla á nuestro amor la parca alevel

Mas ¿qué digo? Era un ángel, tendió el vuelo,
Y un momento no más la planta leve
Pisó en el trono para alzarse al cielo.

II

Á S. A. R. LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA D.^a MARÍA ISABEL

Al expresar, altísima señora,
La viva admiración que por vos siento,
No temo que mi libre pensamiento
Se tilde de lisonja engañadora.

¿Quién de ese hermoso corazón ignora
La piedad y patriótico ardimiento?
Del arte sois inspiración y aliento

Y dulce madre del que sufre y llora.
 Cual fresco y puro manantial que el ave
 Busca en la sombra de floresta amiga,
 Paz y amor difundís; mas ¿quién no sabe
 Que hada celeste sois que el bien prodiga,
 Si no hay pecho infeliz que no os alabe,
 Ni humano corazón que no os bendiga?

III

Á S. M. LA REINA REGENTE D.^a MARÍA CRISTINA EN EL PRIMER
 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE SU HIJO EL REY D. ALFONSO XII

De ánimo excelso, generosa y bella,
 Y de la viuda bajo el negro velo,
 Del propio afán y del hispano duelo
 Lleva tu corazón la amarga huella.

Pero si lloras la eclipsada estrella
 Que llenó de esplendor el patrio suelo,
 En el niño gentil que te da el cielo,
 Su luz renace y la esperanza en ella.

Prenda de paz, de gloria y de fortuna,
 De él hará Dios el sacrosanto nudo
 Que de la patria en el amor nos una.

¿Quién por su egregio trono temer pudo?
 Un ángel como tú guarda su cuna,
 Y es el pueblo español su firme escudo.

DE D. PLÁCIDO JOVE Y HEVIA
VIZCONDE DE CAMPO GRANDE

AMOR DE POETA

Un alma apasionada, tierna, ardiente,
Fácil á caminar tras la belleza
Que ostenta por doquier naturaleza;
Y un cuerpo que reciba y manifieste
La fuerte sensación que su alma inquieta:
Tal es el hombre que nació poeta.

Así que al despertar á los amores,
Al entrar al jardín tan delicioso
Que da al hombre vulgar grato reposo,
Él recibe distintas emociones,
Más sinceras, más puras, más vehementes,
Más hermosas, en fin, más inocentes.

Él, dentro del jardín, mira las flores,
Á través de un cristal de mil facetas,
Que aumenta al infinito las macetas;
Y ese cristal de la ilusión no miente;
Es cierto cuanto en él la vista admira,
Que la expansión del alma no es mentira

Es la extensión feliz del sentimiento
Comprender el amor en sus extremos,
Y en él bogar con amorosos remos;
Góndola del amor es el poeta,
Que, atravesando el mar de las pasiones
Coge en su red hermosas ilusiones.

Es germen de pasión, que sólo espera
De alguna hermosa el amoroso aliento
Para brotar la flor del sentimiento;
Es águila en el nido sepultada
Que al impulso menor, al primer vuelo,
Hiende el espacio y se remonta al cielo.

Fluido que al empuje de los aires
Produce en confusión rayos diversos;
Pues rayos son de amor los lindos versos;
Rayos que van á la mujer felice
Que al poeta inspiró con su ternura,
Rayos que encantan por su lumbre pura.

¡Dichosa la mujer que entre esos rayos
Coloca de su amor el alto trono,
Que allí todo es amor y nada encono!
¡Mas ay, si la mujer lo rechazase;
Si no da amor, la góndola naufraga;
El águila cayó; la luz se apagal

Y esos rayos se tornan al poeta,
Y acosando su vida lentamente
Destruyen su salud, ajan su mente.

DE LA SRA. D.^a PILAR DE ARMANDI DE OZORES
CONDESA DE PRIEGUE

SONETO

DEVOLVIENDO UN CUADERNO DE VERSOS AL COLECTOR
DE ESTE «CANCIONERO.»

Leí vuestros apólogos y endechas,
En que con puro afán y afectos raros
Los objetos cantáis que os son más caros:
La fe del alma y del amor las brechas.

Seguid, seguid, Guzmán, por las estrechas
Sendas del sumo Pindo á remontaros
Hasta la enhiesta cúpula de Paros
Do vibra el Dios del Sol sus ígneas flechas.

Si en piélagos de luces y fulgores
Derramáis la fogosa fantasía
Que al viril corazón os acompaña;
El almo coro os tejerá de flores
El divino blasón que sea algún día
De vuestro nombre prez y honor de España.

NUEVAS ARMONÍAS

Ya no me inspiran cantares
De tórtolas el arrullo,
Ni los quejumbrosos mares,
Ni el agua en lento murmullo
Surcando largos pinares.

Los trinos de ruiseñores,
La apacible luz del día
Y el perfume de las flores,
Inspiran al alma mía
Otros más puros amores.

Por eso en grata emoción
 Sólo se agita en mi mente
 Y late mi corazón,
 Al mirar el sol naciente
 Y al toque de la oración.

De hinojos caigo humillada;
 Sin saber por qué, suspiro;
 En mí encuentro todo y nada;
 Y si más al cielo miro,
 Más su vista me anonada.

Y es que de mí se apodera,
 En sus horas de misterio,
 El espíritu que impera
 En los sonos del salterio
 Y en las brumas de la esfera.

Horas de quietud y calma,
 Parad, parad un momento;
 Que en vosotras halla el alma
 Paz para todo tormento,
 Para toda lucha palma.

Parad, que nuevos cantares
 El alma á dar se apresura
 Entre el rumor de los mares
 Y entre el eco que murmura
 Por las cumbres y palmares.

Parad, que en el alma siento
 Una inefable esperanza,
 Un indecible contento,
 Un placer que no se alcanza
 Más allá de este momento.

Por eso en grata emoción
 Sólo se agita mi mente
 Y late mi corazón,
 Al mirar el sol naciente
 Y al toque de la oración.

DE S. A. R. LA SERMA. INFANTA DE ESPAÑA

D.^a PAZ DE BORBÓN Y BORBÓN

PRINCESA DE BAVIERA

SONETO

Á MI MADRE

¡Madre del corazón! Tan dulce nombre
Ilumina la historia de una vida,
Cual ley de amor, del cielo descendida,
Que Dios en su bondad concede al hombre.

Otros se afanan por hallar renombre
Y ver en todo su ambición cumplida;
Yo anhelo para tí, madre querida,
Mayor ventura que esplendor que asombre.

Mostraste, cual ninguna cariñosa,
Los tesoros de amor que tu alma abriga,
Y fué tu eterno afán verme dichosa.

Por el cariño inmenso que nos liga,
En mis plegarias pido fervorosa
Que el Rey del cielo y tierra te bendiga.

QUINTILLAS

Á MI SOBRINA MERCEDES

(S. A. R. LA SERMA. SEÑORA PRINCESA DE ASTURIAS)

Juega alegre, vida mía;
Goza y ríe sin temor;
Aprovecha esa alegría,
Que has de pensar algún día
Que ésta fué tu edad mejor.

Aún no conoces quién eres,
Ni el esplendor de tu cuna;
Que son muchos los deberes

Y muy pocos los placeres
Que depara la fortuna.

No sabes que el ser alteza
No es una felicidad;
Que estorbo son la riqueza
Y el humo de la grandeza
Para saber la verdad.

La corte á tus pies tendrás;
Sonreirán todos contigo;
Y luego á espaldas, quizás,
Aquel te denigre más
Que juzgues mejor amigo.

Si hay para el alma disgusto,
Hay alegrías también;
Porque Dios, que es siempre justo,
Dió á los Príncipes el gusto
De poder hacer el bien.

Haz el bien, nunca esperando
En la tierra galardón;
El mundo paga olvidando,
Y Dios recompensa dando
Dulce paz al corazón.

ESTROFAS

Á ROSALÍA PUÑONROSTRO

Ayer, desconociendo mi cariño,
Dijiste ¡ingratal que te quiero mal;
Y sorprendida de tu queja injusta
No pude contestar.

Es que selló mi labio el verte triste,
No sabiendo tus penas aliviar;
Por eso enmudecí cuando decías

Que yo te quiero mal.

Mas si en la vida encuentras amargura,
Puedes probar entonces mi amistad.

¿Siendo de Eulalia la mejor amiga
Te pudiera yo odiar?

OTRAS ESTROFAS

Á LUIS

(S. A. R. EL PRÍNCIPE LUIS DE BAVIERA)

Al hablarme de amor por vez primera
 No te quise escuchar;
 Temí no fuese tu pasión sincera,
 Y te dejé marchar.
 Mas viendo firme, al espirar dos años,
 Tu amante voluntad,
 Comprendí que, si el mundo ofrece engaños,
 Tu amor era verdad.
 Mientras gozaba alegre, tú, ni un día
 Me llegaste á olvidar;
 Pensaste que el cariño triunfaría,
 Y al fin logró triunfar.
 Tuyo es mi corazón: el cielo santo
 Á bendecirnos va.
 ¡Sólo la muerte, con su negro manto,
 De tí me apartará!

DESPEDIDA

AL REY DON ALFONSO XII

Hoy, Alfonso, al alejarme
 De esta tierra bendecida,
 Es una la despedida
 Á mi patria y á mi hogar.
 España y tú en mi cariño
 Siempre juntos habéis ido,
 Pues tengo de ti aprendido
 Cuánto se la debe amar.
 Aún era yo tierna niña,
 Cuando, al salvar la frontera,
 ¿Te acuerdas? por vez primera
 Te vi afligido llorar.

¡Ay! comprendí lo pasado;
 Mas al mirarte anhelante,
 Escrito vi en tu semblante:
 «¡Hay que volverla á ganar!»

Y á tu edad, como ninguno,
 Trabajaste con desvelo,
 Alivio siendo y consuelo
 El estudio á tu dolor.

Y con la patria soñando,
 Que nos pintabas tan bella,
 El hacerte digno de ella
 Era tu anhelo mayor.

Al fin valientes caudillos
 En Sagunto te aclamaron,
 Porque digno te juzgaron
 De regir esta nación.

Y tú volaste hacia España,
 Que sólo en tí confiaba,
 Y que la paz esperaba
 De tu regio corazón.

¡Ah! ¡Cuántos dulces recuerdos
 Llevo siempre en la memoria!
 Ellos mi encanto y mi gloria
 En tierra extraña serán.

Aquellas tardes de estío
 En que al campo nos llevabas
 Y la guerra nos contabas,
 Para mí no volverán.

¡Con qué orgullo referías
 Del soldado lo valiente!
 ¡El tuyo, como el de enfrente,
 Siendo españoles los dos!

Que en la península ibera
 Es general la hidalguía,
 Y nunca la cobardía
 Aquí la permite Dios.

En esas horas serenas
 De dicha y melancolía,
 El arte y la poesía
 Á tu lado comprendí.

Así rindo hoy á tus plantas

Los lauros que he recibido,
 Pues todo lo que he aprendido,
 Te lo debo, hermano, á ti.

Colmando tantos favores,
 Hoy que va á darme su nombre
 Un claro Príncipe, un hombre
 De su egregia stirpe honor,

Al ara santa me llevas
 Para que, con él unida,
 Tejamos ambos la vida
 Con la virtud y el amor.

Cuando me fije en la luna
 Desde horizontes lejanos,
 Pensaré que mis hermanos
 También contemplan su luz,

Ya en la cantábrica playa,
 Ya en el solar de Castilla,
 Del Tajo en la verde orilla
 Ó en el jardín andaluz.

Y toda mi hermosa tierra
 Evocará el pensamiento,
 Soñando con el momento
 De verme otra vez aquí.

Á mi dulce patria, en cambio,
 Y á Alfonso, que le está unido,
 Tan solo una cosa pido:
 ¡Un recuerdo para mí!

CANTILENA

EN EL CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA DE REGLA

Mugen las olas y silba el viento,
 Lejos resuena la tempestad;
 Sobre una altura se alza el convento,
 Y ante sus muros se extiende el mar.

Dentro del claustro todo suspira
 Hondo silencio, sosiego y paz;
 De las pasiones el eco espira,
 Y al fraile humilde se ve rezar.

Viven tranquilos; mas llega en tanto

La hora suprema de noble afán;
Cruzan los mares, y el dogma santo
Á los infieles van á enseñar.

Aunque apartados del triste mundo,
Á la lid santa prontos están;
Si en ella mueren, gozo profundo
Sienten sus almas al espirar.

¿Qué es el peligro? ¿Qué es el tormento?
La fe de Cristo fuerza les da,
Y el que sucumbe, gloria y asiento
Allá en el cielo logra alcanzar.

La Virgen santa ve sonriente
Los pobres frailes desde el altar.
Y muestra al Niño dulce y clemente
Que sus virtudes ha de pagar.

Bien saben todos que es soberano,
Que siempre ciento por uno da,
Que es deleznable todo lo humano,
Y Él nos ofrece dicha eternal.

DE LA SRA. D.^a JOSEFA UGARTE BARRIENTOS

DE LA CERDA CARVAJAL

CONDESA DE PARCENT Y DE CONTAMINAS

LA ALHAMBRA

RECUERDOS

¿Dónde se encuentran los guerreros bravos
Que tus torres altivas coronaban?

¿Dónde tus reyes? ¿Tus señores moros,
Dónde se hallan?

¿De tus blancos y esbeltos camarines,
Dónde están las bellísimas sultanas?

¿Dónde tus nobles, del muslim orgullo?
¿Dónde tus zambras?

¿Dónde la turba que cruzó tus patios?
¿Dónde el murmurio de tus fuentes claras?
¿Dónde el aroma que el pebete rico
Blando exhalaba?

Vago misterio tu existencia envuelve;
Todo es silencio, soledad y calma;
Ya no tenéis ni reyes ni guerreros,
¡Ay! ¡Ni sultanas!

¡Ya no resuenan las moriscas guzlas
Ni los donceles sus amores cantan!
¡Ni las hermosas con sus bellas flores
Tejen guirnaldas!

¡Todo ha pasado, cual las mustias hojas
Que á tus pensiles el otoño arranca:
Cual en sueño de plácida ventura
Lánguida pasas!

Memorias sólo tu recinto pueblan;
Sólo recuerdos por doquier se hallan;
Sombras tan sólo en tus ruinas tristes
¡Trémulas vagan!

Aquí la sangre de inocentes corre;
 Allí el espectro de Alhamar se alza;
 Allá en oculto camarín, sus cuitas

¡Llora Moraima!

Y cuando es todo sepulcral silencio;
 Cuando brilla la luna solitaria,
 Lámpara triste de tus ya desiertas
 Bellas estancias,

El eco oímos del adufe moro
 Que acompaña dulcísima balada,
 Y los relinchos del corcel de guerra,
 Ayes y danzas.

¡Es ¡ay! que el viento en las ruinas zumba!
 ¡Es que las aves agoreras graznan!
 ¡Que entre las hojas de tu bosque umbroso
 Gimen las auras!

¡Hijo infelice del Profeta! ¡Escrito
 Así en el libro del destino estabal
 ¡Lágrimas vierte por tu edén perdidol
 ¡Llora tu Alhambra!

Rico palacio de verjeles bellos
 Que odoríficas flores embalsaman,
 En donde ocultos por acaso moran,
 Genios y hadas,

¿Quién de tus fuentes el murmullo olvida?
 ¿Quién tus muros que sílfides alzarán?
 De tus ecos el canto melodioso,
 ¿Quién olvidara?

Triste Boabdil, que su beldad perdiste,
 Cuando gimiendo en extranjeras playas
 Vieras que el mar la negra golondrina
 Rauda cruzaba,

Quizá los ojos en las olas fijos,
 Dos lágrimas de fuego te abrasaban;
 Y desgarrado el corazón clamaste:

¡Ay de mi Alhambra!

¡Ay de mi Alhambra! con acento amargo
 Grita Alhamar desde su tumba helada.

Y en el desierto el árabe suspira:

¡Ay de mi Alhambra!

DE DON JOSÉ SEBASTIÁN FOLGUERA Y LASCA
CONDE DE SANTIAGO

CÉSAR

I

Detiene á César triunfante
Del Rubicón la corriente:
Su ambición dice: ¡Adelantel
Y su conciencia: ¡Detentel
Mira á Roma, piensa y calla;
Vacila su inteligencia;
Pero gana la batalla
La ambición á la conciencia.

II

Pasó, venció, fué tirano
Y víctima al fin un día,
Porque quedaba un romano
En el pueblo todavía.
—«¡Muera así,—dijo en presencia
De Roma, al doblar la frente,—
Quien desoiga á su conciencia
Cuando le diga: ¡Detentel!»

DE DON JUAN JOSÉ HERRANZ
CONDE DE REPARAZ

SONETO

La guerra civil: á ¡Dios, patria y rey!

Á S. M. EL REY PACIFICADOR DON ALFONSO XII

Á ese grito de indómnitas legiones
Hemos visto la Iglesia profanada,
La corona de España calumniada
Y la patria infeliz hecha jirones.

Hoy aquellos rebaños de leones
Se alejan en ruidosa desbandada,
Sin patria, sin hogar, sin rey, sin nada,
Á mendigar el pan á otras naciones.

Quien tenga corazón no desespere;
El que piense, el que sienta y el que crea,
Vuelva los ojos y verá, si quiere,

Un Dios que en nuestra dicha se recrea,
Una patria feliz, que nunca muere,
Y un Rey que vence siempre en la pelea.

FIN

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LOS POETAS DE QUIENES HAY COMPOSICIONES
EN ESTA OBRA (1).

AGUILAR Y CASTAÑEDA, Conde de (*D. Luis Fernández Manrique*).—El poder del oro, soneto, 124.—A la Duquesa de Nájera, soneto, 124.—A la misma, soneto, 124.—Esperanzas fallidas, soneto, 125.—Inmutabilidad del dolor, soneto, 125.

AHUMADA, Duque de (*D. Pedro Agustín Girón*).—Al Duque de Bailén, soneto, 382.—A un clavel, soneto, 383.—A Lisa, soneto, 383.

ALBA, Duque de (*D. Fadrique de Toledo*).—Villancico, 80.

ALBA, Duque de (*D. Fernando Alvarez de Toledo, llamado el Grande*).—Villancico, 80.

ALBA, Duque de (*D. Antonio Alvarez de Beaumont y Toledo*).—Elogio de Lope de Vega y su *Arcadia*, soneto, 184.

ALCALÁ, Duque de (*D. Fernando Afán de Ribera Enriquez*).—La ausencia, soneto, 142.

ALCÁNTARA, El Clavero de (*D. Rodrigo de Mendoza*).—Villancico, 81.

ALCAÑICES, Marqués de (*D. Alvaro Enriquez de Almansa*).—Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra y de sus *Novelas Ejemplares*, soneto, 210.—Al toro que mató el Rey Felipe IV, soneto, 210.

ALCÁZAR, Melchor del.—Traducción castellana del epigrama del Príncipe de Gales, silva, 223.

ALCUDIA, Conde de (*D. Onofre Vicente de Híjar y Montagut*).—Al Marqués de Astorga por su gobierno de Valencia, soneto, 343.

ALMAZÁN, Marqués de (*D. Lope Hurtado de Mendoza y Moscoso Osorio*).—En la muerte de Lope de Vega, soneto, 273.

ALTAMIRA, Condesa de (*D.^a Isabel de Castro y Andrade*).—Elogio de don Alonso de Ercilla y su *Araucana*, soneto, 116.—Definición del amor, soneto, 116.—En ausencia del Conde, soneto, 117.

ANDILLA, Barón de (*D. Francisco Garcés de Marcilla*).—A Panticosa, oda, 473.

ANDRADE, Condesa de (*D.^a Catalina de Zúñiga*).—Respuesta á una copla del Conde de Ficalho, copla, 118.

ANÓNIMOS.—Soneto, 223.—Epigrama, 224.

AÑOVER, Conde de (*D. Luis Laso de la Vega y Guzmán*).—En elogio del Conde de la Roca, décima, 264.

(1) La extremada lentitud con que se ha verificado la impresión de esta obra, en la que se han invertido veintiséis meses, ha sido causa de que no se hayan corregido ciertos descuidos del original que el autor se reservó rectificar en las pruebas. Adolece esta edición, por lo tanto, de algunas erratas de bastante consideración, que serán corregidas si algún día se hace otra tirada más numerosa y con grandes adiciones.

ASCULI, Príncipe de (*D. Luis de Leiva y Villaragut*).—Soneto amoroso, 48.
—A Gutierre de Cetina, soneto, 48.

ASTORGA, Obispo de (*Fray Damián Cornejo*).—A un clavel, soneto, 160.

AULA, Y ESTEPA Marqués de (*D. Adán Centurión y Córdoba*).—Elogio de Pedro de Espinosa y de sus *Flores ilustres*, soneto, 156.—A la luna, soneto, 156.

—Al infierno, soneto, 157.—Pena y gloria, silva, 158.

AUSTRIA, Infante D. Carlos de.—Al toro que mató Felipe IV, soneto, 220.—
A D.^a Ana de Sande, soneto, 220.

AUSTRIA, D. Juan José de.—A la muerte de D. Fernando de Toledo, copla y glosa, 344.

AUSTRIA, Princesa D.^a Margarita de.—Epitafio burlesco, 23.

AYAMONTE, Marqués de (*D. Francisco de Guzmán*).—Soneto amoroso, 143.
—Elogio de Cristóbal de Mesa, soneto, 144.

AYTONA, Marqués de (*D. Guillén Ramón de Moncada*).—A Dios, soneto, 329.
—Romances al Santísimo Sacramento, I, 330; II, 331; III, 332; IV, 333.

BASTO, Conde del (*D. Francisco de Tapia y Leiva*).—Elogio de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, soneto, 242.—Elogio de Miguel Botello, décimas, 265.—A San Isidro, soneto, 266.

BEJAR, Duque de (*D. Joaquín Alonso de Zúñiga y Sotomayor*). La Soledad, soneto, 366.

BENAVENTE, Condesa de (*D.^a Antonia de Mendoza*).—Romance, 269.—
Motes, 271.

BORBÓN Y BORBÓN, Infanta D.^a Paz.—A mi madre, soneto, 485.—A mi sobrina Mercedes, quintillas, 485.—A Rosalía Puñonrostro, estrofas, 486.—
A Luis de Baviera, estrofas, 487.—Despedida del Rey D. Alfonso XII, estrofas, 487.—En el convento de Regla, 489.

BRENES, Marqués de (*D. Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo*).—En la muerte del Marqués de Castellanos, soneto, 357.—Luz y sombra, soneto, 357.

BOSCÁN, Juan.—Villancico y glosa, 79.

BUÑOL, Conde de (*D. Gaspar de Mercader*).—Invectiva contra los vengativos de las damas, estancias, 150.—A una calavera, soneto, 152.—Contra la esperanza, soneto, 152.—Árbol de invierno, soneto, 153.—Contradicción de amor, soneto, 153.

BURGUILLOS, Tomé de.—Glosa á una sentencia del Rey Francisco I de Francia, 24.

CAMPO GRANDE, Vizconde de (*D. Plácido Jove y Hevia*).—Amor de poeta, sextina, 481.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, D. Antonio (*Caballero del Toisón de Oro*).—¡Cierra, España!, oda, 461.—A la Emperatriz Eugenia de Guzmán, soneto, 463.—A D.^a Isabel II en Málaga, soneto, 463.—En el matrimonio de la Infanta D.^a Paz, romance, 464.—Al fallecimiento de la Reina Mercedes, elogio, 466.

CASTILLA, Almirante de (*D. Fadrique Henríquez*).—Versos de estilo moral, 61.

CASTILLA, Almirante de (*D. Fernando Henríquez*).—Naufragio de la armada de Carlos V en Argel, poema, 28.—Epigrama en la sepultura del Duque de Borbón, 62.—Epigrama en la sepultura de la Emperatriz Isabel, 62.—A la bella mal maridada, glosa, 65.—Elogio de la ciudad de Zaragoza, 67.—Invectiva contra Clemente VII por el asalto y saco de Roma, 72.

CASTILLA, Almirante de (*D. Juan Gaspar Henríquez de Cabrera*).—Definiciones del amor, sonetos, I y II, 317; III, 318.—Definición de los celos, soneto, 318.—La fineza de amor, soneto, 319.—La imagen de Venus, soneto, 319.—A un inglés homicida, soneto, 321.—Pintura de la corte, soneto, 321.—Semblanza del Conde-Duque después de su caída, soneto, 322.—Sátira contra el Príncipe D. Baltasar Carlos, décimas, 323.—Sátira contra D. Juan de Austria Calderón, décimas, 325.

CASTILLA, Reina D.^a Blanca de.—Oración que hacía rezar todos los días al Rey, su hijo, San Luis, 385.

CASTILLA, Inf.^a D.^a Catalina de (*Reina de Inglaterra*).—Epigrama latino, 214.
 CASTILLA, Condestable de (*D. Juan Fernández de Velasco*).—La redención y el pecado, soneto, 110.—Las calidades de un caballero, estancias, 111.

CASTELLDOSRÍUS, Marqués de (*D. Manuel de Oms y de Santa Pau olim de Sentmanat y de Lanuza*).—Luz y sombra, soneto, 354.

CEA Y LERMA, Duque de (*D. Francisco Gómez de Sandoval y Padilla*).—Elogio del Conde de la Roca, soneto, 263.

CERVELLÓN, Conde de (*D. Gaspar de Mercader y Cervellón*).—Definición de los celos, endecha, 349.—Al dios Cupido, endecha, 350.—A Filis, endecha, 351.

CHESTE, Conde de (*D. Juan de la Pezuela y Ceballos*).—A la Reina Isabel II, canto lírico, 419.—A la Virgen María, canto lírico, 421.—Retrato de Isabel, octavas, 422.—Al torneo de 1833, soneto, 423.—A la Reina Cristina volviendo de la proscripción, soneto, 423.—En las nupcias de la Reina Doña Isabel II, soneto, 424.—Entrada en Madrid de Alfonso XII, soneto, 424.—A una extranjera en Elche, soneto, 425.—A Rosana, soneto, 425.—A la estatua de Murillo, soneto, 426.

CLAMOSA, Barón de la (*D. Martín de Abarca y Bolea*).—Sobre el que blasona de su linaje, soneto, 122.

CLAMOSA, Barón de la (*D. Martín de Castro y de Bolea*).—Elogio de Micer Andrés Rey de Artieda, soneto, 180.

CLARAMONTE Y CORROY, Andrés de.—Romance en la Academia del Conde de Saldaña, 11.

COLOMBINI, Conde de (*D. Manuel de Barazábal*).—A la jura de Fernando VII en Méjico, soneto, 378.

COLÓN, Cristóbal (*Almirante de las Indias*).—Al nacimiento de San Juan Bautista, villancicos, 26 y 27.

CORUÑA, Conde de (*D. Sebastián Suárez de Mendoza y Bazán*).—Al toro que mató Felipe IV, soneto, 247.—A Felipe IV en el campo de Berbegal, romance, 248.

COSCOJUELA, Marqués de la (*D. José de Moncayo Altarriba y Aragón*).—Elogio del Marqués de San Felices, dos sonetos, 310.

CUÉLLAR Y DE LA MINA, Marqués de (*D. Pedro de la Cueva y Guzmán*).—Al Duque de Berwick y Alba, canción, 359.

DORIA, Cardenal Juanetín (*Arzobispo de Palermo*).—En la muerte del Marqués de Tarifa, soneto, 267.

ELDA, Conde de (*D. Antonio Coloma*).—A la muerte de su hijo, soneto, 58.

ESQUILACHE, Príncipe de (*D. Francisco de Borja y Aragón*).—La primera nave, soneto, 236.—La hermosura, soneto, 236.—Al socorro de Lérica, soneto, 237.—Al asedio de Barcelona, soneto, 237.—Al Tajo por la rebelión de Portugal, soneto, 238.—Los bienes humanos, soneto, 238.—El aldeano feliz, soneto, 239.—Elogio de Tomás Stigliano y el poema *Il Nuovo Mondo*, soneto, 239.—El ocio, soneto, 240.—Al Duque de Osuna, soneto, 240.—A Flora, cortesana, soneto, 241.—Al Marqués de Palacios, soneto, 241.—Contra las alabardas del teatro, soneto, 242.—Al Vesubio, soneto, 242.—En la muerte del Cardenal Duque de Lerma, soneto, 243.—Al Conde de la Roca, soneto, 256.

ERIL, Conde de (*D. Antonio de Eril y Vicentelo*).—A la muerte de D. Fernando de Toledo, glosa, 346.

FALCES, Marqués de (*D. Antonio de Croy Peralta y Velasco*).—El Miserere, romance, 304.

FELIPE II.—El contentamiento, glosa, 21.—A la Cruz, redondilla, 22.—La cortesía, epigrama, 22.

FELIPE III.—Fragmento de una composición incompleta, redondilla, 23.

FELIPE IV.—Al Santísimo Sacramento, romance, 213.—A la muerte, soneto, 215.—A la muerte de la Reina D.^a Isabel de Borbón, décimas, 216.

FEZ, Príncipe de (*Muley Xequé, llamado D. Felipe de Austria 6 de Africa*).—Elogio de Lope de Vega, quintillas, 226.

FERNÁNDEZ DURO, D. Cesáreo.—Traducción del epigrama en inglés de la Infanta D.^a Catalina de Castilla, reina de Inglaterra, 214.

FRANCISCO I, Rey de Francia.—Sentencias, 24.

FRÍAS Y DE UCEDA, Duque de (*D. Bernardino Fernández y Velasco*).—La escarapela española, soneto, 409.—Al General Castaños, soneto, 409.—Al Duque de Wellington, soneto, 410.—Al Mariscal Gerald, soneto, 410.—A España, soneto, 411.—El siglo XIX, soneto, 411.—A la Reina María Cristina, soneto, 412.—A la Condesa de Corres, soneto, 412.—A la Marquesa de Vallgornera, soneto, 413.

FUENTE DEL SAÚCO, Conde de la (*D. Juan Antonio de Deza y del Águila*).—A la muerte del Dr. Juan Pérez de Montalbán, soneto, 302.

FUERTES DE VALDEOPERO, Conde de (*D. Pedro Enríquez de Guzmán*).—Tinieblas, soneto, 108.—Disimulo del dolor, soneto, 108.—Contra Cupido, soneto, 109.

GALES, Príncipe de (*Carlos Stuart, Rey de Inglaterra*).—A la Infanta doña María de Austria, epigrama, 222.

GANDÍA, Duque de (*San Francisco de Borja, Marqués de Lombay*).—Soneto amoroso, 50.—Otro, 57.

GERONA, Marqués de (*D. José de Castro y Orozco*).—A los restos del Gran Capitán, soneto, 434.—Al poeta D. José Zorrilla, soneto, 434.—Corazón vacío, soneto, 435.—Mi ambición, soneto, 435.—Amor y misterio, soneto, 436.

GRACIA DEI, Pedro.—Contestación á la pregunta de Julio II, décima, 161.

GRANADA, Arzobispo de (*D. Gálcerán Albani*).—Admonición al Duque de Lerma, soneto, 160.

GRANJA, Conde de la (*D. Antonio de Oviedo y Herrera*).—En la muerte del Marqués de Casteldosríos, dos sonetos, 355.

GUAD-EL-JELÚ, Marqués de (*D. Antonio Ros de Olano*).—El varón justo, soneto, 467.—El nido del ruiseñor, soneto, 467.—El amor de la aldea, soneto, 468.—El templo de la naturaleza, soneto, 468.

GUALDALCÁZAR, Marquesa de (*D.^a María Isidra Quintana de Guzmán y la Cerda*).—Al Rey Carlos IV, décima, 377.

GUENDULAIN, Conde de (*D. Joaquín Ignacio Mencos*).—El trono del pueblo, oda, 451.—A la que vi en el templo, canción, 451.

GUIMERÁ, Conde de (*D. Gaspar Gálcerán de Gurrea y Aragón*).—Los versos, soneto, 149.

HÍJAR, Duque de (*D. Rodrigo Sarmiento Villandrando*).—A Silvia, soneto, 290.—A Nise, soneto, 290.—A Celinda, mote y glosa, 291.—Otra á lo mismo, mote, 293.

HÍJAR, Duque de (*D. Pedro Alcántara de Silva*).—A las víctimas del Dos de Mayo, tercetos, 379.

HURTADO DE MENDOZA, D. Juan (*Señor del Fresno de Torote*).—Epigrama de réplica al Almirante de Castilla, 63.

IRLANDA, Príncipe de.—Elogio de Julián Armendáriz por su *Patrón Salmantino*, soneto, 225.

JAVALQUINTO, Marqués de (*D. Manuel de Benavides*).—Elogio de Luis Barahona de Soto, soneto, 182.

JAVALQUINTO, Marqués de (*D. Juan Antonio de Benavides*).—Al toro que mató Felipe IV, dos sonetos, 245.

JULIO II, Papa *della Rovere*.—Pregunta á Pedro Gracia Dei sobre Isabel la Católica, 161.

LASO DE LA VEGA, Garci.—Villancico y glosa, 61.

LEMA, Marqués de (*D. Salvador Bermúdez de Castro*).—La nube, soneto, 437.—Tempestad, soneto, 437.—Al tiempo, soneto, 438.—Flores de nn día, 438.—A Julia, soneto, 438.

LEMONS, Conde de (*D. Pedro Fernández de Castro*).—Esperar y temer, décimas, 145.—Alabanza de la soledad, romance, 147.

LERMA, Cardenal Duque de (*D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas*).—

Contestando al Arzobispo de Granada, soneto, 162.—Elogio de D.^a Ana de Castro Egas, soneto, 164.

LÓPEZ DE PADILLA, Gutierre.—Villancico, 81.

MAYALDE Y DE FICALHO, Conde de (*D. Juan de Borja*).—Pregunta á la Condesa de Andrade, quintillas, 118.

MARTÍNEZ DE LA ROSA, D. Francisco, *Caballero del Toisón de Oro*.—Victoria de Salamanca, soneto, 397.—Mis penas, soneto, 397.—La vuelta del pros crito, oda, 398.

MEDINACELI, Duque de (*D. Juan de la Cerda y Silva*).—Elogio de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, soneto, 120.

MENDIGORRÍA, Marqués de (*General D. Luis Fernández de Córdoba*).—A una tórtola, soneto, 414.—A una dama inglesa, soneto, 414.—A Carila, romance, 415.

MOLÍNS, Marqués de (*D. Mariano Roca de Togores*).—A la mayor edad de D.^a Isabel II, soneto, 440.—Nacimiento de la Infanta D.^a Isabel, soneto, 440.—Mi destino, soneto, 441.—Toma del hábito de Calatrava, romance, 441.

MONTEALEGRE, Marqués de (*D. Luis Núñez de Guzmán*).—Elogio del Dr. Antonio Gual, soneto, 303.

MONTELO, Marqués de (*D. José Luis Alfonso*).—Al sepulcro de Washington, soneto, 455.—A Italia en 1831, himno, 456.—A Constantino y Jorge Mauromicales, oda, 457.

MONTEREY, Conde de (*D. Jerónimo de Acevedo y Zúñiga*).—A D.^a Beatriz de Velasco, soneto, 85.—A la misma en unas tercianas, soneto, 89.—A la noche, soneto I: 90, soneto II: 90.—A las damas de la Reina, soneto, 91.—A D.^a Beatriz de Velasco, soneto, 91.

MONTESA, Maestre de (*D. Pedro Luis Galcerán de Borja*).—En la muerte de la Condesa de Lerma, soneto, 83.—Trilogía del Tajo, tres sonetos, 84 y 85.—Querella de amor, octavas, 86.

MONTESCLAROS, Marqués de (*D. Juan Mendoza y Luna*).—Al jabalí que mató la Infanta D.^a María, soneto, 135.—A San Ignacio de Loyola, soneto, 137.—Elogio del Dr. Cristóbal Pérez de Herrera, soneto, 138.

MORA, Marqués de (*D. Juan Fernández de Heredia*).—En la muerte de don Martín Suárez de Alarcón, soneto, 316.

NETZAHUALCOYOTL, *Rey de Texcoco*.—A la caída del imperio de los Moctezumas, elegía, 227.—Las piedras preciosas, romance, 230.—Epitafio para su sepulcro, octava, 233.

NOROÑA, Conde de (*D. Gaspar María de Nava y Alvarez de Noroña*).—A Cupido, silva, 367.—La venida de la primavera, silva, 368.

OLIVARES, Conde-Duque de (*D. Gaspar de Guzmán*).—A Cloris, redondillas, 234.

OSERA, Marqués de (*D. Francisco Jacinto de Funes y Villalpando*).—Al Duque de Híjar, romance, 295.

OSUNA, Duque de (*D. Juan Téllez Girón, Marqués de Peñafiel*).—Elogio de D. Alonso de Ercilla, soneto, 113.—A Luperio Leonardo de Argensola, soneto, 114.—A Luis Barahona de Soto soneto, 139.—A Rosaura, silva, 179.

OSUNA, Duque de (*D. Pedro Girón, llamado el Grande*).—El placer y el tormento, soneto, 140.—Al Príncipe Felipe IV, soneto, 141.

PALACIOS, Marqués de (*D. Martín de Ledesma y Guzmán*).—Los castigos, soneto, 274.—El laurel y la hiedra, soneto, 274.—A Gustavo Adolfo, soneto, 275.—A la Marquesa de la Hinojosa, muerta, soneto, 275.—A una dama inconstante, soneto, 276.—Otro amoroso, 276.—A Amarilis, soneto, 277.—Jornada á Aranjuez, romance, 278.—A un jilguero, romance, 279.—Al Duque de Montalto, romance, 280.

PALMA, Conde de (*D. Luis Fernández y Portocarrero*).—Al Príncipe Felipe III, soneto, 155.

PARCENT Y CONTAMINAS, Condesa de (*D.^a Josefa Ugarte Barrientos*).—La Alhambra, recuerdos, 491.

PATERNÓ, Príncipe de (*D. Luis Guillén de Moncada, Duque de Montalto*).—En la muerte del Marqués de Tarifa, soneto, 268.—Romance al Marqués de Palacios, 281.

PIDAL, Marqués de (*D. Pedro José Pidal*).—Una noche, estrofas, 431.

PORTALEGRE, Conde de (*D. Juan Manrique de Silva*).—A la pobreza, soneto, 101.—El consuelo de la muerte, soneto, 103.—Canción, 104.

PRIEGUE, Condesa de (*D.^a Pilar de Amandi de Osoreo*).—Al colector don Juan Pérez de Guzmán, soneto, 483.—Nuevas armonías, quintillas, 483.

PUEBLA DEL MAESTRE, Conde de la (*D. Diego de Cárdenas y Valda*).—A la muerte de D. Martín Suárez de Alarcón, soneto, 315.

RAFALS, Baronesa de (*Doña Leonor de Ycis*).—Elogio de D. Alonso de Ercilla, soneto, 115.

REBOLLEDO, Conde (*D. Bernardino de*).—Al Conde de Lemos, soneto, 298.—En la muerte de D. Diego Pimentel, soneto, 298.—En la muerte de los tres Pimentales de la casa de Benavente, soneto, 299.—A D. Luis de Osorio, soneto, 299.—Honras del Cardenal-Infante, soneto, 300.—A la Reina Cristina de Suecia, soneto, 300.—En la muerte de la Duquesa de Montalto, soneto, 301.

REPARAZ, Conde de (*D. Juan José Herranz*).—Al Rey Alfonso XII, soneto, 494.

RIVAS, Duque de (*D. Angel de Saavedra y Remírez de Baquedano*). La nave, soneto, 402.—Guerra de Marte y Cupido, soneto, 402.—El sueño, soneto, 403.—El ciclón, soneto, 403.—A D. Juan Downe, soneto, 404.—España triunfante, oda, 404.

RIVAS, Duque de (*D. Enrique Remírez de Saavedra*).—En la muerte de la Reina Mercedes, soneto, 479.—A la Infanta Isabel, soneto, 479.—A la Reina Regente D.^a María Cristina, soneto, 480.

ROBLEDO DE CHAVELA, Marqués de (*D. José Strata y Spinola*).—A la muerte de D. Martín Suárez de Alarcón, canción, 312.

ROCA, Conde de la (*D. Juan Antonio de la Vera y Zúñiga*).—A Lesbía, adúltera, soneto, 255.—Elogio de D. Juan de Jáuregui, soneto, 255.—Al Príncipe de Esquilache, soneto, 256.—A Francisco Pacheco, canción, 258.

SABOYA, Duque de (*Príncipe Carlos Manuel, el Grande*).—En la de muerte la Infanta D.^a Catalina de Austria, su mujer, canción, 91.—A Italia, soneto, 91.—Endecha, 93.—Otra canción, 94.—Romance, 96.—A las lágrimas, canción, 95.—Otra, 95.

SAJONIA, Reina D.^a María Josefa Amalia de.—Al corazón de Jesús, trovas, 384.—Alabanza á Dios, romance, 387.—Conversión del Rey Augusto III, romance, 389.—El labrador feliz, letrilla, 392.—La adulación, décima, 395.—La comedia de la vida, décima, 395.—La ola, fábula, 396.

SALDAÑA, Conde de (*D. Diego Gómez de Sandoval*).—Romances amorosos (diez), 166-177.—Décimas amorosas, 178.—Elogio de D. Diego Alava y Beaumont, soneto, 183.

SALERNO, Príncipe de (*Roberto de San Severino*).—Dos sonetos amorosos, 51.

SALINAS, Conde de (*D. Diego de Silva y Mendoza*, Marqués de Alenquer).—Tres sonetos amorosos, 126.—Canción, 128.—Copla y glosa, 130.—Mote y glosa, 132.—Al jabalí que mató la Infanta D.^a María de Austria en Aranjuez, soneto, 134.

SAN FELICES, Marqués de (*D. Juan de Moncayo y Guzmán*).—Al Conde de Lemos, soneto, 283.—La ingratitud, soneto, 283.—Al Príncipe D. Baltasar Carlos, soneto, 284.—A la Infanta D.^a María, Emperatriz de Alemania, soneto, 284.—La muerte, soneto, 285.—A la Virgen del Pilar, soneto, 285.—El primer navegante, soneto, 286.—La victoria de Fuenterrabía, oda, 287.

SAN JUAN, Prior de (*D. Hernando de Toledo, llamado el Viejo*).—Villancico, 80.

SAN MIGUEL, Marqués de (*D. Miguel de Cárdenas y Chaves*).—A Meléndez Valdés, soneto, 476.—A Jovellanos, soneto, 476.

SAN ROMÁN, Marqués de (*D. Federico Fernández San Román*).—La kabila, soneto, 472.

SANTIAGO, Conde de (*D. José Folguera y Lasa*).—César, dolora, 493.

SESA Y DE BAENA, Duque de (*D. Gonzalo Fernández de Córdoba*).—La pobreza, soneto, 55.—Copla, 56.

SESA Y DE SOMA, Duque de (*D. Luis Fernández de Córdoba*).—En la muerte de Lope de Vega, soneto, 272.

SILVESTRE Y RODRÍGUEZ DE MESA, Gregorio.—Glosa á la copla del Duque de Sesa, 56.

SIERRA-BRAVA, Vizconde de (*D. Fernando de Vera y Mendoza*).—Al toro que mató Felipe IV, soneto, 307.—A la muerte de D. Martín Suárez de Alarcón, soneto, 308.

SICILIA, el Virrey de (*D. García de Toledo*).—Villancico, 81.

SIRUELA, Conde de (*D. Juan Velasco y de la Cueva*).—Elogio de D.^a Ana de Castro Egas, soneto, 185.—Elogio del Conde de la Roca, soneto, 185.

TARIFA, Marqués de (*D. Fadrique Afán de Ribera*).—Glosa á una sentencia del Rey Francisco I de Francia, 25.—Canción, 53.

TORENO, Conde de (*D. Joaquín Queipo de Llano y Valdés*).—Canción de Fileno, 371.

TORREPALMA, Conde de (*D. Alfonso Verdugo y Castilla*).—Invocación de Himeneo, 362.—Al retrato de la Marquesa de Espinardo, décimas, 364.

TORRORGAZ, Marqués de (*D. Miguel María Jalón*).—El Dos de Mayo de 1808, estrofas, 478.

TORRES, Marqués de (*D. Luis Abarca de Bolea y Castro*).—Elogio del Marqués de San Felices, soneto, 309.

TOVAR, Vizconde de (*D. Pedro Messia de Tovar*).—Al toro que mató Felipe IV, soneto, 254.

VALDEIGLESIAS, Marqués de (*D. Ignacio José Escobar*).—Canción, 470.

VALDONGUILLO, Señor de (*D. Luis Osorio de Ulloa*).—Villancico, 81.

VALLE DE GUAXACA, Marqués del (*D. Martín Cortés*).—Estancias reales, 59.

VALMAR, Marqués de (*D. Leopoldo Augusto de Cueto*).—Enmedio del Atlántico, canción, 446.—La frivola y la modesta, soneto, 448.—Ubiarco, soneto, 448.—La aurora de amor, soneto, 449.—El filósofo ateo, soneto, 449.

VERAGUA, Duque de (*D. Pedro Nuño Colón de Portugal y Castro*).—A la muerte de D. Martín Suárez de Alarcón, soneto, 314.

VERAGUA, Duque de (*D. Pedro Manuel Colón de Portugal y Ayala*).—A la muerte de la Marquesa del Carpio, soneto, 348.

VERAGUA, Duque de (*D. Mariano Colón*).—A España por la invasión francesa, soneto, 427.—Regreso de Fernando VII, soneto, 427.—Aniversario del Dos de Mayo, oda, 428.

VILLA FRANCA, Marqués de (*D. Pedro de Toldeo*).—Villancico, 82.

VILLAMEDIANA, Conde de (*D. Juan de Tassis y Peralta*).—Al Príncipe Felipe IV siendo armado caballero, octavas, 187.—Al Rey Católico D. Fernando, soneto, 188.—Al Cardenal Cisneros, soneto, 189.—A la muerte del Marqués de Santa Cruz, soneto, 189.—A San Francisco Xavier, soneto, 190.—A la muerte de Felipe II, soneto, 190.—Al Duque de Lerma, soneto, 191.—Al Duque de Alba, soneto, 191.—Al Príncipe Felipe IV, soneto 192.—Al nacimiento del Príncipe D. Baltasar Carlos, soneto, 192.—Quince sonetos amorosos, 193 á 201.—Seis sátiras contra Pedro Vergel, 202 á 207.

VILLAR, Marqués del (*D. Juan de Zúñiga Córdoba y Pimentel*).—Elogio de Antonio Balvas Barona, décima, 211.

VILLAR, Marqués del (*D. Juan de Toledo*).—Copla y glosa, 339.

VILLASALTO, Conde de (*D. José Zatrilla y Vico*).—Copla y glosa, 352.

VILLASIERRA, Marqués de (*D. Fernando de Valenzuela*).—Profecía del Tajo, poema, 335.





